



LOLES LÓPEZ

¿NI UNA  
BODA MÁS!

# Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Cita	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	

27

28

29

30

31

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

Tina siempre ha querido saber por qué su padre la abandonó, y ahora puede averiguar la verdad, pero para ello debe cumplir con un requisito: ¡casarse! El problema es que su novio la acaba de dejar y su fama en la pequeña localidad de Galena juega en su contra para buscarse otro candidato; por eso decide marcharse a Chicago. Sin embargo, su manera de ser, alocada e imprevisible, y ese imán que posee para atraer los problemas hacen que su madre le imponga irse a vivir durante un tiempo a casa de Jack Thompson, su archienemigo. Desde que se divorció de su anterior esposa, Jack ha optado por una vida tranquila y relajada, donde sólo tienen cabida su hijo Ryan, sus amigos y su trabajo. ¡Nada más! Ni siquiera puede pensar en volver a sentirse a merced del amor. Hasta que esa joven mujer de larga melena, olor a vainilla y mirada traviesa irrumpe en su casa y le hace vivir situaciones surrealistas, divertidas y demenciales que se convertirá en una atracción que irá creciendo lentamente y provocará que se lo replantee todo. ¿Es posible pasar del odio más absoluto al amor más enloquecedor? ¡Qué tiemble Chicago!

# NI UNA BODA MÁS

Loles López

zafiro

Para ser felices se necesita eliminar dos cosas: el temor de un mal futuro y el recuerdo de un mal pasado.

SÉNECA

Que cuando el amor no es locura, no es amor.

CALDERÓN DE LA BARCA

## Prólogo

¿Veis a esa pánfila que suspira mientras pasea la mirada por el extenso y verde paisaje que rodea este lujoso hotel a las afueras de Galena? Pues ésa soy yo...

Es cierto que Gooldmoor Inn es un lugar de ensueño, con ese aire de castillo de princesas al más puro estilo americano, un espacio novelesco y único que toda romántica que se precie —entre las que me incluyo a regañadientes, mientras me escondo para que nadie se entere—, alguna vez en su vida ha deseado para su futuro enlace... Pero aun así, sin dejar de observar por la ventana el ideal de cualquier mujer para su boda, mientras sujeto este ramo de flores de colores alegres, que embriaga con su perfume mis fosas nasales, y noto cómo este precioso vestido de raso, largo hasta los pies y excesivamente ceñido para mi gusto, me dificulta incluso el más mínimo movimiento, recuerdo lo que me ha sucedido precisamente esta mañana, porque no podía ser otro día, claro... Sólo he sentido alivio al darme cuenta de que estaba sola en casa en el momento en que he recibido esa visita que ni en mil años habría esperado recibir... ¡Menos mal! Porque dudo que ni mi madre ni mi abuela se hubieran creído cualquier absurda mentira que se me hubiese podido ocurrir para esconder la verdadera razón por la que se me ha quedado cara de póquer cuando ese desconocido me ha dicho quién era... ¿Cómo podía imaginar que, después de diecisiete años, volvería a saber algo de mi padre? Aunque lo que ha venido a darme el abogado de mi progenitor, que es quien era el desconocido, no han sido precisamente buenas noticias...

Mi padre ha muerto.

Casi no me ha dado tiempo de asimilarlo, porque enseguida me ha comentado que soy la heredera de todos sus bienes y que me ha dejado una carta que contiene su última voluntad. Pero para poder acceder a todo ello tengo que cumplir un requisito... ¡¡Me tengo que casar!! Dejando a un lado la frustración que he sentido al enterarme del triste desenlace... —comprendedme, cuando mi padre se marchó yo era una niña y sólo tengo diminutos recuerdos de él; tenía la vaga ilusión de que algún día volveríamos a encontrarnos...—, y los bienes que él tuviera, que, la verdad, me dan igual, lo que sí me llama la atención es esa carta. ¿Dejaría ahí mi padre la explicación de por qué nos abandonó y por qué nunca ha vuelto a contactar conmigo? Porque eso sí me interesa saberlo. Pero aquí viene el problema, porque tengo novio, sí, pero sé que nos quedan dos telediaros como mucho... Porque Tim no es que sea el hombre más romántico del mundo ni mucho menos el más detallista —algo que en un principio no me importaba, no todos podemos ser iguales—, pero hay algo que falla, algo en mi interior me grita que él no es ÉL, y, claro, las dudas, los temores comienzan a pasarme factura y Tim lo está notando... No, si al final me veo entrando en el



récord Guinness en una nueva categoría que se podrá llamar: «Imán antiamor con tendencia a la mala suerte», y justo debajo una foto mía con una mueca parecida a una sonrisa... Pero a lo mejor —e intento no hacerme muchas ilusiones al respecto— son cosas mías y sólo es un pequeño bache que Tim y yo sortearemos fortificando nuestra relación, para así poder cumplir ese requisito de la boda y poder enterarme de todo... ¿Se nota que la paciencia no es una virtud que posea?

—¡Estás preciosa! —La alegre y ronca voz de mi mejor amiga me hace girar y abandonar por el momento mis cavilaciones.

Al verla, sonrío; lleva un precioso vestido blanco palabra de honor combinado con un maravilloso abrigo del mismo color, con pequeños detalles en perla, como en el vestido. Se ha recogido el cabello hacia un lado y unos tirabuzones rubísimos caen por su hombro derecho.

—Tú sí que estás impresionante —le digo, mientras me acerco a ella con dificultad.

No sé en qué estaba pensando cuando me compré estos zapatos de tacón. ¡Ah sí!: ¡¡en nada!! Porque si me los hubiese probado con este vestido, simplemente no me los habría comprado... ¡Parezco un pato mareado!

—Cielo santo... ¡Aún no me lo creo! —exclama con los ojos brillantes de emoción, sin percatarse de mis vacilantes y torpes movimientos—. ¡Ha llegado el día!

—Sí, parecía que no llegaría nunca, ¿eh? —suelto jocosa, mientras le guiño un ojo.

Mi amiga es dada a la exageración y a buscar mil infortunios en sus elaborados planes, algo que siempre me ha venido bien: si Adele planificaba algo, sabía que nunca (¡y cuando digo nunca es nunca!) fallaría nada; por el contrario, si lo hacía yo...

—Sí... —contesta, ocultando una sonrisa nerviosa que no me pasa desapercibida. «¿Me estás escondiendo algo, bandida?»—. No me dejes sola, ¿de acuerdo? —balbucea mientras hace un pucherito que la vuelve todavía más adorable de lo que es.

—¿Cómo te voy a dejar sola el día más importante de tu vida, Adele? —pregunto cogiéndole una mano y apretándosela con cariño—. Vais a ser muy felices, ya lo verás. Colin te adora y hacéis una pareja perfecta.

—Sí, es todo lo que siempre he querido... Me imagino que como te pasará a ti con Tim, ¿verdad? —pregunta la muy... En fin, o bien Adele me conoce demasiado o yo soy demasiado transparente, aunque me decanto por lo primero.

—Bueno... —respondo, pues éste es un tema peliagudo y no deseo que mi mejor amiga, en el día más importante de su vida, esté preocupada por un mal presagio que tengo cada vez que veo a mi novio, al que se le ha sumado el fantástico plus de buscarme un futuro marido lo antes posible...—, eso espero.

—No te veo muy convencida,

—¡Ya me conoces! —replico jovial, intentando demostrarle que estoy fantásticamente bien, aunque enterarme esta mañana de que he perdido toda oportunidad de volver a ver otra vez a mi padre me ha dejado trastocada para todo el día.

Doy un paso hacia ella y siento cómo el vestido me tira tanto que me impide incluso avanzar...

Ya podría haber elegido Adele un modelo un poquito más holgado... ¿Será esto una pequeña venganza por haberle provocado más de un dolor de cabeza en el pasado con todo lo que me ocurre?

—Además, no es momento para hablar de ese tema. Hoy los protagonistas sois vosotros.

—Pero Tina... —susurra, clavando en mí esa mirada que tan bien conozco.

Sé que está preocupada por mí y yo también lo estoy, pero hoy es su día y no quiero enturbiar su enlace con mis problemas sentimentales, por no hablar de los familiares e incluso de vestuario...

—Es la hora —informa la organizadora de la boda asomándose por la puerta e interrumpiendo lo que Adele me iba a decir.

Ambas asentimos mirándola, para después fijar de nuevo la vista en los ojos de la otra. Acto seguido, cojo mi estola, de un material parecido al que se utiliza para hacer peluches, y me la coloco sobre los hombros.

—Va a ir todo fenomenal, ya lo verás, Adele. Tú asegúrate de decirle «sí, quiero» a Colin y lo demás irá rodado —digo, mientras le guiño un ojo antes de dirigirme fuera del salón que hemos utilizado para arreglarnos para el gran momento de mi amiga.

No podría caminar deprisa aunque quisiera. Es una lata, pero entre los tacones y la estrechez del vestido, parezco una geisha novata con juanetes. Me dirijo hacia el sendero que, junto a las otras dos damas de honor —la hermana de Adele y su cuñada, que parece que han tenido más suerte con la talla del vestido—, nos llevará a la zona donde se va a casar mi mejor amiga con el único novio que ha tenido.

Puedo decir que he tenido el honor de presenciar sus inicios, cuando Colin la esperaba todos los días en el pasillo del instituto para acompañarla. Vi cómo Adele buscaba información por el pueblo para saber si ese chico podía ser bueno para ella, porque mi amiga no es muy dada a vivir la vida loca; poco le faltó para pedirle una muestra de sangre y una declaración jurada antes de tener nada con él... Yo estaba allí cuando comenzaron a salir y vi cómo se enamoraron hasta el punto de convertirse en inseparables.

Es maravilloso ver que el amor existe de verdad y que no es esa quimera que a mí me parece inalcanzable, que dos personas pueden quererse tanto como para no interponerse en su camino, que juntos son mejores que separados. Colin ayuda a que mi amiga no sea tan cuadrada y Adele lo centra a él de tal manera que Colin ha conseguido labrarse un maravilloso porvenir como político.

Al poco oímos los primeros acordes de la marcha nupcial. Adele está detrás de nosotras y, sin poder resistirme, he comenzado a hacerle caras para que se ría. Va cogida del brazo de su padre, que la mira con devoción; es tan tierna la imagen que me obligo a no derramar ni una sola lágrima... ¡Madre mía, con lo sensiblera que estoy hoy, sólo me faltaba presenciar esta escena que jamás podré vivir!

Avanzamos cuando la organizadora de la boda nos hace una señal y al poco vemos la preciosa pérgola, adornada con tul blanco y flores de distintos colores. Delante de ella se encuentran los

invitados —que van bien abrigados, pero sin perder el glamour—, sentados en unas bonitas sillas blancas. Al pie del altar, el novio, perfectamente ataviado para la ocasión, sonrío dichoso. A su lado, sus acompañantes: su hermano Davon, que prácticamente es una calcomanía de él, pero un poquito más mayor que Colin; Tim, mi novio, que está más pendiente de recolocarse la corbata que de mirarme y...

—Mierda —farfullo por lo bajo y me vuelvo para mirar a mi amiga, que me sonrío nerviosa.

«Conque esto era lo que me ocultabas, ¿eh?» Me armo de valor y sigo adelante, intentando que nadie se dé cuenta de que se me ha revuelto el estómago al verlo y que deseo fervientemente tirarle el ramo de flores a la cara, para después salir corriendo, algo difícil de hacer con estos tacones y este maldito vestido... ¿Será ésa la razón de que el mío me dificulte caminar? Seguramente mi amiga lo previó, algo normal en ella. Lo que aún no entiendo es cómo no me imaginé que vendría a la boda de Colin. Siempre han sido amigos, pero al no vivir en Galena, no sé, pensé que cabía la posibilidad de que no se presentara. Pero... ¿cómo no iba a venir el nieto perfecto a pavonearse delante de todo el pueblo, con su traje hecho a medida y sus modales de niño rico?

Me pongo en mi lado del altar y centro mi atención en Adele, que me mira con cara de culpabilidad. «Ya te pillaré, bonita.» Saber que lo tengo enfrente me pone de los nervios y de mala hostia, pero es la boda de mi amiga y debo dedicar toda mi energía a que ella esté bien y que sea feliz.

La ceremonia ha sido preciosa, ésa es la verdad, todo ha salido como mi amiga lo organizó. Sus padres han acabado soltando alguna que otra lagrimita, Colin la ha mirado embelesado, como si estuviera delante de lo más valioso para él, y, cuando el juez los ha declarado marido y mujer, se han besado de una manera tan tierna y tan bonita que no hemos podido parar de aplaudir hasta que los hemos visto abandonar la pérgola.

«¿Conseguiré casarme algún día con el amor de mi vida o me tocará pasarla pensando que jamás tendré esa carta en las manos? Uf... ¡Ni de coña! Antes me caso con Tim, aunque sepa que no somos la pareja ideal», pienso, para después salir detrás de los recién casados, cada dama de honor con nuestra pareja. Doy gracias por ir del brazo de Tim, que de repente se ha dado cuenta de que existo y no para de mirarme el canalillo. «¡Chico, disimula un poco, que parece que sea la primera vez que me ves!»

—Estás muy guapa —me susurra y sonrío, aunque esté más pendiente de poner tierra de por medio con la pareja que tenemos detrás. Sí, justo la que forman el chico preferido de Galena y la hermana de Adele.

—Qué maravilloso enlace... —dice mi abuela acercándose a nosotros, después de que los novios se marchen juntos a hacerse fotos por la preciosa propiedad y los demás invitados nos reunamos alrededor de unas mesas blancas —y unas estufas de pie—, en las se van a servir unos canapés y bebidas.

—Sí, van a ser muy felices —digo dándole la espalda a mi archienemigo, que está hablando

con otros invitados, mientras hace alarde de lo bien que le van las cosas por la ciudad...

—Tim, ¡qué elegante estás! —suelta mi madre, mirándolo con cariño.

Él le sonríe ufano y le da un par de besos, para después estrecharle la mano al que será mi futuro padrastro.

«¿Les digo la verdad a mi madre o a mi abuela...? No, es mejor, no decirles nada. ¡¡Ellas mismas eliminaron cualquier rastro, imagen o recuerdo de mi padre!!»

—No tanto como tú —contesta Tim con galantería—. Voy un momento a hablar con los chicos —añade, para después alejarse de nosotras.

—Yo también os dejo a solas para que os pongáis al día —comenta Hunter, el prometido de mi madre, antes de darle un beso en la mano a su futura esposa y caminar hacia donde se encuentran sus amigos.

—Por lo que veo, éste te está durando más —me suelta mi madre, haciendo que cierre momentáneamente los ojos.

Es cierto que los novios me duran muy poco, un par de meses a lo sumo, pero yo no tengo culpa de tener tan mala suerte, ¿o tal vez sí? Cada día me levanto intentando ser positiva, más que el propio Mr. Wonderful, aunque me temo que cuando llega la noche alcanzo niveles de Mr. Puterful y el Grinch juntos...

—A mí me parece un chico muy simpático, además, su familia es muy respetada en el pueblo —comenta mi abuela, dándole el visto bueno, algo que hace que lo busque con la mirada y lo vea riéndose a carcajadas con sus amigos.

Tim es... bueno, un tipo normal, el más normal de toda su pandilla... Estatura media, ojos claros, cabello rubio ceniza, complexión trabajada duramente delante de la televisión con el mando de la PlayStation en la mano; nada romántico, tirando a egoísta redomado y un hombre de pocas palabras. Sí, ¡ése es mi Tim!

—Qué día tan precioso para celebrar una boda —dice Savannah acercándose a nosotras, algo que hace que dejemos la conversación para otro momento.

—Sí que lo es —contesta mi abuela, que es íntima amiga de esta dulce mujer de rasgos armoniosos.

—Tina, estás... —susurra Savannah, mirándome de la cabeza a los pies como si fuera la primera vez que me viese, algo difícil, pues vivimos a poco más de tres pasos de distancia—, deslumbrante. No sabía que tuvieses curvas —añade con una sinceridad aplastante, sólo apta en niños y personas de edad avanzada, y creo que ella reúne las dos características, porque nunca he visto a una mujer de la edad de mi abuela comportándose como una niña...

—Creo que Adele ha querido que todos los invitados de la boda lo sepan —contesto mientras le sonrío. Siempre me ha caído bien esta adorable mujer, aunque no tanto su nieto...

—Ha hecho bien, nunca habría pensado que debajo de esa ropa holgada que siempre llevas, hubiese esto... —insiste, mientras asiente con la cabeza dándome el visto bueno, para después

volver la mirada en busca de su nieto—. Jack —lo llama y empiezo a buscar una escapatoria lo más rápido posible.

No quiero hablar con él, no quiero tenerlo delante ni tampoco escuchar lo bueno, serio y responsable que es.

«Vale, piensa, Tina, ¡¡piensa!!»

Cómo no, porque él es así de correcto, Jack enseguida se acerca a su abuela con esa sonrisa que le marca un irritante hoyuelo en la mejilla. Nos mira mientras nos saluda y a mí me da una arcada. ¿Cómo puede existir un hombre tan pedante, insufrible y con el ego tan inflado?

—Señoras —dice, inclinando la cabeza como si fuera un antiguo caballero.

«Puaj... ¡Qué rabia me da!»

—Me está llamando Tim —me invento y así me escabullo a la velocidad de la geisha novata con juanetes, caminando por un césped tierno en el que se le hundan los tacones.

—¿Has visto a mi nieta, Jack? —suelta mi abuela.

Voy tan despacio que podría cogermelo y volver a llevarme al grupo (algo que, menos mal, no hace). Pero yo tengo un objetivo muy concreto: salir de ahí por piernas, aunque, como diría Fonsi, lo haga despacito.

—¿Has visto que guapa está? —insiste ella.

«¡¡Abuela!!», gimo por dentro, porque esto debería estar prohibido. Encima, con lo mal que me cae ese hombre que, seguramente, me estará mirando mientras intento alejarme de ellos. Pero... ¡¡al final lo consigo!! «Oe, oeoeoe, oeeee.» He logrado no oír la respuesta de Jack y me relajo un poco. Me acerco a uno de los camareros y cojo una copa de lo que sea, ¡me da igual! Sólo quiero quitarme el mal sabor de boca.

Me acerco a Tim, que ni siquiera hace el amago de involucrarme en la conversación sobre el último juego de PlayStation que los tiene enganchados a la pantalla, mientras observo la fiesta. Se nota que todos lo están pasando fenomenal y yo empiezo a relajarme después de beberme de un trago una copa de vino tan seco que me ha hecho cerrar los ojos y me hace temer que las pupilas gustativas se me queden momificadas para siempre.

Los novios vuelven de hacerse el reportaje y pasamos al interior de la casa, donde un amplio y maravilloso salón nos recibe con una melodía suave. La cena está de lujo y mis acompañantes a la mesa —amigos de toda la vida— hacen el resto. ¡Bien por Adele!

Pero de repente, después de la copiosa cena, mi amiga se levanta con paso seguro y camina hasta mí. «Por favor, no lo hagas, por favooooorr...», suplico mentalmente, aunque su rostro refleja la decisión que ha tomado, que no es otra que hacerme pasar por el peor trago de mi vida delante de todo Galena y, ya de paso, de mi archienemigo, que está concentrado en la escena que está a punto de suceder. «¡Viva la mala suerte!»

—Querida Tina... —me dice, después de hacer que me levante de la silla para que todos los presentes vean lo que ocurre y escuchen sus palabras. Miro de reojo a Tim y lo veo desencajado. «Madre mía, que me da que está comenzando a tener los primeros indicios del síndrome de miedo

al compromiso: sudor, temblor y *cagalitis* aguda»—, eres mi mejor amiga, mi confidente, la que siempre ha apostado por nosotros, incluso antes de que lo hiciera yo —suelta con una sonrisa—. Gracias por estar a mi lado —concluye con los ojos brillantes de emoción.

—Te mato —susurro y esbozo una sonrisa tan forzada que hasta me duele la mandíbula.

—Yo también te quiero y ya sabes lo que dicen... De una boda sale otra boda —me contesta en voz baja, mientras me abraza con cariño y yo cierro los ojos intentando controlarme.

A veces pienso que Adele me lee la mente, porque desde que el abogado se ha marchado de mi casa, no dejo de pensar en ello: la próxima boda a la que iré será la mía. ¡¡Ya está decidido!! No puedo tardar una eternidad en casarme, necesito saber lo que mi padre me quería decir. ¿Será esto una señal de que lo conseguiré? ¡¡Ojalá!!

Cojo el ramo que Adele me da y me siento, y miro de reojo a Tim, que comienza a soltarse la corbata, mientras escucha a nuestros amigos hablar de nuestra futura boda, de cuándo se celebrará, de que ahora somos nosotros los próximos. Aunque intentamos quitarle hierro al asunto —más Tim que yo—, no puedo dejar de mirar su rostro pálido y observar su balbuceo al hablar... ¿Debería preocuparme por su reacción de agobio total?

Después de contemplar el primer baile, de hacer fotos y subirlas al Instagram con las etiquetas *LaBodaDelAño* y *QuiénSeráLaSiguiente*, y reírme al ver cómo Adele marca los pasos para que Colin no se equivoque, la fiesta se torna más distendida y mucho menos formal y a mí se me pasa esa sensación extraña de ver que mi novio —el que supuestamente hará que cumpla con el requisito de mi padre de manera rápida y efectiva— mira hacia abajo y parece que se le haya comido la lengua el gato.

—¿Podemos hablar? —me pregunta al poco.

Asiento y nos levantamos para salir al jardín, mientras me recoloco la estola. «Ay, por favor, ¡¡que lo va a hacer!! ¡¡Que lo va a hacer y me va a dar un parraque!! Vale, ¡nos casamos dentro de un mes! Y me da igual que la gente piense que estoy preñada o loca, aunque eso segundo ya lo piensan... Pero yo... ¡¡yo no quiero a Tim!! Joder, es que lo miro y me da hasta pena, parece que esté pasándolo mal, pero yo sólo le quiero dar una negativa más grande que este casoplón que tenemos detrás. «Tina, acuérdate de que existe el divorcio y que tú necesitas leer esa carta...», pienso, mientras camino lentamente a su lado, intentando que no note cómo va de rápida mi mente...

—¿Estás bien? —le pregunto, pues llevamos un rato caminando sin ni siquiera cogernos de la mano, y empieza a preocuparme su mutismo.

—Sí... —resopla—. No quería que sucediera esto, Tina, pero...

«Ya sabía yo que sería demasiado bonito y fácil que él me hiciera La Pregunta justo cuando necesito desesperadamente casarme», pienso al verle el rostro desencajado y la manera que tiene de moverse, nervioso, incómodo, sin olvidar que ese «pero» sólo puede significar una cosa...

—... pero es mejor que lo dejemos.

—Ya —suelto sin mucha emoción. Sí, esto era precisamente lo que llevaba esperando desde

hace días y, aunque me dé rabia admitirlo y sepa que así se joroban mis planes, tiene razón.

—Sé que suena a cliché, Tina, pero es la verdad. Tú y yo no estamos hechos el uno para el otro...

«¡Tócate el moño, y me lo suelta así de pancho!», pienso perpleja, al darme cuenta de que Tim no tiene mano ni para romper una relación *light* como era la nuestra.

—¿Estás rompiendo conmigo por lo del ramo? —pregunto, porque podría habérmelo dicho al acabar la fiesta, o mañana—. Son cosas que se hacen en las bodas y no tiene por qué significar nada —añado, intentando averiguar la verdadera razón de su iniciativa. Antes de que esta mañana viniera el abogado de mi padre, creía que sería yo la encargada de finalizar nuestra relación y no Tim...

—Es cierto que me he asustado bastante al ver el ramo y oír las preguntas de nuestros amigos, pero es una decisión que llevo pensando un tiempo. Lo siento, Tina, pero tenemos que dejar de ser pareja.

—¡Pues nada, chico! Más se perdió en la guerra —exclamo, intentando suavizar un poco la tensión—. Nos vemos —susurro antes de darme la vuelta y volver a la fiesta sintiéndome rara, entre aliviada y preocupada. Vale, sé que es contradictorio, pero ahora tengo que volver a buscar un novio con el que casarme y me temo que me llevará cien años encontrar al indicado, todo ello si existe tal persona... Con la mala suerte que tengo, a mi media naranja la habrán exprimido ya....

Intento avanzar por el jardín, mientras este estúpido vestido casi no me deja hacerlo. ¡Y me tiene harta! No para de quejarse con cada movimiento que hago...

Nada más entrar en el salón donde se celebra la fiesta, dejo la estola en mi silla, me acerco a la barra y me bebo de golpe dos copas de champán para paliar un poco ese regusto amargo de haber terminado una relación en una boda, justo en el momento en que más necesitaba tener una. Menos mal que Adele ha dicho que de una boda sale otra...

Cierro los ojos y siento en mi espalda su presencia, su calidez, y me da rabia tener esta especie de sexto sentido precisamente con él. ¿No podría haber tenido un sentido especial para encontrar a mi futuro marido? ¡Madre mía! Hasta hace un día me daba igual el tema y ahora, simplemente, no puedo dejar de pensar en eso... ¡¡Estoy obsesionadaaaaa!!

—Tina, quería hablar un momento contigo —me dice Jack, pero al volverme su gesto cambia rápidamente, como si pudiese leerme la mente. «Ayyy, ¡¡qué rabia me das!!»—. ¿Qué te pasa?

—Que todo me sale peor que mal, eso es lo que me pasa —suelto cabreada, mientras hago ademán de marcharme de ahí, pero el alcohol que llevo ingerido durante toda la velada hace que se me olvide por un momento que el vestido me aprieta tanto como si estuviera en el metro en hora punta y, por culpa del movimiento, noto cómo la tela se tensa una vez más...

Pero no me detengo y avanzo decidida por la pista de baile, crujido, crujido, crujido, cuando de repente siento que una mano me coge y me hace dar una vuelta al más puro estilo *Dirty Dancing*. Al ver quién es mi acompañante en ese improvisado pase de baile, sonrío. Siempre me

ha caído bien Davon, el hermano de Colin, y esta canción, *Impossible*, de James Arthur, me vuelve loca.

Me río, canto, disfruto y se me olvida por un instante que Jack también se encuentra en este salón, de que mi novio acaba de dejarme y de que me tengo que casar lo antes posible, para saciar mi curiosidad. Es lo que tiene el alcohol, que aturde los sentidos, y encima esta música me transporta a un mundo diferente; aunque el cantante repita que es imposible y que ese amor que grita le ha hecho abrir los ojos, tengo la tonta ilusión de que las cosas me van a salir bien y no como de costumbre en mí...

Davon gira conmigo como si fuésemos bailarines profesionales y noto que el vestido cruje quejándose todavía más por mis movimientos bruscos. Pero ¡me da igual! Me lo estoy pasando bien y sigo bailando, riéndome y olvidándome de todo y de todos. ¡¡Lo necesitaba!! En una de las mil vueltas que me da Davon por la sala, veo a Jack muy quieto, mirándome como si estuviera esperando a que parara para poder hablar conmigo.

«Lo siento, majo, pero me has pillado en mal momento», pienso, y busco a Tim por la sala, pero no lo veo ni tampoco a sus amigos más cercanos. Supongo que se habrán ido ya. «¡Pues que te aproveche, chaval!»

Sigo dándolo todo, es más, aumento mis movimientos sólo para que Jack se dé cuenta de que estoy demasiado ocupada divirtiéndome como para atenderlo. Otra vuelta, otro crujido, Davon me coge por la cintura y hace que me recueste en su brazo, otro crujido; me da otra vuelta y, para estabilizarme, abro las piernas más de lo que me permite el vestido, que de repente se rasga, haciendo que abra los ojos por la sorpresa. Trago saliva y maldigo por dentro cuando noto un airecillo en la parte trasera, lo que hace que me detenga de golpe. Echo una mano hacia atrás con cuidado y me toco una nalga desnuda. «Mierda, mierda, mierda... ¿De verdad, por qué tengo que tener tan mala suerte? Ya podría repartirse un poco entre otras personas, que yo no soy egoísta...»

Maldigo de nuevo cuando me llegan los primeros murmullos, provocados por la rotura de mi vestido, que me ha dejado desnuda de cintura para abajo, más concretamente, con todo el culo al aire.

De repente, noto sobre mis hombros la chaqueta de un hombre y al volverme me encuentro con su mirada, con esos ojos negros, con esa seguridad y seriedad tan características en él y con esa predisposición a quedar siempre bien. Jack el perfecto caballero, el salvador de las mujeres, el hombre ideal... «¡¡Puaj!!»

—¿Vas sin ropa interior? —me pregunta el muy...

—No te he pedido ayuda —le digo, obviando la cuestión, porque no me apetece explicarle que no llevo ropa interior para que no se note debajo de un vestido tan apretado, al tiempo que me quito la chaqueta y se la tiendo. Sí, sé que no es una buena idea, pero es que no quiero nada de él.

—Te están viendo todos... —dice Jack con seriedad, como si fuera algo atroz y tuviera la obligación de rescatarme, otra vez...

—¡Pues que me miren! —replico malhumorada, mientras me agacho, sintiendo que la tela se



rasga todavía más, cojo el borde del vestido y comienzo a subírmelo por las piernas.

—¿Qué estás haciendo?

—Ahora lo verás —digo enfrentándome a sus ojos, que me miran como si estuviera loca, y tal vez lo esté, dadas las circunstancias.

Davon simplemente me observa como si fuera la primera vez que ve a una mujer parcialmente desnuda... «Ya te vale, colega, que nos conocemos de toda la vida...»

Cuando el borde del vestido está a la altura de mi cintura, lo anudo, de modo que la tela me tapa el culo y de paso deja mis piernas libres para poder caminar con mayor soltura. Sin decirle nada más a Jack, porque no veo necesario gastar saliva con semejante hombre, me dirijo fuera de la pista de baile como si no hubiese pasado nada. El centro de atención comienzo a no ser yo y puedo respirar tranquila. ¡Menudo ratito malo he pasado!

Doy por finalizada la fiesta, la diversión y todo lo relacionado con ese sentimiento que sólo sé que existe por Adele y por las películas de amor que nos tragamos. ¡¡Somos unas fans enloquecidas de las comedias románticas!! Lo único que necesito es salir de aquí, alejarme de todo y sacudirme esa rabia que ha vuelto a invadirme de nuevo. Miro a mi alrededor, ¡no veo a mi madre ni a mi abuela! Rebusco en mi pequeño bolso el teléfono para llamar un taxi. ¿No puede salirme nada bien hoy?

—¿Te llevo?

Sonrío al ver a Davon bajar la ventanilla de su coche y respiro tranquila, por lo menos podré llegar a casa. Asiento mientras subo a su coche y, cuando éste sale de la propiedad, me doy cuenta de que Jack está parado, mirándonos con ese aspecto de tipo serio, inalcanzable, tan correcto que da grima. Me recuesto en el asiento y suspiro al tiempo que observo el camino.

«¿Y ahora dónde encuentro a un tío que quiera casarse conmigo?»

Se detuvo un instante para observar cómo amanecía, cómo se teñía el cielo de naranja, en distintas tonalidades, avisando con esos colores tan vivos de la llegada de un nuevo día. Se echó el cabello hacia atrás y siguió corriendo, de vuelta a casa de su abuela, observando las calles vacías, la tranquilidad reinante en el pequeño pueblo, escuchando el silencio sólo roto por el canto de los pájaros y sus pisadas impactando sobre el duro asfalto. Sintió sobre su piel el viento húmedo procedente del río que le daba nombre a aquel encantador pueblo que parecía sacado de una máquina del tiempo, pues parecía que para él no transcurriesen los años, anclado a principios del siglo XIX, y cerró los ojos para llenarse de toda esa energía positiva que siempre hallaba en ese lugar.

Sonrió al observar la casa de su abuela; la fachada azul pastel, las contraventanas blancas y el marco de éstas pintado de rojo oscuro le daban un aspecto tan encantador como único. Subió los tres peldaños que separaban el pequeño jardín delantero del porche y, antes de utilizar su llave para entrar, mientras realizaba los pertinentes estiramientos, recordó las tardes de verano que pasaba precisamente allí, sentado en una silla blanca, observando cómo se mecía la bandera americana con la suave brisa, conversando con su abuela sobre el pasado, sobre el presente e incluso sobre el futuro —uno que ella idealizaba—, al tiempo que miraban el ir y venir de los niños al río, a las vecinas que se acercaban a hablar con ellos y el apacible trajín de sus habitantes.

Jack había pasado tantos buenos momentos en aquel pueblo que, aun sin ser de allí, se sentía un lugareño más. Entró y el inconfundible aroma del café recién hecho lo llevó hasta la cocina, donde se encontraba su abuela, vestida con unos vaqueros holgados y un jersey fino de color fucsia, preparando el desayuno. Savannah siempre había sido una persona moderna, incluso entonces, con setenta años, seguía gustándole vestir con colores alegres, pues creía que eso la ayudaba a mantenerse en aquel estado de ánimo. Llevaba el cabello rubio cardado, algo que la ayudaba a añadir un par de centímetros a su reducida estatura.

—Qué pronto te has despertado, Jack —le dijo al verlo entrar.

—Me apetecía correr un rato antes de hablar con los Harris.

—Ay, hijo, aún no me creo que hayas accedido a diseñarles su nueva casa. Anoche Scarlett estaba tan feliz de saber que se la harías tú, que estoy segura de que nada más por la publicidad que te va a hacer te encargarán más proyectos.

—Si es así, les tocará esperar... Tenemos una agenda muy apretada, abuela. A Scarlett le he

hecho un pequeño favor haciéndole un hueco entre los otros proyectos que tenemos en marcha...

—Ay, mi nieto, ¡si es que vales tu peso en oro! —exclamó ella con orgullo mientras sonreía.

—Es lo menos que puedo hacer por tu amiga.

—Ay, mi amiga —susurró Savannah, llevándose una mano a la cadera—. He hablado hace un ratito con Alice y están más que preocupadas.

—¿Y eso?

—Pues por Tina, cómo no, esa chica es una polvorilla. Esta mañana le ha dado por decir que quiere marcharse a Chicago y que no hace falta que le incluyas una habitación en la nueva casa de su madre...

—¿Y eso? ¿No estudiaba por aquí cerca?

—Ya terminó la carrera... —contestó Savannah, para después quedarse un segundo en silencio, pensando en todo lo que le había contado su amiga—. ¡Imagínate cómo están Alice y Scarlett! Al borde del soponcio. Con lo cabra loca que es Tina, es capaz de poner del revés Chicago.

—No creo que sea para tanto... —respondió Jack con una sonrisa, pues no la veía tan alocada como siempre decía su abuela que era.

—Tú no la conoces, cariño. En fin, veremos lo qué pasa con ella, porque, vamos, si no encuentran una solución que guste a las dos partes..., ¡arderá Troya!

—Seguro que todo se arregla, abuela —dijo Jack con cariño, intentando tranquilizarla—. Me voy a duchar y bajo.

—Sí, date prisa —contestó ella observándolo salir de la cocina, mientras negaba con la cabeza.

Tenía el mejor nieto del mundo, un hombre bueno, leal, inteligente y con principios, además de ser el mejor arquitecto de todo el condado de Illinois y, si por ella fuera, de todo el mundo.

\* \* \*

—¿Qué te parece? —le preguntó Scarlett señalando a su alrededor, una extensión verde en las afueras de Galena.

—Tiene muchas posibilidades. Hay espacio suficiente para construir la casa que queréis —contestó Jack mientras escribía en su tableta todo lo que le habían dicho que querían incluir en su nuevo hogar.

Llevaban en ese lugar bastante rato, trabajando sobre el terreno, mirando dónde querían cada estancia y con qué orientación, cuántos metros deseaban para cada habitación, cuántas ventanas y un largo etcétera, que él apuntó con exactitud, para después trabajar desde la oficina.

Observó a la pareja. Scarlett estaba exultante de felicidad, llevaba el cabello rubio sujeto en una coleta alta, se había puesto unas botas altas, un vestido sobrio de color marrón y encima una chaqueta que la protegía del frío. Jack la miró con mayor atención, intentando encontrar los rasgos que su hija había heredado de ella, pero lo único que pudo encontrar fueron los labios y su figura

atlética, nada más. Supuso que Tina se parecería más a su padre, aunque él lo recordaba de manera muy vaga...

Le echó un vistazo a Hunter y recordó que su abuela le había contado que a éste le costó bastante que la desconfiada Scarlett se lanzará de nuevo a los brazos del amor. Pero como siempre decía Savannah, el tesón hace más que el deseo, y después de mucho tiempo consiguió una cita y se trabajó la relación duramente, demostrándole a Scarlett que no todos los hombres eran como su anterior pareja...

—¿Crees que podrás empezar pronto? —preguntó Hunter mientras se acariciaba su bien cuidada barba de tres días, del mismo tono que su cabello, de un rubio oscuro. Era bastante más alto que Scarlett, pero no tanto como Jack, aunque lo que más llamaba la atención de él no eran los relojes ni las cadenas de oro que llevaba, sino más bien su prominente barriga.

—Lo intentaremos. Lo que más tiempo necesitan son los planos, después habrá que pedir los permisos para comenzar la obra, hablar con un contratista de la zona o, si queréis, puedo traerme al mío, y empezar...

—Confiamos plenamente en ti, Jack. Contrata al personal que tú veas. Queremos tener lista la casa para luego fijar la fecha de la boda —explicó Scarlett con emoción, mientras se abrazaba a su futuro marido.

—¿Sabes si Tina quiere algo concreto para su dormitorio? Al final no pude hablar con ella anoche en la boda... —dijo él, guardándose para sí la información que le había dado su abuela. Tal vez Tina había cambiado de idea y sí deseaba un dormitorio en la nueva casa.

—Volvemos locos, eso es lo que quiere —contestó Hunter negando con la cabeza, en clara desaprobación de la conducta de su futura hijastra.

—Cariño... —susurró Scarlett. A juzgar por su tono de cansancio, parecía que esa conversación era normal en la pareja—. Perdona, Jack, hazla como tú veas. Dice que no tiene ninguna preferencia...

—Lo que tiene que hacer es ponerse a trabajar y dejar de dar tumbos por doquier —soltó Hunter, haciendo que Jack lo mirase con atención, más por su tono de enfado que por sus palabras.

—Estaba trabajando hasta hoy —contestó Scarlett, cruzándose de brazos.

—Siempre la estás defendiendo, Scarlett. No puede ser que Tina siga viviendo bajo el mismo techo que tú. ¡Por el amor de Dios, ya tiene veinticinco años!

—¡Es mi hija, Hunter! Y vivirá conmigo hasta que ella decida —soltó Scarlett con coraje, haciendo que él mirase hacia otro lado, como si no quisiera rebatirle esa afirmación—. Además, ya tengo bastante con saber que ahora quiere marcharse de Galena...

—¡Pues que se marche! —soltó Hunter de malas maneras.

—¡¡Hunter!! Como se nota que no tienes hijos —susurró ella con aflicción, mientras negaba con la cabeza desaprobando su conducta—. Quiere marcharse a la ciudad, ¿tú sabes lo que puede significar eso? —añadió, mirando a su prometido con temor.

—Pues viniendo de tu hija, problemas.

—Sí... ¿Cómo voy a centrarme en la casa, en los preparativos de la boda y en todo lo demás, si sé que ella está sola en la ciudad?

—Scarlett, tienes que cortar ya el cordón umbilical... Me imagino que será difícil, pero Tina ya no es una niña. Deja que cometa sus propios errores —contestó Hunter, suavizando bastante su tono de voz, como si deseara que ella entendiese que era de vital importancia hacer precisamente lo que no paraba de sugerirle, que la dejara volar y se centrara en él, en su matrimonio y en pasarlo bien. ¡Ya les tocaba disfrutar!

—Eso es lo que me asusta: sus errores... —susurró Scarlett con tristeza.

—Bueno —carraspeó Jack, intentando centrar el tema de nuevo en la casa, pues ésa era una conversación demasiado personal como para que él estuviera escuchándola—, voy a comenzar a trabajar en los planos, contando con el presupuesto que me habéis dicho que tenéis. En cuanto los tenga, iré al pueblo lo antes posible para poder realizar los trámites y contratar al personal que necesitaremos. Cualquier duda o idea, me llamáis.

—Gracias, Jack —dijo Scarlett con una sonrisa—. Y perdona por la conversación que acabamos de tener Hunter y yo... Seguro que te hemos incomodado... Pero es que anoche Tim cortó con Tina y ella no ha querido salir de su habitación y mucho menos venir hasta aquí para ver el terreno y yo... bueno, sé que Hunter en parte tiene razón, pero ella siempre será mi niña... —concluyó, afectada por todo lo que le había sucedido a su hija.

—No te preocupes, Scarlett, lo entiendo y si está en mi mano ayudar a Tina en Chicago, no dudes que lo haré encantado... —contestó con una sonrisa.

—¿En serio? Oh, Jack, Savannah siempre dice que tiene el mejor nieto del mundo y la verdad es que no exagera. Pero ¡es una gran idea! De nuevo, gracias.

—De nada, para eso estamos los vecinos, ¿no? Bueno, os dejo ya, seguimos en contacto —se despidió Jack y se dio la vuelta para dirigirse a donde tenía estacionado el coche.

Se dirigió a casa de su abuela recordando la alegría de Scarlett cuando se había ofrecido a ayudar a Tina en Chicago. La verdad era que, en parte, esa alegría le extrañó. ¿Acaso no era normal echarse una pequeña mano?

Si al final recurrían a él, podría hablar con un par de amigos que estaban en el negocio inmobiliario en Chicago; seguro que podría encontrar un apartamento pequeño perfecto para Tina e incluso podría ayudarla a encontrar trabajo. ¡Es más! Hasta estaba dispuesto a contratarla como ayudante en Grupo 87, con tal de que Scarlett se relajara y pudiera disfrutar de su nueva relación. Por lo que le había contado su abuela, la mujer lo había pasado realmente mal cuando el padre de Tina las abandonó años atrás, convirtiéndose, por aquel entonces, en el centro de todas las conversaciones. Fueron unos años duros para ella, que se volcó en cuerpo y alma en su pequeña hija, ayudada, claro está, por Alice, que las acogió bajo su techo...

Cuando llegó a casa de su abuela, estacionó su coche, un BMW X2 negro junto a la acera, subió al porche y abrió la puerta, pero dentro se encontró el silencio, en vez de la alegre voz de

Savannah saludándolo. Jack pensó que seguramente estaría en casa de Alice, algo muy normal, si no estaba una en una casa, estaba la otra.

Se dirigió a su dormitorio para preparar el equipaje, no quería que se le hiciera muy tarde, aún le quedaba todo el camino de regreso a Chicago y eso era conducir poco más de tres horas. A la mañana siguiente tenía que estar bien temprano en la oficina.

Al abrir la puerta de su habitación, se encontró con la versión de Tina que él recordaba y no la que descubrió en la boda: una demasiado despampanante como para reconocerla. Ésta estaba sentada en la silla de su escritorio, con una pierna encima del asiento, mientras tecleaba en el ordenador.

—Savannah, ¡creo que lo he encontrado! —exclamó con alegría, pero al volverse y verlo se levantó de golpe de la silla, con tan mal tino que ésta se volcó y cayó al suelo con un gran estruendo—. ¿Qué haces aquí?

—Esa pregunta te la tendría que hacer yo, ¿no? —respondió Jack mirándola moverse nerviosa por su dormitorio.

Tina levantó la silla rápidamente y con torpeza, para después salir del navegador y eliminar el historial de búsqueda en tiempo récord.

Jack observó su cabello, de un tono castaño oscuro, suelto, mucho más largo de como lo recordaba. Llevaba ropa demasiado holgada, de colores neutros, el blanco del jersey se confundía con el gris de los pantalones, que no la favorecían en absoluto. No obstante, siempre había sido una muchacha bonita, de rasgos elegantes, grandes ojos pardos, nariz respingona, labios rosados bien definidos y una altura por encima de la media.

—Savannah me deja utilizar tu ordenador. El mío va muy mal... pero me marchó ya —añadió, mientras avanzaba hacia la puerta.

—Espera un segundo, ¿qué habías encontrado?

—¡Cosas mías! —contestó escabulléndose y comenzando a bajar la escalera apresuradamente.

—¿Por qué no has venido a ver el terreno que ha comprado Hunter para vuestra futura casa?

—Dirás para la futura casa de mi madre. Dudo que duerma alguna vez en ese sitio... —murmuró, sin dejar de descender la escalera, mientras él la seguía.

—¿Por qué dices eso? —preguntó extrañado.

Pero justo en ese momento, la puerta de entrada se abrió y aparecieron Savannah, Alice y Scarlett.

—¡Jack! —exclamó su abuela al verlo—. Ay, tesoro... —añadió —, Scarlett me acaba de contar lo que vas a hacer por Tina. ¡Eres un amor!

—¿Qué va a hacer por mí? —preguntó la aludida con desconfianza, mientras se acercaba a ellas.

—Cariño, vas a poder irte a Chicago. Jack se ha ofrecido a ayudarte mientras estés allí —anunció Scarlett con alegría, al haber dado con la solución perfecta para que ambas, madre e hija, ganaran aquella pequeña batalla.

—No necesito la ayuda de nadie —soltó Tina, sin disimular su desagrado.

—Este hombre es una caja de sorpresas. ¡¡Ofrecer su propia casa para que nuestra Tina viva con él un tiempo!! —exclamó Alice con gran emoción, mientras le cogía las manos a su gran amiga Savannah, y Jack, al lado de su abuela, se quedaba de piedra ante aquella afirmación que jamás había salido de sus labios. Ayudarla a encontrar un piso, sí, un trabajo, también... Pero ¿no que viviera con él!

—Mi Jack siempre tan dispuesto a ayudar —susurró su abuela con los ojos brillantes, mirándolo con adoración.

—¿Cómo?! —soltó Tina envalentonada, mirándolo desafiante a los ojos.

—Savannah —prosiguió Alice, obviando la cara de enfado de su nieta, que parecía al borde de un ataque de nervios—, no sé cómo os podremos agradecer este detalle que ha tenido tu nieto... Scarlett estaba a punto de tener un soponcio sólo de pensar que estaría sola en la ciudad, pero sabiendo que Jack estará allí para protegerla y cuidar de ella, podemos respirar tranquilas. ¡Nuestra Tina estará bien!

—¡Ni hablar! —gritó Tina con rabia, haciendo que Jack respirase tranquilo. Por lo menos ella no estaba de acuerdo con aquella decisión disparatada que habían tomado sin su consentimiento.

—O te vas a su casa o no te vas a Chicago, tú decides —susurró Scarlett con tranquilidad, mirándola fijamente.

—No puedes hacerme esto, mamá. Soy mayor de edad, ¡yo tomo mis decisiones! —replicó Tina cabreada.

—Sí, esas decisiones que te han llevado de trabajo en trabajo y de novio en novio sin sentar la cabeza, añadiendo rumores por culpa de tu manera de ser. ¡Deja de dar rodeos y madura de una vez por todas, Tina! —exclamó Scarlett con dureza.

Jack se sorprendió, porque nunca la había visto así de enfadada.

—¡Esto es increíble! —bufó Tina con frustración, al verse entre la espada y la pared.

—Será algo momentáneo, Tina, sólo unas semanas o, como mucho, un par de meses. Hasta que te estabilices, tengas un trabajo, sepas cómo moverte por Chicago y encuentres un apartamento que puedas costear... No podemos hacerle este feo a Jack. Se ha ofrecido a ayudarte, tienes que dejar que lo haga —comentó Alice con ternura, intentando apaciguar los ánimos de su nieta—. Los Thompson siempre se han portado bien con nosotros, no podemos quedar mal con ellos...

—Como los Harris con nosotros —añadió Savannah con una sonrisa, haciendo que los dos nietos se mirasen con seriedad y desconfianza.

Tina cerró los ojos un instante para controlarse, porque lo tenía más que claro: ¿no quería irse a vivir con Jack! Los abrió y se quedó mirando a todos los presentes, intentando asimilar la situación, hasta que sus grandes ojos castaños se detuvieron en él. Lo miró mucho rato, o por lo menos eso fue lo que le pareció a Jack, que no sabía qué decir: fuera lo que fuese, los Harris se lo podrían tomar a mal, y los Harris —como bien había dicho su abuela— siempre se habían portado

bien con su familia. Es más, eran los únicos que estaban pendientes de Savannah y él siempre podía contar con Alice o con Scarlett para que le informaran por teléfono de si su querida abuela estaba enferma o baja de ánimo. ¿Cómo podía decirles que todo había sido un malentendido y que él jamás había sugerido tal cosa? ¿Cómo podía decirles que ese contratiempo pondría patas arriba su bien trabajada rutina?

—De acuerdo —masculló Tina desafiante—. ¡Que así sea!

Y con esas palabras, pronunciadas como si fueran una amenaza, con un tono de voz duro y afilado, salió de la casa de Savannah seguida por su madre y su abuela, que volvieron a darle las gracias a Jack por lo que iba a hacer por ella.

—Madre mía, hijo, ¡no sabes dónde te has metido! —susurró luego Savannah negando divertida con la cabeza—. Vas a necesitar toneladas de paciencia con esa chica e ir con mil ojos con ella...

Jack asintió, se había metido en un buen lío sin quererlo y lo peor era que no podía hacer nada para enmendarlo. Pero bueno, sólo sería temporal... Unas semanas o tal vez un par de meses como mucho, como habían dicho... Tampoco sería tan grave que Tina viviera en su casa, ¿no?



## *Dos semanas después*

—Buenas tardes, señor Thompson —lo saludó la recepcionista nada más verlo entrar en la oficina—. Hola, Ryan —añadió, sonriéndole amable al niño de grandes ojos oscuros que se zafó de la mano de su padre en cuanto la vio, para ir a darle un abrazo.

—Hola, Lizzie —la saludó con ese desparpajo que poseía con tan sólo cuatro años, haciendo que Jack lo mirase con adoración—. He venido a trabajar un rato con mi papá.

—Eso es genial —contestó la recepcionista con cariño, mientras Jack sonreía por las salidas de su hijo.

—¿Están Eva y Clive en la sala?

—Sí, señor Thompson. Ha venido a tiempo, aún no ha llegado el señor Rothschild —informó la joven con profesionalidad.

—Perfecto —dijo Jack, para después agacharse hasta la altura de su hijo y así hablarle mientras lo miraba a los ojos—. Ryan, ahora te tienes que quedar un rato con Lizzie hasta que termine la reunión, ¿de acuerdo? No tardaré mucho... Eso sí, tienes que portarte genial y hacerle mucho caso.

—Claro, papi.

—Lizzie, su madre pasará por aquí a recogerlo. Cuando venga, avísame. Quiero despedirme de él antes de que se marche.

—Claro, no se preocupe. Además, mientras tanto, Ryan me podrá ayudar a hacer fotocopias —contestó, mientras le guiñaba un ojo al pequeño, que comenzó a dar saltos de alegría.

Jack sonrió con cariño mientras observaba cómo Lizzie lo cogía de la mano y lo llevaba hasta la fotocopidora. Ryan no paraba de contarle todo lo que habían hecho padre e hijo juntos ese día, algo que lo hizo hincharse de orgullo hasta tal punto que temió no poder entrar por la puerta de la sala de reuniones. Disfrutaba tanto de los ratos que pasaba con el pequeño, que le encantaba saber que a Ryan le ocurría lo mismo.

En ese momento, Lizzie se volvió para mirar a su jefe y sonrió, algo que hizo que Jack la observara con más atención. Su recepcionista —que llevaba trabajando para ellos desde hacía un año— medía un metro sesenta, era rubia y llevaba el pelo muy corto, peinado con un estilo muy actual que acentuaba tanto sus grandes ojos como su rostro aniñado, aunque esa mañana hubiese pintado los labios de un rojo vivo que atraía toda la atención a esa parte de su redondeada cara, confiriéndole un aspecto más adulto. No podía negar que era bonita, cariñosa y que, además, se

llevaba de maravilla con su hijo, pero para él sólo era una empleada a la que tenía estima por su labor y a la que siempre intentaba proteger de las artes seductoras de su amigo Clive...

Se dirigió a la sala de reuniones con paso tranquilo, aun sabiendo que no se encontraba lo bastante centrado ni lúcido como para reunirse con su próximo cliente, un magnate que deseaba construir su primer edificio y con el que había quedado esa tarde —lo que lo había obligado a volver al despacho justo el día que se había cogido libre para estar con Ryan—, para mostrarle los primeros bocetos. Jack suspiró aliviado al pensar que Clive y Eva estarían con él en esa reunión, pues presentía que necesitaría su ayuda para que todo saliera bien, aunque jamás se lo confesaría a Clive ni en mil vidas. ¡Sólo le faltaría saber eso para meterse todavía más con él! En cambio, Eva sabía que entendería su situación... Todavía no se creía lo bien que se había adaptado a trabajar con ellos —era la prometida de su amigo Owen, dueño de esa empresa—. Jack recordó cómo la conocieron y todo lo que los obligó a hacer Owen para intentar sonsacarle una verdad que al final no resultó ser la que él pensaba.

Eva era eficaz, brillante e incansable, una mujer de bandera, que había conseguido enamorar al implacable y famoso Owen Baker y, de paso, encandilarlos a todos con su manera de ser fresca y un pelín patosa, pero a la vez encantadora...

—Al final nos ha honrado con su presencia el gran Jack Thompson, señores —soltó Clive jocoso, nada más verlo entrar en la sala.

—Ya sabíais que iba a pasar el día con Ryan —contestó él, dirigiéndose a la silla de en medio de ellos dos, frente a una amplia mesa redonda de cristal. Obvió el chascarrillo de su amigo, que en ese momento se pasaba una mano por su cabello rubio, despeinándose, sin parar de sonreír ni un segundo. Clive nunca cambiaría, eso Jack lo tenía asumido...

—¿Ha venido contigo? —preguntó Eva, abriendo mucho los ojos, lo que destacó las vetas verdes en sus ojos castaños—. Tengo un regalito para él que me ha dado Owen —informó con una amplia sonrisa que la hacía todavía más adorable de lo que era.

—Sí, está con Lizzie... —contestó Jack, empezando a colocar los papeles sobre la mesa, concentrándose en esa tarea rutinaria, de modo que ninguno de los dos se percatara de que no se encontraba en su mejor momento—. Ahora vendrá su madre a buscarlo...

—¿Estás bien, Jack? —preguntó Eva, haciendo que él esbozase una mueca parecida a una sonrisa, pues sabía que era demasiado pensar que nadie se diese cuenta de que, en efecto, le ocurría algo. Por otra parte, conocía a Eva lo suficiente como para saber que no era de las que se callaba cualquier pensamiento que se le cruzara por la mente. ¡Al contrario!

—No hagas caso al sieso de nuestro amigo, Eva —intervino Clive displicente, mientras se tamborileaba con los dedos la afilada barbilla—. Le encanta estar serio, mostrar su cejo fruncido al mundo y que veamos ese mostacho que le aparece mágicamente cuando se pone así —concluyó burlón, con una amplia sonrisa. Se notaba que deseaba provocar a su amigo, un juego al que, tanto Jack como Eva, estaban más que acostumbrados.

—Sherlyn se va a casar —confesó Jack, dándose cuenta de que verbalizarlo todavía era peor

que escucharlo sin cesar en su mente.

—¿Tu exmujer? —preguntó su amigo, mirándolo extrañado.

—¿Cuántas Sherlyn conoces, Clive?

—Pues supongo que unas cuantas... ¡No puedo llevar la cuenta de todas! —contestó meditabundo, haciendo que los otros dos negasen con la cabeza, pues era un mujeriego confeso—. Joder, macho... ¿con quién?

—Con su preparador físico...

—Coño, ¿tenía de eso también? ¡Decidido! De mayor quiero ser Sherlyn, vivir en una casa grande, comprarme trapitos, hacerme la manicura, tener preparador físico y no trabajar porque los hombres me mantienen —comentó mientras negaba con la cabeza, desaprobando la conducta de la exmujer de Jack, que era una víbora que le había dejado maltrecho el corazón y había hecho tambalear su manera de ser de una manera atroz.

—No le hagas caso —susurró Eva, cogiéndole una mano con cariño para mostrarle así su apoyo, uno incondicional, que se iba afianzando con los años—. ¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho ella cuando he ido a recoger a Ryan a su casa esta mañana... Y sé que suena demencial, que llevamos separados dos años y que es normal que rehaga su vida, pero...

—Te jode y mucho —terminó la frase Clive por él con solemnidad, como si pudiera leerle la mente, algo que creía poder hacer con todos sus amigos...—. Pero te digo una cosa, Jack, ese tipo te ha hecho un favor del tamaño de este rascacielos.

—No es que me joda, Clive... —resopló Jack, frustrado, mientras alzaba la mirada al techo, intentando encontrar las palabras indicadas para explicarles lo que sentía al respecto, algo complicado, cuando él mismo no sabía qué le ocurría—. Simplemente, me hace pensar cuánto tiempo lleva de verdad saliendo con ese tipo, pues ha sido su preparador físico desde que nos casamos... ¿Y si también me engañó de esa manera, chicos? ¿Y si Ryan lo ha visto por casa en una actitud demasiado cariñosa con su madre antes de separarme de ella?

—Ryan es demasiado pequeño como para haberse enterado de eso, Jack —le dijo Eva con dulzura.

—Sí..., aunque me entran ganas de preguntarle a Ryan... Pero a la vez sé que no debo hacerlo. ¡Joder, sólo tiene cuatro años! —exclamó, desbordado por aquel tema que lo había angustiado mucho en el pasado y que parecía no tenía fin en el presente.

—Bueno, y si ha sido así..., ahora ya no importa. Estáis divorciados, ella se casará y tú sales con otras mujeres —susurró Eva, intentando levantarle el ánimo.

—Pero Eva, nuestro Jack no es de salir todos los días con mujeres —soltó Clive, centrándose en aquella parte de la conversación, que le parecía mucho más interesante—. Él quiere algo más —añadió, negando con la cabeza, pues seguía sin entender las razones que siempre había tenido Jack para querer encontrar a esa persona con la que envejecer juntos, pues, según Clive, había demasiadas mujeres en el mundo como para atarse sólo a una...

—Te equivocas, ése era el antiguo Jack, ahora no puedo pensar en tener nada serio con ninguna

otra mujer... —susurró su amigo sin ganas.

—Bueno, nunca se sabe, Jack... Si no, que nos lo digan a Owen y a mí —comentó Eva, mostrando su anillo de prometida y haciendo sonreír a Jack; sin duda, ninguno de los dos se habría imaginado que acabaría así: enamorado del otro.

—Sí, lo sé y no sabéis lo que me alegro por vosotros, pero yo... Uf, sólo de pensar en volver a conocer a una mujer, comenzar a sentir algo por ella y darme cuenta de que puede volver a ocurrir, de verdad que no me apetece volver a pasarlo mal. ¡Ya he tenido bastante con lo de Sherlyn! —confesó, mientras jugaba con la estilográfica que tenía siempre a mano en las reuniones.

—No todas somos como Sherlyn...

—¡Gracias, Señor, por eso! —exclamó Clive haciéndolos reír, aunque esa misma idea se le había pasado por la mente al propio Jack: ¿Y si había más mujeres como Sherlyn...?—. Jack, piensa que Sherlyn jamás te ha beneficiado, al contrario, y mientras encuentras a esa que te parará los pies, aunque digas que no te apetece, seguro que la encontrarás, que nos conocemos..., disfruta de todas las mujeres maravillosas que hay en Chicago.

—Tú siempre dando la misma solución —contestó su amigo, pues para Clive todo se solucionaba con una bonita mujer entre los brazos, algo que al propio Jack le había funcionado al principio, cuando se separó de Sherlyn, pero ahora aquello le resultaba vacío y, por qué no decirlo, incluso aburrido...

En ese preciso momento, se abrió la puerta y apareció Lizzie con el cliente al que esperaban.

—Porque es la única solución que vale —susurró Clive levantándose de la silla para dirigirse hacia William Rothschild.

Eva y Jack hicieron lo mismo, adoptando la actitud de profesionalidad que deseaba mostrar ante todo aquel que visitara Grupo 87. Jack se concentró en William Rothschild, en presentarle, junto a Clive y Eva, la propuesta que tenían para su futuro edificio. Le enseñaron una presentación digital sobre las ideas que habían trabajado durante los últimos días, hablaron del presupuesto y solventaron cualquier duda que les planteó su cliente.

Al acabar, después de despedirse de William Rothschild cordialmente y de fijar otra cita para concretar los últimos detalles, los tres colegas se fueron juntos a la recepción en busca del pequeño Ryan. Éste se estaba comiendo un donuts de chocolate mientras esperaba sentado en un taburete al lado de Lizzie, sin dejar de hablar, cómo no, del fútbol americano, y Jack sonrió de dicha al verlo...

—¡¡Eva!! —exclamó Ryan cuando se percató de su presencia. Ella se agachó para recibirlo y darle un fuerte abrazo, que los demás contemplaron con una sonrisa—. ¿Cuándo voy a poder jugar al fútbol con el tío Owen?

—Pues creo que esta semana intentaremos que esté menos ocupado para que pueda llevarte a jugar, ¿qué me dices?

—¡¡Sí!! —exclamó el pequeño dando saltos de alegría simplemente al imaginarse lo bien que se lo iba a pasar—. ¿Qué es eso? —preguntó, al ver que Eva llevaba un paquete envuelto en papel

de regalo en la mano.

—Un regalito del tío Owen... —contestó ella mientras se lo daba, luego se quedó absorta, como todos los demás, en la cara de dicha de Ryan al descubrir la nueva equipación de esa temporada del Chicago Bears, del que era un forofo acérrimo, gracias, cómo no, a Owen.

Ryan era fan absoluto de ese hombre al que llamaba tío y no tenía reparos en cambiarse de equipo si Owen lo hacía previamente.

—¡¡Mira, papi!! —gritó, exultante de felicidad, mostrándole la camiseta con entusiasmo y poniéndosela rápidamente encima de la ropa—. Me encanta. Gracias, tía Eva —dijo antes de abrazarla con fuerza y darle un beso en la mejilla.

Eva sonrió dichosa al sentir el cariño de ese niño al que adoraba, intentando que nadie se diese cuenta de lo mucho que la emocionaban esos abrazos, que la hacían sentirse querida e incluso hacían que desapareciera parte de su pasado, hasta el punto de llenársele los ojos de lágrimas.

Desde que se conocieron en el parque Millenium, Ryan y ella encajaron a la perfección, creando un vínculo especial entre los dos. Para el niño, Eva era su tía, a la que quería un montón, y para Eva era su sobrino, por el que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa...

Jack sabía la suerte que había tenido Owen al conocer a una mujer como ella, aunque al principio..., bueno, le costase verlo.

—Con esa camiseta, Ryan, seguro que haces muchos *touchdowns* —le dijo Clive, observando al pequeño que sonreía feliz con su regalo.

—Yo también lo creo —susurró él, seguro de que sería así y haciendo que todos sin excepción se rieran ante su convencimiento.

—Ryan.

Esa voz estridente hizo que Jack cerrase los ojos, pues le provocaba que la bilis le subiera por la garganta. Había pasado de amar a Sherlyn por encima de todo a no poder ni siquiera mirarla, notando cómo cada centímetro de su cuerpo la rechazaba de todas las formas posibles. No obstante, Jack se obligó a ser cordial, pues, al fin y al cabo, era la madre de su hijo y sabía que la tendría que ver el resto de su vida... La miró y se percató de que ni siquiera había hecho ademán de entrar, sino que se había quedado en la entrada de la oficina, con una mano apoyada en la cadera, mostrando a todo aquel que mirara su anillo de compromiso, que brillaba con fuerza gracias al contraste con aquel vestido negro que seguramente habría costado una pequeña fortuna, y su manicura francesa.

A Sherlyn le encantaba vestirse con los mejores diseñadores y visitar todos los salones de belleza para estar siempre impecable y, aunque a Jack le fastidiase reconocerlo, la verdad era que seguía siendo igual de hermosa, aunque ya no causaba el mismo efecto en él... Su rostro de porcelana estaba perfectamente maquillado y su cabello rubio sedoso peinado con esmero, enmarcando su rostro con amplias ondas. Sus pálidos ojos azules observaban a su hijo, que había salido en el físico a Jack, aunque no tuviese el pelo tan oscuro como su padre, sino de una tonalidad un poco más clara.

Jack dio un paso hacia ella y la miró con seriedad. Aún seguía sin entender cómo aquella mujer pudo ser una vez el centro de su universo hasta el punto de que habría hecho cualquier cosa si ella se la pedía, sólo por verla feliz. Se había enamorado ciegamente de Sherlyn nada más conocerla y había hecho lo imposible por tenerla en su vida. La sedujo con flores, bombones y citas a la luz de la luna. Se había casado con ella creyendo que envejecerían juntos, que en su futuro no cabría ninguna otra persona, hasta que, poco a poco, ella comenzó a cambiar ante sus narices, o tal vez él comenzó a darse cuenta de la realidad, y el último año que estuvieron juntos se convirtió en un auténtico infierno, mientras Jack comprendía que el amor que había sentido por Sherlyn lo había cegado de tal manera que no había visto realmente cómo era esa mujer... Menos mal que había abierto los ojos.

—¡Mami! —exclamó el pequeño Ryan acercándose a ella para abrazarla, algo que ella hizo de manera automática, sin mostrar mucho sentimiento, es más, preocupándose más por el vestido que por el niño, algo que, por desgracia, era normal en Sherlyn, que era una mujer egoísta que sólo pensaba en sí misma...—. Mira lo que me ha regalado el tío Owen —añadió el pequeño señalándose la camiseta.

—Muy bonita, cariño —dijo ella forzando una sonrisa, intentando disimular lo mucho que aborrecía que Ryan fuera un forofó del fútbol americano y que se pusiera esas camisetas...—. Venga, despídete que nos tenemos que ir. Derek nos está esperando en el coche.

Ryan agachó la cabeza y empezó a darles besos a todos los presentes, dejando a su padre para el final. Cuando llegó a él, Jack lo cogió en brazos y lo abrazó con fuerza mientras le daba un cariñoso beso en la mejilla. Lo echaría mucho de menos...

—Dentro de unos días nos vemos, ¿de acuerdo, hombrecito? —susurró Jack, sintiéndose como el primer día que tuvo que dejarlo con su madre para marcharse de la casa que los tres habían compartido... No se acostumbraba a esas despedidas.

—Claro, papi —dijo Ryan con una amplia sonrisa que le calentó el corazón. Después, Jack lo bajó al suelo y se acercó a su exmujer.

—Gracias por hacerte cargo hoy de él... —susurró Sherlyn con indiferencia, al ver que Eva, Clive y Lizzie se encontraban lo bastante lejos como para no oír nada de lo que ella decía—. Acuérdate que, después de la boda, te lo quedarás dos semanas seguidas, estaré de luna de miel y no podré ocuparme de él...

—Sí, no te preocupes.

—Adiós... —se despidió y echó a andar con Ryan siguiéndola.

Jack notó la mirada de sus amigos y se esforzó en demostrarles lo bien que se encontraba, algo que no era así desde hacía demasiado tiempo.

—Me voy a ir a casa ya —dijo, intentando deshacerse de la sensación de culpabilidad que siempre sentía cuando veía a su hijo alejarse de él—. Mañana nos vemos.

—Si quieres salir esta noche, ya sabes —contestó Clive y, aunque sabía que la oferta era tentadora, en esos momentos Jack no podía pensar en esa posibilidad.

—Claro... pero creo que pasaré.

—He quedado con Brian donde siempre, por si cambias de opinión...

—Gracias... Hasta mañana, chicos —dijo Jack antes de marcharse del edificio Aon Center, en pleno corazón de Chicago, tras bajar las ochenta y tres plantas en el ascensor hasta llegar a uno de los cinco parkings subterráneos de que disponía el rascacielos y dirigirse hacia donde tenía aparcado su coche.

Unos minutos bastaron para que entrara en su ático después de estacionar el coche en el parking del lujoso edificio donde llevaba viviendo los dos últimos años, desde después de divorciarse... Dejó las llaves en el recibidor y, sin encender las luces, se aproximó a los amplios ventanales que rodeaban toda la casa, una de las cosas que lo hicieron decidirse por ese apartamento: las maravillosas vistas de la ciudad al atardecer, el parque Grant a pocos pasos y una panorámica deslumbrante del famoso lago Michigan. Pero al parecer no bastaba con tener delante semejante estampa, pues los más de doscientos metros cuadrados de casa lo engulleron, haciendo que se sintiera todavía más solo de lo que ya de por sí se encontraba. Negó con la cabeza, intentando quitarse de encima esa sensación negativa y se dirigió al dormitorio para cambiarse de ropa. Necesitaba estar en movimiento, quemar la desazón que lo ahogaba, para lo que se temía que no le serviría de nada ir al gimnasio del edificio o nadar hasta la extenuación en la piscina cubierta. Anhelaba sentir el aire en la cara, observar a la gente caminando, cerciorarse de que había un mundo fuera esperándolo con mil posibilidades, que sus problemas no eran tan importantes como parecían y que él era el único capaz de derribarlos.

\* \* \*

Después de una hora recorriendo el sendero que bordeaba el lago por el interior del parque Grant, sintió las primeras gotas de lluvia que le mojaban la cara. Vio lo lejos que había llegado corriendo y se obligó a deshacer el camino antes de que comenzara a llover más. Se notaba mejor, mucho más animado y menos preocupado por un pasado que ya no le tenía que importar. Correr era su salvoconducto, su mejor medicina, aunque si no empezaba a darse prisa, eso mismo le provocaría un catarro, pues la lluvia comenzaba a caer con más fuerza, formando una cortina que obligaba a todo aquel que había salido a la calle sin paraguas a correr para resguardarse.

Al final alcanzó su edificio, sintiendo cómo la ropa se le pegaba al cuerpo; diluviaba con tanta fuerza que no se podía ver ni siquiera la acera de enfrente, más allá de la calzada llena de charcos. Entró como una flecha en el vestíbulo, con sus deportivas haciendo un ruido desagradable por culpa del agua que habían soportado. Jack negó divertido con la cabeza y sonrió al verse de esa guisa.

—Señor Thompson —lo llamó el portero nada más verlo.

—Dime, Bill —dijo, mientras intentaba secarse el exceso de agua de la cara con las manos—. Menuda manera de llover... —añadió, pero justo en ese momento, algo, o más bien alguien, llamó

su atención, haciendo que se detuviera a pocos pasos de donde se encontraba Bill, que no estaba solo. A su lado había una joven atlética, que lo miraba con desagrado con el cejo fruncido...

—¡Al fin llegas! —exclamó la joven, acercándose sin dejar de mirarlo con seriedad, con unos ojos grandes, tan expresivos que no le hacía falta hablar para saber que estaba molesta e incómoda—. Ya creía que me iba a tocar dormir en el suelo...

Jack parpadeó confuso al tenerla delante, pues no esperaba verla allí. Tenía el cabello, largo y castaño, pegado a la espalda y a su rostro ovalado. Alzó con descaro su nariz respingona, mientras sus ojos color chocolate, de espesas pestañas negras, lo miraban con antipatía. Estaba empapada de la cabeza a los pies, seguramente le habría pasado lo mismo que a Jack y la había pillado la tormenta, aunque ella llevaba una toalla blanca encima de los hombros, que tapaba aquella camiseta blanca, tres tallas más grande de la que necesitaba, que ocultaba la hermosa figura que él sabía que poseía...

—¿Tina?



Tina tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no ponerse a gritar como una energúmena en aquel lujoso vestíbulo. ¿Era una broma? ¿Era posible que después de aquel viaje, el caballero andante salvador de los indefensos y protector de lo serio, la estuviera mirando como si fuera una extraterrestre con dos cabezas verdes? Se clavó las uñas en la palma de las manos para intentar tranquilizarse y así averiguar lo que ocurría.

A lo mejor tenía suerte, algo extraño en ella, y cuando estaba en Galena el perfecto nieto sólo fingía y ahora, al encontrarse en Chicago, era un hombre con el que podía hacer un trato que le permitiera salir airosa de aquella situación que se había visto obligada a aceptar simplemente para alcanzar su fin y, ¿por qué no decirlo?, para fastidiarlo a él un poco. Era un dos por uno, podía ir a Chicago y de paso jorobar a aquel hombre que le había hecho daño en el pasado. Todo eran ventajas, ¿verdad?

—¿Ves como no soy una vil ladrona o una cazafortunas? —le dijo al portero, al que poco le había faltado para hacerle un cacheo y de paso una analítica, para cerciorarse de que no mentía y que sí, en efecto (y por desgracia), conocía al gran e intachable Jack Thompson...

—Lo siento, señor Thompson, no me avisó de que vendría la señorita y la he hecho esperar hasta que usted volviese de correr... —comentó el hombre, centrando su atención en Jack.

«Puf, de verdad no sé qué verán las demás en él, pero ahora parece un gato mojado...», pensó Tina echándole un rápido vistazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jack sin disimular su confusión.

—¿En serio? —bufó ella mirándolo con antipatía, porque aquello le parecía surrealista o una broma de mal gusto—. Tu abuela me dio tu dirección y mi madre y mi abuela me han obligado a venir directamente aquí, y luego resulta que no te acuerdas... ¡Increíble! —añadió, mientras gesticulaba con los brazos de tal manera que sentía cómo la camiseta se adhería a su cuerpo dependiendo del movimiento que hiciera. Temió que, si tardaba mucho más en cambiarse de ropa, fuera a coger una pulmonía y de las buenas...

—Mierda —maldijo Jack y entonces ella vio el cielo abierto ante su despiste. ¡Era su oportunidad!

Lo había sospechado aquel mismo día en casa de la abuela. Se notaba que Jack no se mostraba exultante ante el plan ideado por su madre, pero ahora no había duda: ¡no quería tenerla en su casa!

—Pero no pasa nada, ¡por mí genial! Eso sí, llámalas para que no se crean que ha sido por mi

culpa y yo ya me buscaré la vida..., ¡que tengo recursos de sobra! —exclamó, emocionada al ver que podía irse y que no incumpliría ninguna norma impuesta por su rígida madre ni por su liante abuela, porque si él no quería que se quedase allí, nadie podía sentirse estafado, ¿verdad? Al fin y al cabo había ido para no hacerle ningún feo a los Thompson...

—No, no, no... —negó Jack moviendo la cabeza, lo que hizo que su cabello salpicara gotitas de lluvia—. Se lo prometí... Lo único es que no me acordaba, lo siento...

—Ya —chasqueó ella la lengua con disgusto.

«¡El nieto perfecto al rescate!», pensó, al verlo rumiarse ante aquella situación que lo había pillado de sorpresa.

—Bill, la señorita Tina va a vivir una temporada en mi casa —informó al portero, haciendo que toda aquella pesadilla fuera todavía más real al verbalizar lo que había hecho que Tina no hubiese pegado ojo en esos últimos días.

«¡¡Por favor, voy a vivir con Jack ego inflado!!», pensó y un escalofrío recorrió su cuerpo, presagiando lo duro que iba a ser lidiar con el hecho de que tendría que verlo todos los días.

—De acuerdo, señor Thompson —susurró el hombre inclinando la cabeza con respeto, provocándole una arcada a Tina.

«Pues nada, aquí también es perfecto...», pensó con desdén.

—¿Sólo has traído una maleta?

—Sí, soy una mujer de pocos trapitos —contestó, mientras observaba con estupor como Jack cogía su maleta de tamaño medio de color negro—. Pero con fuerza suficiente como para llevar mis cosas —añadió, mientras le quitaba la maleta para llevarla ella.

—Claro... Gracias por todo, Bill —dijo él, esbozando aquella sonrisa que hacía todavía más visible su hoyuelo y que Tina odiaba, para después hacerle una señal y dirigirse al ascensor—. Tu habitación está sin preparar. Si lo hubiese sabido, le habría pedido a Regina que lo hiciera esta mañana. Es raro que mi abuela no me recordase que ibas a venir. La semana pasada estuve en Galena para llevarle los planos a tu madre y no me dijeron nada; creía que habías cambiado de opinión...

—Supongo que no te lo han recordado para que no te arrepintieras —resopló Tina, observando cómo los pisos pasaban a toda velocidad y sintiéndose todavía más extraña e incómoda al tenerlo tan cerca y tan... mojado. Sin poder obviar cómo la camiseta se pegaba a su torso cincelado y aquellos brazos musculosos brillaban a causa del agua...

«Puf... Se creará irresistible...», pensó con desdén, centrando su vista en la puerta cerrada del ascensor.

—¿Y por qué has elegido venirte a Chicago, Tina? —preguntó él mirándola detenidamente, percatándose de su mirada airada y de su pose a la defensiva.

—Si hubiera sabido que acabaría aquí, te aseguro que no habría elegido esta ciudad —murmuró cerrando los ojos.

Si su amiga Adele le hubiese advertido que pasaría precisamente eso, habría elegido otro

destino, como Nueva York, o, ¡mejor aún!, Canadá. Cuanto más lejos estuviera de aquel hombre, ¡¡mejor!!

—¿Y eso por qué? —preguntó Jack con una sonrisa que a Tina le sentó mal, algo que no era de extrañar, porque cualquier cosa que él hiciese la irritaba.

El sonido del ascensor al llegar a la planta seleccionada le evitó tener que responder a aquella peliaguda cuestión. Salió con rapidez detrás de Jack, que la guiaba hacia una puerta de madera oscura.

—Entra —dijo, después de abrir y señalar el interior.

Tina entró refunfuñando como si fuera una niña pequeña y se temió que pudiera parecerlo, pero era muy difícil demostrar que se había convertido en una mujer adulta cuando no quería estar allí, no quería vivir en la misma casa que Jack y mucho menos tener que verlo todos los días. Pero lo peor era saber que no tenía más remedio. Todo por el afán protector de su madre y su manera de liarla para salirse con la suya...

«Sólo será provisional... Hasta que pueda encontrar algo para salir de aquí», pensó intentando animarse.

Y allí estaba, en aquel maravilloso y lujoso ático, sintiendo que su enfado aumentaba todavía más al darse cuenta de todo lo que la rodeaba.

«Claro, el nieto favorito de Galena no podía vivir en un piso pequeño y mal amueblado... ¡Tenía que vivir en un apartamento de diseño, con unas vistas increíbles de la ciudad!», pensó, volcando su frustración en él.

—Ésta será tu habitación, ahora te daré las sábanas y el edredón para que te acomodes. Puedes utilizar el cuarto de baño que tienes al lado, dentro del armario alto encontrarás toallas limpias. Normalmente, cuando está en casa, Ryan utiliza el que está cerca del salón o bien el mío —explicó Jack, después de llevarla casi a la carrera por el pasillo para que no mojaran el suelo de madera oscura que cubría todo el apartamento.

—¿Eres gay? —soltó Tina sin pensar, algo bastante normal en ella.

En Galena la llamaban Billy *la Niña* por la rapidez de su lengua, que iba incluso más rápida que su cerebro, y también por la prisa que se daba en seguir sus propias ideas, sin pensarlas previamente, aunque fueran descabelladas... «Y así me va...», pensó, consciente de que precisamente esa mala costumbre de decir lo primero que se le pasaba por la mente, la metía en situaciones tan estrambóticas como aquella.

—¿Cómo?

—Ryan es un nombre de chico.

—Sí, lo sé... Es el nombre de mi hijo.

—¿Estás casado? —preguntó extrañada.

La verdad era que se había esforzado tanto en no saber nada de ese hombre, que ahora se daba cuenta de que en realidad no sabía nada de la vida del nieto de Savannah. Era bastante difícil de

creer, pues la casa de su abuela se encontraba pegada a la de la suya, pero cuando Tina no quería escuchar algo, simplemente desconectaba, obviando todo lo de su alrededor.

—Divorciado —contestó, mientras se movía nervioso.

«Uuuyyy... ¿Culpabilidad o sigue queriendo a su ex?», pensó ella al verlo incómodo al hablar sobre el tema.

—Te dejo que te instales. Voy a darme una ducha y a ponerme ropa seca.

—Claro... —respondió, mirándolo salir del dormitorio y cerrar la puerta tras él.

Tina reprimió un suspiro mientras observaba detenidamente la que sería su habitación durante el poco tiempo en que se vería obligada a estar allí. Era una estancia amplia, con una cama confortable, pero lo que más le llamó la atención fue el gran ventanal que abarcaba toda la pared y desde el que se podía ver toda la ciudad de Chicago. Sonrió al darse cuenta de que había logrado uno de sus propósitos. ¡Ya estaba allí!, ahora debía luchar por los siguientes...

Comenzó a deshacer la maleta para coger ropa limpia y seca y después salió hacia el cuarto de baño, que se encontraba justo enfrente del dormitorio. Se temía que podría llegar a acostumbrarse a esos lujos... La ducha era ultramoderna, con millones de chorritos y efecto sauna, que se prometió probar en otra ocasión.

Pero aunque todo lo que había en aquel apartamento era bonito y lujoso, no podía quitarse de la cabeza que Jack era el propietario.

«Vale, se nota que él no me quiere aquí, lo noté en Galena y lo he vuelto a notar hace un momento. Ahora lo que tengo que hacer es todo lo posible para que me eche de su casa. ¿No aceptó que viniera? ¡Pues que se atenga a las consecuencias!», pensó mientras se desenredaba el cabello delante del espejo y fijaba ese plan que había ido tramando durante esos días. Sabía que no podía negarse a viajar hasta allí, pero nadie dijo que él no pudiera echarla...

Después de ponerse ropa cómoda y seca, se acercó titubeante al salón de la casa, donde se quedó maravillada por el amplio ventanal que ocupaba toda una gran pared —mucho más grande que el que tenía en su dormitorio y con otra orientación—, que hacía imposible no mirar hacia fuera, donde la noche confería un aspecto mágico a aquella impactante estampa. Y desde ese lado de la casa las vistas todavía eran más amplias. ¡¡Chicago era impresionante!!

—Sí, abuela... Sí, no te preocupes. Diles que no se angustien, que estaré pendiente de ella... —oyó decir a Jack.

Lo buscó hasta hallarlo en una cocina que sería el sueño de cualquier chef. Los muebles, grises, llegaban hasta el techo y en el centro había una isla brillante, muy amplia, con cuatro taburetes altos. Era una cocina abierta y actual, integrada a la perfección con el salón y el comedor, que, aunque compartían el mismo espacio, tenían zonas delimitadas, lo que creaba un conjunto que parecía sacado de una revista de decoración.

—Lo intentaré, eso tenlo por seguro, pero ella tampoco es una niña...

Justo entonces, se percató de que ella estaba allí. Su mirada se encontró con la de Tina y se le vio más nervioso, consciente de que lo había pillado hablando de ella con su abuela. Por lo poco

que había oído, Tina se temía que no fuera nada bueno, algo normal, pues su fama la predecía...

«Lo que te espera, chaval...», pensó, decidiendo poner en marcha su plan lo antes posible. Pero ¿cómo conseguiría que don Correcto la echara de su apartamento de lujo? Sólo tenía que ser la invitada más desastrosa e impertinente que jamás hubiese existido, para que Jack llamase a su madre y a su abuela y ella consiguiera su propósito inicial, que era vivir sola en Chicago. Así tendría libertad para encontrar a ese hombre con el que contraer matrimonio. ¡Era un plan perfecto!

—Vale, de acuerdo, ya hablamos. Sí, adiós... —dijo Jack, para después colgar y señalarle uno de los taburetes, mientras ella le devolvía una sonrisa maquiavélica, a la altura de cualquier villana que se preciara—. ¿Tienes hambre?

—Sí, un poco... —contestó Tina, sentándose.

—Estoy preparando la cena —la informó, aunque no hiciera falta, pues se notaba que estaba cocinando.

—¿Sabes cocinar?

—Hice un curso cuando me divorcié... No quería que mi hijo se alimentase a base de comida preparada o rápida —explicó Jack, sin dejar de vigilar las sartenes—. Me ha dicho mi abuela que, al final, vienes con trabajo a la ciudad.

—Sí.

—¿Dónde vas a trabajar?

—En el hospital pediátrico Ann & Robert Lurie —dijo Tina con orgullo, pues, para ella, conseguir un puesto en ese hospital era casi un sueño hecho realidad y que había logrado por sí misma.

—No sabía que te dedicaras a la salud.

—Sí, soy enfermera —contestó, mientras él le colocaba delante y a su lado dos platos con verduras salteadas y un filete de ternera.

—Es un buen hospital —comentó, llevando también vasos, cubiertos y una botella de agua fresca.

—Lo sé... Oye, siento mucho decirte esto, pero soy vegana —dijo, señalando el filete con cara de asco, un asco que no sentía, por supuesto.

—Oh, no lo sabía. Pásame el filete a mi plato y te pongo más verdura.

—Creo que no es buena idea... El juguito de la carne ha llegado a las verduras y no puedo ni pensar en llevármelo a la boca. —Fingió estar apenada, algo que no sentía ni de lejos. Su plan consistía en molestarlo y, a ser posible, mucho.

—Entonces...

—Me prepararé un sándwich. ¿Tienes crema de cacahuete?

—Sí.

—¡Perfecto! —exclamó Tina, levantándose.

«Joder, todo es tan bonito que me quedaría eternamente aquí cocinando», pensó al observar con

detenimiento cada aparato creado para hacer la tarea de cocinar más sencilla.

—¿Has traído coche? —preguntó Jack, mientras esperaba pacientemente y con la educación que siempre demostraba, a que ella terminase de prepararse su sándwich para comenzar a comer su cena.

—No.

—Puedes venirte conmigo en coche si coinciden nuestros horarios. Mi oficina está en el Aon Center, no muy lejos de ese hospital, y te podría dejar allí antes de ir al trabajo...

—También puedo usar el metro y así no contaminamos tanto.

—Tengo un coche híbrido.

—Ah, claro —murmuró, cerrando el bote de la crema de cacahuete, para después darle un gran mordisco al sándwich, mientras observaba cómo Jack bajaba la vista y comenzaba a cenar.

«Engreído», pensó con rabia, al verlo cenar con elegancia, cortando la sabrosa carne en grandes trozos, antes de metérsela en la boca...

—Deberías pensar en hacerte vegano —soltó, haciéndosele la boca agua ante aquel sabroso filete—. No sé si conoces los múltiples beneficios que tiene dejar la carne. Además, contribuyes a que los pobres animalitos sigan viviendo, como esa pobre vaca que te estás comiendo... —añadió. Jack la miraba fijamente mientras masticaba con tranquilidad su cena—. Pobre vaca *Clarabel*... —resopló, dándole otro bocado a su sándwich.

—Respeto tu manera de alimentarte, pero de momento prefiero ser omnívoro —dijo él, cortando otro trozo de carne y acompañándolo con la verdura.

—¿La oyes? —preguntó Tina, colocándose una mano detrás de la oreja como para oír mejor—. Muuuuu, no me comas... Muuuuu, soy una vaca bonita... Muuuuu...

Jack enarcó una ceja y la miró detenidamente, ella se irguió y le sonrió.

—Me voy a la cama, no puedo seguir viendo este sacrilegio —dijo de manera teatral, después de engullir prácticamente en dos bocados el sándwich, sin esperar a que él terminase de cenar.

—Te dejaré un juego de llaves sobre la encimera para que puedas entrar y salir —contestó él, mientras se limpiaba los bien definidos labios con una servilleta.

—Vale —respondió Tina dándose la vuelta, sin despedirse ni desearle buenas noches y dejando sobre la encimera el bote de la crema de cacahuete, el cuchillo que había utilizado y el plato. Algo que, por supuesto, había hecho adrede, y no porque fuera así de descuidada en casa de los demás, pero formaba parte de su endiablado plan para volver loco a Jack Thompson.

Se dio la vuelta y se tapó la cabeza con la almohada, pero aun así no consiguió dormirse. El ruido le hizo abrir los ojos y dudar por un instante. ¿Era posible que fuera un sueño? Intentó volver a dormirse, sin embargo, después de otra vuelta más en su amplia y confortable cama, abrió los ojos de nuevo y se dio cuenta de que no estaba dentro de una horrible pesadilla, sino que, más bien, la pesadilla se encontraba fuera, armando tal jaleo que lo había despertado...

—¿Qué leches...? —soltó, mientras se incorporaba para buscar el despertador, que marcaba... ¡¡las cinco de la mañana!!

Se levantó a regañadientes en busca del origen de aquel sonido que no podía catalogar como música, porque era molesto y repetitivo, con un ritmo frenético y un lenguaje que no reconocía y mucho menos entendía. Salió al salón y se quedó perplejo al ver a Tina recorriendo la estancia con un holgado y desgastado pijama rosa claro, el cabello largo —que le llegaba casi por la cintura— alborotado, comiéndose una tostada sin dejar de moverse al ritmo de aquel frenético sonido, esparciendo a su paso las mil migas que pudieran caer de la rebanada de pan sobre su impoluto suelo.

Jack buscó de dónde provenía la música y se acercó a su equipo, donde su invitada había conectado el teléfono móvil mediante Bluetooth para poder escuchar aquella atronadora canción al máximo volumen posible. La apagó, devolviendo la calma a su apartamento.

En ese momento, Tina se volvió y lo miró, esbozando una sonrisa que lo hizo dudar por un instante, pues nunca antes le había sonreído de esa manera...

—¿Te he despertado? —preguntó ella con aparente inocencia.

—A mí y a medio edificio. ¡Son las cinco de la mañana, Tina!

—Lo siento... Estoy acostumbrada a vivir en una casa individual y no en un apartamento rodeada de vecinos y al ser mi primer día de trabajo estoy muy nerviosa —explicó, visiblemente preocupada, algo que hizo que Jack se relajara, entendiendo que estuviera angustiada por su primer día; lo nuevo a veces asustaba mucho.

—¿Vas a ir a trabajar en pijama? —preguntó, intentando no sonar tan cabreado como lo estaba, pues a esas horas no podía ni siquiera razonar, sólo ansiaba su cama y dormir, nada más.

—No, por supuesto que no —contestó Tina carcajeándose.

«¿Se está riendo de mí?», pensó Jack, intentando encontrarle alguna lógica a lo sucedido.

—Es que no quería mancharme la ropa. Cuando estoy nerviosa, suelo no dar pie con bola y al final acabo manchándome.

—¿A qué hora entras en el hospital?

—A las ocho.

—¡¿Y te levantas a las cinco de la mañana?! —exclamó él casi gritando, para después cerrar los ojos e intentar apaciguar su genio, que trataba de salir a la superficie.

—Es mi primer día, Jack, no quiero llegar tarde... Además, tengo que habituarme a moverme por Chicago y a utilizar el metro... Me oriento fatal y soy capaz de acabar en la otra punta de la ciudad —explicó con timidez y él se sintió culpable al verla tan perdida...

—Te puedo llevar a esa hora al hospital, pero por favor, no pongas eso tan alto —dijo, señalando el aparato de música.

—¿No te gusta el reguetón? —preguntó Tina con un deje que a Jack le sonó a guasa, aunque podía estar imaginandoselo; todavía seguía dormido y no se encontraba lo bastante lúcido como para diferenciar tonos de voz y mucho menos de una mujer con la que había hablado un par de veces en toda su vida...

—Me temo que no —contestó, pues, aunque nunca había escuchado aquel tipo de música, podía decir que no deseaba repetir la experiencia. Podría ser que el rechazo se debiese a que lo habían despertado de esa manera—. Me voy a la cama y tú... intenta dormir algo más.

—No creo que pueda. ¡¡Estoy tan nerviosa!! —exclamó Tina, mientras empezaba a recorrer el salón rápidamente, como si la estuviera persiguiendo una manada de coyotes.

Jack la miró confuso, sin entenderla, para después darse la vuelta y volver de nuevo a la cama, sin importarle que ella siguiera correteando por su salón sin ton ni son. Lo único que deseaba era dormir.

Se tiró en la cama y se abrazó a la almohada, sintiendo cómo los párpados se le cerraban con gusto, pero la cálida voz de Tina impidió que consiguiera su propósito. Al parecer, no se le había ocurrido mejor idea que ponerse a hablar por teléfono, tan alto que Jack podía escuchar perfectamente la conversación desde su dormitorio.

«¿Quién en su sano juicio habla por teléfono a las cinco de la mañana? Ah, sí, la nieta de Alice Harris, esa misma que se ha propuesto que no duerma y que me haga vegano...», pensó, mirando al techo con desesperación.

Cansado de dar vueltas en la cama intentando no oír su voz y su incansable verborrea, mientras le contaba, sin dejarse un detalle, todo lo que le había ocurrido en los últimos días a su querida amiga Adele, Jack se levantó de nuevo. Sintiéndose demasiado despierto como para volverse a dormir, se dirigió al salón y se la encontró sentada en el sofá en una postura difícil de describir para él, con la cabeza colgando del asiento y las largas piernas apoyadas en la pared...

Al verlo, del revés, lo saludó con la mano que tenía libre con jovialidad y a Jack le entraron ganas de gritar, de coger su maldito teléfono móvil y lanzarlo por la terraza de su ático con tanta fuerza que se hiciera añicos nada más tocar el duro y frío asfalto. No solía levantarse de muy buen humor cuando no dormía lo suficiente, pero lo de esa mañana podía considerarlo un récord personal...



Se dirigió hacia la cocina y se preparó un café cargado. Se sentía agotado y observó asombrado que Tina parecía repleta de vitalidad...

«¿Qué leches se ha tomado para estar así a las cinco de la mañana?», pensó, mirándola con el rabillo del ojo.

—¿No podías dormir? —preguntó Tina, después de finalizar la llamada, tras media hora sin dejar de cotorrear ni un segundo.

—Parece que no —contestó serio, señalando su taza con el lema «Mejor padre del mundo» que le regalaron sus amigos cuando Ryan nació.

—¿Ha sido por mi culpa? —susurró ella, señalándose y poniendo carita de no haber roto un plato en su vida, cuando Jack se temía que debía de tener en su haber unas cuantas vajillas completas...—. Vaya, cuánto lo siento, no era mi intención despertarte... Pensándolo mejor, ya que me has dicho que me vas a acercar al hospital, voy a intentar dormir un poco más —concluyó con una sonrisa radiante, mientras se daba la vuelta para regresar a su dormitorio.

Jack cerró los ojos al verla desaparecer, intentando refrenar sus ganas de cogerla de la mano y obligarla a permanecer despierta a su lado, pues por su culpa él estaba levantado a esas horas. Pero aunque sería justo que lo hiciera, Jack sabía que no era de esos... Sólo deseó que no fueran a ser así todos los días, porque dudaba que su paciencia y su autocontrol pudieran soportar más despertares como aquél...

\* \* \*

Entró en Grupo 87 con otro café en las manos, ya había perdido la cuenta de cuántos llevaba. Saludó a Lizzie con apenas un susurro y se dirigió a su despacho de manera automática. Tan sólo le había dado tiempo de encender el ordenador, cuando Clive irrumpió sin llamar, algo que solía hacer, sin importarle que él estuviera o no reunido.

—Anoche te perdiste una juerga épica —comentó su amigo, acercándose a su mesa para sentarse delante de él—. Joder, menuda cara traes... ¿Le has dado muchas vueltas a lo de tu ex o te fuiste de fiesta sin nosotros?

—Ojalá fuera cualquiera de esas dos cosas —bufó Jack, al pensar que incluso habiéndose ido de juerga con sus amigos habría dormido más—. Tengo una invitada en casa a la que le ha parecido buena idea levantarse a las cinco de la mañana y poner reguetón a todo volumen.

—¿Has dicho invitada? —preguntó Clive con ávido interés, algo normal viniendo de él...—. Ahora entiendo por qué no saliste con nosotros anoche, picha brava —añadió guiñándole un ojo.

—No es lo que crees, te lo puedo asegurar. No es ningún ligue, es la nieta de Alice, la mejor amiga de mi abuela...

—No me jodas que te has prometido con ella para ganarle a tu ex. Jack, tienes que conocerlas primero antes de dar ese paso, si no, siempre te pasará lo mismo —comentó Clive con sorna, mientras negaba con la cabeza reprochándole su hipotética decisión.

Jack cerró los ojos, consciente de que su paciencia con su amigo debía ser infinita...

—A ver, Clive, no me he prometido con nadie. ¿Te acuerdas de que me fui a ver a mi abuela hace un par de semanas? —Clive asintió, confirmándole que lo recordaba—. Pues cuando estuve en Galena, no sé cómo pasó, pero parece ser que la madre de Tina creyó que me ofrecí a dejarla vivir en mi casa una corta temporada, hasta que supiera moverse por sí sola por Chicago y estuviera asentada en su nuevo trabajo...

—... Y porque no sabes negarte a nada y mucho menos si tu abuela está en la ecuación. ¡Ahí la tienes! —añadió por él, algo que hizo sonreír a Jack, pues Clive lo conocía demasiado bien como para saber que fue eso lo que lo empujó a acceder a meter en su casa a una mujer con la que prácticamente no había hablado.

—Exacto...

—¿La conozco?

—No lo sé —dudó, pues no recordaba si alguno de sus amigos había coincidido con Tina alguno de esos veranos que se marchaban juntos a Galena...—. ¿Te acuerdas de la nieta de Alice, la hija que tuvo Scarlett con el español?

—¡Claro! Esa chica que siempre nos miraba con el cejo fruncido —dijo Clive, asintiendo con la cabeza al recordarla.

—Pues es ella.

—Debe de ser ya toda una mujer, ¿no? ¿Cuántos años tendrá ahora? Sé que bastantes menos que nosotros...

—Tendrá unos veintipocos, es joven...

—Bueno, nosotros tampoco es que seamos unos abuelos, Jack. ¡Estamos en la treintena!

—Tenemos treinta y cuatro años, Clive... —dijo él, mientras su amigo se encogía de hombros, quitándole importancia a aquel pequeño detalle.

—Bah... No hace falta ser tan precisos... Entonces, la pequeña Tina está en tu casa. ¿Y se va a quedar mucho tiempo ahí?

—Ni idea, hasta que se asiente... Y, bueno, su familia se asegure de que estará bien aquí. Parece ser que Tina es dada a encontrar problemas allá donde va y me ha tocado ser su vigilante...

—Qué divertido, ¿no?

—Sí, muchísimo —masculló Jack con ironía, pues le parecía todo lo contrario...

—A lo mejor me dejo caer por tu casa y la veo de nuevo...

—De verdad que no sé por qué te cuento nada —bufó él.

—Porque sabes que soy un tipo encantador, que se lleva de maravilla con las jóvenes guapas...

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Jack, negando con efusividad con la cabeza—. Sólo faltaba que la sedujeras... Me han pedido que cuide de ella, Clive.

—Tranquilo, seré un santo. Además, te podría echar una mano, ¡incluso Brian podría! Ya sabes que tres pares de ojos ven más que uno...

Jack sonrió mientras observaba cómo su amigo se tiraba de las mangas de la camisa por debajo de la chaqueta de manera chulesca, convencido de que había dado en el clavo con su explicación. Clive era un genio y, aunque a Jack le costase admitirlo, tenía razón. Necesitaba la ayuda de sus amigos. Según su abuela, él no sabía cómo era Tina en realidad y se temía que pudiera ocasionarle más de un problema, algo que ya había experimentado esa misma mañana sin ir más lejos.

Asintió conforme y, aunque presentía que podría arrepentirse de esa decisión, sabía que sus amigos lo ayudarían en el jaleo en que se había metido por esa manía que tenía de contentar a su querida abuela y no saber negarse a nada...

—De acuerdo, llama a Brian y esta noche os venís a mi casa.

—Ahora lo llamo —contestó Clive, antes levantarse y abandonar su despacho de la misma manera en que había entrado, sin saludar ni despedirse.

\* \* \*

Después de una jornada laboral en la que había ingerido más café del acostumbrado para no quedarse dormido en cualquier momento, Jack pudo salir de la oficina y dirigirse, junto con sus amigos, a su nueva tarea: cuidar de la alocada nieta de Alice.

Entraron en el apartamento y se dirigieron al salón, pero lo que vieron allí los hizo detenerse de golpe. Un sujetador rosa chicle estaba colgado de cualquier manera en el respaldo del sofá, había una zapatilla aquí y otra allá, e incluso unos calcetines tirados por el impoluto suelo.

Jack miró a sus amigos y vio que Clive cogía el sujetador y asentía conforme, después de calcular la talla, algo que enfureció a Jack todavía más. ¿Es que no podía dejar de pensar en el sexo ni un segundo? Sin embargo, antes de que estallase contra su amigo, Brian le tocó el hombro para darle ánimo y consiguió que se calmara. ¡Debía centrarse en lo importante!

Avanzaron un poco y Jack observó con estupor la cocina revuelta, parecía que Tina hubiese cocinado para un regimiento, a juzgar por la cantidad de cacerolas, sartenes y utensilios que había sobre las encimeras y dentro del fregadero. ¿Es que aquella mujer ni siquiera sabía lavar un vaso? Cuando Jack estaba a punto de llamarla, y no precisamente de buenas maneras, oyeron un ruido a su espalda y todos se volvieron. Era Tina y los tres se quedaron mirándola fijamente.

«¿Ésta es la misma chica que llegó anoche con ropa tamaño dinosaurio y que usa pijamas en los que pueden caber tres personas?», pensó Jack, repasando su cuerpo.

La sonrisa de Tina se desvaneció por un segundo, cuando se percató de los tres pares de ojos que la miraban como si jamás hubiesen visto a una mujer, pero logró recuperarla a tiempo para seguir su plan, aunque ahora tuviera público. Uno de ellos le sonaba y se temía haberlos visto antes...

Observó con atención a uno de los tres, un impresionante rubio con el cabello rizado y un poco más alto que otro rubio que tenía al lado. Le sonreía mostrando unos dientes blanquísimos que suavizaban todavía más sus afables rasgos y hacían chispear sus ojos cristalinos. Tenía pinta de chico bueno, de tipo serio, y aquellos rizos lo convertían en un querubín adorable, por otra parte, debajo del traje oscuro se podía apreciar que tenía un cuerpo duramente trabajado en el gimnasio. Era guapo, ¡guapísimo! Tina intuyó que debía de tener que quitarse a las mujeres de encima allá donde fuera, porque su atractivo era tan evidente que incluso ella se había quedado embobada... Intentó concentrarse en el otro hombre, también rubio, pero con un corte de pelo actual y arrebatador y que observaba con unos increíbles ojos verdes casi cada palmo del cuerpo de ella, ataviada con un ceñido vestido negro de pronunciado escote, como si pudiera ver a través de la tela. Esa pinta de chico malo, de tipo duro, debía de ser un imán para cualquier mujer; transmitía tal poder con cada movimiento, con cada sonrisa y cada mirada, que resultaba irresistible. Además, poseía un cuerpo atlético, sin llegar a ser tan musculoso como sus otros dos amigos, que se podía intuir debajo del traje gris y aquella camisa tan blanca que llevaba. Aquel hombre tenía la palabra «seductor» escrita en la frente, junto a la de «peligro».

—¿Te vas a algún sitio? —preguntó Jack mirándola con atención, como si se hubiese proclamado su salvador.

«¡Uf, es que no puedo con él!», pensó ella, concentrándose en ese momento.

—Sí —contestó, mientras cogía el bolso y observaba su obra maestra en el salón y la cocina.

—¿Te acuerdas de Brian y Clive? —preguntó Jack, señalando a sus amigos.

Al oír sus nombres, Tina entendió por qué le sonaban sus caras, de haberlos visto algún verano por Galena...

—Sí, claro —contestó, sin hacer ademán de saludarlos como era debido—. Bueno, me voy —añadió, poniéndose un cálido abrigo encima de la escasa tela de aquel vestido que le tapaba lo justo.

—¿Adónde?

—¿De verdad me estás preguntando adónde voy? —dijo, esbozando una de sus mejores sonrisas y negando con la cabeza—. Jack, no eres mi padre.

—Lo que mi amigo quiere decir —intervino Clive en un tono de voz tan seductor y suave que ella se quedó por un instante embobada mirándolo— es que llevas aquí un día y no quiere que te metas en un antro de mala muerte. Si quieres salir, tienes que rodearte de los mejores —añadió señalándose, dando a entender que, sin duda, se refería a él.

—¿Necesitas que te acerquemos a alguna parte? —preguntó Brian, acercándose a ella, que pudo observar lo increíblemente guapo que era.

—No, gracias —respondió mientras se daba la vuelta, deshaciéndose de paso del halo seductor de aquellos dos hombres, pero antes de salir no pudo resistirse y se volvió para mirar a Jack y añadir con coquetería—: No me esperes despierto...

Salió a la calle y se sintió nerviosa. Era cierto que todo aquello se lo estaba montando ella solita, pero lo último que le apetecía —después de una larga jornada de trabajo, de no haber dormido prácticamente nada y de todos los nervios previos que había pasado— era salir por la noche, sobre todo con el frío que hacía. Pero le pareció una buena idea para preocupar a Jack y dejarlo solo con la casa desordenada, algo que le había llevado mucho tiempo conseguir. ¡No se había imaginado que costara tanto desordenar un apartamento como aquél!

Paró un taxi y le dio la dirección que le había dado Evolet, una de sus compañeras del hospital, una enfermera dulce y amable que le había abierto los brazos nada más conocerla y que había aceptado quedar con ella esa misma noche.

Llegó al bar de copas donde se habían citado. A esas horas ya estaba a tope, sin importar que el día siguiente fuera laborable y que en la calle hiciera un viento helado que no animaba a salir de casa, algo que la hizo sonreír. Eso era lo que necesitaba: un lugar que le siguiera el ritmo y no al contrario.

Al ver a su nueva amiga, se le acercó. Evolet estaba sentada en un taburete alto, junto a la barra.

—¡Joder, creía que me dejarías colgada! —soltó Evolet con tanta rotundidad que hizo que Tina la mirase fijamente.

¿Era la misma chica que en el hospital hablaba entre susurros y con palabras amables a los pacientes infantiles esa misma mañana?

—He tardado un poco en encontrar un taxi —explicó, sentándose a su lado mientras la observaba.

Evolet llevaba unos pantalones vaqueros ceñidos y una blusa blanca escotada. Con su cabello castaño, de una tonalidad muy clara, se había hecho una coleta alta que la hacía más alta de lo que era en realidad, pues era mucho más menuda que Tina.

—¿Dónde vives?

—Por el parque Grant, pero es momentáneo. Espero irme pronto de ese piso.

—¿Por qué? Es una zona buenísima para vivir.

—Tengo un compañero de piso insoportable...

—Lo mejor es vivir sola: haces y deshaces a tu gusto sin tener que dar explicaciones a nadie.

—¡Eso es lo que quiero y espero tenerlo pronto! —contestó, suplicando interiormente que su deseo se hiciera realidad a la mayor brevedad.

Le pidió un *gin- tonic* de fresa al camarero que se había parado justo delante de ella y luego Evolet y ella siguieron charlando, principalmente del hospital, de los médicos que había solteros y de algún que otro celador que, según Evolet, estaban para dejarse llevar. Tina se iba sintiendo cada vez más cómoda y a gusto allí, cuando, de repente, al volverse para observar el ambiente, unas caras familiares la dejaron más blanca que la pared.

«¡No puede ser que esto me esté pasando a mí!»

—¡Nos tenemos que ir, Evolet! —exclamó casi con un grito neurótico. Aquel tema se le estaba escapando de las manos y eso que sólo llevaba en Chicago un día... ¿Cómo iba a imaginarse que aquellos hombres acabarían en el mismo local que ella?

—¿Por qué? —preguntó su compañera, extrañada.

—¡Disimula! —le advirtió Tina, antes de acercarse a ella y explicárselo—. ¿Ves a esos tres hombres trajeados que están sentados a la mesa del fondo del bar?

Evolet, sin ningún disimulo, algo que Tina ya se había temido nada más pronunciar esa absurda petición, los miró y comenzó a asentir con la cabeza con entusiasmo, sin apartar la mirada de ellos. Eso le acabó de confirmar a Tina que su nueva amiga no era tan dulce ni tan tímida como en un principio había creído.

—Me cago en la puta, Tina —soltó Evolet, con tanta brusquedad que la hizo cerrar un segundo los ojos, asombrada del gran cambio que experimentaba su compañera en cuanto salía del hospital —, ¡¡Es Clive!!

—¿Lo conoces? —farfulló ella, maldiciendo. ¿De verdad tenía tanta mala suerte?

—Claro —dijo y sus ojos brillaron todavía más—. Se lio con Bervely, la pediatra con la que has trabajado hoy, y siempre dice que estar con él es como haber viajado a otra dimensión. Con decirte que todas hemos intentado que nos preste atención, pero nada, no tenemos suerte... Dicen que él y sus amigos son unos seductores natos y que jamás repiten con la misma mujer. Aunque hace poco, uno de ellos que hoy no está aquí, Owen Baker, el famoso exjugador de fútbol y actual entrenador del Chicago Bears, se ha prometido con una española...

—Vaya —farfulló Tina, pues era demasiada información para poder asimilarla de golpe. ¡Ella lo único que quería era salir de su punto de mira y no enterarse de todos los pormenores que les concerniesen!

—¿No me digas que Clive es tu compañero de piso? Joder, me cambiaría con gusto por ti...

—No, no... —dijo, intentando que Evolet la mirara a ella y dejara de observarlos con tanta atención. Se temió que desde un principio ellos fuesen conscientes de que se encontraban en el mismo bar, pues dudaba que fuera coincidencia verlos allí sentados... «Te he subestimado, señor Perfecto», pensó—. Clive es amigo de mi compañero...

—¡No! ¿Está en esa mesa?

—Por desgracia, sí... —bufó, mientras hacía girar su copa, prácticamente vacía.

—¿Cuál es?

—El moreno con cara de ser tan correcto que incluso dobla el papel higiénico antes de utilizarlo...

—¿Jack Thompson es tu compañero de piso? —gritó Evolet con entusiasmo, haciendo que Tina maldijera por dentro.

«¡Sumemos otra fan más para don Perfecto Fanfarrón!», pensó.

—Sí...

—¡¡Me los tienes que presentar!!

—No creo que sea buena idea...

—Por favor, por favor... —suplicó Evolet cogiéndola de la mano para que accediera a esa locura, aunque, pensándolo mejor, no era tan mala idea...

—Vale, pero me tienes que seguir el rollo, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, ¡lo que quieras!

Tina asintió con la cabeza y se levantó del taburete, acción que dio luz verde a su nueva amiga —que temió que fuera una versión moderna y femenina del doctor Jekyll y mister Hyde por su manera radical de cambiar de personalidad—, para comenzar a caminar a su lado. A medida que se acercaban, los tres amigos las miraban con esa seguridad aplastante de quien se sabe atractivo a rabiar y que piensa que cualquier mujer estaría más que encantada de que uno de ellos posara la mirada en ella.

—Qué casualidad, ¿no? —fingió Tina con alegría, aunque lo que sentía distaba bastante de eso.

—Muchísima —soltó Clive, mientras cogía el vaso de whisky y bebía un trago, sin dejar de observarlas detenidamente, para después, con una lentitud que podría ser considerada una tortura, se lamía el labio inferior de una manera jamás vista por Tina.

Tuvo que reconocer para sí misma que esa acción sería capaz de desintegrar cualquier prenda femenina a veinte metros a la redonda; su seguridad aplastante y aquellos ojos verdes tan llamativos podrían conseguirlo sin esfuerzo, aunque, simplemente por el hecho de ser uno de los mejores amigos del nieto favorito de Galena, Tina consiguió salir inmune ante su despliegue de seducción.

—Sentaos, chicas —las invitó Brian con caballerosidad, señalando las dos sillas que había libres.

Evolet se abalanzó sobre una de ellas mientras sonreía sin cesar a aquellos tres hombres que se habían propuesto salirse con la suya, aunque no sospechaban que Tina no se rendía fácilmente y que era una experta en encontrar siempre una alternativa conveniente a sus fines.

—Os presento a Evolet —dijo, sentándose ella también, intentando ser correcta, aunque fuera por unos minutos—. Evolet, ellos son Brian, Clive y Jack —señaló a cada uno y, ante la sorprendida mirada de ellos, su amiga les fue plantando un par de besos a cada uno, dejándolos extrañados ante su efusividad, algo que a Tina le hizo mucha gracia, más por la cara de póquer que

se les había quedado que por la acción en sí, pero consiguió reprimir la risa y permaneció seria, como si lo que estuviera presenciando fuera lo más normal del mundo.

«Me he juntado con una mujer que está incluso más loca que yo... ¡¡Que tiemble Chicago y estos tres seductores natos!!», pensó con guasa, mientras se mordía las mejillas por dentro para no echarse a reír delante de ellos.

—¿Trabajáis las dos en el mismo hospital? —le preguntó Jack a Evolet en un tono suave y tan correcto que a Tina le dio grima.

¿Por qué tenía que ser tan considerado, tan estudiado y tan... cabal? «¡Ojalá te pudras en el infierno, Jack Thompson!», pensó, sintiendo que cada hora que pasaba con él descubría algo que lo hacía aborrecerlo un poco más si cabía.

—Sí —asintió Evolet, fascinada por tenerlos a unos pocos centímetros—. Joder, sois todavía más guapos en las distancias cortas.

Tina cerró los ojos al ver cómo los tres sonreían ante la sinceridad de su nueva amiga, algo que seguramente les habría hinchado un poquito más el ego si eso era posible. Decidió darle un ligero puntapié a Evolet, que había empezado a babear de manera visible por tenerlos tan cerca. «Córtate un poco, bonita», pensó, intentando que la otra le leyera la mente.

—¡¡Oye!! —se quejó Evolet al recibir el puntapié y la miró confusa—. ¿Por qué me das una patada?

—Es para avisarte de una manera sutil de que nos tenemos que ir. ¿No te acuerdas de que hemos quedado con esos médicos? —comentó Tina, mirándola fijamente para que se diera cuenta de que deseaba que le siguiera el rollo y que dejara de mirar con adoración a aquellos hombres de una vez por todas.

—¡Ah, sí! —exclamó Evolet, haciendo que Tina diese gracias al cielo—. Es verdad... Espero veros dentro de poco, ahora que tenemos en común la amistad de Tina.

—Claro —respondió Clive con una sonrisa divertida que a Tina no le sentó bien. Cualquier cosa o hecho que se asociara a Jack le daba rabia y grima a partes iguales, sin importar el hecho irrefutable de que aquellos tres hombres se creían atractivos porque, simple y llanamente (y aunque le fastidiara horrores admitirlo), lo eran.

—¿Mañana trabajas? —preguntó Jack, antes de que se alejaran de la mesa.

—Claro, por la mañana, a la misma hora que hoy.

—De acuerdo, te llevaré al hospital —contestó, haciendo que ella esbozara un mohín de disgusto.

Siempre había odiado a las personas que intentaban a toda costa ser los héroes de la película y estar ante Jack era ver eso a cada segundo. ¡Menuda paciencia tendría que tener!

Asintió, se dio la vuelta y obligó a su nueva y alocada amiga a que la siguiera hasta la salida del bar. Se temía que, con ella al lado, su nivel de desastres podría aumentar considerablemente. «Adele, ¿qué voy a hacer sin ti?!», pensó, al darse cuenta de que la única capaz de parar un poco sus planes kamikaze era sin duda su amiga y no Evolet, que se temía que fuera del tipo de personas



que la animarían con fervor en cada idea disparatada que se le ocurriera... ¡¡Y a ella se le ocurrían demasiadas!!

—¡¡Qué guapos, por favor!! —exclamó Evolet con emoción, algo que hizo que Tina se encogiera ligeramente de hombros. No podía negar que eran atractivos, pero para ella, que fueran amigos de Jack los convertía en personas no gratas—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—¿Me puedo quedar un rato en tu casa? No puedo volver tan pronto, sobre todo cuando les hemos dicho que habíamos quedado con unos médicos...

—¡Claro! Pero un día me tendrás que invitar al apartamento de Jack y, a ser posible, cuando sepas que van a ir todos sus amigos. ¡Nunca había visto tanto tío bueno reunido!

—Sí, claro, seguro que no le importará —contestó y sumó esa acción a su larga lista de «Cómo hacer que un tío te eche de casa».

—Entonces, ¿tú y él no tenéis nada?

—¡No, por favor! Jack y yo somos simplemente unos desconocidos que se han visto obligados a vivir juntos. Nada más.

—Pues no sé si yo podría aguantarme al tener semejante hombre a pocos centímetros de donde duermo. ¡¡Parecen sacados de un anuncio de perfumes caros!! Madre mía, qué buenos están.

—Te puedo asegurar que ni siquiera pienso en ello. Jack no me gusta de ninguna de las maneras posibles. Es más, podría decir que lo aborrezco desde hace años —confesó con total sinceridad—. Y ahora lo único que me propongo es que se canse tanto de mí que me eche de su elitista y perfecta vida de diseño. ¿Se te ocurre alguna idea que poner en práctica?

Evolet sonrió divertida, mientras Tina le guiñaba un ojo. ¡En dos días, Jack estaría arrepintiéndose de haberle ofrecido su ayuda y así ella podría concentrarse en su verdadero fin: encontrar marido!

Tina abrió la puerta del apartamento de diseño de Jack a las tres de la madrugada y, como no podía ser de otra manera, intentó hacer todo el ruido posible para que él se despertara. «Lástima que no me haya traído un silbato o un bombo con unos platillos...», pensó, mientras pasaba frente a su dormitorio y se daba rabia a sí misma por tener esas ideas simplemente para jorobarlo. ¡Ella no era así! Pero las circunstancias la habían obligado a serlo...

Se detuvo un instante, lo suficiente como para asegurarse de que Jack seguía dormido, pues ni siquiera se oía una pequeña maldición acordándose de los antepasados de ella. ¡Debía poner más énfasis en su plan! Se dirigió al salón, donde todo estaba perfectamente ordenado, limpio y en su sitio, algo que ya había supuesto que pasaría cuando se apresuró a desordenarlo todo antes de que él llegara. Como había intuido, Jack era un obseso del control y del orden y de ahí surgió la idea de su desastre intencionado. Comenzó a abrir y cerrar armarios para encontrar un vaso que ya tenía en la mano, simplemente por el hecho de hacer ruido, ¡cuanto más mejor! Se volvió hacia la entrada al salón, pero sólo oyó silencio. Frustrada por no haber conseguido despertarlo aún, se acercó a la nevera y la botella de leche la llamó; sin pensarlo, se bebió un gran vaso que le sentó mejor que bien. ¡Estaba sedienta!

Dejó el vaso en el fregadero y la botella de leche vacía en la nevera, para después encaminarse de nuevo a su habitación, pasando por la de Jack. Se quedó quieta un segundo, barajando sus reducidas posibilidades. Dadas las circunstancias y la hora que era no podía hacer nada demasiado grande ni elaborado y optó por una alternativa rápida y efectiva: dio un fuerte golpe a la puerta de Jack con tanta fuerza que incluso retumbó por todo el apartamento y luego se tiró con delicadeza en el suelo, fingiendo que se había caído al tropezarse. Cuando lo oyó abrir la puerta, empezó a quejarse de que le dolía el pie, algo que no era verdad, por supuesto. Pero al levantar la mirada y verlo salir se quedó paralizada, pues ante ella se encontraba la imagen más real y arrebatadora de Jack... Tenía el pelo revuelto, lo que le daba un aspecto más atrevido, peligroso, su rostro reflejaba el cansancio que sentía e incluso le parecía que había visto una chispa de enfado en sus pupilas, y tenerlo a tan pocos centímetros, con esos bóxers de color negro y aquella camiseta de tirantes del mismo color la hizo casi boquear ante sus fuertes piernas y sus musculados brazos. «Jo...der...», pensó.

—¿Estás bien? —preguntó Jack, al verla tirada en el suelo, mientras se sujetaba un pie sin dejar de mirarlo un segundo.

—Me he tropezado sin quererrrr... —susurró, retomando su plan, mientras fingía estar tan

borracha como creía posible poder representar, arrastrando las palabras para que no dudara de su estado de embriaguez, que en realidad era nulo.

—¿Has bebido?

—Un poco —contestó, para después soltar unas carcajadas al más puro estilo Maléfica, algo que incluso le hizo todavía más gracia. ¡Nunca pensó que se parecería a ese famoso personaje malvado de Disney! Ella pensaba que se asemejaba más a una de las delicadas princesas (por lo patosa que era en sus elecciones y lo pánfila que era a veces), y no a una villana...—. Me lo he passsssado tanmmn bien —añadió con énfasis, para que no sospechara que lo único que había hecho durante esas horas era estar sentada en el sofá de Evolet, mientras ésta le ofrecía un repertorio de sus mejores ronquidos, haciendo imposible que ella se durmiera también con tal sonido.

—Ven, anda... —susurró Jack, para después levantarla con cuidado del suelo y ayudarla a entrar en el dormitorio de ella, sujetándola por la cintura mientras Tina fingía cojear. Su delicadeza, su calidez, su tacto y su irresistible aroma la sorprendieron tanto que se esforzó todavía más en aparentar que se había hecho mucho daño al caerse—. Estás cojeando.

—Me he hecho daño en el pie... —contestó lastimera, intentando no mirarlo de cerca, sintiendo su mano en la cadera, que la aproximaba a él.

Lo tenía a unos pocos centímetros de distancia y darse cuenta de que era todavía más atractivo de lo que ya sabía la había pillado por sorpresa...

—Te traeré hielo —dijo Jack, mientras la dejaba con delicadeza en su cama, con un aguante que era digno de aplauso.

Tina asintió conforme al tiempo que se tumbaba, sin dejar un segundo de fingir la peor borrachera en décadas. Pero al verlo salir del dormitorio, se tumbó dando la espalda a la puerta para simular que estaba profundamente dormida. ¡Incluso comenzó a resoplar como si estuviera roncando!

Cuando entró Jack con el hielo en la mano y la vio de esa guisa, gruñó molesto y se marchó de nuevo, esa vez apagando las luces a su paso.

Tina esperó pacientemente a que no se oyese ni un sonido en el apartamento para poder sonreír satisfecha, intuyendo que Jack no tardaría mucho en echarla de su casa. ¡Qué divertido era hacerle la puñeta a una persona tan correcta y estudiada! Aunque esa misma persona la hubiese dejado ligeramente trastocada con esa nueva imagen arrebatadora que le había visto... Tina negó con la cabeza, desechando esos pensamientos. La falta de sueño podía distorsionar la realidad. Se dio la vuelta sin darle mayor importancia a ese hecho y se quedó dormida en el acto.

\* \* \*

—Tina...

—Hummm... —ronroneó, mientras se abrazaba todavía más fuerte a la almohada.

—Tina, vas a llegar tarde al trabajo.

Esas palabras hicieron que fuera consciente de que, uno, Jack se encontraba en su dormitorio intentando despertarla; dos, tenía tanto sueño que creía que no iba a poder levantarse nunca; tres, ese nuevo día tendría aspecto de mapache con resaca; y cuatro, comprobaba con estupor que no pensaba bien sus planes, sobre todo la parte del después, las consecuencias de sus actos y ese largo etcétera en el que jamás reparaba cuando se le pasaba por la mente una fantástica idea que siempre, a la larga, se volvía en su contra.

—Voy, voy... —balbuceó con voz pastosa, temiéndose que ese día lo iba a pasar realmente mal.

«¿A quién se le ocurre llegar tan tarde? Ah, sí, ¡a mí!», pensó con arrepentimiento.

—Tienes cinco minutos para levantarte y vestirme, si no, me tendré que ir sin ti.

Tina cerró los ojos y maldijo por dentro, pues sabía que si él se marchaba seguro que llegaría tarde a su nuevo trabajo y, aunque la fastidiara mucho reconocerlo, necesitaba que Jack la acercara al hospital. Aún no se sabía los horarios del metro y entre eso y que tenía una capacidad casi nula de orientación, podía pasarse toda la mañana en el subsuelo de aquella ciudad que anhelaba conocer todavía más.

Saltó de la cama con tanta rapidez que incluso se mareó un poco al principio, algo que no la hizo detenerse y, dando traspies y algún que otro golpe en el brazo con la pared, avanzó hasta el cuarto de baño. Se vistió a toda velocidad, se peinó y salió casi a la carrera, para pasar por el lado de Jack y llamar el ascensor mientras éste cerraba la puerta. Cuando bajaban, Jack le tendió sin decir palabra un café cargado de Starbucks. Tina lo cogió extrañada, pues en una situación así no sabía qué hacer para seguir la línea de su maquiavélico plan, pero la necesidad de sentir la cafeína recorriendo cada resquicio de su ser ganó frente al orgullo y se llevó el vaso a los labios para darle un gran sorbo, mientras miraba con gratitud a aquel hombre que ya se había puesto su máscara de don Perfecto, con su traje oscuro, su cabello perfectamente peinado y su maravilloso aroma que la embriagaba todavía más, haciéndola incluso dudar por un instante de su sentimiento de rechazo hacia él. ¡¡Sin café no era persona y no conseguía ni pensar!!

El trayecto en el coche fue corto y extraño, pues Tina no sabía qué decir o de qué hablar, por lo que prefirió callarse mientras se tomaba el café e intentaba centrarse de una vez por todas en su plan, barajando las posibilidades que tenía en ese nuevo día para volver un poquito más loco a su eterno defensor... Al poco, Jack se detuvo cerca del hospital. Tina bajó del coche y levantó la mano como despedida y agradecimiento, todo en uno, mientras se obligaba a no mirarlo; ya era lo bastante duro reconocer que esa mañana lo había necesitado, como para verle el gesto de satisfacción. Después entró con paso seguro en su trabajo.

—Buenos días, Evolet —la saludó cuando entró en el vestuario del personal del hospital para ponerse el uniforme, verde y con miles de muñequitos de distintos colores.

—Buenos días, bonita —susurró su amiga con tono dulce y una sonrisa adorable—. Cámbiate rápido, que hoy tenemos mucho que hacer —añadió, mientras Tina se reafirmaba en su teoría: había dos Evolet, una adorable y cariñosa, que trabajaba en el hospital y otra chabacana y

explosiva cuando se encontraba fuera de éste; esa última, temió, le traería muchos problemas y de diferentes tipos. ¡Menudo peligro podían tener juntas!

\* \* \*

Trabajar en un hospital tan importante y grande como aquél era un sueño para Tina. Había trabajado con anterioridad como enfermera, pero siempre en consultas pequeñas o privadas, nada comparado con aquel sitio que parecía una ciudad. Iba loca, aprendiendo la manera que tenían ellos de hacer las cosas, dónde se encontraban los medicamentos o los utensilios que necesitaba en el día a día, los nombres de cada pediatra o enfermera/o, pero era normal, sólo llevaba dos días trabajando, pero aun así, Tina se sintió orgullosa de haber tomado esa decisión que la había arrastrado a esa ciudad, aunque no tanto de haber acabado en el apartamento de Jack... Pero eso era tan sólo una pequeña piedrecita en su camino, lo que tenía claro —al margen de la condición que debía cumplir para enterarse de lo que decía la carta de su padre— era que no podía continuar más en Galena; recordando sus relaciones fracasadas, viendo a Tim de lejos, sabiendo que su ruptura, en parte, había sido culpa de ella, por haber creído que él sería el indicado, por intentar forzar algo que se veía desde el principio que acabaría así. Tina ansiaba encontrar al hombre que llenaría su vida de amor, de felicidad, de ilusión, en cambio, no se había llegado a enamorar en ningún momento de ninguno de sus ex...

Lo cierto era que la necesidad de saber lo que escondía aquella carta la había hecho darse cuenta de que anhelaba un cambio en su vida, ver que podía encajar en otro sitio, sentirse útil, ser capaz de enfrentarse sola a lo que fuera, moverse con otro tipo de personas, volver a empezar sin que nadie supiera de sus errores del pasado, sin que nadie la juzgara por ser quién era. Aún debía arreglar ese pequeño detalle de estar viviendo en casa de Jack, no obstante, si todo seguía por ese camino, esa misma semana se marcharía de allí. Buscaría una habitación por el momento, pues disponía de unos pocos ahorros, o tal vez pudiese decirle a Evolet de vivir, mientras tanto, en su pequeño apartamento... Y sí, era cierto que podía haber hecho eso nada más pisar la ciudad, pasar de aquella imposición de su madre, pero la idea de fastidiar un poco al perfecto y salvador Jack Thompson era demasiado tentadora, así conseguía su propósito y, además, desenmascaraba a ese hombre que se afanaba para que todo el mundo pensara que no tenía ningún fallo...

\* \* \*

—Tina, ¿quieres que quedemos a tomar un café? —le preguntó Evolet, mientras se quitaban el uniforme después de una larga jornada laboral.

—No creo que pueda. Sólo tengo en mente tumbarme en la cama y nada más.

—¿Cuándo me vas a invitar al apartamento de ese hombre tan... majo? —preguntó Evolet con delicadeza, haciendo que Tina reprimiera las carcajadas al ver su contención.

—Dentro de poco, te lo prometo.

—De acuerdo, llámame si cambias de opinión —añadió, mientras se colgaba el bolso y se marchaba, dejando a Tina todavía más asombrada por su capacidad de contener a su lengua viperina cuando se encontraba dentro del recinto hospitalario. ¿Tendrían aquellas paredes un inhibidor de palabras malsonantes? Eso le hizo tanta gracia, que terminó de cambiarse de ropa sin poder dejar de sonreír. ¡Su compañera Evolet era única!

Cogió el metro casi sin preguntar, parecía que iba por buen camino y que se acostumbraría rápido a moverse por un lugar tan grande como era Chicago. Estaba deseando hacer turismo, recorrer sus calles, descubrir rincones maravillosos que se convertirían en paso obligado para ella, algo que haría cuando tuviera un poco de tiempo libre... Llegó al edificio donde vivía Jack temiéndose que tendría que dejar su elaborado plan para el día siguiente, pues estaba tan cansada que no tenía ni una sola idea que poner en marcha, sólo quería ducharse, ponerse cómoda y dormir... ¡¡Sobre todo dormir!!

Nada más entrar, dudó por un instante de si se había equivocado de piso, hasta el punto de que incluso salió un instante para poder mirar el número, algo que era innecesario, pues había abierto la puerta con las llaves que le había dejado Jack, pero la falta de sueño la hacía dudar hasta de las cosas más obvias, como ésa. Cerró la puerta con cuidado por si en la casa había un ladrón y así pillarlo in fraganti, pues era la única explicación que se le ocurría ante aquella música tan alta, con un género que no le pegaba al dueño del apartamento. Tina pensaba que a Jack le gustaría el Pop Barroco al más puro estilo de Lana del Rey y no el rock, pues la canción que se oía era *Enter Sandman* de Metallica....

Al entrar en el salón se quedó impactada, casi de piedra, pues no esperaba encontrarse a Jack tan sólo con unos pantalones cortos negros... Parpadeó intentando recomponerse, no era una imagen que se soliera ver todos los días; aquella espalda ancha, perfectamente musculada, perlada de sudor, que terminaba en un culo prieto, la pilló desprevenida. Antes de que ella pudiera reaccionar, Jack se volvió y le sonrió, mostrándole aquel hoyuelo que la ayudó a agarrarse con fuerza al hecho de que lo aborrecía por encima de todas las cosas, que vivir allí con él era como estar dentro de una horrible pesadilla... No, ¡mejor aún!, estar en el corazón del infierno, codeándose con el mismísimo diablo.

—Creía que vendrías más tarde —se excusó Jack, mientras bajaba el sonido de la música, con movimientos seguros, haciendo que cada músculo se contrajese o se expandiese dependiendo del desplazamiento.

—Acabo de terminar mi jornada... —susurró ella, intentando recordarse que sólo era un cuerpo bonito con una cara atractiva, pero con una manera de ser que no le gustaba.

—¿Qué tal el pie? —preguntó, haciendo que Tina dudase por un instante, pues ya no se acordaba.

Se irguió rápidamente y decidió agarrarse con fuerza a la mentira que le había dicho la noche anterior. ¡Debía ser fiel a su plan!

—Bien, bien... Ya sabes, mala hierba nunca muere —comentó, mientras se acercaba a la cocina para beber algo, ¡lo que fuera! Tenía la garganta seca y no entendía la razón. Fuera hacía frío, aunque allí dentro... ¿Habría subido Jack la calefacción?

—Creía que los veganos no bebían leche de vaca —dijo él, acercándose también a la cocina, con su torso musculado al descubierto.

«Ay, madre mía, que tiene hasta el *six pack* y todo... Además de unos oblicuos que señalan a... ¡Céntrate en lo que te está diciendo, Tina!», pensó, maldiciendo por dentro su mala memoria, su nula organización al desarrollar sus planes y su falta de sueño, que la hacían ver al señor Fanfarrón demasiado atractivo como para dejar de mirarlo. Aunque para eso estaban los ojos, ¿no? Y los suyos no paraban de observar cada centímetro de aquella piel perlada de sudor y de cada músculo cincelado con esmero.

—¿Por qué lo dices? —preguntó, intentando pensar lo antes posible una excusa plausible para lo que se temía que él le diría a continuación.

—Esta mañana he encontrado la botella de leche vacía en la nevera.

—A lo mejor te la has bebido tú y no te acuerdas —dijo convencida de sus palabras, mientras se agarraba como un clavo ardiendo a su presunta inocencia, aunque tuviera tatuada en la frente la culpabilidad con letras de neón.

—O a lo mejor eres una pequeña mentirosa que sólo quiere volverme loco —contestó Jack, apoyándose en la encimera de delante de la nevera, sin dejar de mirarla con dureza, algo extraño en él, y con aquel torso desnudo que ella no podía (aunque quisiera) dejar de mirar.

«Piensa, piensa ¡y hazlo rápido, por el amor de Dios», se dijo.

—¿Y con qué intención iba a hacer algo así? —contestó con fingida indiferencia, obligándose a no mirarlo a los ojos, básicamente porque no quería que supiera que mentía descaradamente y que la había pillado...

—No lo sé, dímelo tú —dijo con tanta seriedad y a tan pocos pasos de ella que la estaba haciendo dudar de todo.

«¡¡Necesito dormir, porque si no, no estoy lúcida ni rápida para estas cosas!!», pensó ella.

—Tina, quiero que te quede claro que no le abro las puertas de mi casa a cualquiera y cuando lo hago sólo pido un poco de respeto. Y no te estoy hablando por la botella de leche, sino de que llevas dos noches seguidas sin dejarme descansar... No puedo tolerártelo más.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó y a punto estuvo de empezar a saltar de alegría. ¡¡No pensaba que conseguiría tan rápido su objetivo!!

«Venga, Jack, lo estás deseando. Dime que me vaya a la calle. Que soy lo peor, una vergüenza para mi familia, ¡lo que te dé la gana! Pero échame de tu impresionante casa. Anda, majo, hazlo para que pueda marcharme de aquí y regodearme, porque toda Galena sabrá que no eres tan bueno como te obligas a aparentar», pensó, animándolo interiormente a que dijera esas palabras que ansiaba escuchar, para poder decirle a su familia que el nieto favorito no era tan perfecto como todo el mundo creía.

—¿Me preguntas qué voy a hacer? —soltó perplejo, mientras se despeinaba con ambas manos el cabello castaño, ligeramente mojado por el sudor.

Sus bíceps brillantes y ligeramente bronceados la volvieron a abducir como si fueran un canto de sirenas, dejándola embobada, analizando cada centímetro de aquella piel que debería mostrar a cada segundo, sin importar la climatología, porque era un desperdicio para la sociedad ocultar una visión tan tentadora.

«¿Espabila, Tina! Nunca has visto a un hombre así y es normal que te deje noqueada, pero es el vanidoso pluscuamperfecto de Jack Thompson. ¡¡Que no se te olvide!!», pensó, intentando que no se le notara que verlo así la había afectado demasiado como para reconocerlo.

—Dime tú qué quieres que haga.

—¿Yo? —preguntó Tina, tratando de volver a la realidad, una que se le estaba presentando en bandeja de plata. Pero sabía que lo que tanto deseaba que ocurriera debía salir de él. ¡No podía decirle que todo lo que estaba haciendo era para que la echase de su casa!

—Mira... —resopló Jack, claramente intentando contener su genio, algo que a Tina la sorprendió. «Uy, si don Correcto tiene carácter...», pensó—. Nunca rompo mis promesas, Tina. Pero me estás volviendo loco, no me dejas dormir, me encuentro mi apartamento desordenado y te contradices hasta límites insospechados —concluyó con tono cansado—. No hagas que me arrepienta de la promesa que les hice a tu madre y a tu abuela de cuidarte... —añadió con dureza, mirándola con seriedad.

—Soy como soy, Jack... No pedí vivir contigo, es más, fuiste tú quien quiso que viniera a tu casa y ahora no puedes prohibirme que me comporte como soy —dijo con voz seca y pastosa. ¡Tenía la garganta tan seca que temió toser arena!

—Puedes comportarte como te dé la gana en la calle, pero bajo este techo tienes que dejar de ser una niña consentida y portarte como la adulta que eres. Dentro de poco vendrá mi hijo a casa y no voy a consentir que llegues borracha, que pongas la música alta de madrugada y que montes jaleo porque simplemente estés nerviosa o te dé la real gana —continuó con dureza, dando un paso hacia ella.

Estaba tan cerca que Tina podía notar el calor que desprendía su cuerpo desnudo y, aunque pareciera difícil de creer, aun sudado olía muy bien, tanto, que temió bizquear de gusto.

—¿Y si no acepto? —susurró, tratando de enfrentarse a su mirada fría, a su gesto serio, a su imponente presencia y a aquel halo seductor que la abducía sin quererlo.

«¿Desde cuándo don Correcto tiene pinta de malote?»

—Ya sabes dónde está la puerta —contestó con rotundidad, sin una muestra de duda.

—¿Me echarías de tu casa? —preguntó, intentando que su rostro no reflejara la esperanza de que, precisamente, eso ocurriera.

Pero Jack, lejos de contestarle en ese momento, se quedó mirándola fijamente, como si estuviera asimilando algo que se le hubiese escapado, como si pudiera leerle la mente, cosa que Tina sabía que era imposible. Nunca nadie —a excepción de Adele— se había parado lo



suficiente como para conocerla de verdad, simplemente daban por bueno todo lo que se decía de ella... Se quedó allí, anclada en el suelo, obligándose a no mirar hacia abajo, hacia su magnífico torso cincelado, aguantándole la mirada y recordándose el porqué de su estancia en la ciudad. De repente, algo cambió en él, su mirada se suavizó y comenzó a mover la cabeza, sonriendo divertido, como si hubiese encontrado algo gracioso en toda aquella conversación que a Tina le había parecido extraña y excitante, y no sabía cuál de los dos adjetivos ganaba...

—¡Ahora lo entiendo! Eso es lo que estás pretendiendo hacer —exclamó Jack, dando de lleno en la diana y haciendo que Tina tragase con dificultad la poca saliva que tenía en la boca...

«Vale, tengo que reconocer que no es tan iluso como creía», pensó, al verse descubierta tan rápidamente.

—Tina, no sé qué te diría tu madre para que aceptaras vivir aquí, por lo que veo, no estás de acuerdo con esa decisión y ahora entiendo que por esa razón estás haciendo que viva los peores días de mi vida. No pasa nada, si quieres marcharte, vete —añadió, señalando la puerta—. Eres adulta, puedes hacer lo que te dé la gana, pero a mí no me metas en tus enredos.

—Si quieres que me marche, tendrás que echarme tú, Jack —soltó Tina, empecinada en seguir hasta el final con aquel plan que comenzaba a hacer agua por todos lados—. Y tendrás que llamar a mi madre para decírselo. Al fin y al cabo, es lo que queráis todos, ¿no? Que la traviesa Tina estuviera con el nieto perfecto para que éste velara por su seguridad, para que no se metiera en problemas, para que la salvara... ¡Pues aquí me tienes! —exclamó, dando un pequeño paso adelante, lo justo para encontrarse a un escaso centímetro de su cuerpo, mientras alzaba la cara para mirarlo a los ojos, enfrentándose a él.

—Quiero que te quede clara una cosa, Tina —susurró Jack sin moverse de donde estaba, tan cerca el uno del otro que podían oír los latidos frenéticos de sus corazones—, no te voy a echar de mi casa, serás tú quien se largue de aquí.

—No sabes de lo que soy capaz, Jack —farfulló ella muy bajito, pues tenerlo tan cerca y la falta de sueño le estaba dificultando aferrarse al odio que siempre había sentido por él y se estaba dejando llevar por otro sentimiento mucho más placentero que no deseaba experimentar hacia ese hombre.

—Ni tú tampoco de lo que soy capaz de hacer yo, Tina —replicó él, esbozando aquella sonrisa que ella siempre había aborrecido, aunque, en esa ocasión, simplemente se quedó observando el hoyuelo, temiéndose que, justo eso, fuese su arma de seducción secreta.

«¡Ojalá te pudras en el infierno, tú, tu hoyuelo y tu *six pack*, Jack Thompson!», pensó con rabia, mientras lo miraba abandonar la cocina con paso tranquilo, demostrándole el gran poder y la gran confianza que tenía de sí mismo.

Jack levantó un instante la mirada de la pantalla de su ordenador; llevaba dentro de su despacho una hora y todavía no había llegado nadie a trabajar. Había salido de su apartamento muy temprano, demasiado para no tener ningún proyecto urgente, pero no podía continuar en la cama sabiendo que, a pocos metros, aquella desquiciante mujer dormía plácidamente. ¿Cómo era posible que hubiese tramado todo aquel embrollo para que él, simplemente, la echara de su casa? ¡Era de locos! Sin embargo, sabía que, hiciera lo que hiciese, no le daría ese gusto, sobre todo ahora que era consciente de su plan. Si Tina quería marcharse, que lo hiciera, pero él no quedaría mal delante de los Harris ni de su abuela, sobre todo porque esa familia siempre se había portado bien con ellos.

—¿Novedades en el frente? —preguntó Clive entrando sin llamar en el despacho.

—Sí, cómo no —dijo Jack, pues se había convertido en normalidad hablar de su invitada todas las mañanas, algo de lo que su amigo disfrutaba tanto, que siempre salía de allí carcajeándose de las ocurrencias de Tina—. Ya sé la razón de Tina para convertir mi vida en una locura constante.

—Me lo imagino... Se siente despechada por ti y se está vengando —dijo Clive, mientras se sentaba delante de él.

—¿Despechada? —inquirió extrañado, pues ella nunca le había dado indicios de que estuviera interesada por él, ¡al contrario! Jack pensaba que siempre le había tenido inquina o simplemente no le caía bien, algo que no entendía. Nunca hizo nada para que Tina se enfadara...—. No, ¡qué va! Quiere que la eche de mi casa para ella quedar como la pobrecita a la que la dejan sin techo bajo el que dormir y yo como el villano que no tiene un poquito de paciencia para ayudar a la nieta de la mejor amiga de su abuela.

—Qué retorcida... ¡Me gusta! —soltó Clive con entusiasmo—. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Ayudarla a que tome la decisión de marcharse de mi casa y que me deje en paz —contestó con tranquilidad, mientras dejaba la estilográfica en la mesa y le dirigía una sonrisa divertida a su amigo.

—¡¡Me encanta esa chica, está sacando lo peor de ti, algo que ni siquiera yo he podido!! —añadió Clive con admiración—. ¿Qué vas a hacer para que se largue?

—Lo estoy pensando todavía... La verdad es que me tengo que dar prisa, dentro de unos días vendrá Ryan y espero que Tina ya no esté...

—Podrías llevarte algún ligue a casa —propuso Clive, metido en materia de darle ideas—. Seguro que Tina está incómoda si te ve enrollándote con una o con varias... Sí, lo mejor es que

invites a muchas mujeres, ¡¡a muchas!! Y ya de paso me dices cuándo lo vas a hacer, para dejarme caer por allí con Brian, ya sabes, para ayudarte y darle más veracidad al plan. Seguro que esa misma noche coge las maletas y se larga —concluyó convencido.

—Tú siempre arreglando las cosas con la misma solución.

—Es que es la mejor —sentenció, mientras se sacaba los puños de la camisa de debajo de los de la americana, en ese gesto tan suyo con el que reflejaba la gran seguridad que sentía.

—Bueno, lo pensaré..., ¡aunque no te prometo nada! —contestó Jack, recostándose en la silla.

—No me dirás que aún sigues mal por lo de Sherlyn...

—Eh... No, la verdad es que ni me acordaba —confesó, dándose cuenta de que desde que había llegado Tina a su casa la desazón por la inminente boda de su ex se había evaporado velozmente—. Pero no es por eso por lo que sigue sin apetecerme volver a ligar con mujeres, es sólo que me apetece estar fuera del redil un par de semanas, para poder centrarme en Ryan y conseguir que esa muchacha se marche de mi casa.

—Como quieras, pero te aseguro que llenando la casa de bonitas y despampanantes mujeres el problema estaría solucionado en horas —insistió Clive, levantándose de la silla—. Me voy a mi despacho, tú piénsalo —dijo, mientras le guiñaba un ojo.

Jack sonrió negando con la cabeza. Después cogió su estilográfica y siguió trabajando, sabiendo que tarde o temprano se le ocurriría algo magnífico para que Tina se fuese.

\* \* \*

Miró a su alrededor con orgullo. Había salido antes del trabajo para poder dejarlo todo preparado para cuando Tina llegara y sonrió complacido de su obra maestra. Se dirigió a su dormitorio, se cambió de ropa y decidió salir a correr un rato por el parque Grant; necesitaba descargar la adrenalina que tenía acumulada.

Tras una hora corriendo sin parar, atravesando el parque por la orilla del lago, entró de nuevo en su apartamento mientras aguzaba el oído para ver si Tina había llegado ya, algo que al parecer todavía no había ocurrido, pues la tranquilidad aún reinaba en el único lugar que había considerado suyo de verdad...

Sin darse tiempo para nada más, se metió en la ducha para estar preparado cuando ella volviese. ¡No quería perderse su cara! Al salir, antes siquiera de coger la toalla y secarse, oyó un sonido que, simplemente, deseó con todas sus fuerzas que no viniera de su salón y sí de algún apartamento colindante, incluso de la calle., ¡Le daba igual!, aunque se temía que no tendría tanta suerte.

Se enrolló la toalla a la cintura y salió del cuarto de baño, dispuesto a averiguar de dónde procedía aquel sonido que ya había podido oír con claridad un par de veces. Nada más alcanzar el salón, los ladridos de un cachorro nervioso que corría hacia él lo hicieron maldecir mil veces

diferentes y todas acordándose de ella, de aquella mujer a la que había dejado entrar en su casa y que estaba convirtiendo su convivencia en un auténtico infierno.

Al levantar la mirada se encontró con la de Tina, vestida con aquella ropa excesivamente grande, demasiado quieta para lo que él estaba acostumbrado, observándolo con descaro y sin ningún disimulo.

—¿Qué es esto? —preguntó Jack, sintiendo cómo el cachorro había comenzado a lamerle los pies, que tenía desnudos.

—Un perro —contestó ella con una sonrisa divertida, mientras se erguía y alzaba su nariz respingona con altivez—. ¿Has visto qué mono es?

—Ni hablar, Tina. ¡En esta casa no entran animales! —exclamó Jack con rotundidad, acercándose a ella con paso seguro, sin importarle no llevar nada más que una toalla enrollada con maestría en las caderas, mostrándole el poder y el control que tenía aun con poca ropa...

—Estaba perdido en la calle... y es tan pequeñito. ¡No puedes hacerle eso! —se quejó lastimera.

—Ésta es mi casa, ¿lo recuerdas?

—Lo sé, lo sé, pero he decidido quedármelo —contestó ella cruzando los brazos, lo que hizo que aquella camiseta ancha se pegara a su atlético cuerpo.

—A ver, creo que no me has entendido bien —susurró Jack, mientras se echaba el cabello mojado hacia atrás, fijándose en que Tina observaba sin pudor cada uno de sus movimientos, cada centímetro de su cuerpo, cada gota de agua que se deslizaba sobre su torso... «¿Por qué me mira tan fijamente?», pensó, sin entender nada de lo que hacía aquella mujer tan peculiar—. Si quieres quedártelo, te tendrás que marchar.

—¿Nos estás echando, señor don Correcto? —replicó con socarronería, moviendo coqueta las pestañas y dejando a Jack descolocado por un momento, más por el apodo que le había puesto que por la pregunta.

—No, Tina, os vais a ir vosotros por decisión propia.

—Te equivocas... No me iré hasta que me echés, con todas las palabras y con la llamada a mi madre. Que una es joven, pero no tonta —contestó obstinada, dando un paso hacia él con una amplia sonrisa, demostrándole que estaba decidida a salirse con la suya.

—Eres desquiciante.

—Lo sé, es un don que tengo —susurró en tono seductor, haciendo que Jack la mirase fijamente, intentando descifrar a aquella mujer que se había propuesto volverlo loco.

—Entonces serás responsable de ese cachorro. No quiero ver ninguna de sus necesidades biológicas esparcidas por mi piso, ¿de acuerdo? —replicó Jack con dureza, enfrentándose a sus grandes ojos del color del chocolate más tentador.

—Claro, soy una mujer muy responsable. Además, ya que estamos poniendo límites a nuestra maravillosa convivencia, ¿podrías, ¡no sé!, dejar de pasearte ante mis narices semidesnudo? —pidió encarándose a él.

—¿Por qué? Estoy en mi casa... —respondió, esbozando una amplia sonrisa que permitía ver sin dificultad su hoyuelo.

—Lo sé, pero no tengo por qué verte... así —susurró Tina, señalándose el torso con un gesto de asco que a Jack le hizo gracia.

—¿Te pone nerviosa? —preguntó socarrón, mientras enarcaba una ceja.

—¡Por supuesto que no! —soltó, agachándose para coger al cachorro, de un color marrón claro y pelaje largo, pero que Jack supuso que no pertenecería a ninguna raza específica, sino que, simplemente, sería un perro callejero. Cuando lo tuvo en brazos, comenzó a hacerle mimos ante la asombrada mirada de él, que jamás pensó que pudiese ser tan cariñosa...—. Es que te veo así y se me quitan las ganas de comer, Jack. ¿De verdad hay mujeres que se sienten atraídas por... eso? —añadió, mientras señalaba sus músculos de manera despectiva.

—Por supuesto, pero no hago ejercicio para que ellas se fijen en esto —comentó Jack, tocándose el estómago, dándose cuenta de que ella fijaba la mirada donde él se había tocado—. Lo hago porque me gusta.

—Ya... claro, ¡y yo me chupo el dedo! —masculló con ironía—. Ven, *Pichurri*, vamos a prepararte tu camita y tu comidita —susurró con el tono de voz más dulce que Jack le había oído nunca.

—¿*Pichurri*? —preguntó Jack, pues esa palabra no era americana y no sabía lo que significaba.

—Sí —contestó Tina con una radiante sonrisa—. ¡Es un nombre perfecto para él! —concluyó con emoción, mientras se lo llevaba a la cocina para prepararle la comida, sin darle más explicación al respecto.

Jack se quedó quieto observándola. Parecía una mujer diferente con ese cachorro, le hablaba con dulzura en otro idioma, supuso Jack que sería español, pues su padre era de esa nacionalidad... Cuando comenzó a sentir frío, se dio la vuelta y volvió a su dormitorio. Debía terminar de secarse y vestirse; ¡ahora le tocaba a él disfrutar de su pequeño plan!

\* \* \*

—¿Tienes hambre? —preguntó Jack, volviendo al salón, vestido con unos pantalones largos de deporte grises y una camiseta de tirantes blanca.

—Sí —contestó Tina, sentada en el suelo mientras jugaba con el pequeño cachorro—. No he podido ir a comprar nada... Espero que tengas alguna lechuga o zanahoria para mí en ese pedazo de nevera ultramoderna que tienes.

—He sido más previsor que tú —comentó con tranquilidad, pasando por su lado para acercarse a la nevera y así abrirla—. Te he comprado lechuga, chía, tomates y brotes de soja. Eso te valdrá, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¡Perfecto! Espero que no te importe, pero yo me voy a preparar unas pechugas de pollo con salsa de mostaza que, sólo de imaginarlas, se me hace la boca agua —explicó, mientras sacaba todo lo necesario.

—No... no. Si tú prefieres comerte al pollito *Pío*, ¡allá tú!

—Pues ven y prepárate la ensalada a tu gusto —pidió, obviando su comentario, para que se uniera a él en la cocina.

—Sí, claro... El pollito *Pío*, el pollito *Pío* —tarareó Tina con sorna.

Mientras cocinaba, Jack no perdía detalle de los movimientos de ella, de cómo se acercaba para ver cómo estaban quedando las pechugas, que llenaban con su delicioso aroma toda la cocina, cómo tragaba saliva mientras las observaba, para después enfocar la vista en su plato vegano. Sí, aquello formaba parte de su pequeña venganza: que deseara lo que él estaba preparando para sí, mientras ella comía algo que se veía de lejos que no disfrutaba. ¡Se iba a dar un atracón de carne sólo para fastidiarla!

\* \* \*

—Está mal que lo diga yo, pero me han salido riquísimas —dijo Jack gesticulando de placer, mientras cenaban en la isla de la cocina—. ¿Está buena la ensalada?

—Sí..., deliciosa —comentó Tina con fingido entusiasmo, mientras pinchaba con el tenedor un tomate con un poco de chía—. Además, esto es más saludable que eso —añadió, señalando el plato de Jack.

—Me alegro —respondió él, llevándose el último trozo de pechuga a la boca, mientras cerraba los ojos de placer.

—Bueno, creo que *Pichurri* y yo nos vamos a preparar para irnos a la cama —dijo, dejando el plato sobre la isla, sin hacer el mínimo gesto de llevarlo al fregadero.

—Hasta mañana, Tina —le dijo Jack, empezando a ordenar la cocina y colocando los platos en el lavavajillas.

La miró de reojo y sonrió divertido mientras ella se alejaba con aquel pequeño perro trotando junto a sus pies; esperaba que la segunda parte de su plan funcionara igual de bien que la primera. Se había dado cuenta de que Tina era demasiado orgullosa como para recular y confesarle que no era vegana, algo que supuso que era mentira cuando vio la botella de leche vacía en la nevera... Cuando terminó de recoger la cocina, se sentó en el sofá y se puso el resumen de los deportes, aunque prácticamente ni lo escuchaba, pendiente de cada sonido que ella hiciera; estaba en el cuarto de baño, dándose una ducha... Al poco, la oyó hablándole con suavidad a aquella bola de pelo que había adoptado sin su permiso y después cerró la puerta de su dormitorio.

Jack sonrió, ahora sólo debía esperar... Miró la hora y decidió irse a la cama, esperaba que su plan funcionara y que Tina esa noche no pudiese pegar ojo...

\* \* \*

—Jack... ¡Jack! Por el amor de Dios, ¡¡despierta!!

—¿Qué quieres ahora, Tina? —susurró, mientras intentaba abrir los ojos. Cuando lo hizo, la vio en el quicio de la puerta, balanceándose nerviosa de un lado a otro, mientras la bola de pelo movía la cola sin parar, dispuesto a jugar aunque fueran las dos de la madrugada...

¿Es que no podía dormir una noche entera seguida?

—Jack... —gimoteó ella al borde del llanto—, creo que hay un fantasma en mi habitación...

—¿Por qué crees eso, Tina? —bufó con desesperación mientras encendía la luz y la observaba.

Tenía el pelo alborotado y sólo llevaba una gran camiseta blanca que le tapaba los muslos y que estrujaba con nerviosismo. Parecía tan frágil en esos momentos que Jack dudó por un instante que fuera la misma persona que no paraba de hacerle jugarretas para que la echara de su casa.

—He empezado a oír ruidos extraños —explicó, moviéndose nerviosa por el dormitorio, seguida por el cachorro—. Eran repetitivos, como suspiros y pisadas y... *Pichurri* ha empezado a ponerse nervioso y luego he notado algo dentro de mi cama, algo que no debería estar allí. Me he puesto muy nerviosa y... ¡No sé! —resopló angustiada.

—Serán imaginaciones tuyas, Tina.

—No, no, te aseguro que no lo son. He estado un buen rato intentando encontrar la lógica de todo eso, pero ya no puedo más... ¡No he podido pegar ojo! ¿Sería posible que me dejases un pequeño hueco...? —balbuceó señalando su cama.

—¡Ni de coña! —saltó Jack con rotundidad.

—Si no fuera importante, no te lo pediría. ¡¡Te lo aseguro!!

—Tina, vete a dormir ya.

—¡No pienso volver a mi cama hasta que sea de día, Jack!

—Pues vete al sofá y déjame descansar —replicó él, mientras apagaba la luz y se volvía a tumbar, dando por finalizada aquella extraña discusión.

—No quería hacerlo así, pero ¡tú me has obligado! —dijo Tina, metiéndose en la cama de Jack.

Notó cómo el cuerpo de ella temblaba por el temor a aquello que no la había dejado dormir. Tal vez se había pasado con la segunda parte de su plan; él sólo pretendía que no durmiera, no que tuviera miedo hasta el punto de meterse en su cama... A la mañana siguiente se lo contaría y aclararía ese asunto, ahora lo único que deseaba era dormir, aunque la causante de sus noches de insomnio estuviera a pocos centímetros de su cuerpo...

Tina ronroneó de gusto, mientras hundía la nariz en aquella calidez e inhalaba el suave aroma a limpio, mezclado con aquel olor que le resultaba irresistible. Se encontraba tan cómoda y segura que incluso le costaba abrir los ojos, algo que en principio era una tarea sencilla. Cuando al final logró despertarse del todo —lo que le llevó más tiempo del habitual—, se dio cuenta de que continuaba en la cama de Jack. Pero eso no era todo, lo peor era que se encontraba abrazada a él como una garrapata, incluso tenía una pierna encima de las de él, notando su calor y su respiración pausada. ¡¡Y acababa de restregar la nariz por su maravillosa espalda!!

«Mierda, mierda, mierda», maldijo por dentro, al darse cuenta de que durmiendo había hecho algo que jamás habría pensado que haría: ¡¡había dormido abrazada a Jack Thompson!! Intentó tranquilizarse, pues lo último que deseaba era que él se diese cuenta de aquella escena, más propia de parejas que de alguien como ella, que aborrecía a aquel hombre por encima de todo.

Despacio, con una lentitud asombrosa dadas las circunstancias —hubiese preferido dar un salto y salir corriendo de allí a la velocidad de la luz—, fue alejándose de Jack, casi haciendo malabarismos para que él no se diese cuenta del desliz que había tenido y que no se repetiría. Observó a *Pichurri*, tumbado encima de la cama, a los pies de Jack, algo que la hizo sonreír con ternura. El cachorro levantó la cabeza al percibir movimiento y bajó al suelo de un salto en cuanto la vio ponerse de pie.

Tina salió del dormitorio despacio y de puntillas, para después respirar aliviada, mientras sonreía divertida al verse a salvo de que Jack se diese cuenta de que había dormido abrazada a él. Sin embargo, el alivio se vio truncado por la certeza de que debía volver a entrar en su habitación. Sabía que era absurdo temer eso, no era ninguna niña, sin embargo, su corazón no entendía de razones y comenzó a martillarle en el pecho. Pero debía averiguar qué había pasado la noche anterior, dar con una explicación razonable a todo lo vivido, pues con la luz del día los fantasmas daban menos miedo, ¿no?

Abrió las cortinas para que los amplios ventanales dejaran entrar la luz natural y se quedó un segundo maravillada por el cielo anaranjado, con algunas nubes grises en contraste con ese color, que se colaban entre los rascacielos. Suspiró, dándose las fuerzas necesarias para buscar respuesta a lo ocurrido la noche anterior y, al destapar la cama, lo que vio la dejó asombrada. ¡¡Había multitud de arañas de plástico dentro!! Eso la enfureció mucho y la sospecha de que una cosa debía de estar relacionada con la otra, hizo que buscara por cada centímetro del dormitorio la causa de que no hubiese podido pegar ojo en toda la noche. Cuando encontró un reproductor



digital con temporizador escondido en la cómoda, todas las piezas del puzle señalaron al propietario del apartamento... ¡Por eso no paraba de oír sonidos de ultratumba! ¡¡Jack lo había puesto allí para no dejarla dormir!! La furia la cegó por un instante, mientras cogía aquel pequeño aparato y se paseaba por el dormitorio, pensando en mil formas de vengarse, pero debía reconocer que había subestimado al bueno de Jack. ¡Jamás pensó que haría algo así! Aquello, aunque le diese rabia admitirlo, la hizo sonreír. Había sido muy listo, pero ¡ella todavía no había dicho la última palabra!

Cuando se hubo aseado y vestido, salió de nuevo al salón, aún quedaban unos minutos para que Jack se levantase y ella se tomó ese tiempo a solas para desayunar tranquilamente. Abrió la nevera y vio varios productos de origen vegetal que para nada le llamaban la atención, lo extraño fue que no viera nada más, ni un triste huevo, ni siquiera una loncha de beicon, algo raro, cuando sabía que a Jack le encantaba la carne. ¡Aún recordaba la pinta que tenían aquellas pechugas que cenó ante sus narices! Poco le faltó para robarle una para probarla y dejar la insípida ensalada a su suerte...

Frustrada por no poder comer algo normal, cogió la botella de leche y bebió un buen sorbo, pero al hacerlo se quedó extrañada. ¡¡Aquello no era leche!! Corrió al fregadero y escupió lo que le quedaba en la boca. Miró la botella, la olió, echó un poco en un vaso para verle el color y se volvió como si fuera capaz de ver a través de las paredes, porque sabía que el causante de que la leche supiera a vomito verde y pareciera tal cosa era Jack.

Se quedó pensativa unos segundos, estaba claro que él intuía que no era vegana, por eso había retirado toda la comida de origen animal de la nevera, dejando sólo la leche, junto con los productos vegetales... Tenía que reconocer que estaba ante un rival listo, al que no le temblaba el pulso, y, lejos de achantarla, eso la llenó de confianza para dar el siguiente paso de su plan.

—Buenos días —oyó a su espalda.

Al volverse, vio a Jack despeinado, caminando descalzo hacia ella con aquella camiseta de tirantes que dejaba al descubierto sus increíbles brazos.

—Buenos días —lo saludó Tina con una de sus mejores sonrisas—. Te he preparado café —añadió, dejando sobre la isla la taza del «Mejor padre del mundo».

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Jack, mientras apoyaba la cadera contra la isla y la miraba a poca distancia.

—Roncas una barbaridad, creo que *Pichurri* tendrá que ir a terapia después de esta noche —contestó, haciendo que él sonriese divertido, al tiempo que se echaba el cabello hacia atrás.

—Bueno, tú tampoco es que seas la mejor compañera de cama... Te mueves muchísimo y has tirado varias veces a esa bola de pelo al suelo. No sabía que hicieras *kick boxing* tumbada. Con tanta patada, creía que acabaría también en el suelo...

—Qué raro, seguramente será porque mi compañero en la cama eras tú. Normalmente me dicen que soy muy mimosa —añadió con socarronería.

«Que no se haya dado cuenta de que lo abrazaba, que no se haya dado cuenta...», pensó,

sosteniéndole la mirada.

—¿Ya has desayunado? —preguntó Jack cambiando de tema, pero sin dejar de mirarla ni un segundo.

—Sí y me voy a terminar de preparar para irme al trabajo. ¡No quiero que se me haga tarde!

—Claro —contestó él, observándola detenidamente mientras cogía la taza del café y lo olfateaba antes de probarlo.

«Chico listo —pensó Tina con una sonrisa traviesa—, pero yo soy más lista y te he puesto una buena cantidad de sal, algo que no varía el aroma...»

Corrió hasta el cuarto de baño para que Jack no la oyera carcajearse al imaginar su cara cuando bebiese un trago. Seguramente estaría ya escupiendo el café salado en el fregadero, maldiciendo a toda su familia y esperaba que en breve la echara de su casa. Al salir se encontró a *Pichurri* esperándola en el pasillo, miró a ambos lados y no oyó ningún movimiento. Quizá estuviera en la cocina... Al llegar se encontró una nota sobre la isla:

Me están esperando en la oficina, hoy no te he podido esperar.

Pd. Espero que la leche te haya gustado tanto como a mí tu café.

J.

Tina arrugó la nota y comenzó a correr por el apartamento. ¡¡Llegaría tarde y quería parar para comprarse algo para desayunar!!

\* \* \*

—Mastica, Tina, que te va a dar algo —pidió Evolet al verla engullir como si no hubiese un mañana.

Estaban en el bar del hospital y habían hecho una pausa para almorzar, algo que Tina estaba deseando que llegara desde la mañana. ¡Al final no le había dado tiempo a desayunar y estaba famélica!

—No lo entiendes —dijo entre bocado y bocado a aquella deliciosa y grasienta hamburguesa—. Llevo sin comer de verdad una eternidad. ¡Estaba deseando comer carne!

—¿Aún sigues fastidiando a... ese hombre? —preguntó Evolet, haciendo que Tina sonriese; al parecer, el inhibidor de palabras malsonantes también funcionaba en aquella parte del recinto hospitalario.

—Sí.

—Pensaba que cuando te viera con el perro os pondría a los dos de patitas en la calle.

—¡¡Y yo!! Por eso lo adopté en cuanto lo vi en la perrera... Pero es duro el tío... además, ahora me las está devolviendo.

—¡¡No!! —exclamó Evolet en un tono un poco más alto de normal, algo que la hizo avergonzarse y pedir disculpas a su alrededor.

—La verdad es que no pensaba que sería capaz de hacerme jugarretas... —comentó pensativa, porque lo cierto era que jamás se imaginó a Jack, alias el señor Correcto, haciendo algo tan alocado—. Lo subestimé, Evolet, pero veremos a ver quién acaba tirando la toalla antes, te puedo asegurar que yo tengo mucho aguante y puedo ser muy retorcida si quiero...

—¡Qué divertido! —susurró su amiga con una sonrisa—. Pero ten cuidado, Tina. Con ese tipo de hombres es muy fácil acabar pillada hasta el tuétano.

—No te preocupes, que estoy vacunada. A mí no me impresiona su escultural cuerpo, ni esa uve marcada, ni siquiera su *six pack* me llama la atención, como esa manía que tiene de aparecer semidesnudo por el salón... No, no me afecta para nada en absoluto —añadió convencida, mientras negaba con la cabeza reafirmando su postura.

—Jod... —Evolet fingió que tosía para disimular que iba a decir esa palabrota—. Perdón... Quería decir que menos mal que no te impresiona, porque, si no, me podrías hacer un croquis de cada músculo de ese hombre.

—Sólo es un cuerpo bonito, Evolet.

—Sí, pero con una cara y un no sé qué que qué sé yo que me ponen como una moto —murmuró muy bajito, haciéndola sonreír—. ¿Cuándo me has dicho que me ibas a invitar a tu casa?

Tina rio mientras cogía el vaso de agua para poder bajar la hamburguesa, que había engullido en dos mordiscos. Era cierto que verlo semidesnudo la afectaba. Nunca había visto un cuerpo tan trabajado fuera de la pantalla del cine o del papel cuché, y ver esos músculos, esa seguridad natural de saberse atractivo, era hechizante e incluso envidiable. Ella nunca se había sentido segura de su físico. En Galena la habían apodado jirafa, por lo alta y delgada que era; siempre se recriminaba su falta de curvas: poco pecho, caderas estrechas, pero interminables piernas... Por eso utilizaba ropa ancha, para contrarrestar su delgadez, para que nadie viese que era una espiga sin formas, aunque Adele el día de su boda quiso que todos viesen que algo de curvas había ganado con el paso del tiempo, lo justo para llenar un vestido tan estrecho, pero no lo suficiente como para que Tina se sintiera a gusto con su físico.

Volvieron al trabajo con el estómago lleno. Las horas pasaban muy deprisa y con cada día transcurrido Tina se notaba más segura en su nuevo puesto y mucho más motivada.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le preguntó Evolet al terminar la jornada, mientras se cambiaban de ropa en los vestuarios.

—Aparte de seguir fastidiando a mi compañero, nada especial —comentó ella como si nada.

—Si quieres salir o que vaya a verte para fastidiarle juntas, ¡llámame! Puedo echarte una mano en esa tarea, ya sabes, las amigas estamos para eso.

—Sí, claro —dijo con una sonrisa, mientras salían juntas hacia la calle—. Madre mía, cómo llueve y yo sin paraguas. Pediré un taxi...

—Ni se te ocurra. Tardarás el doble, es mejor ir en metro, aunque nos mojemos. ¡A la de tres echamos a correr!

Corrieron entre risas hasta alcanzar la boca del metro, se despidieron con la mano para ir a

coger cada una el suyo y Tina pensó qué habría hecho su cachorro tantas horas solo en el apartamento. Deseó que no hubiese hecho ningún estropicio, aunque, pensándolo mejor, ¡cuanto más desastre hiciera, muchísimo mejor!

—Hola, *Pichurri* —dijo, mientras el perro se volvía loco al saludarla, nada más abrir la puerta—. ¿Estás solo? —preguntó en un susurro.

No hizo falta que el cachorro dijera nada, unas voces masculinas la hicieron maldecir, porque eso significaba que otra vez tendría público. Pero ¡¡el *show* debía continuar!! Se dirigió primero a su dormitorio, se cambió rápidamente de ropa, pues la que llevaba estaba empapada, y después fue hacia el salón, donde vio a cuatro increíbles hombres sentados alrededor de la mesa, jugando a las cartas. Tina sabía que no debería asombrarle esa imagen, sobre todo cuando vivía en casa de uno de ellos, pero era tan insólito presenciar tanto poder, tanta confianza y tanto atractivo en un espacio pequeño, que parecía más producto de su desbordante imaginación que la vida real.

—Qué pronto has llegado —comentó Jack, percatándose de su presencia, algo que la sacó de sus ensoñaciones e hizo que su mente comenzara a trabajar a la velocidad del rayo para salir airosa de aquella situación que no esperaba.

—Lo mismo estaba pensando, creía que me iba a encontrar la casa vacía...

—Hoy hemos quedado los chicos para jugar. ¿Te acuerdas de Owen? —preguntó, mientras lo señalaba con la mano.

Su amigo se volvió para mirarla y Tina se quedó con la mandíbula desencajada. ¡¡Era Owen Baker!!

Sabía que ese hombre, que le sonreía de una manera que podría enmarcar para el recuerdo, la había visto en sus peores momentos, cuando era una adolescente con espinillas y el cabello lacio. Pero los años habían pasado de maravilla para él. Su cabello castaño resaltaba el bronceado fruto de las horas que pasaba al aire libre, haciendo ejercicio físico; sus ojos azul grisáceo tenían una chispa burlona, y debajo de aquellos vaqueros y aquel jersey azul se adivinaba un cuerpo de escándalo, gracias al deporte que había sido y seguía siendo su vida. Y aunque en un principio Tina debería odiarlo por ser amigo de Jack, no pudo dejar de sonreír como una *groupie* declarada y absoluta, mientras se acercaba para saludarlo como era debido.

«¡Cuando le cuente a Adele que he vuelto a ver a Owen, le da un patatús!», pensó.

—No te habría reconocido ni en mil años, Tina —comentó él con una sonrisa tan deslumbrante como sus modales.

—Los años pasan para todos, ¿no? Supongo que mi madre estaba deseando que creciera de una vez por todas —añadió bajando la guardia y mostrándose simpática por una vez desde que había llegado.

—¿Te apetece jugar? —preguntó Brian señalando una silla.

Tina sonrió imaginándose que, si lo hubiese conocido en otro momento, se habría enamorado de aquel rubio con cara de bueno. ¡Era tan guapo y dulce que parecía irreal!

—No, voy a comer algo. ¡Estoy hambrienta!

—Le he dicho a Regina que comprara comida para ti —comentó Jack, haciendo que Tina dudase por un instante...

«¿Regina?... ¿Quién es Regina? Eso no es tan importante, Tina, ¡céntrate!... ¿Qué comida?», pensó.

—Creo que te ha comprado verdura, tofu y fruta para que no pases hambre en casa de un carnívoro empedernido como yo —añadió, aclarando sus dudas.

«¡Menos mal que este mediodía he podido comerme una hamburguesa!», pensó Tina, temiendo que se iba a hartar de comer tanta verdura y fruta.

—Oh... ¡ñam! —soltó fingiendo entusiasmo, mientras se dirigía hacia la nevera. Una vez allí, contempló aquel manjar vegano que ocupaba la totalidad de los estantes, percatándose, además, de que seguía sin aparecer la carne, los huevos, el queso y la leche...

«¡¡Me va a tocar salir a comer todos los días!! No voy a poder aguantar comiendo sólo lechuga y tofu...», pensó, mientras maldecía por dentro, aunque, pensándolo mejor, si no había carne, Jack tampoco la comería, ¿no?

Se preparó una ensalada con todo lo que fue encontrando en la nevera, para después sentarse ante la isla y engullirla de manera automática y lamentando por dentro su falta de raciocinio previo.

Se puso a escuchar la conversación de los cuatro hombres, que parecía que se hubiesen olvidado de que ella estaba allí...

—A Lizzie sólo le falta gritártelo, Jack —comentó Clive.

—Espero que no lo haga —susurró el aludido, incómodo.

—Si quieres te hago un favor y le pido una cita. Ya sabes, para que no te diga nada a ti... —comentó Brian, y Tina se tuvo que obligar a no reírse a carcajadas.

Solía ocurrir, los que tenían pinta de buenazos, al final eran incluso peores que a los que se los veía venir a kilómetros de distancia.

—No sabía que te gustara Lizzie... —comentó Clive con interés.

—A ti también te gusta, Clive, lo que pasa es que Jack no te deja acercarte a ella —contestó Brian con socarronería.

—Jack es un aguafiestas... «Clive —prosiguió éste, imitando a Jack, con voz más grave de la que él tenía—, estamos en una oficina y no en un bar. ¡¡Compórtate!!»

—Anda, jugad y dejad a nuestra tímida recepcionista en paz —pidió Owen, poniendo orden en la mesa—. Aunque Eva me ha dicho que haríais una fantástica pareja, Jack...

—¿Tú también? —soltó éste, desesperado al darse cuenta de que todos querían que saliera con Lizzie.

—A ver, Jack, llevas dos años sin fijarte en una mujer de manera seria. Algo que nos alegra mucho, sobre todo a Clive, pero todos sabemos que no es tu estilo. Eres de los que desean encontrar una pareja estable e incluso de los que se casan. No dejes que Sherlyn se salga con la suya —dijo Owen con seriedad, algo que hizo que Tina comiera casi a cámara lenta, esperando a

que Jack le respondiera. No sabía quién era esa tal Sherlyn, ¿sería su exmujer o un ligue de después...?

—Precisamente por eso no deseo atarme a otra mujer. He quedado tan escarmentado con ella, tan cansado, que no puedo pensar ni un instante en mantener una relación seria con ninguna mujer, aunque ese hecho os sorprenda a todos. ¿Te acuerdas cuando volviste de Kiarma y me aseguraste que habías cambiado? Supongo que yo también lo he hecho, pero me ha costado un poquito darme cuenta de ello —explicó Jack con tono cansado.

—Pero tú no eres como nosotros, Jack —comentó Brian con rotundidad.

—A ver, cabronazos —soltó Clive, haciendo que Tina dejara hasta de masticar; Evolet y él podrían librar una batalla de malhablados—, dejad que Jack haga lo que le salga de las pelotas. ¿Que quiere follar con toda tía que se le cruce? ¡Que lo haga! ¿Que no quiere tener novia? ¡Que no la tenga! Ya sabéis que acabar como Owen no es una obligación —añadió con desdén, como dando a entender que tener novia y desear casarse con ella era lo peor que podía ocurrirle a un tío como ellos.

—Dejemos en paz este tema, chicos, y juguemos —contestó Jack todavía más bajito.

Tina sospechó que se acababa de dar cuenta de que ella comía a poca distancia y que, aun sin poder verles la cara (pues estaba sentada de espaldas al grupo), podía oírlos perfectamente.

—Claro, ¿a quién le toca? —preguntó Brian como si nada.

Pero la mente de Tina iba acelerada, ahora disponía de más información sobre Jack y caviló cuál sería su siguiente paso, uno que deseaba que fuese el definitivo. Se estaba cansando de comer tanto brote verde; si no paraba, al final se convertiría en un conejo y, además, no podía olvidar el motivo real por el que había decidido marcharse de Galena. ¡¡Necesitaba encontrar un marido!!

—No parece tan loca como decías... —susurró Owen.

Jack dejó las cartas sobre la mesa, mientras se despeinaba con frustración al tiempo que observaba el pasillo por donde se había marchado Tina hacía unos minutos. Supuso que se habría ido a su dormitorio, aunque, tratándose de ella, podía estar tramando cualquier cosa...

Después del trabajo habían decidido ir a su apartamento, pues, según Clive, lo mejor para conocer al enemigo en profundidad era tener distintos puntos de vista, algo que podían aportar ellos. Y allí estaban, fingiendo jugar al póquer y viendo *in situ* lo que tenía que aguantar para no quedar mal con su abuela ni con los Harris.

—Creo que no se esperaba encontraros aquí —comentó en voz baja, mientras vigilaba el pasillo o cualquier indicio que le diese a entender que Tina volvía al salón—. Pero te juro que como no decida irse pronto, no sé qué haré... Esta mañana me ha preparado café y lo he tirado al fregadero sin siquiera probarlo, porque a saber lo que le habría echado... ¡No me fio de ella! Y entre ese chucho que no para de mearse en mi suelo y de ladrar, y ella dejando todo el rato cosas por medio e impidiéndome dormir, mi casa se ha convertido en una casa de locos y en un estercolero... —resopló, cansado de toda esa situación.

—Siempre puede venirse a mi casa, no quedarías mal con tu abuela y ella tampoco perdería, ¿no? —soltó Clive, al tiempo que cogía la cerveza y le daba un largo sorbo, como si hubiese tenido la mejor idea del mundo, algo que, por supuesto, no era.

A Jack ya le costaba bastante mantener alejada a la pobre Lizzie de él, como para dejar que Tina estuviera a solas con Clive en su apartamento... Ni loco...

Lo bueno de que los cuatros fueran amigos desde el colegio era que se conocían tan bien que sabían cómo reaccionarían en cada hipotética circunstancia. En esa ocasión, Jack sabía que si contestaba a la provocación de Clive, el rifirrafe desencadenaría en burlas por parte de éste, bromas compartidas entre Owen y Brian y el enfado de Jack, que daría paso a su seriedad, para, al final, cuando la situación fuera insostenible, Brian o Owen, dirían algo que los haría reír a todos y así se olvidarían de la conversación. De manera que Jack prefirió centrarse en otra cosa, pues lo último que deseaba era que Tina se enterara de más cosas íntimas de él, cosa que, con sus amigos bajo el mismo techo, sería lo más normal. Ya el hecho de pensar que hubiese estado escuchando mientras sus amigos intentaban convencerlo de que se buscara novia, se le hacía difícil de gestionar...

—La cuestión es que me he cansado de esperar que se marche por sí misma. Ella pretende que

la eche yo de casa, que incluso llame a su madre para decírselo, y eso no lo puedo hacer, básicamente porque conozco lo bastante a mi abuela como para saber que es capaz de venir a Chicago para tirarme de las orejas y echarme una buena reprimenda por haberles fallado tanto a ella como a los Harris, que me han confiado a la pequeña de la familia... Sólo tengo una escapatoria para poder salirme con la mía sin quedar mal con todos ellos: devolverle las jugarretas... Ya sabéis, ojo por ojo... —les dijo Jack a Owen y a Brian, porque sabía que Clive era un caso perdido, además que éste ya estaba al tanto de su plan.

—No me miréis a mí, que no fue idea mía, sino de él —dijo Clive levantando las manos en señal de inocencia al ver que Brian y Owen lo miraban con seriedad, culpándolo por aquella alocada idea tan alejada de la manera de proceder del siempre razonable Jack.

—¿Y está funcionando? —preguntó Brian con curiosidad.

—Espero que lo haga dentro de poco —contestó Jack con una amplia sonrisa.

El sonido de los pasos de Tina, seguidos por los de aquel cachorro que trotaba a su lado y que se había convertido en su sombra, hizo que cogieran de nuevo las cartas para simular que seguían jugando y que no estaban hablando de ella.

—Jack —lo llamó Tina con voz dulce, algo que él ya sabía era señal inequívoca de alguna fatalidad.

Al levantar la mirada, le vio las intenciones y maldijo por dentro mil veces. «Joder, si es que sólo se le ocurre a ella salir de esta guisa cuando Clive y Brian están en mi casa», pensó, mientras intentaba controlar aquella situación que se le escapaba de las manos, al tiempo que no podía dejar de observar cómo cambiaba cuando se ponía ropa de su talla, aunque fuera escasa, como aquel jersey negro que dejaba al descubierto su vientre plano, combinado con una falda de lycra del mismo color, que se ajustaba a su atlético cuerpo y dejaba al aire unas interminables piernas, que la hacían irresistible para cualquiera que tuviera un par de ojos en la cara...

—Va a venir una amiga —explicó con inocencia, aunque Jack sabía que no era tan inocente como intentaba aparentar.

—Di que sí, princesa, cuantos más seamos, mejor —soltó Clive, haciendo que Jack lo mirara con desagrado.

—No te molesta, ¿verdad? —preguntó Tina, con ese tono que Jack comenzaba a reconocer y que se veía a la legua que era fingido.

«¡Esta mujer tiene de inocente lo que yo de pelirrojo!»

—Por supuesto que no —contestó él con su mejor sonrisa, algo que la hizo envararse, como si esperase otra reacción por su parte.

—¡Genial! —soltó, para después sentarse en el sofá y teclear en el móvil.

Sus amigos miraron a Jack esperando que hiciera algo, pero lo cierto era que no sabía qué hacer en ese momento. Tina lo trastocaba, lo llevaba a un límite que desconocía, pues no entendía cómo podía haber una persona tan irritante como ella y, a la vez, tan peculiar. Ni una semana llevaba en esa casa y la había convertido en el reino de las cremas, la ropa interior tirada de



cualquier manera por cualquier rincón, de los vasos sucios, la leche que misteriosamente se acababa, las jugarretas para que la echara y de aquellas miradas intensas con las que repasaba su cuerpo, algo que contradecía su actitud. No sabía si se sentía atraída por él o si lo odiaba hasta límites insospechados.

«¡Dios mío, me va a volver loco!»

Brian tomó las riendas de la situación y comenzó a barajar las cartas, para después repartirlas, pero Jack sólo podía mirar a Tina de reojo, sus largas piernas estiradas encima del sofá, su melena castaña, que rozaba su espalda y caía por encima de sus hombros, enmarcando su bonito rostro, la serenidad con la que se concentraba en el dispositivo móvil y aquel jersey negro que resaltaba su pecho...

Miró a Clive y se lo encontró mirándola también fijamente, sin mostrar siquiera un poco de decoro o disimulo. Él era así, no se escondía, era directo, sincero y no se andaba nunca con rodeos, algo que Jack siempre había envidiado y que a él le hubiese gustado practicar más: separar la diversidad de sentimientos, poder ser más directo en esos temas, hablar sin tapujos, ser más él sin miedo a que la otra persona se sintiera herida... Cuando a Clive le gustaba una mujer, no paraba hasta que la seducía, eso sí, nunca les mentía para conseguir su propósito. Cuando ellas accedían a pasar la noche con él, sabían de sobra que no se iba a repetir. Clive tenía esa norma, que había intentado que todos sus amigos practicasen, pero que ninguno había seguido tan a rajatabla como él, sobre todo Jack, que simplemente se enamoraba siempre de la mujer equivocada, como le ocurrió con Sherlyn...

De repente, el timbre retumbó con fuerza en el apartamento y todos se miraron esperando que alguien se moviera; el cachorro comenzó a ladrar de manera incesante y Tina se levantó de un salto, antes de dirigirse hacia la entrada balanceando las caderas.

—No parece la misma con esa ropa... —susurró Brian, algo que todos secundaron asintiendo con la cabeza.

Al poco, los cuatro amigos oyeron entrar a la amiga de Tina y al levantar la vista se encontraron con la espontánea mujer a la que conocieron hacía unas noches en aquel bar al que fueron después de seguir las con el coche de Brian. Clive, con ese don de gentes que había perfeccionado con los años, se levantó para saludarla, lo que les dio luz verde a todos para abandonar de una vez por todas aquella partida que ni siquiera estaban siguiendo.

—Hola, preciosa —dijo, y Evolet sonrió tanto que Jack temió que pudiera desencajarse la mandíbula.

—Hola... Joder, esto es una puta pasada —soltó, haciendo que Jack cerrase los ojos al oír esa expresión tan... tan... ¡tan de Clive!—. Tina, dime que estoy soñando... ¡¡Es Owen Baker!! —exclamó, con un grito tan fuerte y estridente que el aludido miró a Jack con cara de circunstancias, pues odiaba ser el centro de atención, algo extraño, cuando en el pasado fue el *quarterback* estrella de los Philadelphia Eagles y en la actualidad era el entrenador jefe de los Chicago Bears.

—Owen —dijo Tina, acercándose a él con una sonrisa encantadora—, ella es Evolet. Evolet,

creo que no hace falta que te lo presente.

—¡Por supuesto que no! ¡Joder... Estás mucho más bueno en persona que por la tele! Menuda suerte tiene tu novia, macho —añadió y vio que Tina se tapaba la boca para disimular una risa divertida; se notaba que se lo estaba pasando en grande con la situación.

—Eso es lo que siempre le digo yo —comentó Owen con guasa—, aunque ahora que Eva no está aquí, te puedo asegurar que el afortunado soy yo de tenerla en mi vida.

Esa confesión hizo que las dos amigas suspirasen encantadas. Owen siempre había tenido facilidad con las mujeres, sin siquiera esforzarse podía tener a la que se propusiera, aunque conquistar a Eva le resultó la tarea más complicada de su vida...

—¿Habéis quedado esta noche, chicas? —preguntó Clive con curiosidad.

—Sí, nos íbamos a Division Street, en la calle Rush; hemos quedado con unas compañeras de trabajo... —respondió Evolet, sin disimular lo encantada que estaba al encontrarse allí—. ¿Os queréis venir?

—Eso ni se pregunta —soltó Clive, mientras se sacaba los puños de la camisa por debajo de las mangas de la chaqueta, ese movimiento tan de él dando a entender que lo tenía todo controlado, algo que seguramente era así.

—Yo me tengo que marchar —dijo Owen levantándose de la silla—. Eva me está esperando en casa; tenemos aún mucho lío antes del gran día.

—Es verdad, que te casas —contestó Evolet, acercándose a él como si fuera una abeja atraída por el dulce aroma de la miel.

—Sí, con la mujer de mi vida —añadió Owen para despejar cualquier duda que pudieran tener sobre lo que sentía por Eva—. ¡Nos vemos, tíos!

—Te acompaño a la puerta —dijo Jack, siguiéndolo hasta la salida de su apartamento.

—Jack —susurró Owen en el rellano—, ten cuidado, ¿vale?

—Siempre lo tengo —dijo, extrañado ante su petición.

—Sé que tú controlas este tema más que yo, que tienes mucha más experiencia con los sentimientos y todo eso..., pero no quiero que vuelvas a pasarlo mal con una tía, y esa mujer, ¡no sé!, creo que puede hacerte daño si quiere...

—Esa mujer tiene las horas contadas en mi casa, ¡te lo aseguro! Además, si crees que nos sentimos atraídos el uno por el otro, te puedo asegurar que no, ¡es justo lo contrario!

—Tú cuídate y mantenme informado.

—Claro, amigo. ¡Gracias por venir! —dijo, mientras ambos se daban unas palmadas en la espalda para despedirse.

Al entrar en el salón de nuevo se encontró a los cuatro hablando amigablemente, con el cachorro revoloteando entre los pies de Tina.

—¡Vamos! —exclamó Clive en cuanto lo vio, algo que secundaron todos.

Tina se puso un cálido abrigo encima de su escasa ropa y se dirigieron hacia la entrada.

—Te vienes, ¿verdad? —le susurró Brian a Jack al verlo quieto.

—No me queda más remedio, con esa ropa me tocará apartarle los moscones, y al primero, a nuestro amigo —contestó, mientras cogía su abrigo y salían detrás de ellos—. Aunque, pensándolo mejor..., si conociera a alguien, cabría la posibilidad de que se fuera antes de mi casa, ¿no?

—Es posible, pero a saber lo que tiene esa mujer en la cabeza. Eso sí, aburrirte, me da a mí que no te aburrirás con ella.

—Uf..., estoy deseando aburrirme, Brian... —susurró antes de cerrar la puerta de su apartamento, dejando al cachorro en su interior mirándolos con cara de pena.

Llevaban en ese local de moda una hora, durante la cual —y Tina no entendía la razón—, no paraba de hablar con un montón de hombres que se le acercaban, algo que le dificultaba seguir el plan que había elaborado después de escuchar a los amigos de Jack hablar de éste y de sus relaciones.

—Evolet —la llamó, pues su amiga se encontraba en su salsa hablando con los que ella descartaba al momento—, ¡me tienes que ayudar!

—Tina te tienes que poner más esa ropa. ¡Esto es un no parar, chica! —exclamó, emocionada al ver tantas atenciones hacia ellas.

—Sí, lo sé, y en otras circunstancias me alegraría, pero ahora no puedo pensar en conocer a nadie, aunque lo necesite... —resopló frustrada, pues debía ir por partes: primero salir de la casa de Jack y segundo buscar marido—. Tenemos que buscarle una novia a Jack.

—¿Una novia? Me da a mí que a ese tío no le hace falta ayuda. ¿Lo has visto bien? —preguntó mientras lo señalaba.

Jack estaba al otro lado del local, hablando con sus amigos. Como no podía ser de otro modo, los tres rodeados de mujeres que intentaban llamar su atención.

—¿No me habías dicho que iban a venir Anne y Rosemari? —dijo pensativa, pues aún no las había visto.

—¡Se han rajado! Eso sí, cuando se enteren de quién estaba aquí, se van a arrepentir —añadió jocosa, mientras señalaba a Jack y a sus amigos.

—Puf... Lo malo es que esas tías son unas largatonas... Lo que yo quiero es encontrarle una buena mujer, para que Jack se enamore y me eche de su casa para tener su nidito de amor vacío ¡y así yo pueda concentrarme en esto! —dijo, señalando a los hombres que se acercaban a ellas.

—¿Aún sigues con ese tema, Tina? Chica, vete tú de la casa y deja al pobre chico en paz. Con lo bueno que está y lo guapo que es cuando sonrío... Madre mía, si yo estuviera en tu lugar, viviendo con semejante ejemplar de hombre, me pegaría a él como una lapa de esas babosas y lo obligaría a que se enamorara de mí...

—Sólo es un envoltorio, Evolet... —bufó con resignación, pues parecía que era la única que veía los rasgos negativos de ese hombre.

—Pero ¡menudo envoltorio! —exclamó su amiga con entusiasmo, sin dejar de mirarlo—. Mira, Tina, ese tipo de hombre no se ve todos los días. Es guapo, amable, con una paciencia asombrosa para aguantarte, un cuerpazo al que me encantaría hacerle un traje con mi propia saliva y ese

hoyuelo que me vuelve loca nada más verlo aparecer. ¿Qué quieres que te diga? ¡Yo me lo pido para Navidad!

—Hola, preciosa —dijo de repente un hombre, interrumpiendo la conversación de las dos amigas.

Tina lo miró un instante sin prestar mucha atención a cómo era físicamente, podía llevar una careta de *Scream* y se habría quedado tan tranquila. Después resopló despacio para no acabar soltando alguna lindeza de las suyas, pues, al fin y al cabo, el tipo no tenía culpa de que esa noche todos los hombres de Chicago se hubiesen puesto de acuerdo en hablar con ella. ¡Con la falta que le hacía precisamente eso! Pero lo primero era lo primero...

—Lo siento, pero no me interesas —dijo, esbozando una amplia sonrisa. Debía ceñirse a su plan y no despistarse con nada.

—Pero a mí sí —soltó Evolet, mientras le tendía la mano y lo saludaba con gracia—. Soy su mejor amiga y muy flexible a la par que insaciable.

Tina tuvo que morderse las mejillas por dentro para no echarse a reír ante su saludo informativo. Evolet no se cortaba un pelo si el hombre le interesaba, y al parecer a él también le hizo gracia, porque comenzaron a hablar, obviándola por completo. Tina se dio la vuelta y observó a Jack desde lejos; estaba hablando con un par de hombres, algo que le extrañó bastante, debería estar seduciendo a mujeres, como hacían sus dos amigos, ¿no? Bajo las directrices de Jack, los dos hombres comenzaron a buscar algo por el local hasta que sus miradas se detuvieron en ella...

¡Ahora lo entendía todo! Jack estaba animando a todos los hombres que podía a que se le acercaran. ¡Había tenido la misma idea que ella! Pero él había tenido más recursos para salirse con la suya, sin dejarle a ella ni un segundo para poder mover ficha. Recalibró su estrategia, mientras observaba cómo aquellos dos se iban acercando a ella. Debía ser rápida y hacer algo que a él lo fastidiase bastante. De repente se le ocurrió una idea y sonrió satisfecha. ¡Se iba a enterar Jack de quién era ella!

Esperó pacientemente a que uno de ellos se le acercara primero, ¡le daba igual cuál fuera!, para después comenzar a coquetear con descaro con él.

—Evolet, me voy a marchar ya —le dijo a su amiga al poco, interrumpiendo su rito de apareamiento, que consistía en mucho toqueteo y caidita de párpados. ¡Aquella mujer era infalible cuando se le metía algo entre ceja y ceja!—. Si Jack te pregunta, dile que me he ido a su apartamento, ¿de acuerdo?

—¿Te vas con ese tipo?

—¡Claro! Una noche es una noche —contestó, sintiendo cómo el hombre, al que no había mirado lo suficiente como para saber ni siquiera de qué color tenía los ojos, la cogía de la cintura y la estrechaba contra su cuerpo.

«Sí, sí, cógeme, bonito, pero no te vengas arriba, que en nada te doy el pase», pensó ella, esforzándose en aparentar que estaba más que encantada con su ligue.

—¡Haces bien! Yo me voy a quedar un poquito más con tu último descarte... —respondió Evolet con una sonrisa divertida—. Deséame suerte.

Tina sonrió al despedirse, para después caminar hacia el guardarropa con aquel hombre que no recordaba ni cómo se llamaba, aunque eso no le importaba lo más mínimo, sólo quería que Jack la viese salir con él, que Evolet le diese su recado y a ver qué ocurría... «Donde las dan, las toman», pensó, disimulando su sonrisa de satisfacción, mientras deseaba que saliese todo como tenía previsto.

\* \* \*

—Hola, *Pichurri* —saludó Tina al perro al entrar en el apartamento de Jack—. ¡Menuda noche he pasado! Dime, ¿tú qué has enredado por aquí? —le preguntó al animal, que no paraba de lamerle las piernas mientras daba saltitos de alegría—. Ya veo, ya..., no te has podido aguantar, ¿verdad? Anda, vamos a limpiar todo esto antes de que venga don Simpático —añadió, al tiempo que se dirigía hacia la cocina para coger la fregona.

Se quitó los zapatos de tacón para poder limpiar más cómodamente, sin que *Pichurri* dejase un segundo de correr detrás de ella, haciéndola sonreír al ver la energía que tenía. Cuando lo hubo limpiado todo, se quedó unos segundos mirando el enorme ventanal que había en el salón; lo que más echaría de menos cuando se fuera de aquella casa sería sin duda las maravillosas vistas. No se cansaba de admirarlas, a cualquier hora de día, para descubrir nuevos edificios, nuevas perspectivas e incluso contemplar el contraste de los distintos colores del cielo con los rascacielos y el parque Grant tan cerca. Pero al oír un sonido que provenía del rellano, se dirigió a la cocina y se apoyó en la isla para ocultarse de la vista de Jack cuando apareciese por el salón..

—Oh... sí... Qué bien besas —dijo en voz alta mirando al cachorro, que no paraba de mover la cola con alegría. Pero al oír los pasos del propietario del fantástico apartamento, se fue corriendo en su busca dejándola sola—. Podemos ir a mi dormitorio si quieres.

—¡¡TINA!! —gritó Jack, irrumpiendo con ferocidad en el salón.

Todo pasó demasiado deprisa incluso para ella, que nunca pensó que verlo de esa manera, tan furioso que sus pupilas parecía que pudiesen lanzar rayos, con aquella pose tan segura que sería capaz de levantar el edificio entero, y aquel tono de voz tan gutural, autoritario, tan distinto a como siempre lo había visto, la pudiera dejar unos segundos petrificada. ¡Aquel hombre era puro fuego!

Carraspeó, intentando concentrarse en el momento, sin hacer caso a su cuerpo, que había comenzado a excitarse ante aquella imagen tan masculina de él, tan diferente a lo que ella estaba acostumbrada, pues Jack normalmente era la contención en persona, no se alteraba, no levantaba la voz, era tan correcto que ni siquiera se enfadaba. Pero lo que estaba presenciando por primera vez en esos momentos, lejos de molestarla, la hizo mirarlo con otros ojos...

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó ella con una tranquilidad que no sentía, mientras se sujetaba con firmeza a la encimera de la isla.

Era como si por primera vez viese a Jack de verdad, sin artificios ni excusas, sin el odio que sentía por él y se quedó obnubilada. El traje a medida le sentaba de maravilla, otorgándole mayor atractivo si cabía. La camisa blanca que llevaba contrastaba con el ligero bronceado de su piel, y aquel cabello revuelto seguramente estaría así por su culpa... ¡¡Ahora entendía a Evolet cuando decía que era irresistible!! Y no... no sólo era un físico o un bonito envoltorio, era todo el conjunto, que resultaba tan infalible como tentador.

—El tipo que has traído a casa —masculló con los dientes apretados, deteniéndose a escasos centímetros de ella, haciendo que levantase la vista para mirarlo a los ojos.

«Qué alto es...», pensó, dándose cuenta por primera vez de esos pequeños detalles que en general ignoraba, porque estaba demasiado ocupada aborreciéndolo en silencio y tramando su siguiente paso para desquiciarlo.

—¿Ese al que tú mismo has obligado a que se acercara a hablar conmigo?

—¿Obligado? —repitió confuso, dando un pequeño paso más hacia ella, destilando por cada poro de su piel el poder y la seguridad que siempre demostraba, haciéndola titubear, incluso sintió cómo su corazón cabalgaba desbocado sin que ella le diese permiso para hacerlo.

«Céntrate, Tina, céntrate... No le mires los labios... Dios, ¿desde cuándo los tiene tan definidos y apetitosos?», pensó, sintiendo que la garganta se le quedaba seca de repente.

—Todos esos tipos estaban más que encantados de acercarse a ti.

—Claro —chasqueó la lengua con disgusto, mientras miraba hacia otro lado. No sabía qué le ocurría, pero su proximidad la estaba poniendo demasiado nerviosa y de repente sentía mucho calor... ¡Y ahora no tenía la excusa que era por el alcohol! Esa noche no había probado ni una gota...—. Y, dime, ¿qué querías que hiciera con todos ellos? ¿Montarme una bacanal o, tal vez, que uno me acogiese amablemente en su casa?

—Más bien lo segundo, pero cuando Evolet me ha dicho que habías venido aquí... —dijo, apretando los puños, haciendo que las venas se le marcasen y que los músculos de sus brazos se contrajesen contra la tela de la chaqueta, dejándola unos segundos traspuesta.

«Jo... der», pensó, obligándose a contestarle y a seguir su plan hasta el final para que la echase de su casa y olvidar que una vez estuvo viviendo con él.

—El macho alfa que reside en ti se ha tirado de los pelos... Ya, ya... Era de esperar —añadió con tranquilidad, mientras volvía a cometer el error de mirarlo a los ojos, en esos momentos más oscuros, advirtiéndole del peligro que corría si seguía mirándolo, porque de repente se había dado cuenta de que el señor Correcto podía ser un chico malo si quería...

—Entonces, ¿no hay nadie? —preguntó Jack, frunciendo el cejo ligeramente, como si no se lo creyese del todo.

—No —contestó Tina con una sonrisa divertida que a él no le hizo mucha gracia, pero que a

ella la ayudó a pensar con fuerza que nunca se fijaría en Jack Thompson, aunque en esos momentos no pudiera quitarle la vista de encima...

—¿Y con quién hablabas?

—Con *Pichurri*, pero ya ves, ha sido oírte y me ha dejado tirada... Es la historia de mi vida —añadió haciendo una mueca divertida, pero ni siquiera así él se relajó.

«Para de mirarme así, Jack. Vuelve a hacerlo como siempre, con indiferencia, con pena, pero no demostrándome que, si quieres, que, si te da la gana, puedes hacer que todo el mundo se rinda a tus pies, incluida yo...», pensó Tina.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó, como si quisiera entenderla realmente.

—¿De verdad me lo estás preguntando? Para fastidiarte, como me has molestado a mí toda la noche al enviarme a todos esos tipos... Me he sentido incómoda con tantas atenciones.

—Debes de estar más que acostumbrada a que los tíos se acerquen a ti —dijo Jack, repasando con lentitud sus facciones, sus ojos, su nariz, sus labios...

«Ay... ayayay...», pensó Tina al sentirse tan observada y sintió un cosquilleo que comenzaba a enervarla.

—¡Qué va! —exclamó esbozando una amplia sonrisa, mientras daba un pequeño paso hacia atrás, para así poner distancia.

Aquel aroma en el que se mezclaban el gel caro, la colonia de Giorgio Armani (algo que había descubierto hacía poco al entrar en su cuarto de baño) y su propia piel, su calidez y ese atractivo en el que se había obligado a no fijarse la estaban trastocando demasiado.

—En Galena tenía que ser yo quien se acercara a ellos, no soy una chica que llame mucho la atención...

—Me estás tomando el pelo —murmuró Jack incrédulo, sin dejar de mirarla un segundo, como si la estuviera analizando exhaustivamente, como si no se creyese lo que ella le acababa de confesar.

Nadie la había mirado de esa manera tan minuciosa e íntima. ¡La estaba poniendo de los nervios! No sabía si darse la vuelta o ponerse a brincar como una demente, aunque un poco loca sí estaba para atreverse a mirarlo de nuevo a los ojos...

—No, te aseguro que te estoy diciendo la verdad —contestó, esperando que él pudiera ver que en ese caso era sincera—. Mírame, soy una mujer rectilínea, con un carácter más bien peculiar y lo bastante alta como para que os dé miedo simplemente pensar en acercaros. Pero ¡eso da igual! Te puedo asegurar que no tengo ninguna intención de traer a un tipo a tu casa. No soy tan mala —añadió, guiñándole un ojo—. Sólo quería fastidiarte la noche, algo que ya he conseguido, y con mi tarea de hoy hecha..., ¡me voy a dormir! —lo informó, para después salir de la cocina y huir de aquel cosquilleo que se había apoderado de todo su cuerpo.

«Tina, tú ni caso, es lo que tiene dormir poco, que al final sientes cosas que no deberías sentir y descubres otras en las que nunca has reparado. Porque lo que tengo claro, casi transparente, es que es imposible que me sienta atraída por él. ¡Ni en mil años!», pensó, intentando convencerse de



que no cabía siquiera pensar en esa posibilidad, mientras se metía corriendo en su dormitorio para no darle más ocasiones de mirarla o de hablar.

\* \* \*

—Tina, pequeña lianta —dijo Jack, irrumpiendo de golpe en su dormitorio.

—Ahora no..., mañana —susurró ella adormilada. No sabía qué hora era, simplemente quería dormir...

—¿Mañana? ¿Cómo se supone que voy a dormir cuando has echado polvos picapica por toda mi cama? —soltó Jack enfadado.

—Es verdad —dijo ella entre risas, al recordarlo. Luego abrió los ojos y miró la luz del pasillo, que se filtraba por la puerta abierta de su dormitorio.

—Encima te ríes. Lo siento, señorita, pero ¡esto es la guerra! —exclamó Jack, mientras la destapaba y la cogía como si fuera un saco de patatas, sin darle opción a que pudiera escaparse.

—¿Qué haces, pedazo de animal?! Déjame en el suelo —pidió ella al verse boca abajo, al tiempo que le daba patadas y puñetazos para que la soltara.

—Ni hablar. Me has despertado otra vez, ahora te toca a ti despertarte —replicó él, entrando en el cuarto de baño, dejándola dentro de la ducha y abriendo el grifo de agua fría.

—¡¡Está helada!! Jack, por favor... —gimió Tina mirándolo a los ojos, totalmente despierta, dándose cuenta de que él se había duchado hacía poco, porque tenía el pelo mojado y sólo llevaba puestos unos pantalones largos negros que se le sujetaban de una manera muy sexy de las caderas. Tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que no era un sueño...

—¿Por favor? —repitió él con una sonrisa que se convirtió en el acto en la preferida de Tina: traviesa, osada e increíblemente fascinante.

«¡Ay, madre mía, no me sonrías así, Jack!», pensó, sintiendo que el agua fría ya no le molestaba tanto, es más, era como si la hubiese puesto ardiendo. La piel le quemaba y no podía despegar la mirada de él, de sus facciones, de su sonrisa socarrona.

—¿Cuándo te vas a ir de mi casa?

—Cuando me echés —susurró, notando cómo la camiseta larga que llevaba para dormir se le pegaba al cuerpo, concentrada en aquella mirada y aquella sonrisa que la estaban llevando en una dirección por la que ella no deseaba ir...

—Tina —resopló Jack, mientras cerraba el agua y la miraba con atención, reparando en ella, en cada curva sutil de su cuerpo, en su cabello oscurecido por el agua, que se le pegaba a la cara, en sus labios entreabiertos, brillantes, en su mirada salvaje, en su respiración pesada...—. Me estás volviendo loco —añadió, cogiéndola de la nuca y acercándola a él.

Tina gimió muy bajito al sentir su agarre, al notar su seguridad aplastante. Jack después apoyó su frente contra la de ella y la respiración cálida de los dos comenzó a tornarse pesada y cada vez más rápida.

—Ésa es mi intención... —susurró Tina tan bajito que parecía más parte de sus pensamientos, pero él la oyó y sonrió.

Jack se apartó un poco de ella, lo justo para volver a mirarla fijamente, al tiempo que, con tranquilidad, le secaba con sus firmes dedos el agua que tenía aún en la cara, rozándole con delicadeza las mejillas, los labios entreabiertos, la clavícula... Mientras tanto, Tina se perdió en sus ojos oscuros llenos de algo que nunca había visto, sintiendo de nuevo aquel cosquilleo por todo su cuerpo, cómo, con cada roce, su animadversión se atenuaba, cómo, con cada mirada intensa de él, anhelaba algo que jamás pensó desear de Jack...

Tina se fijó en sus labios, ligeramente entreabiertos, a tan pocos centímetros de los suyos que de repente anheló acariciarlos, pero no con los dedos, sino con la boca... Sin pensar, se acercó un poco a ellos, como si estuvieran entonando un canto de sirenas que sólo ella podía oír, hechizándola por completo, haciendo que olvidara todos sus planes y su propósito, simplemente centrándose en el repentino anhelo de saber cómo sería besarlo...

—Sécate —susurró Jack con voz ronca, mientras le tendía una toalla y se apartaba apresuradamente de ella. Pero antes de marcharse, se volvió, miró aquella camiseta pegada a su cuerpo, negó con la cabeza y salió de allí como si alguien lo estuviera persiguiendo.

Tina cerró los ojos, maldiciendo por dentro cuando se encontró sola aún en la ducha, empapada y helada, porque al irse él, todo el calor se evaporó de golpe. Pero eso no era lo que más la enfadaba, pues ella misma se lo había buscado al esparcir una cantidad disparatada de polvos picapica en la cama de Jack... Lo que más la cabreaba era haber tenido esa extraña reacción al sentirlo tan cerca, al notar su tacto, al darse cuenta de cómo la miraba y esa disparatada necesidad por besarlo... porque jamás debería sentir algo parecido por él. Ella lo aborrecía, ansiaba hacerle la vida imposible para que la echara de su casa y que, así, todos los habitantes de Galena supieran la verdad sobre él, que Jack no era el nieto perfecto que siempre demostraba ser cuando los visitaba, y tampoco era un hombre formal y correcto, y lo que más deseaba Tina era que todos vieran su verdadera cara.

Bajó al gimnasio del edificio antes de que amaneciese. Necesitaba aclarar lo que había sucedido con Tina en la ducha hacía unas cuantas horas, cuando estuvo a punto de besarla después de haberla sacado de la cama, enfadado tras sufrir un picor insufrible al poco de quedarse dormido, devolviéndole así esa nueva jugarreta que lo había obligado a cambiar las sábanas y ducharse. Recordaba una y otra vez su imagen, con el cabello mojado, sus grandes ojos abiertos de par, mostrándole los diferentes matices de color chocolate que poseían sus iris, aquellos labios rosados entreabiertos, brillantes, su respiración entrecortada, que hacía subir y bajar a su pecho rítmicamente, con aquella maldita camiseta pegada a su maravilloso cuerpo, sin dejar de mirarlo un instante... Había deseado pegar su boca contra la de ella, pero menos mal que había sido capaz de darse cuenta de que eso estaría mal, de que no era realmente lo que deseaba, porque lo único que quería era que Tina se marchara de su casa y desapareciera de su vida, ¿verdad?

Corrió en la cinta, hizo pesas, bicicleta, incluso dio unos golpes a un saco de boxeo, pero seguía sin hallar el motivo de que cambiara su furia por un deseo que le quemaba la piel, que le había hecho imposible frenar sus manos para que no la acariciaran, recorrer aquel rostro expresivo, observar su mirada osada...

Cansado de estar entre aquellas cuatro paredes, salió del gimnasio y se metió en la piscina cubierta para nadar unos largos a ver si eso le aclaraba mejor la mente, porque era imposible que se sintiese atraído por una mujer como ella. Tina era desesperante, caótica, desastrada, obstinada, loca y capaz de hacer cualquier cosa para salirse con la suya. No iba a cometer el mismo error y fijarse en alguien que no le convenía, ¡ya había aprendido la lección con Sherlyn! Lo que necesitaba era que Tina saliera de su vida lo antes posible y, además, él encontrara a otra mujer con la que desahogarse, nada serio, lo justo para no excitarse al recordarla con aquella maldita camiseta ancha mojada y pegada a su espectacular cuerpo. Sí, eso sería lo que haría.

Con esa decisión tomada y mucho más tranquilo, volvió a subir a su apartamento, donde el cachorro lo recibió entre saltos y lametones, algo que lo hizo sonreír. No podía negar que aquel chuchó se hacía querer... Se encaminó a la cocina para beber agua antes de ducharse, seguramente Tina todavía estaba dormida, aún era muy temprano, y podría disfrutar un poco de la soledad de esa parte de su casa...

—Creía que seguías durmiendo —dijo ella al verlo aparecer, pero enseguida bajó la vista al suelo, como si estuviese mirando al cachorro y no quisiera mirarlo a él, que llevaba la camiseta en la mano y tenía el torso desnudo, en el que todavía se podían ver gotitas de agua en la piel.

—Estaba en el gimnasio —comentó, mientras la observaba comerse una zanahoria a mordiscos, apoyada en la encimera, cerca de la nevera.

—Claro, hay que poner en funcionamiento los músculos, ¿no? —soltó con una sonrisa, mientras lo observaba abrir la nevera y coger una botella de agua, que se acabó en pocos tragos—. Estaba pensando en presentarte a una compañera del trabajo... —dijo de repente, haciendo que él enarcara una ceja extrañado—. Os oí ayer, cuando tus amigos te decían que necesitabas estar con una mujer, y conozco a una que es perfecta para ti.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Jack, antes de coger una manzana, limpiarla y darle un mordisco apoyándose en la isla, para quedar enfrente de ella y analizar todos sus movimientos. Empezaba a conocerla y le gustaba diferenciar esos pequeños gestos que hacía cuando estaba nerviosa o escondía algo...

—Nada, te lo aseguro —contestó con una sonrisa radiante.

—Permíteme que lo dude —replicó, sin dejar de mirar cómo tenía un brazo alrededor de su cuerpo, con la otra mano apoyada en él para poder comerse la zanahoria. Llevaba otra camiseta de aquellas enormes que le gustaba usar, de color rosa, y por lo que Jack podía ver, no llevaba pantalón debajo...

—Ay, hombre de poca fe... Le pongo un poco de picapica en la cama y ya se cree que hay gato encerrado. De verdad, es una buena mujer, pediatra, muy simpática y muy guapa.

—¿Por qué me quieres presentar a una mujer que reúne tan maravillosas cualidades?

—Para que seas feliz. Si tú lo eres, yo lo soy —contestó, terminándose la zanahoria haciendo unos ruiditos muy graciosos al comérsela.

—Ya, claro... —dijo él, sin dejar de mirarla mientras le daba un gran mordisco a una manzana—. Sé lo que pretendes, es lo mismo que intenté hacer yo anoche y te digo que no va a servirte de nada. No me apetece tener ninguna relación con nadie y, aunque me presentes a la mujer más maravillosa del mundo, lo único que le podré dar será lo mismo que les da Clive a sus conquistas: una noche, nada más.

—Pero según tus amigos, tú no eres así —murmuró pasando la mirada por todo el cuerpo de Jack, por sus pantalones cortos, sus fuertes piernas, sus increíbles oblicuos y abdominales, sus pectorales, sus clavículas bien cinceladas, sus ojos oscuros...

—Las personas cambian, Tina —dijo, dando un paso hacia ella para tirar el corazón de la manzana a la basura.

—Eh... —farfulló Tina al sentirse de nuevo cerca de él, tanto que podía acariciarlo con la nariz si se lo propusiera—. Me voy a duchar, he quedado con Evolet.

—¿Hoy no trabajas?

—No —contestó, para después escabullirse hacia el cuarto de baño.

Jack sonrió mientras negaba con la cabeza. Necesitaba ver a sus amigos, quedar con ellos para una noche de chicos y desprenderse de aquella extraña sensación que tenía cuando se encontraba

cerca de Tina. Salió de la cocina y se fue a su cuarto de baño a prepararse para esa salida. Iba a centrarse en quitarse de la cabeza esa imagen sexy que había vuelto a descubrir en ella.

Se entretuvo más de lo necesario en la ducha, sentir el agua caliente sobre su espalda y su cabeza lo relajaba, pero el sonido de la puerta al abrirse bruscamente hizo que abriera los ojos y viera a Tina avanzar hacia él.

—¿Qué le has puesto a mi champú?! —soltó furiosa, abriendo la mampara de la ducha, algo que él aprovechó para coger una toalla y anudársela en la cintura.

—¿No sabes llamar a las puertas, Tina? —preguntó, observando que ella también se tapaba sólo con una toalla y que su preciosa melena le caía por el hombro derecho.

—Cuando el que está dentro es un ser rastrero que le ha echado cualquier mierda a mi champú, ¡no! —gritó fuera de sus cabales—. ¡¡Mira lo que has hecho!! Joder, que mañana tengo que ir a trabajar...

Jack sonrió al verle la cara de disgusto. Era cierto que había saboteado su champú, pero estaba tan adorable en esos momentos, mirándose el pelo y mirándolo luego a él con odio, que no pudo reprimir una carcajada.

—¡Tengo el pelo aceitoso y encima te ríes! De verdad, ojalá te pudras en el infierno, Jack Thompson.

—No te enfades tanto, Tina —dijo cogiéndola de la mano para que no se fuera—. Sólo es aceite y con lavártelo de nuevo bastará... —explicó, mientras cogía un mechón de aquel pelo excesivamente brillante—. ¿Cuántas veces te lo has lavado?

—¡Cinco! Creía que lo tenía sucio y me lo he lavado cinco veces... Como se me quede el pelo relamido, te juro que te pongo polvos picapica en todos tus calzoncillos —amenazó haciéndolo reír, pues estaba adorable cuando lo hacía: arrugaba su pequeña naricita y la levantaba con orgullo—. No le veo la gracia —resopló molesta, al observar que él cada vez estaba más cerca de ella.

Sin decir nada, Jack la empujó hacia sí, haciendo que emitiera un leve gritito al sentir cómo la aproximaba hasta su cuerpo, dentro de aquel pequeño espacio repleto de vaho. Luego, él cogió el mango de la ducha y comenzó a mojarle el cabello con agua templada.

—¿Qué haces? Me estás empapando la toalla —susurró Tina, sin poder despegar la mirada de sus gestos de concentración.

—Demostrarte que se va con agua y con un buen champú... —explicó en tono bajo, mientras le seguía mojando el pelo con delicadeza, antes de aplicarle una cantidad bastante generosa de su champú y frotaba su larga melena con mimo, hasta conseguir que saliera espuma.

—Jack...

—¿Por qué te empeñas en que nos llevemos mal, Tina? Sólo te quiero ayudar... —susurró, intentando comprender los motivos que tenía ella para seguir con aquella línea de destrucción masiva.

—No —contestó, tragando con dificultad la saliva; jamás pensó que Jack pudiera tratarla con

tanta delicadeza—, sólo quieres que la gente vea lo bueno y considerado que eres al dejarme un sitio para vivir.

—Eso no es verdad... Si me conocieras sabrías que quiero ser tu amigo y dejar este juego de una vez por todas... —dijo, sin dejar de frotarle con mimo el cabello, haciendo que ella cerrase los ojos de gusto.

—No puedo ser tu amiga, Jack. Eres falso... y me caes fatal —confesó, enfrentándose a su mirada, una que la estaba poniendo de nuevo en peligro, pues la examinaba con tal atención que parecía ser capaz de ver hasta sus más oscuros pensamientos si se lo proponía.

—¿Por qué te caigo mal? —preguntó él casi con un hilo de voz, sin dejar de lavarle el pelo.

Ella se cogió la toalla con fuerza para que no se le cayera, al tiempo que se obligaba a mantener la cabeza fría y a no dejarse llevar por las sensaciones que la asaltaban con cada roce de él en su cabeza, arrastrándola de nuevo a sentir aquel deseo de notar sus labios...

—Porque eres capaz de inventarte cualquier excusa o treta para demostrarle a todo el mundo que eres el perfecto caballero, con tal de quedar bien, sin importarte si haces daño a otras personas —soltó en voz baja, haciendo que Jack se quedase un segundo quieto al escuchar sus palabras, que lo habían pillado por sorpresa—. Pero ¡lo siento! Yo vi tu verdadera cara, la que me fastidió la vida cuando mentiste deliberadamente sobre algo que me sucedió. ¡Por eso! —exclamó, sintiendo que las fuerzas volvían a ella al ver que él había dejado de frotarle el cuero cabelludo y podía, de nuevo, erigir un muro de hielo entre los dos.

—No sé de lo que estás hablando, Tina... —farfulló, con las manos hundidas en su sedoso cabello repleto de espuma, sin hacer ademán de apartarlas, viendo cómo aquel pequeño espacio comenzaba a llenarse de vaho y de algo más a lo que no supo ponerle nombre.

—Hace doce años, en el río, ¿ahora lo recuerdas? —soltó cabreada, mientras observaba cómo Jack se esforzaba por acordarse de lo que a ella llevaba persiguiéndola desde entonces, acrecentando su odio hacia aquel hombre que la miraba con curiosidad.

—Cuando tu madre me pidió que fuera a buscarte al río, al ver que no volvías a casa... —murmuró él, al acordarse de aquella noche de verano...

—¡Exacto! Dijiste que me encontraste con Rob en el bosque y que éste iba a aprovecharse de mí. ¡Y eso era mentira! Él me quería, ¿sabes? El chico más guapo del instituto me iba a pedir que fuera su novia esa noche, y tú, con tu actitud de chico maduro y seguro, lo jorobaste todo. A partir de ese momento ningún otro chico se acercó a mí por miedo a que le dieras una paliza. Tuvieron que pasar años para que alguno aceptara salir conmigo. ¡¡Años, Jack!! ¿Sabes lo que significa eso para una chica que comenzó a darse cuenta de que no era tan atractiva como sus amigas? ¿Sabes lo que es ver que los tíos huyen de ti porque creen que tengo una especie de matón acechando? ¿Sabes la de burradas que he tenido que escuchar por tu culpa? —concluyó con fiereza, soltando al fin todo ese rencor que sentía hacia él.

—Tina —susurró Jack con tranquilidad—, dije eso porque era verdad. Cuando fui a buscarte, pregunté a sus amigos dónde estabais y ellos se jactaron de que Rob te había estado dando alcohol

para que sucumbieras más fácilmente a su plan. Me aseguraron que sólo quería desvirgarte, y, cuando te encontré, lo que vi no fue precisamente a un chico enamorado que quiere pedirle salir a una chica... Lo que vi fue a un cabrón que estaba dispuesto a mentirte para ser el primero en meterse en tus bragas, para después, cuando cumpliera su propósito, dejarte en la puerta de tu casa para no volver a hablarte más. Sólo te salvé de que pasaras por todo eso y te juro que no me arrepiento ni un segundo de haberle roto la nariz a ese gilipollas que intentó utilizarte. ¡Eras una cría!

—Eso es mentira —balbuceó Tina, intentando acordarse de esos pequeños detalles, tratando de encontrar en los ojos de Jack algo que le dijera que mentía, que no era así y que lo que ella recordaba (de una manera bastante tenue por culpa del alcohol, de los años transcurridos y de los cientos de rumores que cruzaron de punta a punta Galena, dando diferentes versiones de lo sucedido), había ocurrido.

—Es la verdad, puedes preguntarles a sus amigos... Su intención esa noche no era pedirte salir, era ser el primero... Por aquel entonces, comenzabas a despuntar, Tina, todos lo veían y sabían que te ibas a convertir en una preciosa mujer y, por ende, inalcanzable...

—No... —susurró ella, intentando aferrarse a ese hecho que siempre había creído real.

«¡No puede ser que haya estado equivocada tantos años! No, no... ¡Ha sido por tu culpa, Jack! Rob... Rob no quería hacerme eso...», pensó, sintiendo cómo todo lo que había creído durante ese tiempo se desmoronaba ante sus narices.

—Jamás te haría daño, Tina, sólo te protegía y lo seguiré haciendo... —susurró Jack, haciendo que los dos se mirasen extrañados ante esa confesión que él no había pensado previamente, mientras le acariciaba la cara con delicadeza, sin dejar de mirarle los labios...

—Creo que debería acabar yo —balbuceó ella con un hilo de voz, sintiendo que la duda y la vergüenza la embargaban por completo, dejándola tan trastornada que no sabía qué decir o qué hacer. ¿Era posible que estuviera equivocada y que Jack no fuera el culpable de todo aquello?

Él se quedó quieto, con las dos manos alrededor de su nuca, mirándola, embebiéndose de su imagen, de aquella maldita energía que lo arrastraba hasta ella. Observó sus labios rosados, el leve rubor de sus mejillas, sintió su respiración entrecortada y se dio cuenta de por qué sentía tanta animadversión hacia él. ¡Ahora lo entendía todo! Esperaba que haberlo aclarado, aunque fuera en un lugar como aquél, la hiciera recapacitar y dejar aquel juego que lo estaba enloqueciendo, que lo estaba acercando a ella, que le estaba haciendo sentir cosas que no debería sentir por Tina...

—Puedes terminar de ducharte aquí —murmuró, saliendo de la ducha y de su cuarto de baño para dejarla sola.

\* \* \*

Se sentó en su coche sin saber adónde ir, simplemente anhelando poner distancia entre Tina y él

para poder pensar o para poder comprenderla, no lo sabía muy bien... Se despeinó con frustración, mientras se recostaba contra el asiento, recordando de nuevo su piel brillante, su cabello enmarcando su rostro angelical, sus labios entreabiertos, su mirada de odio que cambió ante sus narices por otra de duda, de asimilación, de descubrimiento, de comprensión y de vergüenza... ¡Tina creía que él se había inventado todo aquello para que ningún hombre se le acercara!! Ahora entendía ese afán de molestarlo, de hacerle la vida imposible mientras estuviera viviendo con él. Durante doce años había creído que él era el culpable de que los hombres no se acercaran a ella, de que temiesen que la volviera a proteger, aunque, la verdad, en cierto modo así era. Habría sido capaz de romperle la nariz —o cualquier otra parte de su cuerpo—, a todo hombre que hubiese intentado hacerle daño. Tina era una niña por aquel entonces, una jovencita preciosa que acaparaba todas las miradas.

¿Cómo era posible que aquel incidente hubiese hecho que ningún hombre se le acercara? ¿Tanto respeto despertaba él? ¿Tanto le temían? Pero lo que más lo asombró fue la manera en que se tergiversó la historia, seguramente el propio Rob la ajustase a su conveniencia; era mejor aparentar ser la víctima que el cabrón que en realidad era.

Se puso el cinturón rápidamente y salió del garaje sin rumbo fijo, simplemente deseando conducir, hacer algo que no fuera pensar en ella, recordarla, imaginársela desnuda en su ducha...

—No pasa nada... Un lapsus lo tiene cualquiera y tú... tú llevas una temporada muy jodido — se dijo para darse ánimos y poner un poco de claridad a todo aquello que le estaba sucediendo, pues había sentido aquella atracción de nuevo, aquellas ganas de volver a besarla, de protegerla ante todo el mundo, pero él... ¡no tenía ganas de pasar por otra relación!!

Salió de Illinois y se dirigió al condado de Wisconsin, donde Janesville lo recibió después de poco más de dos horas conduciendo.

Detuvo el coche y se quedó observando la apacible calle donde residía su madre desde hacía quince años... Se acercó a la casa de la puerta blanca con el tejado marrón, donde un frondoso árbol y un cuidado jardín lo recibieron junto al canto de los pájaros, en aquella mañana tan fría. Tocó el timbre y esperó pacientemente.

Cuando le abrió, vio reflejarse la alegría en el semblante de su madre en décimas de segundos.

—¡Jack!! —exclamó, dándole un fuerte abrazo—. No te esperaba —añadió haciéndolo sonreír, mientras se ataba la bata y lo hacía pasar.

—¿Cómo estás? —preguntó él, aunque el rostro sonriente de ella le daba la respuesta sin necesidad de palabras.

Su madre era una mujer bella, con unos rasgos armoniosos y el cabello rizado de un color rubio muy claro. Era bastante alta y sus formas redondeadas la hacían adorable, tanto como su voz cálida y suave, más parecida a un susurro...

—Muy bien... —dijo, mientras se sentaba en el sofá con él, sin soltarle la mano—. ¿Y Ryan? ¿No ha venido contigo?

—Está con su madre, pero cuando lo tenga te lo traeré para que lo veas.



—Ay, sí, tiene que estar muy mayor y guapo como su padre —comentó ella con ternura, al imaginarse a su nieto, al que llevaba varios meses sin ver.

—¿Y Theresa?

—Ya sabes que es un culo inquieto, está ayudando a un vecino... —explicó con cariño—. Yo estaba preparando galletas para la inauguración de la tienda, esta tarde.

—¿De quién es la tienda?

—De los Smith, han comprado la vieja ferretería y la han convertido en una librería... Podrías venir. Están deseando verte de nuevo...

—Claro, no me lo perdería por nada en el mundo —dijo Jack, haciendo que su madre sonriese satisfecha—. Mamá, este año en Acción de Gracias...

—Ya, me lo imagino —lo cortó ella, moviendo una mano con altivez—. Os vais a Galena...

—Sí... La abuela te envía recuerdos.

—Lo dudo, pero gracias, cariño —dijo, haciéndolo sonreír, pues siempre dudaba que Savannah le enviara saludos, aunque estaba equivocada. La mujer siempre preguntaba por ella, quería saber si se encontraba bien y, sobre todo, si era feliz, pero las viejas disputas entre suegra y nuera, a esta última todavía parecían afectarle...—. ¿Está bien?

—Sí, fuerte como un roble.

—Me alegro... ¿Y tú?

—Trabajando mucho —contestó Jack, para después mirar a su alrededor, donde había varias fotos de él con Ryan y también de su madre con Theresa y Ryan, alineadas encima del aparador.

—¿Alguna futura nuera que presentarme? —preguntó ella, enarcando una ceja con curiosidad.

—No, no... Ya sabes que desde Sherlyn no tengo ganas de volver a emparejarme.

—Eso es ahora, cariño. ¡Yo también lo decía y mírame! La vida pasa y el dolor se olvida cuando llega alguien especial para cubrirlo de amor y risas —dijo, mientras le cogía una mano con ternura y Jack sonreía al verla tan optimista, después de haber pasado tanto—. Sé que te llegará también a ti, sólo hay que esperar a la indicada, a la que te revolucione la vida y te la llene de risas, de amor y de alegría. Ya lo verás, Jack... No mereces menos —concluyó.

Él asintió. No era la primera vez que su madre le decía esas palabras, pero esa vez las sintió diferentes, tanto, que se obligó a cambiar de tema, a uno mucho más superficial y alejado de ese sentimiento que todavía le costaba imaginar.

Después de asistir a la inauguración de la librería y de hablar con los vecinos de su madre, así como con Theresa, cogió su coche y volvió a Chicago. El camino de vuelta lo hizo mucho más tranquilo. Cambiar de aires, hablar con su madre de cosas banales e incluso escucharla decir que él también merecía encontrar a alguien especial como le había pasado a ella, lo hizo sentir bien y lo ayudó a disipar aquella extraña atracción por Tina...

Con ese cambio de actitud a otra mucho más positiva, llegó a su edificio, estacionó su coche en su plaza y subió a su apartamento. Cuando abrió la puerta, como ya iba siendo una costumbre, la pequeña bola de pelo que tenían como mascota lo saludó con efusividad. Encendió las luces a

medida que iba avanzando hasta el salón y se quedó un momento quieto, intentando percibir cualquier sonido que llegase del dormitorio de Tina, pero parecía que ésta había salido, pues no se oía nada, aparte de los saltos que el cachorro daba para que le prestara atención. Se dirigió a la cocina para beber algo de agua y encima de la isla un trozo de papel le llamó la atención. Lo cogió y leyó la nota:

Has ganado.

Espero que no te moleste que te haya dejado a Pichurri. Será temporal, te lo prometo, pero donde voy no es bien recibido.

Gracias por todo y cuida bien a Pichurri por mí.

TINA

Jack observó al cachorro, que había comenzado a lamerse la pata trasera, miró de nuevo la nota y se dirigió al dormitorio que había utilizado Tina durante esos días. Entró y se lo encontró todo limpio y ordenado, el armario estaba vacío y en los cajones no había nada. Se quedó mirando la nota, que sostenía en un puño, totalmente arrugada. Había ganado, pero no se sentía contento de haberlo conseguido... Para ser sincero consigo mismo, estaba preocupado; no sabía dónde estaba, ni tampoco por qué se había marchado. ¿Su decisión vendría dada porque le había echado aceite al champú o, tal vez, aquella repentina renuncia a ganar escondería algo más?

—¿Cómo va el proyecto de William Rothschild? —preguntó Jack, entrando en el despacho de Eva.

—Bien. Ya han dado luz verde a las obras y estamos esperando los últimos permisos para empezar.

—Perfecto —dijo, mientras anotaba esa nueva información en su tableta, para tenerlo todo controlado—. ¿Y Clive?

—Reunido con Lauren, quería cambiar un par de cosas del diseño que hicimos para su nueva casa.

—De acuerdo —contestó él, mirando su reloj de pulsera—. Me tengo que ir ya; Ryan está esperándome en mi despacho y aún nos queda un largo camino hasta Galena...

—¿Sabes algo de Tina? —preguntó Eva, y Jack se encogió de hombros.

—No, desde que se marchó hace diez días no he vuelto a saber nada de ella, ni siquiera me ha llamado para interesarse por el perro...

—Sabes dónde trabaja, podrías ir a ver cómo está, saber dónde se aloja, no sé, interesarte por ella...

—No es buena idea, Eva. Tuvimos una convivencia extraña; es mejor dejar las cosas como están. Además, ella prefirió marcharse dejándome sólo una nota en la cocina y a esa bola de pelo, a la que, sorprendentemente, adora mi hijo —respondió negando con la cabeza.

Ryan se volvió loco al ver a *Pichurri*; desde entonces se habían vuelto inseparables hasta tal punto que el cachorro dormía en la misma habitación que el niño, algo bastante extraño, pues su hijo, desde siempre, les había tenido miedo a los perros...

—Mira, Jack, no sé qué pasó entre vosotros, básicamente porque no nos lo has querido decir —comentó Eva, mirándolo fijamente mientras le reprochaba su falta de comunicación sobre ese tema que parecía vetado por él desde que Tina se marchó inexplicablemente de su casa—, pero desde que esa mujer se fue estás... raro, mucho más taciturno y serio...

—Estoy bien, Eva, te lo aseguro —dijo Jack interrumpiéndola—. Han sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo. El fin de semana pasado se casó Sherlyn, tenemos varios proyectos importantes y nos faltan horas para tenerlo todo más que atado. A todo eso hay que sumarle que esa mujer, por culpa de un malentendido del pasado, me ha desquiciado tanto que ya no sabía ni lo que se sentía estando tranquilo en mi propia casa y, para redondearlo todo, ahora somos uno más

—resopló, negando con la cabeza—. No te preocupes, ¿vale? Se me pasará, sólo necesito recuperar la rutina y volver a centrarme en lo importante.

—Vale —susurró ella, disconforme con su explicación banal—. Antes me contabas las cosas...

—No hay nada que contar, te lo aseguro —contestó Jack con una sonrisa un poco más amplia—. ¿A qué hora llegaréis a casa de mi abuela? —preguntó, cambiando de tema, pues aquél le resultaba incómodo, básicamente porque ni él mismo sabía lo que le ocurría.

—Owen tiene partido mañana a las doce, espero que lo veáis en la televisión; seguro que sus chicos lo hacen fenomenal contra los Detroit Lions —dijo con entusiasmo—. Iremos para allá en cuanto acabe. Esperamos llegar a tiempo, pero si no es así, ¡guardadnos algo del delicioso pavo de tu abuela!

—Seguro que os dará tiempo y, si no, os esperaremos —contestó él con una sonrisa—. Bueno, ya sabes, cualquier cosa que necesites, tengo el móvil encendido...

—Sí, no te preocupes —dijo Eva con alegría—. Conduce con cuidado.

Jack asintió para después salir de allí y dirigirse a su despacho, donde lo esperaba su hijo. A medida que iba acercándose, podía oír las risas del pequeño llenando la oficina, gracias a aquel cachorro con el que no paraba de jugar.

—Vamos, hombrecito, es hora de irnos a ver a la abuela —dijo Jack, después de abrir la puerta y encontrar a su hijo tumbado en el suelo, con el perro encima moviendo la cola con alegría.

—¿Tú crees que a la abu le importará que nos llevemos a *Pichurri* a su casa? —preguntó Ryan, mientras lo cogía en brazos y el aludido comenzaba a darle lametones en la mejilla.

—Creo que cuando vea lo mucho que lo quieres, no le importará.

—¿Nos lo podremos quedar para siempre? *Pichurri* ya es mi amigo y sé que se pondrá muy triste si no me ve... —dijo el pequeño, mirando al cachorro con pena, algo que a Jack lo llenó de ternura.

—Haremos una cosa, ¿vale? Cuando venga su dueña a por él, le diré que te gustaría verlo cuando estés en casa, ¿qué te parece?

—¡Un rollo! —exclamó Ryan, haciendo que Jack sonriese al ver la estima que le tenía al perro.

—Bueno, ya lo iremos viendo a medida que ocurra. Ahora, ponte la chaqueta, que nos vamos ya.

—Cuando lleguemos, ¿podremos ir a pasear por la orilla del río con *Pichurri*?

—Claro.

—¿Has oído, *Pichurri*? Te va a encantar Galena, es todo mucho más tranquilo que Chicago, podrás correr y saltar... ¡¡Podremos jugar al pillapilla!! Lo pasaremos genial —comentó Ryan, mirando con cariño al cachorro, que parecía comprenderle, pues seguía atento sus palabras.

Jack sonrió, jamás habría pensado que su hijo le cogería tanto cariño a un perro...

\* \* \*

Ryan salió del coche corriendo, con el perro atado a una correa. Jack sonrió al verlo tan feliz, mientras ellos, entre gritos y ladridos de júbilo, daban una vuelta al árbol que se encontraba en la propiedad —y el can podía hacer sus necesidades—, para después subir los escalones del porche de la casa de su abuela.

Cogió el equipaje y, al bajar la puerta del maletero, vio a Savannah salir de la casa y abrazar con cariño a su bisnieto.

—Pero qué guapo y grande estás, Ryan —dijo, sin dejar de abrazarlo y de darle multitud de besos.

—Abu, te presento a *Pichurri* —dijo él, señalando con orgullo al cachorro, que la miraba mientras movía la cola con nerviosismo.

—Uy —soltó ella, mirando extrañada al niño, al perro y a Jack, que acababa de subir los tres escalones del porche—. No sabía que tenías un perro... —añadió mirando a su nieto.

—Es de Tina, será temporal... —comentó Jack entrando en la casa, donde el calorcito lo hizo suspirar de gusto. ¡Fuera hacía mucho frío!—. Pero Ryan le ha cogido mucho cariño, ¿verdad, campeón?

—Sí, ¿puedo soltarlo, papi?

—Claro, pero tienes que ser responsable. Si ves que quiere hacer pipí, le pones la correa y lo sacas a la calle, ¿de acuerdo?

—¡Sí, papi! —exclamó Ryan con una amplia sonrisa, mientras desataba al animal, que comenzó a inspeccionar toda la casa, mientras él lo seguía entre risas.

—Perdona por no habértelo dicho antes, abuela, pero desde que Ryan lo vio en casa, no se ha separado del cachorro...

—No pasa nada, Jack, es sólo que me ha asombrado oír el nombre que le habíais puesto, pero al saber que el perro es de Tina... —concluyó, mientras se dirigían a la cocina.

—Sí, se lo puso ella... ¿Sabes qué significa esa palabra?

—No del todo... Sé que era un apelativo cariñoso que utilizaba su padre cuando la llamaba a ella... Hacía tantos años que no oía esa palabra... Es curioso que Tina le haya puesto ese nombre, ¿verdad?

—Sí... Abuela, ¿sabes por qué su padre las abandonó?

—Uy, hijo, ésa es la pregunta del millón. Mira, ya sabes que Alice y yo somos íntimas y que nos hemos contado la vida con pelos y señales, pero de ese tema nunca hemos hablado... A mí me da apuro preguntar, ¿sabes? Sé que lo pasaron mal y es como meter el dedito en la llaga. Por eso he cerrado el pico y he esperado a que Alice o la propia Scarlett quisieran contármelo... Pero nada, los años han pasado y ese tema ha quedado relegado en el olvido —añadió con resignación—. ¿Te ha hablado Tina de eso?

—No, qué va... Sólo tenía curiosidad por saber la razón que tuvo su padre para irse de Galena y no volver...

—A saber... —suspiró Savannah—. ¿Ha venido Tina contigo?

—No —contestó, temiendo que su abuela no supiera que la chica ya no vivía en su casa.

—Ay, esta muchacha nos va a matar a todos de un disgusto... Espero que la convivencia con ella fuera buena...

—Lo normal... —respondió él, sin entrar en detalles. Si su abuela supiera...

—Me alegro de que al final haya encontrado un piso y se haya ido de tu casa. Aunque, la verdad, te lo tengo que decir, a su madre no le hizo mucha gracia enterarse de que se había ido tan pronto a vivir sola... Pero entre Alice y yo la convencimos de que era lo mejor para todos. Tú la habías ayudado a encontrar ese sitio, después de acogerla en tu casa los primeros días que estuvo en Chicago, lo que no podía pretender Scarlett era que se quedara eternamente a vivir contigo. ¡Tú tienes una vida!

—Claro... —dijo al enterarse de que Tina había encontrado un apartamento, uno que aseguraba que Jack le había ayudado a encontrar, aunque aún no hubiese ido a buscar al cachorro...

—Pero aun así, a Scarlett poco le falta para proponerle al alcalde que erija una estatua en tu honor en el pueblo. Le hiciste un gran favor al dejar que se quedara en tu casa, aunque hayan sido unos días. Esa chica es indomable...

—Se nota que tiene carácter... ¿Por qué Scarlett no quería que viviera sola?

—Cariño, hay cosas que no sabes porque no he querido preocuparte. ¡Ya tenías tú bastante con lidiar con esa mujer con la que te casaste, para que tu vieja abuela te fuera contando chismes! Pero Tina ha salido rebelde, desvergonzada y un poco alocada... No sé qué le pasa por la cabeza a esa chica, pero los problemas siempre la han perseguido... Sé que en parte es por culpa de todo lo que ha vivido de pequeña. El hecho de que su padre las dejara y que su madre fuera tan controladora ha hecho que ella se rebele contra todo y contra todos... No es mala chica, te lo aseguro, simplemente no ha encontrado su lugar en el mundo, ni a esa persona que le haga replantearse la vida, o quizá algo que la ayude a detenerse lo suficiente como para darse cuenta de lo que está haciendo.

»No piensa que sus acciones después le pasarán factura... Siempre se ha dejado llevar por su instinto, uno bastante kamikaze, que la ha arrastrado a ser la comidilla de todo el pueblo, sin importarle que su conducta ponga en evidencia a su familia. Tú mismo lo viste hace unos cuantos años... —añadió y Jack asintió con la cabeza al recordar el incidente que hizo que Tina lo odiase —. Hace poco la lio en la boda de su mejor amiga, cuando Tim la dejó y ella se quedó semidesnuda en mitad del salón de baile...

»Por no hablar de sus malas decisiones al elegir pareja, que, dicho sea de paso, esa chica vale más que todos los hombres con los que ha estado. De verdad, no sé qué se le pasa por la cabeza, he tratado varias veces de hablar con ella, intentar encontrarle una lógica a su manera de proceder, pero o no me lo ha sabido explicar bien o no me he enterado...

»Todo eso ha hecho que ni Scarlett ni Alice se fien de ella. ¿Si ya la liaba en Galena, qué no haría en Chicago? Por eso, a sabiendas de que no podía negarle ir allí, Scarlett utilizó tu buena voluntad para tener controlada a su hija...

—Entiendo... —dijo Jack meditabundo—. Hablando de Scarlett... Voy a ir a ver cómo van las obras.

—Claro, hijo, pero no tardes, que dentro de nada estará la comida preparada.

Jack asintió mientras se volvía a poner la chaqueta y salía a la fría calle, pensando en todo lo que habría tenido que pasar Tina después de que él le rompiera la nariz a Rob.

\* \* \*

—Cancún es impresionante. ¡Tienes que ir! Además, vinimos superrelajados y, la verdad, vivir con Colin está siendo fantástico. Es un amor, ¿sabes? Me prepara el desayuno todas las mañanas y luego viene a buscarme al trabajo para irnos juntos a casa —explicó Adele con emoción—. Tina, ¿me estás escuchando?

—Sí, sí... Colin siempre te ha tratado como te mereces, como a una auténtica princesa —contestó Tina con una amplia sonrisa—. Perdona, ayer hice turno doble en el hospital y estoy exhausta después del viaje...

Se acomodó en el confortable sofá de Adele, en el amplio y moderno salón de su casa nueva, sintiendo la mirada escrutadora de su amiga. La verdad era que no mentía, llevaba doblando turno desde hacía muchos días, y, entre eso y que no conseguía dormir bien por las noches, esos diez días se le habían hecho eternos y muy pesados.

—¿Qué te pasó con Jack? —preguntó Adele, haciendo que Tina maldijera por dentro; incluso oír su nombre la ponía nerviosa.

—Que no estabas tú para avisarme de que mi plan podía irse al garete... —resopló, cerrando los ojos.

—Te dije que no te metieras en ese follón y que, antes de nada, hablaras con él —dijo Adele defendiéndose.

—¿Sabes que me contó que esa noche Rob había alardeado de que iba a propasarse conmigo? —soltó, todavía asombrada por aquella revelación.

—¡No puede ser! —exclamó Adele, que conocía todos los pormenores de ese tema—. Él le dijo a todo el mundo que Jack no quería que ningún tío se acercara a ti, y que, si alguien lo hacía, cuando volviera a Galena se las vería con él...

Tina asintió con la cabeza. En efecto, ésa era la versión que había oído hasta la extenuación. El malo había sido Jack, en cambio, Rob había sido un pobre perjudicado por ese hombre que se había convertido en el defensor de Tina.

—Hablé el otro día por teléfono con Jon y le sonsaqué la verdad. ¡¡Anda que no me costó!! —resopló Tina, al recordar la hora larga que tuvo que estar al teléfono con uno de los mejores amigos de Rob—. Y sí, lo que dice Jack es cierto y Rob, simplemente, nos contó una versión distorsionada de lo que sucedió, para que nadie sospechara de sus verdaderas intenciones. Sus

amigos lo encubrieron porque sabían, que, si aquello se sabía, ellos también se verían arrastrados; al fin y al cabo, no intentaron detenerlo...

—Madre mía, Tina, ¿sabes lo que significa eso? Que si Jack no hubiese aparecido...

—Sí, Rob habría conseguido su fin —bufó con asco y rabia al imaginárselo. ¡Ella tenía por aquel entonces trece años!! ¿Cómo iba a pensar que el chico más guapo del instituto sólo quería acostarse con ella?

Aún recordaba aquella noche como si hubiese sido el día anterior. Estaba muy nerviosa, era la primera vez que salía con sus amigos y llevaba enamorada de Rob desde hacía un año. Cuando se acercó a hablar con ella, creyó que se podía morir en ese momento. Rob fue muy amable, le habló con cariño mientras paseaban por el bosque y Tina bebía su cerveza —llevaba ya unas cuantas, creía que era para aplacar sus nervios, ahora sabía que Rob se las ponía en la mano por otra razón —, sin poder creerse que, entre todas las chicas, ella hubiese sido la elegida para estar con él a solas.

Después de caminar cogidos de la mano, se detuvieron ante un árbol y Rob se acercó a ella para susurrarle palabras bonitas al oído... Lo cierto era que justo en ese momento su memoria fallaba, sólo recordaba sensaciones aisladas, besos, caricias, palabras y a Jack que apareció de repente, rompiendo todo el hechizo. Era como si hubiese cerrado los ojos, para, al abrirlos, ver al nieto de Savannah propinarle un fuerte puñetazo al amor de su vida. Se acordaba de que lloró sin consuelo al ver a Rob en el suelo y que Jack, sin decir nada, la cogió de la mano y la arrastró hasta su casa. ¡Ella no quería marcharse! Sólo quería saber cómo estaba Rob, pero él ni la escuchó y, al ver que no quería avanzar, la cogió en volandas y la llevó a su casa de esa guisa. Recordó un detalle que pensó que era fortuito, aunque ahora todo encajaba a la perfección: tenía el tirante del vestido desgarrado, como si Rob se lo hubiese roto, algo que entonces creyó que se debía a haber estado boca abajo sobre el hombro de Jack y no provocado por Rob...

Desde ese día, todo cambió en el pueblo. Ningún chico se acercaba a ella, era como si tuviera la peste o algún desequilibrio psíquico, y los problemas comenzaron a crecer junto y a la misma velocidad que su odio por Jack. Por aquel entonces, Tina era una enamorada del amor, suspiraba por tener un novio al que cogerle la mano y darle un beso en los labios, ¡¡nada más!! Pero Rob era cuatro años mayor que ella y no buscaba un romance, sólo ser el primero...

¿Cómo habría sido su vida si Jack no lo hubiese detenido? ¿Cómo se habría sentido al verse utilizada siendo tan pequeña? Tina lo sabía, se habría sentido horrible, hubiese llorado, maldecido a Rob e incluso hubiese decidido vengarse. El pueblo hablaría de ella, pero no por ser extravagante o rebelde, sino por ser una mujer fácil, porque lo que tenía claro era que Rob hubiera hablado mal de ella para desprestigiarla, para que nadie la creyera...

—¿Y qué hiciste? —preguntó Adele con interés.

—Irme de su casa. Adele, le he puesto polvos picapica en la cama, lo he despertado casi todos los días y he convertido su vida en un caos, simplemente porque creía que era el culpable de todo



lo que me había pasado, cuando en realidad fue él quien me salvó de que me ocurriera algo peor... ¡¡Tengo unas ganas de encontrarme a Rob por el pueblo!! —soltó cabreada.

—Te entiendo, pero piensa que él, al final, no te hizo nada. Sólo distorsionó la realidad y aumentó las habladurías contra ti, pero al menos se llevó su merecido en el momento...

—Sí, proclamándose la víctima de todo ese lío y destruyendo por completo mi imagen en el pueblo, para que nadie se acercara a mí. ¡Como lo pille, lo crujo, y me da igual que hayan pasado doce años! —sentenció con coraje.

—¿Has vuelto a ver a Jack?

—No... Aunque me temo que vendrá a Galena para celebrar Acción de Gracias, y me siento tan avergonzada, que no sé qué hacer —resopló al recordar lo equivocada que había estado al pensar de esa manera de Jack—. ¿Cómo he podido ser tan tonta, Adele?

—No tienes la culpa. Rob lo supo hacer bien para guardarse las espaldas, creando una historia alternativa, pero bastante veraz, donde Jack y tú salíais mal parados...

—Sobre todo yo. Al fin y al cabo, Jack siempre ha sido el nieto perfecto de Galena, al margen de esos rumores, en cambio a mí toda esa historia me jodió la vida... —resopló angustiada por todo aquel embrollo—. ¿Cómo es posible que Rob hiciera tal cosa, Adele? ¿No tenía suficiente con haber intentado abusar de mí, que tuvo que fastidiarme toda la existencia?

—Ni idea, Tina, aún me cuesta comprenderlo... ¡Es Rob! —exclamó, como si fuera demencial pensar tal cosa, algo que Tina comprendía.

A ella misma le costó creerse esa historia cuando Jack se la contó, por eso indagó e incluso amenazó a Jon para que le confesara la verdad. Una verdad que la dejó temblando de vergüenza y de rabia. ¡Había estado doce años odiando a la persona equivocada!

—Ya... Lo supo hacer muy bien, Adele —resopló ella con frustración.

—¿Y tu madre cómo se ha tomado que te fueras de la casa de Jack? —preguntó su amiga, cambiando de tema.

—Mal, como siempre hace... pero me da igual. No podía seguir allí, Adele, él y yo... ¡No sé qué pasó para que acabáramos así! Pero hemos estado a punto de besarnos y... ¡menos mal que la cosa se quedó ahí! —exclamó mirando al techo—. Creo que ver a Jack comportarse de una manera distinta a la que creía sería la habitual en él, me hizo verlo de verdad y todo se lio todavía más...

—Supongo que tampoco esperarías sentir algo por él.

—¡¿Qué?! No, no, no... No sé qué fue, pero ¿sentir algo por Jack? No, no, no... ¡Es imposible! Supongo que estar tantas horas con él en su casa mientras nos fastidiábamos la convivencia, me aturdieron demasiado e hicieron que... ¡No sé muy bien lo que pasó! Pero te aseguro que no me gusta, ¡ni siquiera un poquito!

—Quien te escuchase diría que Jack es un tipo horrible —comentó Adele, negando con la cabeza—. Aunque te dé rabia reconocerlo, Tina, Jack es muy atractivo. Es más, cuando viene al pueblo, todas las mujeres solteras intentan que se fije en ellas... Puedes estar orgullosa de haber

estado a punto de comerle la boca al nieto favorito de Galena y, además, ahora sabes que no es tan malo como creías...

—Sí... pero el nieto perfecto de Galena es un mujeriego, Adele. Un hombre que no repite dos veces con la misma y yo... yo necesito centrarme de una vez por todas en mi plan inicial, el que hizo que me fuera de Galena...

—¿Aun sigues con ese tema de casarte, Tina?

—Sí, por supuesto. Cuando vuelva a Chicago comenzaré a tener citas y a conocer a hombres. No puedo esperar más, Adele. Ahora que sé que esa información está esperándome, no puedo pensar en otra cosa...

—¿Y si no es lo que te esperas?

—Sea lo sea, será más que el silencio.

—¿Has pensado en intentar conocer a Jack más profundamente? A lo mejor es él tu futuro marido.

—¿Qué?! No, no y no. Adele, él y yo... ¡¡Es imposible y punto!! ¡Y me voy ya! Que si no, ya te veo dentro de nada haciéndome una lista con todas las virtudes de ese hombre y, qué quieres que te diga, puedes usar todos los folios que quieras, que no cambiaré mi manera de pensar con respecto a él —concluyó obstinada.

—Eres terca como tú sola.

—Pero me adoras —dijo Tina con una amplia sonrisa.

—Cuando te pones así, no tanto.

—Nos vemos, Pepito Grillo —dijo ella, mientras le daba un par de besos.

—Si me escucharas más, no te pasarían tantas cosas... —susurró Adele, acompañándola a la puerta.

—Si no me pasaran tantas cosas, te aburrirías demasiado y no podrías utilizar ese don que tienes —contraatacó Tina guiñándole un ojo.

—Luego nos vemos.

—Claro.

Caminó hacia la casa de su abuela, sintiendo el viento helado en la cara, mientras escondía las manos en los bolsillos de su cálida chaqueta amarilla. Llevaba en Galena apenas unas horas, había tenido un pesado viaje hasta allí y seguía sin ganas de enfrentarse a la triste realidad de que le había mentado a su familia para explicar su repentina partida de la casa de Jack.

Estaba viviendo en el minúsculo apartamento de Evolet, pero sabía que era temporal, hasta que consiguiera el dinero suficiente como para costearse un apartamento para ella y *Pichurri*. ¿Qué estaría haciendo el cachorro? Tina lo echaba en falta, sus ladridos, su cariño incondicional...

—¿*Pichurri*? —susurró, al ver a un perrito corretear al lado de un niño en el jardín de Savannah.

El cachorro se dio cuenta de su presencia y echó a correr en su dirección, arrastrando al pequeño, que reía divertido por la velocidad a la que iba.

—Qué guapo estás, sí... Yo también te he echado mucho de menos... —susurró Tina en español, mientras acariciaba al perro, que había comenzado a darle multitud de lametones, eufórico por verla de nuevo.

—Se llama *Pichurri* —dijo el niño, con una amplia sonrisa que a ella la hizo también sonreír.

—Lo sé, ese nombre se lo puse yo.

—¿Eres la amiga de mi papá? —preguntó el niño mirándola concienzudamente.

Tina sonrió. No podía negar que era hijo de su padre, ¡se parecían un montón! Sobre todo a la hora de mirar analíticamente.

—¿Has venido a por *Pichurri*? —continuó él, sin dejarla que respondiera, reflejando la ansiedad que le causaba esa posibilidad.

—No, aún no. Por lo que veo, lo estás cuidando muy bien.

—Sí, además es muy listo. Me hace mucho caso y duerme conmigo.

—No me digas —contestó ella, mientras se ponía de nuevo de pie, asombrada de que Jack dejase que el perro durmiera en la misma habitación que su propio hijo—. Soy Tina.

—Yo soy Ryan. ¿Vives aquí?

—Sí, en la casa de al lado de tu bisabuela.

—A ella no le gusta que la llamen así —explicó el niño con gracia, arrugando la nariz—. Por eso la llamo abu.

—¡Ryan! —Los dos se dieron la vuelta—. La abuela nos está llamando para comer. Corre a lavarte las manos.

—Voy, papi —dijo el niño con alegría, pero después se dio la vuelta para mirar a Tina de nuevo—. Si quieres, luego podemos ir a pasear juntos a *Pichurri* por el río. Quiero enseñárselo, seguro que le gusta correr por allí.

—Claro, seguro que le encantará.

Ryan, más que contento al escuchar su respuesta, se fue corriendo hasta donde estaba su padre. Tina lo miró un segundo, lo suficiente como para saber que había sido mala idea hacerlo. Jack estaba de pie, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta negra, con unos vaqueros azules y el cabello alborotado... Al ver a su hijo acercarse, lo cogió en brazos y le dio multitud de besos en las frías mejillas. Esa tierna imagen hizo sonreír a Tina, mientras sentía de nuevo aquella sensación que no deseaba notar y que se había acrecentado al saber la verdad, esa que había hecho que se diese cuenta de que su odio por Jack era infundado y había sido causado por las malas artes de Rob para salvar su propio trasero.

«Como lo pille, se va a enterar de quién soy yo», pensó Tina, desplazando su odio a su primer amor de adolescente.

—¿Estás bien? —le preguntó Jack con semblante serio.

—Sí —contestó Tina, intentando aparentar una frialdad que no sentía—. ¿Y tú?

—También...

Jack asintió a modo de despedida, para después entrar con el niño en la casa de Savannah,

dejándola a ella a pocos pasos de distancia, maldiciendo por dentro mil veces.

«Repítelo conmigo: Jack Thompson no te conviene. Jack Thompson es un rompecorazones ¡y tú tienes que centrarte en buscar un esposo y no un ligue pasajero!», pensó, pero aun así no le sirvió para disipar aquel cosquilleo que recorría toda su piel, aquel anhelo de estar a su lado, que incluso la hacía olvidar su demencial plan de casarse.

Como de costumbre, el cuarto jueves de noviembre se celebraba Acción de Gracias. Era una de las fiestas más importantes del país, incluso más que la propia Navidad, pues suponía el pistoletazo de comienzo de las fiestas navideñas, con el maravilloso desfile que se realizaba en las grandes ciudades, como Nueva York o Chicago, con los tradicionales partidos retransmitiéndose por la televisión y, además ese año, Jack estaría junto a su hijo y todos sus amigos, que habían viajado hasta Galena para celebrar ese día.

No era la primera vez que lo festejaban allí, sin embargo, sí era el primero en que iba a estar Eva. Si fuera por su abuela, lo celebrarían todos los años en su casa, algo que era imposible. Jack tenía que repartirse entre su abuela y su madre, además de que sus amigos también tenían familia con la que celebrarlo... Pero cuando coincidían allí todos, su abuela no escatimaba en comida ni en detalles, pues le encantaba que su casa estuviera llena de gente, cocinar una cantidad demencial de comida y que acabaran todos más que hartos de comer, de beber y de reír.

Jack tenía claro que estar allí rodeado de los suyos era lo que más necesitaba en esos momentos. Disfrutó de cada instante sentado alrededor de la mesa, mientras degustaban el pavo más sabroso del mundo, escuchando a Owen hablar del partido contra los Lion —ganaron los Chicagos Bear, su equipo—, darse cuenta de lo bien que se llevaba Eva con su abuela, a la que no paraba de hablarle de los preparativos de su inminente boda, observar cómo Ryan le daba trozos pequeños de pavo a *Pichurri* a hurtadillas, sonreír al escuchar a Brian y a Clive hablar de sus últimas conquistas y percatarse que la vida era eso, pequeños momentos, ratos de un valor incalculable, emociones y risas con las personas que más quería en el mundo.

—Papi, creo que *Pichurri* tiene que salir a la calle.

—Pues no le hagamos esperar. Ponte la chaqueta —dijo Jack, mientras se levantaba de la silla y su hijo lo imitaba.

—No tardéis; me ha dicho Alice que pasarán a tomar el postre con nosotros —informó su abuela, llevando los platos sucios a la cocina, y con todos sin excepción ayudándola a recoger la mesa.

—Papi, ya sé lo que le voy a pedir a Santa —dijo Ryan, mientras observaba cómo el cachorro hacía sus necesidades en el césped de su abuela, bajo la atenta mirada de los dos y la tenue iluminación de la calle.

—¿Y qué es? —preguntó Jack, colocándole mejor el gorro de lana, pues fuera a esas horas hacía muchísimo frío.

—Una novia para ti —dijo el niño con una amplia sonrisa que hizo dudar a Jack un instante—. Mami ya tiene a su novio, yo tengo a *Pichurri* y ahora te toca a ti. Siempre estás solo, papi...

—No estoy solo, te tengo a ti y a los tíos Owen, Clive y Brian...

—No es lo mismo, papi... —replicó él, haciéndole sonreír con cariño.

—Las cosas no son tan fáciles, campeón. Además, no te preocupes por mí, sólo estoy tardando un poquito más porque estoy buscando a la apropiada.

—¿Y cómo tiene que ser? —preguntó Ryan con ávida curiosidad.

—Pues no lo he pensado mucho... Pero creo, que tiene que ser divertida, buena, amable, cariñosa y, sobre todo, que te quiera mucho y tú a ella.

—¿A mí? Qué tonto, papi..., te tiene que querer a ti.

—También, pero quien esté conmigo ha de quererte a ti un montón, ¿sabes por qué?

—No... —contestó el niño, frunciendo ligeramente el cejo, intentando comprender lo que su padre le quería decir.

—Porque si te quiere a ti, yo la querré todavía un poco más. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí, papi. Yo quiero mucho a *Pichurri* y al ver que la abu se porta bien con él, quiero un poco más a la abu... —respondió Ryan con esa lógica que llevaba loco a su padre, pues siempre lo sorprendía.

—Exacto —susurró, henchido de orgullo—. Bueno, chucho, ¿ya has terminado?

—Papi, no le llames chucho, que se pone triste. Se llama *Pichurri* —dijo Ryan con seriedad—. Y quiere ir a pasear por el río, ¿a que sí, *Pichurri*?

—Es muy tarde y hace mucho frío para estar fuera de casa; mañana iremos a pasear por el río. Anda, vamos dentro, que la abuela ha preparado sus famosos postres.

—¿Habrá tarta de chocolate?

—Claro, sabe que es tu preferida.

—¡Yupi! —exclamó el pequeño, corriendo hacia la casa bajo la atenta mirada de su padre.

Antes de subir el primer escalón del porche de su abuela, Jack oyó ruido que provenía de la casa de al lado y al poco observó cómo los Harris se encaminaban hacia él. Vio a Alice hablando con Scarlett, mientras ésta negaba con la cabeza, desaprobando algo. Al verlo, cambiaron su expresión por otra más suave y festiva.

—Feliz día de Acción de Gracias, Jack —dijeron las dos mujeres, mientras Hunter, que se encontraba detrás de ellas, miraba el teléfono móvil.

—Lo mismo digo.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó Alice—. Hace mucho frío...

—Sí que lo hace, pasad vosotros primero, por favor —dijo.

—Siempre tan considerado, Jack —susurró Alice con una sonrisa.

Jack caminó detrás de ellos, pero al ver a Tina salir de la casa de los Harris, retrocedió y se acercó a ella.

—¿No vienes? —le preguntó, al ver que no hacía además de adentrarse en la propiedad de su

abuela.

—Oh, no... —dijo Tina, poniéndose un gran gorro de lana blanco—. He quedado con Adele.

—¿Quieres que te lleve?

—No, gracias... Así bajo la cena —contestó, antes de darse la vuelta y dejarlo contemplando su espalda, cubierta por un chaquetón amarillo. Lo único que sobresalía eran sus interminables piernas, enfundadas en unos pantalones anchos negros.

Ella, sin percatarse de que Jack seguía mirándola, cogió el teléfono móvil y llamó sin detenerse un segundo.

—Adele...

—Tina, ¿dónde estás? Te estamos esperando —soltó su amiga, interrumpiéndola.

—Tardaré un poquito más, Adele, por eso te llamaba... Jon me ha dicho dónde estará Rob esta noche.

—¡Por el amor de Dios, Tina! Deja ese tema ya. ¡Han pasado doce años!

—No puedo, Adele, lo siento, pero lo tengo decidido. Hablo con él y voy para tu casa...

—¿Dime adónde vas?

—No, Pepito Grillo, que eres capaz de chafarme el plan y, aunque me dé un tortazo, necesito afrontar esto de una vez por todas. ¡¡He estado doce años odiando al hombre equivocado!!

—Mira, Tina, o me dices adónde vas o llamo a Jack y le cuento lo que vas a hacer.

—No serás capaz, además, no tienes su número de teléfono —añadió, acelerando el paso.

—Puedo ir a casa de su abuela... —contestó Adele, mientras Tina maldecía por dentro.

—Voy de camino al Cornestone. Después de cenar iba a ir allí con sus amigos, es mi oportunidad para decirle todo lo que pienso de él.

—No hagas nada hasta que llegemos Colin y yo —replicó Adele cortando la llamada.

Tina sonrió, por supuesto que no esperaba a su amiga, ya le costaba no echarse a correr para llegar antes al bar. Quince minutos más tarde, un récord para ella, entró en el bar donde se reunían muchos vecinos para tomar algo, miró a ambos lados y vio a Adele en la barra junto a Colin. Al verla, su amiga hizo el ademán de acercarse, pero Tina negó con la cabeza, aquello debía hacerlo sola. Al mirar hacia el otro lado, vio a Rob; estaba rodeado de sus amigos de toda la vida, incluido Jon, que al percatarse de que Tina se les acercaba con paso seguro, comenzó a beber de su copa intentando pasar desapercibido.

—Quiero hablar contigo, Rob —soltó ella, enfrentándose al primer amor de su vida y a su primer desengaño.

—Pero si la pequeña Tina ha vuelto a Galena —soltó él chulesco, mientras apoyaba un pie en la silla de su amigo, que reía divertido—. ¿Ya te has aburrido en Chicago?

—Vale, creo que no me has entendido —respondió Tina intentando controlar su furia—. Quiero... hablar... contigo... ahora —reiteró, esta vez mucho más despacio y con gesto más serio.

—No sé qué te habrás creído, Tina, pero tengo novia y, aunque la oferta es tentadora... paso.

—Mira, Rob, o vienes conmigo o te juro que te vas a arrepentir toda la vida —dijo ella con

dureza, apretando los puños y mirándolo desafiante.

—Uy, la gatita está enseñando las uñas —se burló Rob, haciendo reír a sus amigos.

—La «gatita» se ha enfadado mucho al enterarse de la clase de basura humana que eres —soltó Tina con mofa, haciendo que, por primera vez, él la atendiese de verdad y se pusiese serio—. Hace doce años, en la fiesta en el río, ¿te acuerdas? —preguntó, haciendo que todos sus amigos, de repente, bajaran la mirada y casi dejaran de respirar—. Sí, sí, esto va para vosotros también... Menudos hombres sois, capaces de mirar hacia otro lado cuando sabíais las intenciones que tenía conmigo.

—Tina, éramos jóvenes —susurró Jon, mirándola con la súplica en los ojos.

—¡Yo tenía trece años y vosotros diecisiete! —exclamó ella, haciendo que todo el bar se quedara en silencio, intentando oír lo que hablaban—. Pero gracias a un buen chico, no pasó lo que este desperdicio de ser humano tenía intenciones de hacer conmigo...

—¿Te quieres callar? —masculló Rob, mientras la cogía del brazo para alejarla del bar y sacarla a la calle.

—No, Rob. No me da la gana de callarme. ¿Sabes por qué? Porque por tu culpa he estado odiando a la persona equivocaba, creyendo que el culpable de que todo el mundo hablara de mí y que ningún tío se me acercara era él, cuando ¡la culpa era tuya! Tú hablaste mal de mí, tú te aseguraste de que nadie se acercara a mí, dime por qué —soltó, zafándose de su agarre y percatándose del frío que hacía en la calle. ¡Le daba igual! Llevaba tantos años guardando ese rencor, que ver que el culpable había vivido durante años al lado de ella la superaba.

—Porque quería ser yo el primero que te probara y, al no poder cumplir mi deseo, tuve que impedir que ninguno más lo hiciera —susurró Rob con tanta malicia que Tina se sorprendió—. Ha sido muy fácil malmeter en tu contra, la gente se lo creía todo sin dudar y tú has ayudado con tu comportamiento a darle veracidad a cada rumor infundado.

—Pero ¿por qué? Podías tener a cualquier chica, eras guapo y popular, ¿por qué no me dejaste en paz? Era una cría, Rob...

—Porque sabía que, cuando crecieras, te convertirías en una preciosa mujer —dijo él echándole una mirada a su cuerpo—. Pero Jack me jodió el plan y tuve que improvisar... —añadió con una sonrisa pérfida.

—¡Estás loco, Rob! Me has jodido la vida. Todo este tiempo he pensado que tenía algo que a los chicos no los atraía, cuando eras tú el culpable de que no se atrevieran a acercarse... ¡¡Me das asco!! —soltó, enfrentándose a su mirada—. Te mereces que cuente la verdad a todo el pueblo, para que sepan cómo eres en realidad. Y voy a empezar ahora mismo por tu novia, mira tú por dónde —añadió con una sonrisa malévol.

—¡¡Han pasado doce putos años, Tina!! —exclamó Rob molesto—. Además, nadie te va a creer. ¡No tienes ninguna prueba, porque simplemente no pasó nada!

—¿Qué te apuestas a que sí me creen? Además, que hayan pasado doce años no significa nada. Tú no has desmentido las habladurías que esparciste por el pueblo, es más, creo que sigues



avivándolas para que no caigan en el olvido... y yo puedo ser tan buena inventándome detalles, Rob —dijo, enarcando una ceja—. Incluso puedo decir que no te has podido olvidar de mí, que estás obsesionado conmigo... ¡Va a ser genial verle la cara a Amanda! —concluyó, refiriéndose a la novia de él.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó, mientras se tiraba del cabello rubio con fuerza, intentando calmar los nervios al ver que Tina lo tenía en sus manos. Aun sin pruebas, a aquel pueblo, como a cualquier otro, le encantaba las habladurías y podría ser el tema de conversaciones de todos los habitantes durante bastante tiempo por culpa de ella.

—Pues, o bien pedirme perdón a mí y pedírselo a Jack, o bien rectificar ante todos y decir que las habladurías que fuiste sembrando a lo largo de todos estos años son mentira. Puedes decir que tenías envidia de Jack, por ejemplo. ¡Me da igual! Pero no quiero que vuelvas a manchar su nombre ni el mío, ¿te ha quedado claro?

—Tina... —susurró dubitativo, mirando hacia los lados, donde los clientes del bar se encontraban pegados a las ventanas, pendientes de sus movimientos.

—No es negociable, Rob. O lo haces o les diré a todos los vecinos, uno por uno y empezando por Amanda, que hace doce años me emborrachaste para intentar abusar sexualmente de mí y que al ver que no te salías con la tuya, dijiste esas barbaridades de Jack y de mí. Mira lo buena persona que soy, que hasta te doy para elegir, cuando tú no me diste a mí esa opción.

—Estás loca.

—Lo sé y todo gracias a ti —respondió con una sonrisa.

—Está bien, ¡lo haré! Pero no le digas nada a nadie. Me voy a presentar como concejal y este asunto enturbiaría mi reputación... —susurró Rob con angustia—. Siento mucho lo que te intenté hacer hace doce años y siento todavía más todo lo que he dicho de ti para que ningún hombre se te acercara.

—Muy bien. Ahora ve a la casa de Savannah y pídele disculpas a Jack.

—Pero...

—No, Rob, no hay peros que valgan. ¡Hazlo!

Él agachó la cabeza, abrió el coche y se subió ante la atenta mirada de Tina. Al poco, Adele apareció a su lado.

—¿Cómo estás?

—Me he quitado un gran peso de encima —dijo ella con una sonrisa, mientras abrazaba a su amiga, notando cómo aquel pesar que llevaba instalado en su pecho desde hacía tanto tiempo comenzaba a disiparse.

Nunca pensó que enfrentarse a su pasado la haría sentir tan bien.

Jack salió del dormitorio intentando no hacer ruido. Esa noche —como también era costumbre cuando celebraban la fiesta allí, Savannah no quería ni oír hablar de que sus amigos se quedaran en un hotel—, habían tenido que acomodarlos a todos en la casa. Eva había dormido en la habitación de Ryan y Jack había tenido que compartir la suya con Owen, Clive y Brian y, aunque era una manera fabulosa de recordar viejos tiempos, de quedarse hablando y riendo hasta altas horas de la madrugada, también era un trastorno para él, pues ya no estaba acostumbrado...

—Qué pronto te has despertado —dijo Eva, apoyada en la ventana de la cocina, observando el jardín, mientras sujetaba con ambas manos una gran taza de café.

—Tengo unos amigos que son unos mamuts roncando —soltó Jack, despeinándose todavía más el pelo—. ¿Y tú qué haces tan temprano despierta?

—*Pichurri* quería salir a la calle y Ryan estaba tan a gusto durmiendo, que he decidido sacarlo yo para que él siguiera descansando —explicó. El cachorro estaba mordisqueando un trozo de hueso especial para perros—. Gracias por invitarnos a celebrar aquí Acción de Gracias, Jack. Me lo he pasado realmente bien y casi no he echado de menos a mi loco y dramático amigo y futuro cuñado.

—¿Cómo está Daryl? —preguntó él.

—Bien, ya lo conoces —dijo ella con una sonrisa al hablar de su mejor amigo—. Está loco de amor por su Nathan, y él por Daryl. Se los ve tan bien juntos, Jack... Parece mentira que hace poco más de un año estuviésemos quejándonos, tanto él como yo, de que ningún hombre nos quería —comentó sonriente—. Y que ahora esté yo aquí, compartiendo este día tan importante con todos vosotros, que me habéis acogido como a una más de la familia, y que él esté celebrándolo con los padres de Nathan...

—Siempre serás una de nosotros, Eva. Dime, ¿has vuelto a saber algo de tus hermanos?

—¡No, por favor! —exclamó con rotundidad, haciéndolo sonreír con cariño. Eva lo había pasado tan mal en el pasado, que verla así de fuerte y feliz era casi una hazaña que sólo había podido lograr ella—. Ni quiero. Ellos eligieron su camino y yo el mío. Es lo mejor para todos.

—Siempre seremos tu familia, lo sabes, ¿verdad? —susurró Jack, pues la verdad era que aquella mujer se había hecho un hueco en todas sus vidas.

—Sí, lo sé —dijo ella con una sonrisa resplandeciente, mientras observaba a *Pichurri*, que salía de la cocina—. Anoche, por casualidad, me asomé a esta ventana y te vi hablando con la que supuse que debe de ser la famosa e innumerable Tina...

—Sí, era ella. ¿Sabes una cosa?

—No y me muero por que me la cuentes —contestó Eva con entusiasmo haciéndolo sonreír.

—¿Te diste cuenta de que anoche alguien tocó al timbre?

—Sí, dijiste que había sido una broma...

—Mentí —explicó Jack, todavía extrañado por lo que vivió—. Era Rob.

—¿Y quién es Rob?

—Un chico al que le rompí la nariz hace doce años.

—¡Aaahhh! —exclamó Eva mientras lo miraba fijamente, por si le daba algún tipo de información más—. No entiendo nada, pero bueno, dime, ¿y qué quería?

—Pedirme disculpas por lo que fue diciendo de mí después de lo sucedido...

—¿Así sin más?

—Eso mismo me pregunté yo... Me temo que detrás de eso está Tina —dijo con una sonrisa al imaginarse lo que habría hecho para conseguir tal hazaña.

—Es muy guapa y, por lo que veo, también tiene una fuerte personalidad... —comentó enarcando una ceja y mirándolo con atención para analizar sus gestos.

—Eva, que nos conocemos —dijo Jack, negando con la cabeza; su amiga era infalible cuando quería.

—Sólo era un inciso.

—Tú nunca das puntada sin hilo —respondió jocoso, haciendo que ella sonriera divertida al ver que la conocía tan bien.

—¿Qué te está haciendo mi futura mujer? —preguntó Owen, entrando en la cocina acercándose a Eva para besarla.

—Enredarme, como suele hacer —contestó Jack, observando la idílica escena.

—Lo que le gusta a mi chica liar las cosas y hablar más de lo necesario... —bromeó Owen.

—¿Liar las cosas y hablar demasiado? ¡¿Perdona?! Mira, lo que os pasa a vosotros es que no estáis acostumbrados a decir las cosas como son. A ver, Jack, ¿qué tiene de malo esa mujer? Por favor, ¡¡ilumíname!!

—Todo, Eva.

—Meeec... ¡¡Mentira!! —soltó ella con gracia, haciendo que Owen se riera a carcajadas.

—Es en serio, Eva. Si la conocieras, te darías cuenta de lo obstinada y rara que es, además, está como una cabra.

—Meeeecccc... Escucho lo que dices, pero tu mirada no me dice lo mismo, Jack —dijo ella cruzando los brazos—. Me aseguras que no te gusta nada, ni una pizca, pero le cuidas el perro cuando tú odias tener mascotas; además, te da miedo hablar con ella y preguntarle dónde leches ha estado estos diez días y por qué se fue de tu casa de repente...

—A lo mejor echo a ese chucho a la calle y así ya no le doy opción a que vuelva a mi casa —replicó Jack con seriedad, haciendo que Eva sonriera complacida de que hubiese caído en su pequeña trampa.

—Piensa en lo que me acabas de decir —añadió, mientras se tocaba la nariz con un gesto de astucia, para después darse la vuelta y salir de la cocina, dejando a los dos amigos asombrados por su carácter explosivo y por esa recomendación que los había descolocado todavía más.

—Pero ¿qué bicho le ha picado? —le preguntó Jack a Owen cuando Eva se hubo marchado.

—Tiene razón, Jack, aunque te dé rabia admitirlo —comentó Owen, mientras se dirigía a la cafetera para servirse un poco de café en una taza—. Esa mujer te ha cambiado. Jamás pensé que serías capaz de poner aceite en un bote de champú... —añadió, haciendo que Jack sonriera al recordarlo. En parte tenía razón. De todos sus amigos, él era el más cabal, el más serio y razonable, pero con Tina era como si se hubiese despertado otra parte de sí mismo que no recordaba, una mucho más divertida y guasona, una que llevaba demasiado tiempo relegada al olvido...

—No os lo he querido decir antes, pero estuvimos a punto de besarnos... varias veces —dijo muy bajito, porque lo último que quería era que su abuela o Ryan lo oyesen.

—No me sorprende, Jack —contestó Owen, bebiendo un sorbo de café de su taza—. Se nota que hay algo de ella que te atrae, aunque te cueste reconocerlo. Ya lo vi aquella tarde en que estuvimos jugando al póquer en tu apartamento, por eso te pedí que tuvieras cuidado...

—Pero es muy joven, Owen, y no sé si funcionaría, somos tan distintos... Además, no busco una relación estable, aunque os sorprenda a todos, y no sé si ella estaría dispuesta a tener algo sin compromiso conmigo.

—La edad es un número, Jack. Son sólo nueve años, no veinte..., y sobre lo otro que me comentas..., nunca lo sabrás si no le preguntas. A lo mejor ella también busca algo tranquilo. Lo único que tenemos claro todos es que desde que esa mujer irrumpió en tu casa, hay algo en ti que ha cambiado, hasta tal punto de que ya no eres el obseso del control que llevas siendo desde hace demasiados años...

—No sé —suspiró, apoyándose en la mesa—. Prácticamente ni la conozco, sólo he visto la parte traviesa de ella y nunca hemos hablado como dos personas adultas.

—Pues empieza por ahí. Conócela.

—Hablaré con ella, sí...

—Cabronazo, ya podrías haber tenido más cuidado al levantarte, ¡me has despertado! —soltó Clive, entrando en la cocina y mirando a Owen, mientras negaba con la cabeza.

—Tenemos que bajar la cena de anoche —dijo éste por toda respuesta.

—Paso —contestó Clive, sentándose en una silla de la cocina—. Lo mío es genética pura y dura, chavales —añadió, mientras se daba sonoras palmadas en el torso.

—Y una mierda —intervino Brian, apareciendo también por la cocina con ropa de deporte—. Aunque te cueste reconocerlo, haces ejercicio como todos, si no, no tendrías esos abdominales marcados ni tampoco esos brazos.

—Bah... Vosotros sois unos viciados de los gimnasios —resopló Clive.

—Y tú de las mujeres —soltó Jack contraatacando.

—¡¡Siempre!! —exclamó Clive con guasa, pero enseguida recompuso la cara al ver a Savannah entrar en la cocina—. ¿Cómo está la mujer más bonita de esta casa?

—Ay, Clive, siempre tan adulador. ¿Cuándo me vas a traer una mujer para presentármela? —preguntó Savannah con una amplia sonrisa.

—¿Sólo una, Savannah? Se me da muy mal elegir entre tantas bellezas...

—Menudo peligro tienes —contestó ella entre risas.

—¿Está por aquí Ryan? —preguntó Eva, irrumpiendo en la cocina.

—No, has dicho que estaba durmiendo...

—He ido a la habitación y no está —respondió Eva, mordiéndose el labio inferior, demostrando con eso lo nerviosa que estaba—. He buscado por toda la casa y no hay rastro de él ni de *Pichurri*...

—Estará fuera —dijo Jack, dirigiéndose a la entrada. Ver que la chaqueta de su hijo no estaba, confirmó su teoría de que habría sacado el perro al jardín de su abuela.

—Joder, no se lo ve —resopló Brian, mirando a un lado y a otro de la calle.

—¿Dónde puede haber ido? —preguntó Owen.

—Al río —maldijo Jack, al recordar la obsesión que tenía su hijo por que el perro conociese esa parte de Galena.

—No te preocupes, lo buscaremos entre todos —dijo Clive manteniendo la calma por todos—. ¿Llevas tu móvil?

Jack asintió.

—Eva, busca por esta zona, nosotros iremos al río —pidió Owen.

Ella asintió con la cabeza y cogió del brazo a Savannah, que había comenzado a llorar por la preocupación de saber que su bisnieto, de tan sólo cuatro años, se había ido solo al río.

—Quien lo encuentre primero, que informe a los demás —añadió Owen.

Los cuatro amigos corrieron hasta el río Galena, que se encontraba al final de la calle, flanqueado por un frondoso bosque, con varios senderos que bordeaban el agua. Había bastante trecho hasta llegar allí, pero Ryan y Jack lo recorrían siempre que viajaban a Galena.

Jack lo llevaba hasta allí, a veces andando y otras en bicicleta, aunque Ryan nunca había ido solo y mucho menos con aquel frío y acompañado de un cachorro travieso e inquieto...

—¡¡Ryan!! —gritaron, para que el niño los oyese y dar con él lo antes posible.

—¡¡Ryan!!

Tina se asomó a la calle desde la ventana de su habitación y vio a Savannah, junto a una mujer morena a la que no conocía, recorriendo la calle mientras gritaban el nombre del hijo de Jack. Bajó la escalera corriendo, cogiendo al vuelo la chaqueta para poder salir a la calle sin congelarse.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Savannah, dándose cuenta de que su vecina estaba pálida, sin el acostumbrado color que cubría sus mejillas.

—Ryan ha salido de casa con el perro y no sabemos dónde está —gimoteó Savannah, mientras la otra mujer, que supuso que sería Eva, la prometida de Owen, le acariciaba la espalda con ternura.

—Los chicos han ido a buscarlo al río y nosotras lo estamos buscando por aquí, por si no ha elegido ese camino —informó Eva, también visiblemente preocupada.

—No... Está en el río, me lo dijo —contestó Tina con rotundidad, mientras, sin decir nada más, echaba a correr en dirección hacia allá, dejando a las dos mujeres asombradas por su repentina reacción.

Tina corrió sin darse tiempo a pensar, obligándose a no imaginarse los peligros que podrían sorprender al pequeño Ryan, al no saber por dónde pisar, por dónde pasar, qué no hacer... El río siempre había formado parte de la vida de Galena, todos los jóvenes se habían reunido allí para celebrar fiestas o reuniones, pero por esa misma razón se lo conocía tan bien y se lo respetaba; sin embargo, ese niño... ¡era muy pequeño para ir solo hasta allí!

Los pulmones le quemaban, sentía las piernas pesadas e inútiles, pero aun así no se permitió parar ni un segundo, recorriendo el sendero, saltando pequeños obstáculos, apartando con la mano la maleza hasta al final llegar al río... Miró a ambos lados, pero desde donde se encontraba no veía nada, sin embargo, el sonido de una voz masculina llamando al niño le indicó qué dirección tomar. Corrió temiendo caerse ella en cualquier momento, pues iba demasiado deprisa para ver dónde ponía el pie, pero lo único que le importaba en ese momento era ver que el niño se encontraba a salvo, que aquello se convirtiese una anécdota que contar en las fiestas, que todo acabara bien y que todos se rieran tras el susto...

—¡Jack, ten cuidado!

Ese grito la heló por completo y notó que los ojos comenzaban a escocerle por la angustia que estaba viviendo. Pasó por debajo de un tronco descolgado por las últimas tormentas y, al levantar

la mirada se quedó inmóvil, como si estuviera clavada en el suelo, observando la escena que tenía delante. Jack estaba dentro del río, totalmente vestido, sin siquiera quitarse la chaqueta, peleando contra la corriente y demostrando la gran fortaleza y entereza que poseía. Tina miró en la dirección hacia la que se desplazaba y ahogó un lamento al ver al niño, que se encontraba tumbado sobre una piedra en mitad del agua, con la cabeza ligeramente hundida, mientras sus piernas se movían sin pausa...

Echó a andar en dirección al grupo, sin darse cuenta de que avanzaba; parecía que sus pies comenzaban a moverse solos, ansiando comprobar cómo estaba Ryan... Tuvo que taparse la boca para no gritar cuando vio a Jack con el niño en brazos, quieto, con los brazos colgando, mientras su padre lo sacaba fuera del agua, con el rostro desencajado por la preocupación, pero destilando una determinación aplastante por los cuatro costados.

Tina recorrió los pocos pasos que la separaban de ellos rápidamente, tanto, que nadie se percató hasta que se abalanzó sobre el niño para comprobar sus constantes vitales cuando Jack lo tumbó en el suelo.

—Tina... —susurró él, extrañado al verla apoyar los dedos en el cuello de su hijo.

No le contestó, tenía que concentrarse; el corazón latía y el pulso era lento pero estable, habían llegado a tiempo. Eso la reconfortó y la ayudó a realizar el siguiente paso, que era colocar a Ryan de lado para ayudarlo a sacar el agua que había tragado. Le dio un ligero masaje en la espalda, junto con varios golpes secos y precisos, lo justo para que el niño comenzara a toser, haciendo que todos respiraran tranquilos al oírlo, y que echara, al fin, la poca agua que había tragado involuntariamente.

Tina respiró tranquila al ver que se encontraba bien. Si hubiesen tardado un poco más, sus latidos se hubiesen ralentizado, hubiese dejado de respirar y le habría tocado a ella practicarle la técnica de reanimación cardiopulmonar...

—Ryan —susurró Jack con emoción, al ver que abría los ojos.

—Papi... ¿dónde está *Pichurri*? —quiso saber el niño casi con un hilo de voz, haciendo que Tina negase con la cabeza; estaba más preocupado por el perro que por sí mismo.

Se levantó para quitarse la chaqueta y echársela encima al pequeño, bajo la atenta mirada de los otros.

—Está con el tío Owen —explicó Jack, mientras señalaba al perro, que su amigo llevaba en brazos.

—Se ha escapado y se ha metido en el agua, papi... He sido valiente y he ido a rescatarlo, pero me he resbalado en la piedra que utilizaba como puente y no podía levantarme, porque mi chaqueta pesaba mucho...

—¿Te duele la pierna, Ryan? —preguntó Tina, al ver que había un poco de sangre cayendo al suelo.

—Sí... pero tengo mucho frío —respondió temblando.

—Te tienes que quitar esa ropa empapada. Es mejor que nos vayamos antes de que cojáis una

pulmonía —dijo Tina, mirando también a Jack, que estaba asimismo empapado—. En cuanto lleguemos, cogeré el botiquín que tengo en casa de mi abuela y le miraré la herida de la pierna.

Jack se quitó la chaqueta empapada y se la dio a su amigo Brian antes de coger a su hijo en brazos, envuelto en la chaqueta amarilla de Tina. Comenzaron a desandar el camino, mucho más aliviados, mientras Clive llamaba a Eva para decirle que habían encontrado al niño y que estaba bien.

Durante el trayecto, no hablaron, Jack estaba pendiente de cada movimiento de su hijo, de intentar que estuviera caliente y que dejara de temblar, olvidando que él también estaba empapado, lo más importante era que su pequeño se encontraba bien...

En cuanto Savannah vio a Ryan, lloró de alegría al ver que se encontraba a salvo. Eva fue hacia la casa para buscarle ropa seca y quitarle la que tenía empapada, y los hombres, junto con el niño, entraron después. Mientras, Tina corrió a casa de su abuela para coger el botiquín que siempre tenían a mano. Volvió de nuevo a la casa, se encontró la puerta entreabierta y pasó hasta el salón.

—Tina, hija... —gimoteó Savannah al verla—. Están arriba, en la habitación de Ryan... Menos mal que estás aquí... Menos mal que has ido a ayudar... —sollozó, dándole un gran abrazo.

—Voy a ver si está herido.

—Corre, ve y gracias, Tina —susurró, mientras se secaba las lágrimas que no cesaban de desbordarse de sus ojos.

Ella asintió con una sonrisa y se dirigió hacia donde le había indicado. Oyó voces y el inconfundible corretear de *Pichurri* en el pasillo superior, hasta que encontró a Ryan con Eva...

—Hola, bichito —le dijo al entrar, haciendo que Eva se volviese para mirarla—. Menudo susto nos has dado, ¿eh?

—Ya... —contestó el pequeño, que se encontraba tapado hasta las orejas dentro de la confortable cama—. Lo siento mucho... Me ha dicho la tía Eva que no debería haberme ido solo con *Pichurri*.

—Y tiene mucha razón, no deberías haber ido solo. Tu papá estaba muy preocupado por ti y te podía haber pasado algo incluso peor.

—¿Incluso peor que mojarme la ropa? —preguntó el niño, abriendo los ojos con asombro.

—Sí... —dijo ella con una sonrisa, al darse cuenta de que él no tenía una visión real del peligro que había corrido—. Pero ahora voy a ver si te has hecho mucha pupa, ¿vale?

—La tía Eva me ha dicho que tengo una herida fea en la pierna y en el brazo...

—¿Sí? Vaya... Eso lo tengo que ver yo... ¿Tú sabes que soy enfermera? —preguntó Tina, mientras le enseñaba el pequeño botiquín que había llevado.

—Noooo... —contestó Ryan negando con la cabeza, como si así reafirmase su respuesta.

—¿Me dejas que vea esa pierna donde tienes la pupa? —preguntó con ternura.

—Sí... —dijo, mientras cerraba los ojos con miedo y se tapaba la cara con la sábana.

—No tengas miedo, Ryan, yo hago magia con las manos y te curaré sin que te duela nada. ¿Sabes cómo me llaman en el hospital donde trabajo? —El niño negó con la cabeza—. La maga de



las pupas, porque las hago desaparecer por arte de magia —soltó con mucho énfasis, algo que a Ryan le encantó.

—¿Sí? —preguntó, visiblemente emocionado por estar ante tal celebridad mágica.

—Sí, pero eso sí, tienes que quedarte superquieto para que mi magia funcione, ¿de acuerdo? —añadió con una amplia sonrisa, mientras destapaba con cuidado la pierna, haciendo que él asintiera con emoción—. Voy a empezar a hacer mi hechizo mágico para que esta pupa se cure, ¿estás preparado? —preguntó Tina, cogiendo líquido desinfectante y observando mejor la profundidad del corte que le recorría gran parte de la tibia.

—Sí —contestó Ryan con gran entusiasmo, mientras buscaba la mirada de Eva, que no se había apartado de ellos y sonreía igual de ilusionada que el niño.

—Abracadabra, patas de cabra, que este niño se convierta en vaca —soltó Tina de repente, haciendo que Ryan se riera a carcajadas y aprovechando ese momento para limpiarle la herida—. Ay, perdona, qué tonta soy. ¡Ése no era el hechizo!! Ryan, ¡te he convertido en vaca!! Ay, madre mía... A ver, voy a deshacer el hechizo... Abracadabra, patas de cabra, que la vaca se convierta en niño, ¡menudo lío! —añadió, sin que Ryan pudiera contener las risas por todo aquello—. Vale, ¡menos mal que ha funcionado! Ahora sí que lo voy a hacer bien. ¿Preparado?

Él asintió con emoción, mientras Tina fingía tos antes de recitar su conjuro y así poder observar el corte con tranquilidad.

—Alas de murciélago, cola de codorniz, que hoy y siempre seas muy feliz. Muelas de hipopótamo, cuernos de caracol, que nadie hiera tu corazón. Ojos de sapo, patas de rana, que la herida sane, antes de mañana. ¡Tachán!! —exclamó Tina, mostrándole la pierna con varias tiritas cubriendo la herida.

—¿Ya? —preguntó Ryan, atónito de que lo hubiese curado tan rápido y, sobre todo, sin hacerle ningún daño.

—Te he dicho que soy la maga de las pupas.

—Guau... ¿Has visto, tía Eva? —preguntó el niño, haciendo reír a ésta a carcajadas al ver lo asombrado que estaba ante aquella hazaña—. El brazo también me duele, ¿harás lo mismo? —preguntó con emoción, mientras le mostraba un pequeño rasguño, nada comparado con la herida que tenía en la pierna.

—Claro. ¿Preparado? —preguntó Tina con tono solemne—. Espero no equivocarme otra vez y convertirte en, ¡no sé!, ¿una cucaracha?

—Oh, no qué asco —soltó él entre risas, lo que permitió a Tina desinfectarle la pequeña herida.

—Pelos de araña, uñas de erizo, que este niño se cure o si no me las piro —recitó, mientras le colocaba una pequeña tirita en el brazo—. ¡Y listo!

—Jo, qué guay... Nunca había conocido a una maga de las pupas... —dijo Ryan con emoción.

—Aún me queda un hechizo que hacer, espero que me salga bien —continuó Tina, comenzando a explorar cada parte del cuerpo de Ryan para comprobar que no tuviese alguna lesión mayor o

contusión—. A ver, cómo era... ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Luna, lunera, cascabelera, que a este niño no le duela ni una muela. ¿Qué tal?

— ¡Qué guay! Ha funcionado. No me duele nada —exclamó Ryan con alegría—. ¡Papi! —llamó al verlo en el quicio de la puerta—. Tina me ha curado con magia.

—¿Con magia? —repitió Jack con una sonrisa, acercándose a él.

—¿Tú sabías que Tina era una maga de las pupas? —preguntó Ryan emocionado.

—No, no lo sabía, pero hemos tenido mucha suerte, ¿verdad?

—Sí, mucha —dijo el niño con alegría, mientras Tina guardaba todo lo que había utilizado para curar a Ryan en el botiquín.

—Eva, ¿te puedes quedar un segundo con Ryan? Quiero hablar con Tina un momento —pidió Jack.

—Sin problema. Ryan, me tienes que explicar qué has sentido cuando Tina te ha hecho esos conjuros —dijo Eva, sentándose a su lado, mientras él se incorporaba en la cama para explicarle, con todo lujo de detalles, lo que había experimentado ante tales trucos.

—Tina, ¿luego volverás a verme? Quiero que me enseñes algún hechizo de esos, por si tengo que curar a *Pichurri* algún día —pidió el niño, antes de que ella saliese de la habitación.

—Claro, bichito, enseguida vuelvo —dijo Tina, siguiendo a Jack, que también se había cambiado de ropa. En esos momentos llevaba unos vaqueros y un jersey blanco que le quedaban incluso mejor que los trajes, a los que ya estaba más que acostumbrada...

—¿Cómo está? —le preguntó él cuando estuvieron lo bastante alejados del dormitorio de Ryan.

—Bien, no te preocupes; es fuerte como una roca y dentro de nada estará otra vez persiguiendo a *Pichurri* por la casa —dijo esbozando una sonrisa para que se relajara, algo que al parecer funcionó, porque él se la devolvió de una manera distinta a lo que ella estaba acostumbrada... Fue una sonrisa más abierta, sincera, sin artificios, simplemente demostrándole lo feliz que lo hacía oír esas palabras—. Le he puesto unas tiritas de sutura en la pierna, donde tiene una herida poco profunda, no tanto como para necesitar puntos de verdad; con lo que le he puesto le cicatrizará sin problema. No tiene nada roto, sus constantes son normales y el color que presenta es el de un niño sano y fuerte.

—No sé qué habría hecho si no hubieses estado ahí... —resopló Jack, apoyando la cabeza en la pared, aliviado al saber que su hijo estaba bien y que todo aquello quedaría en un gran susto—. Me ha contado Eva que, cuando te has enterado de que no lo encontrábamos, has bajado corriendo hasta el río... Yo, Tina, sólo te puedo dar las gracias —añadió, mirándola fijamente.

Tina tuvo que clavarse las uñas en las palmas de las manos para reaccionar, porque nunca pensó que una mirada, su mirada, pudiese hacerle sentir tanto.

—No hace falta que me las des... —susurró con una sonrisa nerviosa. No sabía por qué la afectaba más aquella mirada que las palabras de gratitud de aquel hombre al que siempre había tenido por un ser orgulloso que nunca agradecía nada—. Además, lo he hecho por él, sé que está

cuidando muy bien de *Pichurri* y le debía ese favor —añadió en broma, haciéndolo sonreír, sin dejar un segundo de mirarla de esa manera... ¡que la estaba poniendo histérica!

—¡¡Tina!! —oyó a Ryan llamarla.

«¡Salvada por la campana!», pensó, mientras se daba la vuelta y deshacía el camino para asomarse a la habitación.

—Ay, qué susto, creía que te habías ido sin decirme algún hechizo.

—Jamás se me ocurriría hacer semejante cosa —contestó ella entrando. Eva, al verla acercarse, se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta.

—Esa mujer es un amor —dijo Eva en voz muy baja cuando pasó por el lado de Jack—. Tenías que haberla visto cómo ha curado a tu hijo y cómo él estaba maravillado con todo lo que ella decía.

—La he visto... —susurró Jack.

Desde el quicio de la puerta había visto cómo hacía reír a su hijo y la complicidad que habían alcanzado en tan poco tiempo.

¿Cómo era posible que aquella mujer fuera la misma que le había hecho la vida imposible en Chicago?

Miró por el retrovisor a su hijo, que acariciaba al cachorro con mimo, mientras éste se encontraba cómodamente tumbado en su transportín. Pensó en lo que había ocurrido esa misma mañana, en la agonía que sintió al imaginarse a Ryan solo en el río. Recordar cuando al final lo había encontrado tumbado en el agua todavía le erizaba el vello, y aún le helaba la sangre pensar en otro desenlace distinto.

Llevaban en el coche casi tres horas, después de despedirse de su abuela y de todos sus amigos, que también se volvían a Chicago, entre besos y frases de cariño. Su liante hijo —al que cada día encontraba más parecido a su tío Clive, algo imposible, pues no tenían lazos de consanguinidad, aunque eran igual de perseverantes y diestros con las palabras para lograr su fin — había conseguido que Jack invitase a Tina a ir con ellos y que ésta no tuviera más remedio que aceptar la oferta.

Y ahí estaban los cuatro, los dos adultos, el niño y el perro, que no se separaba de Ryan ni con agua caliente. Tina y su hijo no habían parado de reír y de hablar durante el trayecto, algo que a Jack lo asombró. Jamás pensó que Tina fuera tan divertida ni tan habladora y mucho menos que tuviera esa mano para tratar con los niños y descubrirlo la hizo mirarla de verdad, sin artificios, sin prejuicios...

—Me dijo mi abuela que habías alquilado un apartamento por la ciudad —dijo Jack, viendo la oportunidad perfecta para meter baza, pues su hijo había comenzado a hablarle al cachorro.

—No, qué va, fue una pequeña mentira que tuve que contarle a mi madre cuando le dije que ya no vivía contigo. De momento, hasta que ahorre lo suficiente como para costearme un lugar pequeño para mí y para *Pichurri*, estoy viviendo con Evolet —le explicó Tina, mientras miraba por la ventanilla cómo entraban en Chicago—. Si quieres, me dejas en tu apartamento y cojo el metro para llegar hasta allí, y así no tienes que desviarte del camino.

—Papi —soltó Ryan, que había estado pendiente de toda la conversación—. ¿Podemos invitar a cenar a Tina? Es que *Pichurri* quiere estar más tiempo con ella...

—Si ella quiere, por mí no hay problema —contestó Jack, mirándolo por el retrovisor—. Podemos pedir lo que te apetezca para cenar.

—¡¡Sííí!! Tina, porfi, ¿te vienes a cenar a mi casa? ¡¡Habrà pizza!! —soltó entusiasmado—. Además, *Pichurri* y yo queremos enseñarte nuestra habitación.

—No puedo rechazar una invitación tan suculenta. ¡Me encanta la pizza! —exclamó Tina, haciendo que Ryan aplaudiese de felicidad al ver que cenaba con ellos.

Jack sonrió levemente ante la alegría de su hijo y se dirigió hacia su apartamento, en el que entraron al poco, después de haber estacionado el coche, sin dejar de hablar de las pizzas que pedirían, ninguna de ellas vegetariana, algo que a Jack lo hizo sonreír...

—Tina, ven, ven —decía Ryan mientras le cogía la mano y la arrastraba hasta su dormitorio, casi sin darle tiempo a dejar la maleta en la entrada.

Jack negó divertido con la cabeza y se dirigió al salón para hacer el pedido de las pizzas. Cuando lo hubo hecho, fue a la cocina y comenzó a preparar un zumo de naranja para Ryan, una ensalada para acompañar la cena y dispuso las cosas en la isla para cenar los tres juntos. Era tan raro hacerlo, nunca, desde que se separó de Sherlyn, su hijo y él habían cenado con otra mujer a solas...

Las alegres carcajadas de Tina y de Ryan lo hicieron mirar más allá del salón, dándole vueltas a ese hecho en el que acababa de caer. En todo ese tiempo no había encontrado a ninguna mujer que lo atrajese lo suficiente como para replantearse continuar conociéndola y mucho menos pensar en presentársela a Ryan... En los dos años que llevaba divorciado de su exmujer había huido de las relaciones y se había centrado en el trabajo, en sus amigos y en su hijo, dejando sus necesidades y sus deseos enterrados con ese amor que murió el mismo día en que se dio cuenta de que había estado ciego al pensar que Sherlyn lo hacía feliz. Algo que ahora sabía que era completamente falso. Algo que se llegó a creer durante tanto tiempo que pensaba que era un hecho en vez de una quimera. ¿Por qué haría tal cosa?

Abandonó sus pensamientos cuando los oyó dirigirse hacia ahí entre risas, carreras por el pasillo y ladridos de *Pichurri*, inundando su hogar de algo que necesitaba con urgencia: alegría.

Ryan no soltaba a Tina ni un segundo, llevándola de acá para allá del apartamento, enseñándoselo todo como si fuera la primera vez que hubiese pisado ese sitio y ella se asombraba de todo y lo hacía reír con sus ocurrencias.

—¡¡Las pizzas!! —gritó Ryan exultante al sonar el timbre de la puerta.

—Corre a lavarte las manos —dijo Jack mientras se encaminaba hacia la entrada, para recoger las pizzas y pagarlas—. Esto huele que alimenta —dijo, después de haber atendido al pizzero, entrando en la cocina, donde se encontró a Ryan y a Tina sentados delante de la isla.

Jack disfrutó de ese pequeño momento como si fuera algo novedoso para él y en parte lo era. Le encantó ver a Ryan cenar entre risas provocadas por Tina, que se comportaba incluso peor que su hijo, gastándole bromas, contándole chistes y distrayéndolo tanto que se terminó la cena sin rechistar, ni mucho menos percatarse. Vio la complicidad que Ryan tenía con esa mujer y, sobre todo, vio otra cara de Tina, muy distinta de la que le había tocado soportar cuando estuvo viviendo allí, haciéndole sentir algo distinto, que lo empujaba hacia ella, que no le dejaba apartar la mirada de cada gesto que hacía, de cada movimiento de sus manos al hablar, de cada carcajada que le calentaba el alma...

Cuando terminaron de cenar, recogieron juntos. Tina seguía centrada en hablar con el niño y en jugar con *Pichurri*, pero aun así limpió la encimera, metió los vasos en el lavavajillas e hizo una

carrera con Ryan para ver quién se lavaba primero los dientes.

«Jack, no vayas por ese camino. Esta mujer te ha desquiciado durante su estancia aquí y hoy, simplemente..., ¡joder!, me está volviendo loco, pero de otra manera», pensó, dándose cuenta de que no podía dejar de buscarla con la mirada, para verla sonreír, gesticular, hablar y jugar con su hijo. No podía dejar de fijarse en sus labios rosados, en cómo se contraían o se ampliaban en una sonrisa, de cómo se movían ágiles cuando hablaba tan rápido que a veces creía que no la entendería, de cómo se mecía su larga melena castaña, que, con cada paso que daba, le rozaba la parte baja de la espalda, casi la cintura, en su suave tono de voz cuando le contaba cuentos o hechizos a Ryan, en su bonito rostro cuando se quedaba quieta, escuchando con atención hablar al pequeño...

Presenciar esa escena tan cotidiana le hizo darse cuenta de que precisamente eso era lo que siempre había querido: una esposa e hijos, complicidad, alegría y amor... Pero ¿con ella? No, Tina no podía encajar en todo aquello; era imposible que fuese precisamente lo que él siempre había buscado, ¿verdad?

—Vamos a ver un ratito la tele, Ryan —propuso Jack al verlo entrar de nuevo en el salón, con Tina de la mano y *Pichurri* correteando a su lado.

—Tina, siéntate aquí a mi lado. Esta peli me gusta mucho —dijo el niño, sentándose en medio de los dos adultos.

—Dentro de poco habrá que irse a dormir, hombrecito —comentó Jack a los pocos minutos, al ver cómo le apoyaba su cabecita en el hombro.

—Aún no tengo sueño, papi... —dijo Ryan con voz adormilada, haciendo sonreír a los adultos, pues se notaba que no era así.

Habían pasado demasiadas cosas en ese día como para que no estuviera agotado...

Quince minutos más tarde, Ryan se quedó profundamente dormido, con la cabeza apoyada en su padre y las piernas encima de Tina, mientras *Pichurri* hacía lo mismo, pegado al cuerpo del niño. Jack lo cogió con cuidado en brazos y lo llevó a su cama. Al volver al salón, se encontró a Tina de pie, mirando a través de los amplios ventanales, desde donde se podía vislumbrar en todo su esplendor la ciudad por la noche.

—Me tengo que ir... —dijo sin darse la vuelta, abrazada a su cuerpo, mostrándole su silueta, oculta por aquella ropa tan ancha que se empeñaba en llevar.

—Puedes quedarte aquí esta noche... Es muy tarde para salir sola y yo no puedo dejar a Ryan para acompañarte —dijo Jack, acercándose a ella mientras se metía las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros, para obligarse a no acariciar aquel cabello que le caía por la espalda.

—No creo que sea buena idea —susurró Tina mirándolo a los ojos.

—¿Por qué te fuiste así? —preguntó Jack y la cuestión la pilló tan por sorpresa cómo a él formularla, pues no tenía intención de preguntarle eso y mucho menos en ese momento.

Tina comenzó a cambiar el peso de una pierna a otra, como si estuviera buscando la respuesta apropiada a esa peliaguda cuestión. Estaba tan adorable en esos momentos, desviando la vista de

él al suelo, como si tuviera miedo de mirarlo a la cara, como si la afectase su presencia...

«Sólo un beso, sólo eso...», pensó Jack, al darse cuenta de ese anhelo que había crecido durante todo ese día, tan lentamente que ni siquiera se había percatado hasta convertirse en una necesidad insoportable, aumentando a medida que iba descubriendo cómo era Tina en realidad.

—Mi plan estaba fracasando y tú tenías ideas buenísimas para devolverme las trastadas — explicó jocosa, haciendo que él, con una sonrisa en los labios, se adelantara un paso más para estar más cerca de ella—. Lo cierto es que nunca pensé que serías capaz de hacerme tantas jugarretas, pero al margen de eso,irme era lo mejor para los dos... No tenía sentido continuar más aquí después de enterarme de lo que sucedió realmente hace doce años... —añadió encogiéndose de hombros.

—Ya... Si necesitas volver hasta que encuentres un apartamento, ya sabes que tengo una habitación libre que puedes utilizar... —susurró, frenando a su cuerpo, que anhelaba acariciar su delicado y suave rostro.

—Ehm... —dijo ella, obligándose a no mirarlo.

—Podemos volver a intentarlo, sin artimañas —continuó Jack, guiñándole un ojo y haciéndola sonreír—. Como amigos...

—¿Como amigos? —repitió Tina, barajando esa posibilidad. ¿Podría ser amiga de un hombre al que había odiado de una manera irracional tantos años y que ahora la atraía de una manera enloquecedora, haciendo que incluso llegase a olvidarse de su plan inicial?

—Sí...

—¡¡Papiiiiiiii!! ¡¡Papiiiiiiii!! —gritó Ryan, interrumpiendo de golpe ese momento.

Jack, sin vacilación, se encaminó apresuradamente al dormitorio de su hijo, entró y encendió la luz, preocupado.

—¿Qué te pasa?

—Me encuentro mal, papi —sollozó Ryan con los ojos brillantes.

—Tienes fiebre —constató Jack, después de tocarle la frente—. Vuelvo ahora mismo con el jarabe, ¿de acuerdo?

—¿Está Tina?

—Sí, aún está en casa.

—Dile que venga a curarme con un hechizo, papi —gimoteó el pequeño.

Su padre le dio un beso en la frente y salió de la habitación para dirigirse a la cocina, donde guardaba el antipirético.

—Ya se lo doy yo; seguramente la fiebre esté causada por el cansancio y, sobre todo, por el chapuzón que se ha dado esta mañana —dijo ella, encaminándose al dormitorio con el jarabe en la mano y una sonrisa dibujada en la cara, preparada para animar al pequeño.

Jack observó desde el quicio de la puerta cómo Tina, entre hechizos divertidos, le daba el jarabe, le tomaba la temperatura e incluso le hacía una pequeña exploración por si tenía inflamados los ganglios.

Cuando Ryan se volvió a tumbar en la cama, mucho más tranquilo, volvieron a la cocina.

—Me quedará un rato más para asegurarme de que le baja la fiebre —dijo Tina, dejando el jarabe sobre la isla.

—¿Te apetece tomar un té, un café, una copa de vino...?

—Un vaso de leche estará bien —contestó, mientras se acercaba a la nevera para servírsela ella—. ¿Tú también quieres?

—Sí... Porque de vegana no tienes nada, ¿verdad? —preguntó Jack, sacando un par de vasos del armario, ya que en la cena no había tenido la oportunidad de tocar el tema al verla comer una pizza de beicon y queso.

—¡¡No!! —contestó Tina con una sonrisa, mientras servía la leche en los vasos—. Formaba parte de mi maléfico plan. Pero eres más listo de lo que me imaginaba... —añadió con una mueca divertida que a Jack le pareció lo más adorable que había visto.

—Dejaste algunas pistas, además de que me di cuenta de cómo mirabas la carne que me comía.

—Me tienes que preparar esas pechugas que te comiste aquel día. Sólo de recordar el olorcillo, me entra de nuevo hambre. ¡Qué fuerza de voluntad tuve que tener para no robarte un mordisquito!

—Claro, cuando quieras... —dijo, fijándose que ella estaba visiblemente nerviosa—. ¿Quieres que te caliente la leche?

—No, la prefiero fría —contestó, mientras cogía el vaso y bebía.

—Yo también —dijo Jack, haciendo lo mismo, mientras la miraba fijamente, a pocos pasos de ella, apoyados los dos en la encimera, el uno al lado del otro.

Se sentían tan cómodos juntos que parecía mentira que hiciera pocos días estuvieran fastidiándose, anhelando que fuera el otro quien tomara la decisión de marcharse.

—¡Qué buena! No como aquello verde que metiste en la botella aquel día...

—Era zumo de verduras —confesó Jack con una mueca divertida.

—¡Era asqueroso! —exclamó Tina, poniendo cara de asco y haciendo que él se riera a carcajadas.

—Tienes... —susurró Jack, acariciándole la comisura del labio para limpiarle un poco de resto leche.

Sólo bastó esa leve caricia para que todo cambiara entre los dos... Su piel era tan suave y sus ojos tan grandes y curiosos, mirándolo fijamente, que no pudo despegar la vista de ellos. Dio un pequeño paso hacia ella, lo suficiente como para sentir su calor sin llegar a tocarse, haciendo que Tina mirase más hacia arriba, estirando el cuello y provocando en Jack la necesidad de acariciarlo y comprobar lo suave que sería...

Su mano se hundió en su cabello, que le pareció seda, y le acarició la nuca y la clavícula; era tan bonita e increíble que le extrañó no haberse dado cuenta mucho antes. Sus labios lo llamaban a gritos y le era imposible apartar la mirada de ellos y de sus maravillosos ojos del color del chocolate más irresistible. Se inclinó un poco para buscar su boca, anhelando acariciar aquellos



labios rosados que lo reclamaban con exigencia desde que ella había vuelto a entrar en su casa. Necesitaba probarla, dejar que sucediera aquello que se había prohibido antes, cuando su casa era un campo de batalla y ellos los contrincantes.

Su aroma lo volvió loco, olía a vainilla, un aroma dulce, suave e inocente, para una mujer que ocultaba su manera de ser con planes enrevesados y disparatados, que casi lo habían llevado a perder la cordura, esa misma que en esos momentos se encontraba a merced de ella.

Qué dulce y tentador era ese momento previo al beso, cuando dos personas saben que va a ocurrir, cómo van acercándose lentamente, expectantes, excitados... Acarició su nariz con la de él, oyó su pequeño jadeo, su impaciencia, su respiración cálida, anhelante. La cogió por la cintura para aproximarla a su cuerpo y buscó sus labios con un hambre tan voraz que pensó que jamás podría calmarla. Tina se agarró con fuerza a su cuello, amoldándose a su cuerpo, haciendo que aquel beso, en apariencia inocente, se volviera cada vez más fogoso. La lengua de él se adentró en su boca, y ella, con un atrevimiento que lo enloqueció, la acarició, jugó e incluso la mordió.

Jack la cogió en brazos y la sentó en la encimera, sin poder despegar los labios de los suyos, anhelando más de ella, que lo rodeó con sus piernas y lo acercó todavía más, sin dejar un segundo de acariciarle la cabeza, los hombros, los brazos... mientras Jack seguía reclamándole más besos, más caricias, más jadeos...

—Papi...

Jack cerró los ojos para armarse de paciencia, mientras se separaba de ella, tan jadeante como él. Sin decir nada, Tina saltó al suelo y se alejó rápidamente de su cuerpo, de su calor, de aquel beso que Jack deseaba repetir, de aquel momento tan ardiente y único que anheló más...

—¿Qué te pasa, bichito? —preguntó Tina, dirigiéndose al salón, donde se encontraba el niño de pie, con *Pichurri* en brazos.

—Tengo frío...

—Vamos a la cama —dijo, ofreciéndole la mano y acompañándolo—. ¿Quieres que me quede un rato contigo?

—Sí, porfi —susurró el niño.

Jack se despeinó con frustración, consciente de que si su hijo no los hubiese interrumpido, aquel beso hubiese ido a más, algo que deseaba fervientemente, pero claro, con un niño en casa, esas cosas pasaban...

Estuvo esperando un buen rato en el salón, quería retomar lo que había interrumpido Ryan, pero cansado de ver las manecillas del reloj avanzar sin oír movimiento, decidió ir a ver qué ocurría. Al asomarse al dormitorio se encontró a Tina durmiendo con el niño en la cama; el pequeño la abrazaba y ella apoyaba delicadamente la cabeza contra la suya, en una imagen tan tierna que no pudo reprimir la sonrisa que apareció en sus labios. *Pichurri* levantó la cabeza para mirarlo, estaba tumbado en los pies de Tina, hecho un ovillo, rematando aquella escena idílica que a Jack le encantó presenciar. Suspiró con resignación y se fue a su dormitorio. Al día siguiente esperaba tener tiempo para... hablar con ella.

Tina salió con mucho cuidado de la cama de Ryan, intentando no hacer ruido para no despertar al pequeño. Cogió sus botas, su bolso y la chaqueta, que estaban en el salón, y no pudo resistirse a escribirles una pequeña nota de despedida a Jack y a su hijo. Luego cogió la maleta y salió en silencio del apartamento, sintiendo que en su interior algo había comenzado a cambiar. Desde que aquel odio irracional que había sentido se había evaporado nada más saber la verdad, cada día que descubría una nueva faceta de Jack, él le caía mejor...

A medida que avanzaba hacia el metro, observó en el cielo los primeros reflejos del nuevo día, mientras pensaba que besarlo había sido un error. No porque no le hubiese gustado, aún sentía en su cuerpo el cosquilleo y el deseo que Jack le había despertado nada más acariciarla, sino más bien porque sabía que Jack no le convenía. ¡Con la mala suerte que siempre tenía con los hombres y había ido a fijarse en un rompecorazones!

Desechó esos pensamientos y se concentró en llegar a casa de Evolet, ducharse y volver a salir para ir a trabajar. Tenía que ser realista, Jack era inalcanzable para una mujer como ella, además, aquello no podía volver a repetirse, no podía dejar que ocurriera. Si Ryan no los hubiese interrumpido, estaría lamentando su mala cabeza por haber hecho algo que, aunque lo deseara, no la beneficiaba. Lo mejor era seguir como estaba, trabajando en el hospital, viviendo con Evolet y centrándose en buscar citas para encontrar a ese alguien que la llevara hasta las respuestas que tanto ansiaba conocer. Y, ¿quién sabía?, a lo mejor ya no volvía a cruzarse con Jack. Chicago era una ciudad lo bastante grande como para no volver a verlo...

Sí, era lo mejor para ella. Debía alejarse de su irresistible influencia, de eso a lo que no podía ponerle nombre y que no se permitía sentir. ¡No podía volver a besar a Jack Thompson!

\* \* \*

Después de curar a un niño en la sala de urgencias, Tina se encaminó hacia el pasillo central, donde la esperaba su siguiente paciente. Llevaba dos horas sin parar de trabajar, yendo de un lado a otro, obligándose a pensar exclusivamente en su trabajo, en nada más, y de momento le funcionaba. Aquella sensación que había sentido en casa de Jack, prácticamente ni la recordaba; si seguía por ese camino, ese hombre quedaría relegado al olvido.

—¡Al fin te veo el pelo! —exclamó Evolet, poniéndose a su lado sin dejar de caminar.

—Menudo día llevo...

—Anoche no viniste a dormir... ¿Algo que contarme?

—Me quedé en casa de Jack para cuidar a su hijo —contestó, intentando que no notase que hablar de ese tema la ponía muy nerviosa, sobre todo porque la hacía acordarse de los labios tentadores de Jack, de sus manos rodeando sus caderas, de su fantástico cuerpo debajo de la yema de sus dedos...

—Si quieres volver a vivir con él, te entenderé —comentó Evolet—. Seguro que mi sofá no es tan cómodo como el pedazo de habitación, con esas asombrosas vistas de Chicago, que tienes en su ático de lujo.

Tina sonrió.

—¿Ya te quieres deshacer de mí?

—Sólo pienso en tu bienestar. Como sigas durmiendo en mi sofá, vas a tener problemas de espalda.

—Qué buena amiga eres —replicó sarcástica, mientras la miraba divertida.

—Ya sabes, siempre estoy pensando en los demás —soltó Evolet—. ¿O tal vez es que no te atreves a volver a compartir techo con ese hombre tan... majo? ¡Oye! Que te entiendo... Si yo viviera con él, me metería todos los días en su cama —concluyó, haciendo que Tina negase con la cabeza.

—Evolet...

—¿Qué? Es la verdad. Aunque tú siempre me aseguras que no te gusta... Por tanto, entiendo que eres inmune a sus encantos y puedes volver a vivir con él sin riesgo a que sientas nada.

—¡Qué perra te ha entrado con que vuelva a su casa! —exclamó Tina, poniendo los ojos en blanco.

—¿A mí? ¡Ninguna! —contestó su amiga, negando con la cabeza.

—Lo que tengo es que empezar a tener citas.

—¿Y eso?

—Es una larga historia que te prometo que te contaré, pero me tienes que ayudar a encontrar a un buen hombre —dijo Tina, asintiendo con la cabeza.

—Pues... Creo que te están buscando —dijo de repente Evolet, con una sonrisa, mientras miraba hacia delante.

—Seguramente será Beverly. Tenía que estar con ella en la consulta, pero me he entretenido un poco en urgencias —comentó Tina, al temerse que la pediatra con la que debía estar a esa hora la estuviera reclamando.

—No, no, te equivocas... —le dijo Evolet, mientras le tocaba el brazo para que mirara también hacia delante.

Al levantar la vista del suelo, Tina maldijo por dentro al ver a Jack y a Ryan caminar hacia ella. Vio que no tenía escapatoria y constató, una vez más, lo increíblemente atractivo que era aquel hombre, se pusiera lo que se pusiese...

—Tómame unos minutos de descanso, ya voy yo a ayudar a Beverly —dijo Evolet, guiñándole

un ojo.

—¡Tina! —exclamó Ryan en cuanto la vio y echó a correr por el hospital para abrazarla con fuerza.

—¡Qué sorpresa! —exclamó ella, mientras se agachaba para darle un par de besos en las mejillas—. ¿Has venido a que te vea el médico?

—No —contestó el niño con desparpajo—. Hemos venido a verte y a traerte un café, ¿verdad, papi?

—Espero que no tengas problemas con esta repentina visita, pero Ryan quería darte las gracias por cuidarlo anoche tan bien; esta mañana se ha levantado como nuevo —dijo Jack, mostrándole una sonrisa tan amplia que a Tina comenzaron a fallarle las piernas.

«Tina, no, no empieces, no puede gustarte, no puedes permitirte sentirte así cuando él te sonríe. Acuérdate de que ese hoyuelo no te gustaba y en cambio ahora te mueres por tocarlo, por besarlo... ¡¡Mierda!!», pensó incorporándose, consciente de que estaba perdida si ahora le gustaba aquello que antes aborrecía.

—No hacía falta que me trajeras nada, bichito —le dijo a Ryan, mientras despeinaba aquella adorable cabecita—. Pero muchas gracias. Me encanta saber que estás mucho mejor.

—Me alegra mucho verte de nuevo, Jack —intervino Evolet, que se había quedado al lado de Tina, observando aquella escena idílica, y de paso, echándole una buena mirada a aquel hombre que había levantado expectación en el pasillo del hospital, sobre todo expectación femenina—. A ver si la convences para que vuelva a tu casa. Mi apartamento es muy pequeño y me da miedo que se haga daño al dormir en el sofá —soltó, llevándose una mirada de reproche por parte de su amiga.

«Pero ¡¡te quieres callar, loca!!», pensó Tina, tratando de transmitirle su mensaje por telepatía; sabía que era imposible, pero no perdía nada por intentarlo.

—¿Duermes en su sofá? —preguntó Jack, visiblemente preocupado.

—Sí, pero no es tan malo como parece... Ya sabes que Evolet tiende a exagerar, ¿verdad, amiga?

—Es peor, Jack, infinitamente peor —respondió la otra con pesar, sin hacer caso de las miradas que le echaba Tina para que cerrara el pico—. Me marcho, que me están esperando —añadió, antes de guiñarle un ojo a Tina y marcharse de allí como si no hubiese hecho nada.

«Anda, que ya te cogeré, bonita...», pensó Tina observando cómo se iba y de paso apartaba a las enfermeras que se habían quedado mirando a Jack con un descaro absoluto.

«Madre mía, ¡¡y este hombre me ha besado a mí!! Ver para creer...», pensó Tina.

—¿Por qué te has ido sin despedirte? —soltó el niño, haciendo que su padre lo mirara negando con la cabeza.

—Ryan —lo reconvino, desaprobando la pregunta—, ya lo hemos hablado en casa.

—Tina es mi amiga, papi, y los amigos se cuentan la verdad —replicó el pequeño, con una elocuencia que a Tina la fascinó.

—Es verdad —dijo ella, sin contradecirlo—. Tenía que venir a trabajar; aquí hay muchos niños que necesitan mis hechizos para curarse.

—Jo, qué guay. Esos niños tienen suerte de que trabajes aquí, Tina.

—Ryan y yo nos preguntábamos si querías almorzar después con nosotros —dijo Jack, haciendo que ella apretase la bolsa de Starbucks contra su cuerpo, como si el café pudiera salvarla de una situación tan... tensa y difícil de gestionar.

—Ehm... —dijo Tina, observando el rostro ilusionado de Ryan esperando que dijera que sí y la seguridad aplastante que rezumaba Jack, dando por hecho que lo haría—. ¡No puedo! Tengo turno doble y como dentro de veinte minutos —explicó, agarrándose con fuerza a la cordura, que le decía que no era una buena idea dejar que sucediera eso que anhelaba.

—¿Y cenar? —preguntó Ryan, cogiéndole la mano y haciéndola dudar.

«Ay, madre mía, el niño apunta maneras y eso que sólo tiene cuatro años, cuando tenga más, se va a llevar a las chicas de calle con esa mirada adorable y esa cara tan bonita...», pensó, mientras desviaba la vista hacia el pasillo, intentando encontrar una escapatoria para no quedar mal con el pequeño, pero salvaguardándose de compartir otra noche con aquel hombre que la hacía dudar de todo y experimentar algo que nunca había sentido con anterioridad.

—Ryan, ¿por qué no vas a esa máquina y coges un paquete de *snacks*? —preguntó Jack, dándole una moneda. El niño la cogió y corrió hacia allá, entusiasmado por la tarea encomendada—. Perdona la insistencia de mi hijo, se lo pasó tan bien contigo ayer, que quiere repetir...

—Claro, no pasa nada: Yo también me lo pasé muy bien con él.

—Anoche acordamos que seríamos amigos y los amigos se ayudan, Tina —continuó Jack—. Vuelve a casa, puedes estar el tiempo que necesites hasta que puedas independizarte. Pero no duermas en un sofá destartalado, cuando tengo un dormitorio libre donde te puedes quedar sin problema —dijo, mirándola de aquella manera tan particular, haciéndola incluso sudar.

«Tina, recuerda, no lo mires a los ojos, intenta aparentar indiferencia, como si no te afectase su presencia, como si no revivieses a cada segundo ese beso con el que sentiste tanto... ¡Tú puedes!», pensó, tratando de agarrarse con fuerza al sentido común, que le decía, casi a gritos que aquel hombre estaba acostumbrado a mujeres más despampanantes y que era imposible que se fijara en una chica tan normal como ella. Seguramente, lo ocurrido la noche anterior fuera debido a los sucesos acontecidos durante aquel largo día. ¡¡Era imposible que se sintiera atraída por él!!

—No sé si es una buena idea, Jack... —susurró, al venirle la imagen de él subiéndola encima de la encimera sin dejar de besarla.

«Ay, virgencita de los pasillos de hospitales con buenorros que te miran seductoramente, ¡¡ayúdame a no caer en la tentación!!», pensó, notando que las fuerzas le flaqueaban y dispuesta a aceptar cualquier cosa que él le propusiera.

—¿Tienes miedo? —soltó Jack, enarcando una ceja.

—¿De ti? —preguntó extrañada.

—No sé. Sólo pregunto... Prefieres dormir en un sofá en vez de en una confortable cama... Se

diría que me tienes miedo —dijo con tranquilidad.

«Uy... uyuyuy... Jack, no sabía que fueras tan juguetón y a mí eso... ¡¡me pone como una moto!!», pensó, observando la chispa de diversión en sus ojos y dándose cuenta de que las apariencias engañan. Jack no era tan soso ni tan serio como había pensado en un principio...

—A ver... —resopló ella, pues la verdad era que sí tenía miedo de no poder detener otra vez aquella atracción y de pasarlo mal al darse cuenta de que sería sólo una muesca más (una muy diminuta), en la cama de Jack.

Como si estuviera esperando una señal divina para saber qué hacer, en ese momento vio pasar a una pediatra y se le ocurrió rápidamente un comodín para salirse con la suya y no quedar mal con él, que al fin y al cabo siempre se había portado estupendamente con ella.

—Vale, acepto vivir de nuevo contigo, pero tengo dos condiciones —explicó, haciendo que Jack sonriese divertido—. Primero, no lo sabrá nadie de Galena: ni tu abuela ni mi madre ni mi abuela...

—Hecho.

—Y, segundo, tienes que aceptar salir con esa mujer que te dije que sería perfecta para ti.

—¿Si salgo con esa mujer te vendrás a casa? —preguntó confuso.

—Sí, eso es.

—Vale —contestó, encogiéndose de hombros y mirándola con desconfianza—. Pero sin trucos, Tina. Ya hemos superado esa etapa.

—Por supuesto —dijo, guiñándole un ojo—. Violet, espera, guapa —llamó, mientras detenía a la pediatra, esbozando una amplia sonrisa—. Jack, te presento a Violet, Violet él es Jack y este hombrecito tan guapo que está en la máquina expendedora es su hijo Ryan. —Hizo las presentaciones con una amabilidad digna de ser mencionada y una sonrisa que podría eclipsar a cualquiera.

—Va-ya... Digo, hola, encantada —contestó Violet, tendiéndole la mano a Jack, intentando que no se notara que su aspecto la había dejado impactada—. Te diría que Tina me ha hablado mucho de ti, pero la verdad es que no y ahora mismo la odio por eso —añadió con guasa, mientras se apartaba su sedosa melena caoba con coquetería.

—¡Ya sabes cómo soy, Violet, me encantan las sorpresas! Le estaba diciendo a Jack que tenía muchas ganas de presentaros. Creo que sois perfectos el uno para el otro —añadió Tina con alegría, al tiempo que apretaba los dientes con fuerza.

«Como siga así, me quedo sin dentadura. A ver, Violet, disimula un poco, sé que es guapo y que un hombre así no se encuentra todos los días, pero chica... ¡no te pases! Y lo que es todavía peor, ¡lo estoy viendo yo!», pensó, notando cómo la rabia la sorprendía, al materializar aquella idea que había surgido de improviso en su alocada cabecita—. Deberíais quedar, por ejemplo, ¿esta noche?

—Oh, vaya... —susurró Violet, sonrojada a la par que encantada.

«Anda, maja, que al final me vas a poner en la sala de enfermería una estatua como mejor

compañera casamentera», pensó Tina, al ver el brillo en los ojos de la pediatra.

—Sí, creo que puedo organizarme para quedar esta noche —dijo Violet.

—¡Genial! —soltó Tina con alegría, notando que apretaba todavía más los dientes—. Seguro que Jack estará más que encantado de conocerte, ¡compartís tantas cosas!

—Por supuesto —dijo él con una amplia sonrisa—. ¿Te quedarás tú con Ryan, Tina?

—¡¡Claro, para eso están los amigos!! —contestó, escudándose en esa nueva categoría—. Entonces, ¡hecho! —añadió con exagerado entusiasmo—. Daos el número de móvil y quedad a una hora, que ya veréis lo bien que lo vais a pasar juntos.

Jack la miró con curiosidad, mientras anotaba el teléfono de aquella mujer que Tina acababa de presentarle, pero a ella le dio igual; haría lo que hiciera falta para poner freno a aquello que estaba empezando a sentir. Y si tenía que organizarle citas para mantenerlo alejado, ¡lo haría sin dudar! Sobre todo ahora que iba a vivir de nuevo en su casa...

«Ay, madre mía... ¡¡Voy a vivir de nuevo con Jack Thompson!! Al final me va a dar algo y más al ver los ojillos de glotonería de Violet. Chica, ¡qué lo vas a desgastar de tanto mirarlo!», pensó.

—Muchas gracias por el café, chicos, tengo que seguir trabajando. ¡Esta noche nos vemos! —exclamó luego, guiñándole un ojo a Ryan y alejándose de ellos acompañada de Violet.

—¡Hasta luego, Tina! —se despidió el niño, exultante, mientras Jack la miraba fijamente.

—Muchísimas gracias, Tina —le dijo Violet, caminando junto a ella por el pasillo.

Tina se fijó en su delgada figura, en su rostro atractivo y en sus movimientos seguros, sin duda hacían una buena pareja...

—De nada, mujer, para eso estamos las compañeras —resopló, sintiéndose extraña, como si se arrepintiese de haberlos presentado, algo absurdo, pues lo había hecho para que Jack se fijara en otra mujer que le pegara más. Además, ella no podía perder el tiempo con hombres que sabía que no querían un compromiso serio...

«Vale, Tina, has hecho bien. Vas a volver a su casa y tienes que dejar claro que sólo podéis ser amigos. ¡Nada más! No puedes volver a besarlo y mucho menos pensar que él también desea besarte. Tienes que centrarte ya en buscarte un buen marido o un marido a secas, que tampoco hay que ser tan quisquillosa. Ya has perdido demasiado tiempo intentando fastidiar al hombre equivocado», concluyó, hecha un lío, pues no sabía cómo gestionar su nueva situación con Jack y mucho menos lo que le despertaba cada vez que la miraba o se aproximaba a ella más de lo necesario. Por no mencionar lo que acababa de sentir al imaginárselo con Violet... ¡Se iba a volver majareta del todo!

—Estoy que no me lo creo. ¡¡Es guapísimo!! —exclamó Violet.

—Sí, pasable... —farfulló ella, mirándola con indiferencia.

—¿Pasable? Por favor, hacía años que un hombre no me ponía tanto. ¿Tú crees que le puedo gustar?

—Mujer, claro... Eres guapa y lista, además, tienes una niña de la edad de su hijo... —contestó Tina, dándose cuenta de que la ilusión de su compañera hacía que se encontrara todavía

peor.

—¡Tengo que pensar qué me voy a poner esta noche! Seguramente escotazo, hay que enseñar la mercancía —soltó Violet entre risas, algo que no contagió a Tina.

«Di que sí, guapita, no vaya a ser que no te vea las tetas y no le gustes... ¡Joder! Pero ¿por qué me da tanta rabia que hable así de Jack y, sobre todo, que le guste tanto?»



Se había sentido rara durante todo el día. Ver a Violet tan contenta con su próxima cita, que Jack había aceptado esa condición casi sin pensárselo y recordar lo que sintió cuando lo besó no ayudaba a que se centrara y tuvo que trabajar a trompicones para cumplir sus dos turnos...

Cogió el metro y se dirigió al pequeño apartamento de Evolet, donde ésta la esperaba con una amplia sonrisa y la maleta preparada. ¡¡Menuda lianta podía ser su nueva y malhablada amiga!!

—Estabas deseando que me fuera, ¿eh?

—Mujer, ya te he dicho que lo hago por tu bien —contestó Evolet, sin dejar de sonreír—. Disfruta mucho de tu estancia con el buenorro e invítame cuando quieras.

—¡Ya sabía yo que tú sacarías provecho de esta situación! —exclamó Tina cruzando los brazos, fingiendo estar enfadada con ella.

—¿Por qué te crees que lo he hecho? Ay, madre mía, ese apartamento es el Edén cuando se reúnen Jack y sus amigos y aún no entiendo cómo es que piensas en tener citas con otros hombres, teniendo tres bombonazos al alcance de tu mano —soltó, haciéndola sonreír mientras negaba con la cabeza—. Anda, dame un abrazo y cuídate mucho. ¡Mañana nos vemos en el hospital!

—Sí, sí, pero ambas sabemos que esos hombres son inalcanzables para mujeres como nosotras —comentó Tina.

—¡Anda, no digas tonterías! He visto cómo te mira Jack y... ¡¡le gustas!!

—¿Qué? Anda, no inventes, ¡¡lianta!!

—Sé muy mala, Tina, ¡¡y déjalo seco!! —concluyó Evolet, haciendo que Tina se atragantase con su propia saliva y comenzara a toser. ¡Su amiga era una bruta de cuidado!

Cogió su maleta de mejor humor, la verdad era que vivir en el pequeño apartamento de Evolet y dormir en ese sofá no era lo mejor que le había sucedido y tenía que reconocer que la pequeña ayuda que le había ofrecido Evolet a decirle la verdad a Jack, la había beneficiado. ¡Ahora podría dormir a pierna suelta en una magnífica cama y tener su propio espacio! Se dirigió al apartamento de Jack, pero esta vez con un plan en mente: ser única y exclusivamente su amiga.

Se detuvo en una hamburguesería cercana, donde compró la cena para el niño y para ella, y llamó al timbre. Luego subió en el ascensor, obligándose a centrarse en ese plan: tenía que buscarle novia a Jack, una mujer que lo alejara de ella lo suficiente como para que pudiera volver a controlar la situación como antes y vivir bajo su mismo techo sin sentirse atraída por él. Era lo mejor, sí, aunque en esos momentos sintiera cómo se le contraía el estómago sólo de imaginarse

que él pudiera besar a Violet, que ella pudiera hundir las manos en su cabello, que... se gustasen de verdad.

—¡Tina! —exclamó el niño, al verla entrar en la casa.

—Hola, bichito, mira lo que he traído para cenar.

—¡¡Qué bueno!! —soltó con entusiasmo, mientras el cachorro la saludaba también con efusividad—. Vamos, papi está dentro esperándote —añadió Ryan, arrastrándola dentro.

Tina tuvo que cerrar la boca al verlo, estaba impresionante con una camisa blanca, pantalones de vestir y aquella pose de que controlaba hasta el mínimo detalle; el ritmo cardíaco de ella se había disparado al tenerlo de nuevo delante. Al volverse se encontró con su mirada, esa que la hacía temblar sin querer, la que provocaba en ella un incendio. Se obligó a fingir que estaba más que contenta por su cita y dejó la comida en la cocina, sin permitirse volver a mirarlo y mucho menos imaginarse la reacción de Violet cuando lo viese así.

«Me tendrían que dar un premio por el aguante que estoy teniendo y por la gran labor social que he realizado al arreglarle una cita con él a Violet... Ay, pero ¿qué digo? Si es que no se puede ser tan guapo, es verlo y se me cruzan los cables. ¡¡Tío bueno!! ¡¡¡Macizorroooooo!!!», pensó, intentando disimular todo aquel caos que se amontonaba en su mente.

—¿Te has traído el equipaje?

—Sí, ahora lo colocaré todo. Gracias por dejarme vivir aquí de nuevo.

—No tienes que agradecerme nada, Tina. No podía permitir que siguieras durmiendo en un sofá, cuando aquí tengo camas de sobra —contestó Jack displicente, algo que hizo que ella frunciera ligeramente el cejo. Había vuelto a ponerse la máscara de hombre cabal y responsable ante ella—. No volveré tarde —añadió Jack con seriedad.

—¡Diviértete!

—Sí, claro —susurró Jack, acercándose a Ryan para darle un beso y luego salir del apartamento, permitiéndole a Tina relajarse.

—Entonces, ¿te vas a quedar a vivir aquí? —preguntó el niño, que había estado pendiente de toda la conversación.

—Sólo unos días, hasta que encuentre un apartamento —contestó Tina, sonriéndole con cariño.

—¡Jo, qué guay! Vamos a ser compañeros de piso —soltó Ryan, haciéndola reír a carcajadas con su visible entusiasmo.

\* \* \*

Ryan y ella cenaron entre risas, vieron una película juntos y luego tuvo que llevarlo a la cama cuando se quedó dormido en el sofá. Entonces aprovechó para instalarse en su dormitorio. Al volver a ver la cama y recordar todo lo que había sucedido allí sonrió. Se habían hecho la vida imposible durante su anterior estancia, sin embargo, ahí estaba de nuevo: compartiendo techo con Jack...

Se dio una ducha y se puso el pijama —que consistía en una amplia y enorme camiseta fucsia—, para después salir de nuevo al salón. No tenía sueño, además, quería saber cómo le había ido la noche a Jack... Se quedó contemplando la ciudad a través de la ventana, obligándose a no mirar la hora qué era y mucho menos a no pensar en lo que él estaría haciendo. Seguramente estaría desplegando sus encantos de macho alfa, haciendo reír a Violet, provocándola con aquella mirada entre tierna y lasciva, mostrándole su hoyuelo, que a Tina comenzaba a no disgustarle, seduciéndola con sus modales perfectos, atrayéndola hasta él para besarla y...

¡¡No!! No podía seguir por esos derroteros, no podía imaginarse todo eso y sentir esa frustración, esa rabia que, sin querer, le entraba cuando pensaba en él besando a otra... Necesitaba controlar aquello que escapaba a su raciocinio y sí, lo mejor era que se fijase en otra. Además, Violet era mucho más atractiva que ella, no sería tan difícil que Jack se olvidara de lo que los había empujado a besarse de una manera enloquecedora... Los hombres como él cambiaban de mujer como de camisa, ¿no?

Harta de estar de pie, se dirigió al sofá, donde se sentó con la televisión encendida, pero sin ver nada, simplemente pensando...

—Hola...

Su voz la hizo volverse. No lo había oído entrar y ahí estaba, tan guapo que dolía, tan irresistible que le era imposible apartar la mirada de él, tan distinto a la imagen que tenía desde hacía tiempo, cuando pensaba que sería el último hombre en el que se fijaría, su archienemigo, todo lo opuesto a lo que ella quería, llegando incluso a darle pena la mujer que acabara enamorada de él y ahora... Ahora todo eso le parecía lejano, tanto, que se encontraba difuminado por todo lo que había vivido a su lado y por la verdad, una que le costaba aún de asimilar.

—Ryan está dormido —susurró Tina.

—Sí, lo acabo de ver... —contestó Jack acercándose con paso lento para sentarse en el sofá, después de quitarse la americana y dejarle ver lo endiabladamente bien que le quedaba aquella camisa sobre su torso musculado.

—¿Qué tal lo has pasado?

—Bien... —murmuró él con una pequeña sonrisa—. ¿Y vosotros qué tal?

—Estupendamente —respondió ella con una sonrisa resplandeciente—. Tu hijo es un amor y nos hemos divertido mucho juntos.

—Me alegro... —dijo Jack con un hilo de voz, apoyando un pie en la rodilla y recostándose en el sofá.

«Joder, ¿desde cuándo eres tan guapo?», pensó Tina, observando con atención cada centímetro de su rostro, cada pequeña vibración de sus labios al respirar.

—Creía que te encontraría durmiendo.

—No tenía sueño...

—Mejor, así podemos hablar —susurró, enfocando su mirada en ella, algo que la hizo contener la respiración.

«Ay, que ya empezamos, ¿y qué hago si me muero por besarlo de nuevo...?», pensó Tina, notando de nuevo aquella energía que la empujaba hacia él, olvidando de golpe todo el plan que había urdido y las limitaciones que se había marcado para sí misma.

—¿Y de qué quieres hablar? —preguntó, tragando saliva con dificultad.

—¿Por qué te has ido esta mañana sin despedirte?

—Ya se lo he dicho a Ryan, tenía que trabajar...

—¿Sólo por eso?

—Bueno —bufó, sintiéndose tan nerviosa que no sabía ni siquiera cómo ponerse en el sofá—, nos besamos, Jack, y los amigos no se besan de esa manera.

—Lo sé —resopló él, volviendo a apoyar la cabeza en el sofá para mirar el techo—. Supongo que nos dejamos llevar por el momento.

—Sí, claro —contestó Tina, forzando una sonrisa, pues era evidente que Jack se arrepentía de haberlo hecho—. Ayer fue un día demasiado largo, en el que ocurrieron muchísimas cosas. El cansancio, el frío e incluso la leche tuvieron la culpa. ¡Es normal! —soltó envalentonada, como si no pudiera frenar sus palabras, que salían disparadas de sus labios.

—Sí... —susurró Jack, pasándose una mano por el pelo, despeinándose y resultando todavía más irresistible—. ¿Por qué quisiste ser enfermera? —preguntó de repente, haciendo que ella frunciera ligeramente el cejo al oírlo cambiar tan drásticamente de conversación.

—Quería ayudar a las personas —respondió con una sonrisa—. ¿Sabes?, siempre he querido dedicarme a la sanidad, aunque cuando era niña quería ser psicóloga.

—¿Y eso?

—Mi madre lo pasó muy mal cuando yo era pequeña, tuvo una depresión enorme y la vi ir al psicólogo para hablar de sus problemas. Por eso pensé dedicarme a eso, quería ayudar a que otras personas pudieran salir de su propio infierno, ayudarlos a ver la luz...

—¿Y qué pasó para que al final decidieras ser enfermera?

—Mis propios problemas —contestó, negando con la cabeza—. Cuando ocurrió lo del río, todo fue de mal en peor y mi autoestima se vio afectada. Era absurdo que intentase ayudar a alguien en ese aspecto, cuando yo no podía resolver mis propios problemas. Por eso decidí ser enfermera, era más sencillo curar una herida que enfrentarme a mis demonios.

—Siento mucho que lo pasaras mal, Tina.

—Ya. No te preocupes... Cambiar de aires, venirme a Chicago y poder ejercer mi profesión ayudando a niños me está sirviendo mucho. Poco a poco me voy encontrando —dijo, haciendo una mueca de miedo que a Jack le hizo gracia.

—Deberías estar muy orgullosa por todo lo que has logrado sola e incluso avanzando en contra de la marea —dijo él, haciendo que ella sonriese—. Además, tú sola te enfrentaste a Rob...

—Sí —dijo con una sonrisa divertida, mientras abría los ojos desmesuradamente—. Me hizo mucho bien cerrar esa parte de mi vida, poder plantarle cara y, de alguna manera, solucionarlo.

Ahora veo las cosas de diferente manera, por lo menos no siento esa apatía que antes me impedía avanzar.

—Siempre hay que rodearse de las personas correctas, de esas que te ayudan, que te transmiten optimismo y buen rollo, y salir corriendo de las demás... —comentó Jack—. Mi madre también sufrió depresión —añadió meditabundo.

—Oh, vaya...

—Fue tras la muerte de mi padre. Lo pasó muy mal, prácticamente no salía de casa y tuve que ser fuerte por ella... —comentó con seriedad.

Tina lo miró con atención.

—¿De qué murió?

—Mi padre era militar y murió estando de servicio... Cuando ocurrió yo tenía catorce años. Recuerdo que mi madre me lo contó entre lágrimas y lamentos, y vi cómo luego poco a poco se fue marchitando. Se amaban de verdad, Tina, se querían muchísimo. Tengo recuerdos maravillosos de ellos dos juntos, mirándose como si no hubiese nadie más cerca...

—Lo siento muchísimo, Jack.

—Mis amigos me ayudaron a no caer en lo fácil, me obligaron a seguir adelante. Para un chico de catorce años, que vivía en un barrio bastante cuestionable de Chicago, te puedes imaginar lo que podría haberlo hecho sin siquiera esforzarme. Mi madre prácticamente no me prestaba atención y yo podía entrar y salir de casa cuando quisiera... Pero ellos me sujetaron con fuerza, me apoyaron cuando más lo necesitaba y gracias a ellos no me descarrilé, aunque tuve la tentación de hacerlo varias veces... —confesó sorprendiéndola, pues jamás pensó que él hubiese vivido semejantes experiencias.

—¿Y tu madre ahora cómo está?

—Ahora mismo es feliz, mucho —dijo sonriendo—. Se volvió a enamorar —añadió, moviendo las cejas haciendo que Tina se riera—. Con diecinueve años, me enteré de que se había enamorado de su mejor amiga. ¡Aún recuerdo la conversación! Pobrecita, qué mal lo pasó cuando me lo dijo.

—¿Con una mujer? Pero ¿ella es lesbiana?

—Dice que no le gustan las etiquetas, porque amaba a mi padre, pero ahora está loca por su actual esposa —explicó con una sonrisa—. Según ella, se ha enamorado de dos personas maravillosas, sin importar su sexo.

—¿Y cómo reaccionaste cuando te lo dijo?

—Imagínate por un momento la situación por aquel entonces: mi madre llevaba cinco años siendo un fantasma, no tenía ganas de nada, sólo dormía y comía a duras penas, hasta que llegó Theresa. Primero se hicieron amigas, casi eran inseparables, recuerdo que siempre estaba en casa —dijo con una sonrisa al acordarse—. Y mi madre cambió radicalmente. Se reía, se arreglaba, le apetecía cocinar, pasear, divertirse... Sinceramente, Tina, sólo con verla feliz después de todos esos años, hizo que la abrazara con cariño y la animara a que fuera tras lo que le daba la

felicidad, aunque con ello levantara mil rumores y habladurías. Pero ¿qué importa lo que diga la gente si ella era y es feliz? Y eso fue lo hizo. Se mudó junto con Theresa a Janesville, Wisconsin, de donde es mi ahora madrastra, y es tan dichosa, Tina, que parecen mentira esos años oscuros que vivió...

—Vaya... —susurró ella, dándose cuenta de todo lo que Jack había tenido que pasar.

—Mi abuela no suele hablar de mi madre por esa razón —añadió, negando con la cabeza, disconforme con su conducta, algo que ya había hablado con Savannah en multitud de ocasiones—. Aunque sé que se preocupa por ella y se alegra, al fin y al cabo, de que esté bien.

—Supongo que será una práctica normal, lo de ocultar la verdad en Galena —suspiró Tina—. ¿Te puedes hacer una idea de la de veces que le he preguntado a mi madre la verdadera razón de que mi padre nos abandonará?

—Supongo que muchas.

—Sí, y en todas he conseguido el mismo resultado: el silencio —resopló con frustración—. No sé qué pasó, Jack... Tengo vagos recuerdos de él, pero todos son bonitos. Mi padre me llamaba cariñosamente *Pichurri* —dijo con una sonrisa contagiosa—, me llevaba a caballito, jugábamos a pillapilla, nos reíamos... Pero un buen día, simplemente no volvió. Mi madre me cogió de la mano, nos fuimos a casa de mi abuela y ya no se habló más del tema. Como si él no hubiese existido, como si fuera un delito nombrarlo, como si tuviera que arrancarlo de mi mente... Cuando se marchó, tenía ocho años, así que entiendo que mi madre o mi abuela no me dijeran nada en aquel momento, pero ¿y ahora? —resopló confundida.

—Quizá para ellas es difícil hablar del tema.

—Pero al fin y al cabo es mi padre... Sólo quiero saber qué pasó y obtener respuestas a mis preguntas... Tampoco creo que pida tanto. Además, no recuerdo su cara, ni siquiera su tono de voz. Al marcharse, mi madre y mi abuela eliminaron cualquier rastro de él... —resopló de nuevo con frustración.

—Debe de ser duro tener esas lagunas.

—Mucho —contestó, mientras alzaba la mirada al techo, pensando que sin embargo tenía una única oportunidad de llegar a la verdad y que la alcanzaría. Costara lo que costase, se casaría para poder obtener esas respuestas.

—Creo que va siendo hora de irnos a la cama —dijo Jack al poco.

—¿Cómo? —balbuceó Tina, mirándolo extrañada.

—Relájate —soltó él riéndose—. Cada uno a su cama —puntualizó, mientras se levantaba del sofá.

—Claro, claro... ¡Lo había entendido a la primera!

—Sí, ya veo... —dijo él tendiéndole una mano para ayudarla a levantarse.

Tina lo hizo dubitativa. Nada más sentir su agarre y cómo la ayudaba a levantarse, para después aproximarla a él, resurgió de nuevo aquella electricidad que hacía que desapareciera todo lo de su alrededor. Se miraron a los ojos sin que Jack le soltara la mano. Tina tragó saliva

con dificultad. Deseaba besarlo de nuevo, sentir sus labios sobre los de ella, sus manos sobre su piel, borrar todo aquel pasado turbio, durante el cual había creído que él era el causante de sus desdichas, aquella ansiedad por saber la verdad sobre su padre y poder dejarse llevar por aquello, aunque supiera que tenía fecha de caducidad, aunque tuviera la certeza de que Jack nunca sería algo más que un amigo con el que se habían besado...

—Jack —balbuceó, apartándose un poco de él mientras se soltaba de su agarre, no sin esfuerzo, pues sentir su calidez era tan reconfortante y placentero como perderse en sus ojos—. Me tienes que ayudar a conseguir una cita con un amigo tuyo —soltó por su boca, sin evaluar antes los posibles daños de aquella petición, sobre todo porque no deseaba bajo ningún concepto tener una cita con otro hombre, sólo con él.

«¡Cerebro, funciona! ¿Ahora qué hago? Lo siento, bonita, tú te has metido en este lío, tú saldrás. Con lo bien que besa este hombre y le sueltas eso... ¡Anda, que ya te vale! No me ayudas, mente, eres una repelente. ¡Y tú, una cabra loca! Ya, pero piensa que, si no tengo citas, no podré casarme con nadie. ¡Pues cástate con Jack! Madre mía, creo que estás peor que yo... ¡¡Jack no quiere volver a casarse!! Por eso tengo que alejarme de él», pensó, batallando contra su propia conciencia.

—¿Quieres salir con Brian o con Clive? —soltó Jack con voz ronca, mientras se apartaba un poco de ella, lo justo para mirarla sin comprenderla y, ya de paso, despeinarse con frustración, dejándola boqueando ante su aspecto más rebelde e irresistible.

—No, no... ¡¡Con ellos no!! ¿No tienes más amigos? —soltó, negando con la cabeza, cada vez más nerviosa por el lío en el que se había metido ella solita. Simplemente al sentir su contacto y ver que, si no lo paraba, otra vez volvería a sucumbir a sus encantos y tenía tantos y tan variados que se le hacía la boca agua...

—Entonces, quieres que te consiga una cita —resumió Jack, sin dejar de mirarla.

—Sí, creo que después de lo de Tim ya me toca volver a la arena y empezar a quedar con otros hombres —contestó, haciendo que él la mirara con seriedad—. Incluso podríamos hacer una cita doble. ¡Sería genial! Dos amigos conociendo a dos personas totalmente diferentes.

—Sí, claro, genial...

—Perfecto —dijo ella mirando al suelo, para después enfrentarse con aquella mirada que intentaba entenderla, algo que Tina sabía que sería imposible: ¡¡ni ella misma se entendía!! Y si supiera la razón por la que lo hacía, directamente se reiría en su cara...—. Me voy a dormir. ¡Hasta mañana!

—Sí, por supuesto —respondió displicente, mientras miraba cómo desaparecía de su vista casi a la carrera.

«Madre mía, en qué lío me he metido. Pero ¿por qué no pienso antes de hablar? Si es que demasiado poco me pasa aún... ¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer? Joder, joder, joder... Vale, vale, Tina, al fin y al cabo has hecho bien. Necesitas citas, necesitas encontrar a un hombre y dejar de pensar en Jack. ¡Sí, has hecho bien en pedirle ayuda! Aunque te mueras por dar

la vuelta y subirme encima de él para besarle toda la noche, y quien dice toda la noche, dice toda la eternidad. Ay, virgencita de los hombres irresistibles de Chicago, ¡ayúdame!, y no me dejes caer en sus brazos, de nuevo...», caviló Tina, dándose cuenta de que haberle buscado una cita no había servido de nada, pues Jack seguía atrayéndola como si fuera la más rica miel y ella una boba abeja que no sabía que probarla sería su fin, uno muy dulce, sí, pero un final al fin y al cabo...

Se metió en la cama y oyó cómo él cerraba la puerta de su habitación. Pensó entonces que quizá no había sido buena idea volver a su apartamento; tenerlo tan cerca y saber que no le convenía, era bastante duro de afrontar. ¿Cómo iba a conseguir sólo ser su amiga si no cesaba de recordar cómo era besarle y no ansiaba otra cosa que volver a hacerlo?



Tina había tenido un día de locos. Todo había empezado de buena mañana, cuando, al salir de su dormitorio y encaminarse con mucho sigilo a la cocina, se encontró allí a Jack, pero la versión más irresistible de éste, con el torso desnudo, el cabello brillante y miles de gotitas de sudor acariciando cada músculo visible. Lo recordaba y todavía se le erizaba la piel. ¡¡Ver a ese hombre era una tortura para ella, hiciera lo que hiciese!! Tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no acercarse a él y besarlo con tanto fervor, que seguramente habría llegado tarde a trabajar. Por supuesto, se contuvo y optó por bajar la vista y desayunar algo rápido, para después salir de allí rompiendo la barrera del sonido. Seguramente le darían un premio por ser la mujer más rápida del mundo en desayunar, vestirse y arreglarse.

Al llegar al hospital, se encontró a Violet con una sonrisa tan amplia que le dio todavía más rabia, y tuvo que escuchar con una paciencia absoluta los pormenores de la magnífica cita que había tenido con Jack, en la que no hubo beso —¡menos mal!—, pero sí, según Violet, mucha química —eso a Tina ya no le gustó tanto...—. Intentó forzar una sonrisa y enseguida se escabulló para empezar a trabajar, no sin antes hablar con Violet, que la esperaba en el pasillo para que la pusiera al día de la vuelta al apartamento del Edén, como ella lo llamaba...

A todo eso había que sumarle que no había podido dejar de pensar en Jack ni un segundo, en lo que hablaron la noche anterior, en lo cómoda que se sintió al conversar de algo que no solía comentar con nadie —a excepción de Adele, claro— y, sobre todo, al averiguar partes de la vida de Jack que ni siquiera se había imaginado... ¿Cómo iba a imaginarse que aquel hombre que parecía sacado de un catálogo de hombres perfectos tuviera una vida, en realidad, tan... diferente a las apariencias?

Pero ahí no se quedó la cosa. Poco a poco se le empezó a levantar un poco el ánimo y comenzó a trabajar de manera más suelta, pero a la hora del almuerzo, cuando estaba disfrutando de un gran bocadillo de beicon con queso —¡viva la dieta y la comida sana!—, le llegó un mensaje de WhatsApp de Jack:

Te he conseguido una cita para esta noche, un buen chico, no te preocupes. Te espera a las 20 en el Alinea.

Los amigos están para ayudarse, ¿no?

¡¡Le había organizado una cita a ciegas!! Eso la aturdió tanto, que fue a casa de Jack para

cambiarse de ropa casi sin percatarse de que había subido al metro y caminado por la calle. ¡¡Había ido con el piloto automático, sin dejar de pensar en aquello!! Al llegar se dio cuenta de que él no estaba en el apartamento y supuso que habría salido con su hijo a algún lado.

Sin darle mayor importancia —incluso agradeciendo no tener que volver a verlo antes de afrontar aquella cita a ciegas—, se cambió y cogió un taxi, de nuevo casi sin percatarse de que lo hacía, pues en su mente sólo estaba el hecho de que iba a salir con, según Jack, un buen chico... «Una cita, yuju...», pensó con toneladas de ironía, algo extraño, pues necesitaba tener citas para casarse, ¿no?

Bajó del vehículo y se dirigió al restaurante que le había dicho Jack por mensaje, obligándose a no pensar en nada más que en caminar sin caerse, procurando no mirar cómo iba vestida, pues su amiga Evolet —a la que había llamado para pedirle consejo para afrontar aquella cita imprevista— le había sugerido que se pusiera muy guapa. Según Evolet, Tina no sabía si ese hombre al que iba a conocer por mediación de Jack iba a ser el definitivo, el que la enamorara y le hiciera vivir una bonita y fogosa historia de amor, algo que Tina no creía que ocurriera. Con la mala suerte que tenía en esos temas, se contentaba con pasar una velada agradable y quizá poder tener un candidato razonable como futuro esposo...

Harta de escuchar hablar a Evolet de amor, seducción, sexo, ropa y cosméticos, claudicó y se puso un vestido de manga larga color rosa palo, que combinó con unas botas de media caña de color blanco y completó con una cálida chaqueta de pelo del mismo color que las botas. Se dejó el cabello suelto y se maquilló a conciencia.

Se quedó unos instantes en la entrada del lugar de encuentro, barajando las mil posibilidades que tenía por delante, que se concretaban en dos: entrar e intentar pasarlo bien o marcharse con el rabo entre las piernas e irse derecha a la boca del lobo, esa que la llamaba a gritos; a la casa donde residía un hombre formidable, atractivo, ingenioso y simpático.

Respiró profundamente, intentando armarse de valor, y abrió la puerta de aquel restaurante, ubicado cerca del parque Lincoln. Se quedó de piedra al ver la decoración exquisita, los camareros perfectamente uniformados y todo lo de su alrededor, que gritaba a los cuatro vientos que aquel restaurante era de alto copete...

«Menos mal que le he hecho caso a Evolet y me he puesto mona, monísima para esta cita», pensó, agradecida a su amiga, que la había convencido para que se pusiera ese vestido.

—Buenas noches, señorita —la saludó el *maître*.

—Buenas noches. Me han citado aquí, pero no sé el nombre de mi cita...

—Dígame el suyo.

—Tina M. Harris —dijo, mirando a su alrededor, el ambiente tranquilo, los muebles de diseño, la cálida luz...

—Sí, acompáñeme, señorita Harris.

El *maître* la acompañó hasta su mesa, donde su cita, que ya se encontraba allí, se levantó con caballerosidad mientras esbozaba una amplia sonrisa y, de paso, la miraba de arriba abajo.

«Uf... Madre mía... Tina, relájate. Acuérdate de por qué lo haces... Todo fin requiere un poco de sacrificio. Ay, virgencita de las citas a ciegas, ¡no me dejes meter la pata hasta el fondo!», pensó, mientras le tendía la mano para saludarlo y sentía cómo todo su cuerpo temblaba por los nervios.

—Me dijo Jack que eras preciosa, pero no me imaginé que lo fueras tanto —dijo el hombre estrechándole la mano, sin dejar de repasar su cuerpo.

Ella aprovechó para hacer lo propio: estatura media, robusto, ojos grises y cabello lacio de un color ceniza... Un hombre normal y corriente, sin nada que destacase en su físico, esperaba que al menos su personalidad fuese brillante.

—Me llamo Tina —dijo, pues entre los nervios y que era la primera vez que tenía una cita a ciegas, no sabía qué hacer y mucho menos cómo comportarse.

—Arthur —contestó él, mientras la ayudaba a quitarse la chaqueta y le retiraba la silla para que se sentara—. Me dijo Jack que eres enfermera.

—Sí, lo siento, pero no me contó nada de ti —comentó, sintiéndose tan incómoda y nerviosa que no sabía si echarse a reír, a llorar o ponerse a bailar encima de la mesa, y se temía que la última acción podía ganar por goleada.

—Soy asesor financiero y tengo mi oficina en el mismo edificio que la de Jack, por eso nos conocemos.

—Ah, muy bien —susurró Tina, cogiendo la carta que tenía al lado.

—Me he permitido pedir el menú degustación. Son dieciocho platos, pero merece la pena cada bocado. Me imagino que a Jack y a su acompañante no les importará mi atrevimiento.

—¿Qué?!

No sabía si estaba más sorprendida por saber que tendría que zamparse en una sola noche dieciocho platos o que, además de cenar con aquel hombre de prominente nariz y que, según veía, salivaba en exceso, «uffff...», también tendría que hacerlo con Jack y otra mujer.

«Seguramente con Violet...», pensó, pero no le hizo falta preguntarlo, porque, como si estuviera todo preparado, y faltándole sólo un haz de luz encima para hacer su aparición todavía más estelar, llegó Jack, con una de aquellas camisas blancas (¿cuántas tendría en el armario? ¿Mil?) y un traje oscuro que le quedaba tan espectacular, que Tina vio, sin sorprenderse, que varias mujeres apartaban la vista de su comida para darle un buen repaso. Porque Jack era así, donde iba dejaba un reguero de miradas y babas, de fantasías que jamás se cumplirían, de envidia de aquella mujer que él llevaba de su brazo como si fuera un florero.

No, no era Violet, sino una rubia de largas piernas y generoso escote, que caminaba como si fuera una supermodelo, y quizá lo fuera, se dijo Tina, pues ese tipo de mujeres tan explosivas e inalcanzables eran precisamente las que le pegaban a alguien tan espectacular como Jack.

—¿Nunca habías venido al Alinea? —preguntó Arthur, ajeno a las cavilaciones de Tina, extrañado de que nunca hubiese ido a un sitio como aquél. La miraba con curiosidad, como si fuera un bicho raro, sin percatarse de que ella estaba intentando disimular lo mucho que la había

sorprendido la presencia de Jack—. Este restaurante es uno de los más importantes de Chicago. He podido reservar mesa con tan poca antelación, porque el dueño, el famoso cocinero Grant Achatz, es cliente mío.

—Buenas noches —saludó Jack con una amplia sonrisa, acompañado de la rubia—. Sandy, te presento a Arthur y a Tina.

La mujer los miró una fracción de segundo, para después volverse hacia él y mirarlo embelesada, mientras con sus largas uñas de gel le acariciaba el brazo.

«Joder, si sólo le falta restregarse como si fuera una gatita en celo mientras maúlla...», pensó Tina, al ver la manera que tenía de sobarlo.

—Encantada, Sandy —dijo Arthur, sin disimular que le echaba un buen vistazo a su escote.

«¡Di que sí! ¡¡Y a mí que me den!!», pensó Tina, al ver que ahora Arthur sólo tenía ojos para la rubia, o, para ser exactos, para el escote de la rubia.

Se sentaron alrededor de la mesa redonda; Tina se encontraba flanqueada por Arthur y por Jack. Sandy pareció en su salsa al ver que acaparaba las miradas sin haber hecho nada más que quitarse el abrigo, pues su vestido plateado, aparte del profundo y largo escote, dejaba visibles parte de sus dos encantos por ambos lados...

—¿Y Ryan? —preguntó Tina en un susurro.

—En casa de Owen y Eva.

—Por lo que veo, Violet ya tuvo su oportunidad, ¿no? —dijo en voz muy baja, al percatarse de que su cita había comenzado a hablar de aquel lugar tan exclusivo con la rubia despampanante.

—Es muy simpática, pero no quería que se hiciera ilusiones conmigo... —contestó él, para después pedirle una botella de vino al *maître*—. ¿Qué te parece? —preguntó luego, señalando a Arthur.

«Genial, me parece un tipo guapo, atractivo, con don de gentes y, en definitiva, puedo considerarlo el hombre ideal. Sí, sí, ¡un diez de hombre! ¿No ves que no para de mirarme?», pensó con ironía.

—No me gusta —contestó

—¿La cita o el restaurante?

—Las dos cosas —respondió, como si sus labios tuvieran vida propia y pasaran de lo que les ordenaba su mente, que era, ni más ni menos, intentar que Jack creyese que estaba encantada con aquel hombre que no paraba de hablar de dinero, de los lugares exquisitos que había frecuentado y de los famosos que conocía, algo que a la rubísima parecía gustarle escuchar...

—Vaya... Lo siento mucho, pensaba que sería tu tipo... —soltó él con una chispa de sarcasmo que a Tina no se le escapó.

—Claro, normal —susurró, alisándose una diminuta arruga del vestido.

—Estás preciosa —dijo Jack muy bajito, haciendo que Tina lo mirase extrañada.

—No tanto como aquí la amiga, pero gracias —soltó ella, poniendo los ojos en blanco, lo que hizo que Jack sonriese—. ¡Y encima te ríes!

—Me parece asombroso que no te des cuenta de lo que despiertas en los hombres. Tienes a varios pendientes de ti.

—Me da a mí que están pendientes de ella... —replicó, mientras le hacía señales para que viese cómo su cita no le quitaba la vista de encima a Sandy, para ser fiel a la realidad, al escote de Sandy, porque parecía que le fuese imposible mirar a los ojos de la rubia...

—Te puedo asegurar que no todos —dijo Jack con una sonrisa tan endiabladamente sexy que la dejó un segundo aturdida—. A ver, Tina, dime, ¿qué buscas en un hombre?

«Que seas tú. Pero ¿qué digo? Hace dos días lo odiaba, ¿cómo puedo pensar que es mi tipo? ¡¡No, no y no!! Tú no, ¿o sí?», pensó, mientras se clavaba las uñas en la palma de la mano, intentando encontrar lógica a todo aquel barullo que tenía en la cabeza.

—No lo sé, Jack —contestó, cogiendo la copa de vino y bebiendo un largo trago—. Pero te puedo asegurar que todavía no lo he encontrado.

—¿De verdad?

—Sí.

—He visto cómo me miras... —dijo Jack, mientras deslizaba con lentitud la lengua sobre sus labios mullidos y tentadores.

—Oh, ¡por favor! —bufó Tina, poniendo los ojos en blanco de nuevo, algo que volvió a hacerlo sonreír—. Ya que estamos, tú también me miras y el otro día... tú...

—¿Sí? —preguntó él, mostrándole aquel hoyuelo al que deseaba darle un buen mordisco.

—¿Estás intentando provocarme? —le preguntó Tina a su vez con curiosidad, pues no entendía nada.

—No sabría con qué intención —soltó Jack, haciendo que ella lo mirase desconfiada.

En ese momento, el camarero comenzó a servir los platos, unos enormes, con unos pequeños bocaditos en medio.

«Con razón son dieciocho platos...», pensó Tina; si todos eran de ese tamaño, necesitaría mucho más para saciar su hambre.

Cenaron hablando de aquel lugar, de lo delicioso que era el menú degustación, aunque, al final, todas las conversaciones terminaban en Sandy: en el escote de Sandy, en su carrera estelar como modelo y en cómo había conocido a Jack esa misma tarde...

Con cada minuto transcurrido, Tina se encontraba más incómoda y con más ganas de marcharse de allí y no ver nunca más a Arthur, que sólo pensaba en el dinero y en cómo gastarlo; ni a Sandy, que parecía más pendiente de él que de Jack, algo que la hizo darse cuenta de que aquella mujer sólo quería una cosa. Tina deseaba no sentir cómo Jack la observaba en silencio, mientras ella comía por inercia y miraba sin disimulo la hora.

—¿Os apetece que vayamos a Drumbar? —preguntó Arthur, haciendo que Tina resoplase.

Se levantó de la mesa para ponerse la chaqueta, dando gracias interiormente de que hubiese terminado aquella extraña cita doble.

—¡Oh, sí! Me encanta ese lugar, las vistas desde la terraza del Hotel Raffaello son

impresionantes —exclamó Sandy con entusiasmo.

—Lo siento, pero yo mañana madrugo —dijo Tina, forzando una sonrisa, pues no sentía en absoluto marcharse, ¡es más!, estaba deseando salir de allí lo antes posible—. Espero que disfrutéis de la noche.

—Te llevo a casa —saltó Jack y luego avisó al chico de la recepción de que le trajeran el coche.

—No, no..., cogeré un taxi. No quiero que te pierdas la diversión con Sandy —contestó ella, con otra sonrisa forzada.

—Arthur, cuida bien de Sandy, es una mujer excepcional —dijo Jack, obviando lo que Tina le había dicho—. Vamos, ya tenemos el coche fuera —añadió, para después salir del restaurante y echar a correr cuando se dio cuenta de cómo llovía.

Tina resopló con fuerza, se volvió para mirar a Arthur y Sandy, que parecían más que encantados de que ellos dos se marcharan para quedarse a solas, se armó de valor y salió a la fría y húmeda noche, intentando no mojarse demasiado. Entró en el cómodo y maravilloso coche de Jack, que, después de que ella se acomodase, empezó a conducir por las calles menos congestionadas de aquella ciudad que Tina comenzaba a adorar.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó él, sin dejar de mirar hacia delante.

—Sí... Aunque me he quedado con hambre. ¿Cómo es posible? —soltó ella con frustración, haciéndolo reír a carcajadas.

—¡Eres un pozo sin fondo! —exclamó con guasa—. Tengo algo en la nevera. Si quieres, cuando lleguemos nos tomamos el postre.

Tina se clavó las uñas en las palmas de las manos, obligándose a mirar por la ventanilla, pensando que ese postre podía tener un doble significado, uno mucho más tentador que comerse una tarta de chocolate; más bien lamer aquel *six pack* que Jack tenía debajo de la camisa.

«¡No sigas por ahí, Tina! ¿Y si lo vuelves a besar, para así, de una vez por todas, centrarte luego en lo que de verdad quieres? ¡¿Qué?! No, no y no. No puedes ni siquiera pensarlo. Míralo, joder, es tan... guapo y tú... tú eres un saco de imperfecciones...», pensó, sintiendo cómo su cuerpo se preparaba para aquello y para mucho más.

Jack estacionó en su plaza de garaje y subieron en el ascensor en silencio. Entraron en el cómodo y cálido apartamento, mientras fuera seguía diluviando y hacía frío.

—¿Y *Pichurri*? —preguntó Tina, al percatarse de que el animal no había salido a saludarla, es más, si hacía memoria, cuando había ido a cambiarse tampoco lo había visto...

—Ryan se lo ha querido llevar a casa de Owen y Eva. ¡Se han vuelto inseparables! —explicó, haciendo que ella sonriese—. Tengo *brownies* y helado, ¿te apetece?

—Sí —dijo, sintiendo que el estómago le reclamaba ese dulce que la ayudaría a saciar ese otro tipo de apetito que necesitaba controlar. Se decía que el chocolate era un sustituto del sexo, ¿no?

Jack sacó el helado y los *brownies* y, mientras lo disponía todo en unos platos, Tina llenó dos grandes vasos de leche, que llevó a la isla.

—¡Qué bueno, por favor! —exclamó, hundiendo la cuchara en el *brownie* sin darle tiempo a Jack a dejarlo en la isla, comiéndoselo de pie, deseando paliar un poco aquella ansia que sentía.

—Cuando Arthur me dijo que iba a reservar en ese restaurante, sabía que no te iba a gustar.

—¿Y por qué no has intentado que fuera en otro lugar? Soy una chica que come, no como Sandy —contestó, cogiendo otro trozo de pastel, pero esta vez acompañándolo con un poco de helado.

—Supongo que quería que te dieras cuenta de una cosa...

—¿Cuenta de qué? —preguntó con ávida curiosidad.

Jack sonrió mientras cogía un bote de sirope de chocolate y se lo mostraba.

—No me has dejado ponerle el broche final al postre —comentó, sin contestar a su pregunta.

—¡¡Me encanta!! —exclamó ella, abriendo mucho los ojos y relamiéndose tan sólo de pensar lo bueno que estaría todo, obviando también la pregunta y centrándose en el delicioso postre que estaba degustando.

—No sabía que te gustaba tanto el chocolate.

—Me vuelve loca —dijo, observando cómo lo esparcía por su plato y, de paso, por la cuchara de ella. Al verlo, Tina se la llevó a la boca y degustó el sirope con parsimonia, dejando la cuchara reluciente—. Delicioso.

Jack la miró intensamente, haciéndola dudar de si habría dicho algo equivocado, pero después vio que se ponía un poco de sirope en el dedo, algo que la confundió. ¿Qué pretendía hacer? Enseguida, bajo su atenta y curiosa mirada, le acarició los labios con el dedo cubierto de sirope, manchándoselos con aquel líquido denso y dulce. Ella sacó la lengua para lamérselo, pero él, sin dejar que lo hiciera, se le acercó, se inclinó para ponerse a su altura y le lamió los labios con una tranquilidad y dedicación que la obligó a ahogar un gemido. ¡¡Jamás había experimentado algo similar!!

—Sí que está delicioso —susurró Jack con voz ronca.

Tina lo observó, sintiéndose acalorada y temblorosa; el modo que había tenido él de lamerle los labios, ese momento tan erótico era algo demasiado tentador como para no querer repetirlo. Bajo su atenta mirada, y sin pensarlo, se le acercó y empezó a desabrocharle los botones de la camisa, para así poder acariciar aquel torso que le había llamado la atención desde el principio.

«Sólo una noche, no va a pasar nada porque quiera saborear lo que es estar con un hombre como él», pensó, mientras buscaba su boca y lo besaba con ardor y desesperación, olvidándose del *brownie*, del sirope y del helado. Lo único que deseaba fervientemente era a él.

Jack comenzó a bajarle la cremallera del vestido y pudo sentir su tacto cálido en la espalda, su fuerte agarre, sus poderosos músculos contrayéndose con cada suave movimiento, su boca explorando sus labios y aquella atracción que había surgido poco a poco, casi sin darse cuenta.

—¿Podemos apagar la luz? —susurró entre beso y beso.

—¿Por qué? Ansío verte, lamerte... —dijo él, sin cesar un segundo de acariciarla y de besarla.

Se apartó lo justo para poder bajarle el vestido, mientras ella le quitaba la camisa, dejando ambas prendas en el suelo.

—Eres preciosa, Tina —susurró Jack, sin perderse detalle de todo su cuerpo, de sus minúsculas braguitas blancas y del sujetador de encaje del mismo color. Ella bajó la mirada al suelo y comenzó a ponerse nerviosa—. ¿Qué te ocurre?

—No me digas esos piropos, Jack. Sé que habrás estado con mujeres más despampanantes que yo y además...

—Chis... —le chistó él poniéndole un dedo en los labios, lo que hizo que ella lo mirase a los ojos con curiosidad—. Tina, eres preciosa, me encantan tus pechos, redondos y pequeños —dijo mientras se los acariciaba con delicadeza por encima del sujetador, provocándole un escalofrío que recorrió todo su cuerpo—, estaba deseando volver a ver este culo respingón —añadió, cogiéndoselo y haciéndola gemir al sentir su contacto; Tina sonrió al recordar cómo se había quedado con el trasero al aire en la boda de Adele—, pero lo que más me gusta sin ninguna duda es que eres tú. Tina, la mujer de mirada traviesa, sonrisa inocente, labios tentadores e ideas disparatadas.

Ella sonrió y empezó a acariciarle el torso, a dibujar con sus yemas cada músculo, cada protuberancia, cada centímetro de aquel cuerpo tan increíble y que iba a ser suyo por esa noche.

Jack dio un paso y se acercó sin dejar de mirarla: su belleza rebelde contrastaba con aquella timidez que lo volvía loco. Parecía dos mujeres en una: asombrosa, tímida, osada, educada, loca y adorable. La cogió con gesto seguro y la subió encima de la isla, donde ella le rodeó el cuerpo con las piernas.

—Dime qué pasa ahora mismo por esa cabecita —susurró Jack, sin dejar de acariciarle las piernas, enfundadas en unas medias con ligero.

—Deseo que esta noche nunca se acabe.

—Hecho —dijo él con aquella sonrisa que hacía que se le formara el hoyuelo que Tina adoraba, mientras se acercaba para besarla con fervor, sin dejar de tentar a su cuerpo, haciéndola sentir sexy por primera vez en su vida.

Las diestras manos de Jack desabrocharon el sujetador, que tiró al suelo sin siquiera pensarlo, para después observar sus pechos desnudos con gula, aquellos pezones que lo llamaban a gritos y, sin darle tiempo o alternativa a nada, se llevó uno a la boca y lo adoró con su lengua y lo martirizó con sus labios, arrancándole oleadas de placer con cada una de sus caricias.

—Tina...

—No hables, Jack, sólo bésame —susurró ella jadeante, alcanzando sus labios para besarlos, anhelando más, mucho más, sin importarle las consecuencias. ¡Ya las pensaría después! Ahora lo único que deseaba era verlo desnudo, sentirlo sobre la piel y, ¿por qué no?, volverse completamente loca.

Jack la cogió en brazos y echó a andar, sin dejar de besarla.

—¿Adónde vamos?

—A mi cama.

—No, no... Aquí está bien —susurró ella, mientras lo besaba en el cuello, sin dejar de



acariciarlo.

—Tina, me tienes loco... —jadeó Jack dejándola en el suelo, a pocos pasos del sofá, desde donde tenían una perfecta panorámica del cielo de Chicago en una noche tormentosa.

Con una osadía que ella jamás había pensado que poseyera, lo empujó al sofá y se sentó a horcajadas sobre él, sin dejar de besarlo y de que ella lo acariciase, conscientes los dos de que aquello ya no tenía punto de retorno y que ambos estaban más que deseosos de llegar a ese fin.

—Como sigas así, me voy a correr antes de poder notar tu calidez —dijo Jack, observando el cuerpo de Tina balanceándose encima de él con tanto frenesí que lo estaba volviendo loco con cada intencionado roce—. Sí, encima te ríes —soltó al verla carcajearse, y aprovechó la oportunidad para tumbarla en el sofá y así poder estar él encima—. Señorita, esto sobra —dijo, mientras le quitaba las braguitas y la dejaba totalmente desnuda, haciéndosele la boca agua ante su magnífico cuerpo.

—Y esto también —contestó Tina, tirándole del pantalón.

Jack sonrió antes de quitarse el pantalón, los calzoncillos y los zapatos casi en dos pasos. Tina tuvo que cerrar la boca, pues se le había quedado abierta al verlo así de deslumbrante. ¡Aquel hombre era la perfección hecha persona!

—Me he quedado con hambre, Tina —dijo él en un tono tan seductor que Tina tuvo que cerrar las piernas, porque sólo con su mirada y con aquella voz ronca, gutural, que daba sentido a la palabra «frenesí», podría haber tenido un orgasmo.

Jack comenzó a descender sobre su cuerpo, mientras la lamía aquí y allá, volviéndola loca con cada roce de sus labios, hasta que, con una tranquilidad digna de un seductor como él y aquella seguridad innata que tenía, acercó la boca a su sexo y la lamió con tanto mimo y destreza, que Tina tuvo que cogerse de su cabeza para cerciorarse de que aquello estaba pasando realmente y no era uno de sus sueños.

—Oh, Jack —gimió al borde del orgasmo.

—Aguanta, Tina —dijo él sin dejar de tentar a su clítoris, llevándola cada vez más lejos, notando ella que se avecinaba un orgasmo tan tremendo que después no sabría cómo gestionarlo.

—Por favor... —suplicó, al notar cómo paraba y la observaba con una mirada tan canalla que casi entró en combustión espontánea.

«Y yo creyendo todo este tiempo que era un hombre correcto y sieso... ¡Ja!», pensó, mientras se mordía el labio inferior, al darse cuenta de lo equivocada que estaba respecto a él. Jack era magnífico en todo lo que se proponía y había descubierto un lado canalla de él que, simplemente, la volvía todavía más loca de lo que ya lo estaba.

Se puso un preservativo bajo la atenta mirada de ella, se sentó en el sofá y la guio para que se pusiera encima. Tina gimió nada más sentirlo en su entrada y poco a poco comenzó a descender, sin dejar de mirarse los dos a los ojos, sin poder ni querer apartar la mirada de él, sintiendo cómo se iba hundiendo su pene erecto y su sexo lo envolvía, que encajaban a la perfección y que él no la dejaba de mirarla ni un segundo, como si deseara penetrar en su mente además de en su cuerpo. A

eso se le sumaba el hecho de que con sus diestras manos no paraba de acariciar cada centímetro de su piel, de tentarla, de excitarla como jamás pensó que llegaría a estar y mucho menos con él. Pero de repente, al notar que sus movimientos se volvían cada vez más veloces y placenteros, sintió algo tan fuerte y sorprendente que, simplemente, lo desechó para pensarlo después. ¡En aquel momento no podía pensar en nada! Estaba encima de Jack Thompson..., estaba gloriosamente desnudo y la estaba llevando al borde del éxtasis, uno tan dulce y único que anheló que durara toda la noche.

—Me vuelves loco, sólo tú...

Esa frase la hizo tener más confianza en sí misma que en todos sus veinticinco años de vida y comenzó a balancearse cada vez más rápido, llenándose, vaciándose, volviendo a notarlo tan adentro que creía que en dos movimientos más podría alcanzar el clímax.

Jack empezó a acariciarle el clítoris, sin dejar de mirarla ni de susurrarle palabras calientes, de hacerla sentir una mujer increíble, especial, sexy... Y de repente, sin previo aviso, la embistió desde abajo, haciendo que el balanceo se volviese frenético, que se miraran enfebrecidos, jadeantes, anhelantes...

—Sí, sí... ¡¡oh, sí!! —exclamó Tina, sintiendo llegar el orgasmo.

Jack la penetró con fiereza hasta verla satisfecha, hasta escuchar sus últimos gemidos de placer, mientras se embebía de su imagen y observaba cómo cambiaba su gesto, cómo su mirada se tornaba más oscura y tentadora y cómo se humedecía aquellos labios entreabiertos y, sin más, alcanzó él también el clímax; observando cada gesto de placer de ella, notando cómo su sexo lo exprimía con fervor, no pudo retrasar más el final.

Tina se recostó en su pecho y Jack comenzó a acariciarle la espalda; conectaban y se entendían sin necesidad de palabras... Ella restregó la nariz por su cuello y sonrió: él tampoco quería que esa noche acabase nunca.

Tina abrió los ojos con lentitud, observó los muebles y la disposición de éstos y maldijo por dentro. ¡Estaba en el dormitorio de Jack y durmiendo abrazada a él como si fuera un koala satisfecho! Lentamente comenzó a moverse para irse de allí, pero el brazo de él la detuvo y la atrajo hacia su cuerpo.

—¿Adónde vas? —susurró soñoliento, mientras hundía la cara en el cabello de ella.

—Al baño... —improvisó Tina.

—No tardes —dijo dejándola salir.

Tina salió de la habitación a la carrera y se encerró en su cuarto de baño, el que siempre había utilizado y no el que estaba dentro del dormitorio de aquel hombre que la había hecho tener tres orgasmos esa noche. ¡¡Tres orgasmos!! Se echó agua fría en la cara y se miró en el espejo, sintiendo cómo las gotitas de agua resbalaban por su piel, mientras recordaba lo vivido la noche anterior: los labios de Jack, su lengua, su mirada, sus manos, su increíble cuerpo... ¡Había dado el verdadero significado al placer sin límites! Sólo con recordar todo lo que había sentido, su cuerpo se erizaba y, lo que era todavía más increíble para ella, se preparaba para otra sesión de sexo descontrolado.

«Pero ¡chica!, tanto meneo te va a dejar espatarrada y escocida... Con la falta de costumbre que tienes, ya verás, te va a tocar estar sin moverte durante días», pensó con guasa, mientras se secaba la cara con una toalla y ocultaba su sonrisa en ésta, al recordar que no habían podido mantener alejadas las manos del otro... Lo habían hecho en el sofá, después en la cocina, cuando fueron a terminarse el postre, y al final el sirope fue a parar a sus cuerpos desnudos y de ahí lo dos a la increíble ducha de Jack, donde no pudieron frenar de nuevo aquel apetito voraz y lo hicieron contra los azulejos... Tina nunca pensó que el agua y estar en un espacio reducido con él fuera a ser tan excitante y placentero.

Sin embargo, dejando a un lado lo satisfactorio e increíble que era tener sexo con Jack, tenía que pensar que su condición de amiga había sido profanada.

«¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer?», pensó, mirando al techo intentando encontrar la respuesta a esa duda que la carcomía por dentro.

Después de ducharse y vestirse, se fue con cuidado a la cocina, estaba hambrienta y además tenía que prepararse para ir al trabajo... Se dio cuenta con una sonrisa de que Jack seguía en la cama. Sacó la leche de la nevera y se preparó café en aquella ultramoderna cafetera de cápsulas y,

al levantar la mirada, la increíble imagen de Jack despeinado, descalzo y sólo con unos pantalones largos, la dejó noqueada.

«¡Válgame el Señor, esto tiene que ser considerado tortura...!», pensó, haciéndosele la boca agua al ver de nuevo aquel increíble torso que había podido probar la noche anterior varias veces y aquella imagen de rebelde sin causa tan alejada de él.

—Te estaba esperando —dijo Jack, acercándose a ella con aquella seguridad innata.

—Tengo que irme a trabajar —contestó Tina, obligándose a no mirarlo y a tomarse rápidamente el desayuno, para luego salir disparada de allí.

—¿Qué te pasa? —preguntó él apoyándose en la encimera, a pocos pasos de ella, observando sus movimientos frenéticos y su torpeza al hacer algo tan sencillo como prepararse el desayuno.

«¡¡Qué calooooorr!!», pensó Tina, sintiendo cómo hasta las palmas de las manos le sudaban, simplemente por tenerlo cerca, tan alcance de su mano que le resultaba desquiciante.

—¿A mí? ¡Nada! ¿Qué me tiene que pasar? —soltó atropelladamente—. Aquí estoy, preparándome el desayuno. ¡Ya sabes! Hay que alimentar el cuerpo antes de la batalla.

—No quiero que huyas de mí... —dijo él con tranquilidad, sin dejar de observarla minuciosamente y eso a Tina la estaba poniendo todavía más nerviosa de lo que ya la ponía tenerlo enfrente.

—¿Y por qué debería huir? ¿Acaso nos hemos acostado? Ah, sí... Sí que lo hemos hecho. ¿Dime cómo me tengo que comportar, Jack? ¿Me pongo a saltar de alegría, lloro por las esquinas, o tal vez te asalto y te como la boca? Porque no lo sé... Éramos amigos y ahora... —añadió sin dejar siquiera un segundo entre pregunta y pregunta—. Y ahora no tengo ni idea de lo que somos.

—Lo seguimos siendo —contestó él con una radiante sonrisa, mientras la abrazaba desde atrás y hundía la nariz en su cuello, haciéndola cerrar los ojos de placer.

«Uf... virgencita de los despertares idílicos, ¡¡ayúdame!!, porque esto es demasiado bueno para ser verdad», pensó, sintiendo cómo todo su ser se expandía e incluso había comenzado a ronronear de gusto nada más volver a sentirlo.

—No, no y ¡no! —susurró, sintiendo que lo que estaba haciendo difería mucho de lo que deseaba. ¡¡Quería besarlo, acariciarlo y hacer realidad cada una de sus fantasías más tórridas! Sin embargo, su cuerpo (o su conciencia, que sorprendentemente se había vuelto una mojigata en esos temas) la obligó a alejarse de él, de su calor, de su cuerpo, de sus labios... Jamás pensó que le costaría tanto hacerlo—. Yo nunca me he acostado con un amigo.

—Yo tampoco, pero tú y yo podríamos ser amigos especiales...

—¿Qué? Mira, Jack..., lo de anoche estuvo bien, realmente bien... Joder, fue una pasada —añadió nerviosa, casi sin poder pararse para respirar, simplemente expulsando las palabras que se amontonaban en su garganta—. Pero no puedo ser tu amiga de día y tu amante de noche.

«¡¡Monja!! Oh... Cállate, loca. Luego me preguntarás por qué no te he avisado antes. Tú aléjate de él, que es de los que seducen, pero nada más, y tú, querida amiga, ¡¡necesitas casarte ya!!», pensó Tina, mientras batallaba contra su conciencia.

—No me gustan las etiquetas, Tina. Tú y yo podemos ser lo que queramos sin que haga falta ponerle nombre. Anoche lo pasamos muy bien, eso es así, y ¿por qué no repetir?

—Repetir... ¡Nooo! —exclamó ella, dejando lo que estaba haciendo y alejándose todavía más de él—. No puedo, lo siento, Jack. Tú estás acostumbrado a hacer... esto, pero yo no. No tengo ni idea de cómo gestionarlo, ni siquiera sé cómo me siento y en lo único que puedo pensar es en lo increíblemente guapo que estás ahora mismo —confesó, sin poder dejar de mirarlo—. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué sales así...? —susurró señalando su escaso atuendo.

—¿Te parezco guapo?

—¡¡Síííí!! —dijo, abriendo los ojos desmesuradamente y señalando su increíble cuerpo y aquella mirada tentadora y lasciva que se estaba convirtiendo en su preferida.

Entonces Jack esbozó una sonrisa tan carismática y genuina que Tina tuvo que ahogar un suspiro. ¡Aquel hombre era un peligro para ella!

—Pero eso no es ahora lo importante —continuó—. La cuestión es que yo no soy así, Jack, o por lo menos no lo soy ahora... He tenido mis cosas, a ver, no te creas que era virgen... Pero nunca una relación basada en el sexo y me temo que no valgo para tenerla —concluyó mientras se encogía de hombros.

—No puedo tener una relación formal ahora, Tina —reconoció él con seriedad.

—Lo sé, por eso, lo único que podemos hacer es olvidar lo que sucedió anoche. Cuando acabe de trabajar, recogeré mis cosas y me marcharé de nuevo al apartamento de Evolet...

—No quiero que te vayas —dijo Jack, dando un paso hacia ella.

—No creo que sea buena idea que siga viviendo aquí. Mira lo que nos pasó ayer...

—Seré bueno —contestó con una amplia sonrisa que la hizo suspirar. ¡Bueno ya lo era y también lo estaba, precisamente ése era el problema!—. Si no lo quieres hacer por mí, hazlo por mi hijo. Si no te ve en casa, preguntará por ti y no sabré qué decirle... Seremos sólo amigos.

—¿Cuándo se marcha Ryan?

—A finales de semana...

—De acuerdo, estaré aquí hasta entonces, pero después me iré. Aunque seamos amigos, tú y yo no podemos vivir juntos... —dijo, para después coger su abrigo, el bolso y salir del apartamento poniendo distancia entre ella y aquella tentación hecha hombre.

Se marchó, aunque no quería marcharse, no quería dejar a Jack, pero sabía que era lo mejor para ella, dadas sus circunstancias. El frío de la calle la espabiló lo suficiente como para que se diese cuenta de que al final no había desayunado. Pese a todo, lo único que deseaba era subir de nuevo al apartamento, coger a Jack por el cuello y besarlo como si no hubiese un mañana, como si no existieran reglas, etiquetas o condiciones para enterarse de una verdad que anhelaba saber por encima de todo. Pero su conciencia la animó a coger el metro sin mirar atrás.

«¡¡Adele, te has metido en mi cabeza!!», pensó, temiendo que las conversaciones interminables con su mejor amiga le hubiesen hecho mella, pues ella nunca se había pensado tanto algo que deseara y lo que anhelaba era estar de nuevo entre los brazos de Jack...

\* \* \*

Trabajó entre recuerdos, sensaciones y reproches a sí misma, porque era tan tentador dejarse llevar por esa idea de ser amigos especiales, tan placentero pensar que podría volver a estar con Jack, que tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no recorrer todo Chicago hasta llegar a su oficina. ¡Menos mal que a veces su conciencia se comportaba como era debido!

Entró en el apartamento nerviosa al saber lo que se encontraría después de su maratónica jornada laboral. El primero en recibirla fue *Pichurri*, seguido de Ryan, que se abalanzaron sobre ella y la llenaron de besos y cariño. ¡Qué rápido se podría acostumbrar a eso! Llevaba demasiado tiempo sin sentir ese cariño sin límites, sin recibir esos achuchones, esas sonrisas simplemente por verla entrar. Sólo lo había experimentado con una persona: su padre. Recordaba vagamente que, cuando era pequeña y volvía del colegio, su padre la abrazaba con fuerza, demostrándole cuánto la quería; recordó también cuando jugaban al parchís y hablaban en español, pues con él siempre hablaba en ese idioma, hasta que su madre llegaba a casa y todo aquel juego desaparecía para cumplir las reglas de ella... Cabeceó para librarse de aquellos recuerdos agrisados y se centró en el presente, uno débil, con fecha final...

—Tina, anoche lo pasamos genial en casa de la tía Eva y del tío Owen —comenzó a explicar el niño con entusiasmo—. Jugamos a fútbol en el jardín y *Pichurri* ¡cogía el balón! Jo, tenías que haberlo visto. Era súper mono... El balón era más grande que él y se tropezaba. ¡¡Qué risa!!

—¡Qué divertido! Y dime, bichito —dijo, mientras comenzaban a avanzar hacia el salón—, ¿cuidaste bien a esta pequeña bala que tenemos como perro?

—Sí —respondió el niño sonriendo—. Es un poco trasto, Tina, pero lo cuidé muy bien e hizo pipí en el jardín.

—¡Eres muy mayor! —exclamó, dándole un beso en la cabecita haciendo que Ryan sonriese con orgullo.

—Llegas justo a tiempo —dijo Jack, enfrascado en cocinar; un delicioso aroma la embriagó por un momento—. He preparado pechugas de pollo a la mostaza.

—¡Qué bueno, papi!

Tina forzó una sonrisa, pero no pudo decir nada. Era una escena tan cotidiana, pero a la vez tan idílica... Él cocinando, el niño contándole todo lo que había hecho, el perro correteando entre sus piernas... ¡¡Parecían una familia!! Tragó saliva con dificultad, sintiendo que la mirada se le empañaba. Siempre había querido algo así, complicidad, cariño, risas..., un hogar repleto de personas a las que querer y que la quisieran. Ahora mismo lo tenía delante, pero era un espejismo, tan volátil que podía disiparlo con la yema de los dedos, tan irreal que podía acabarse en un segundo, cuando Jack quisiera, cuando se cansara de ella, cuando se fijara en otra más deslumbrante, más atractiva y más simpática.

Jack no buscaba una esposa, ni siquiera una novia..., sólo quería una amiga con la que

divertirse, y ella —dejando a un lado el objetivo que la había llevado a Chicago— siempre había soñado con encontrar a ese hombre especial que la enamoraría, esa persona que querría compartir con ella el resto de su vida y a quien ella amaría por encima de todo... Y aunque a veces pensaba que el amor era una falacia, deseaba experimentarlo por lo menos una vez en su vida, saber cómo se sentiría cuando pudiera mirarlo a los ojos y saber que él la amaba tanto como ella a él. ¡¡Como les pasaba a Adele y a Colin!!

Sin embargo, era casi imposible encontrar una relación así. Lo había intentado multitud de veces, esforzándose por agradar a sus parejas, pero al final se hartaba de comportarse de una manera que no era la suya, por eso, enseguida la dejaban o era ella quien daba el paso...

La triste realidad era que Tina nunca se había enamorado. Los había querido, a cada uno de una manera, pero amor... nunca, y sentirse enamorada, jamás.

En ese momento, como si tuviera un sexto sentido, Jack levantó la mirada y frunció ligeramente el cejo al verla parada a pocos pasos de la cocina, sin escuchar la perorata de Ryan, ni atender a los saltos de *Pichurri*, simplemente mirándolo fijamente.

Tina se dio cuenta de que su mirada la erizaba, que su corazón se aceleraba cuando lo veía sonreír, que esa escena que se estaba desarrollando ante sus narices la deseaba cada día de su vida... ¿Con él? Imposible. Tenía que ser realista...

—Perdona por no haberte avisado antes, pero esta noche he quedado —soltó, dejándose convencer por aquello que la avisaba de que corría peligro y que debía poner distancia rápidamente.

—¿Con Evolet?

—No —contestó con una amplia sonrisa que no sentía—, con un pediatra del hospital. —A Jack se le ensombreció el semblante y ella añadió—: Pero, guárdame mi parte para comérmela mañana. ¡¡Huele que alimenta!! —concluyó, simulando alegría—. Me voy a cambiar.

Desapareció en el interior de su habitación, le envió un mensaje a Evolet para quedar con ella, se cambió de ropa, se peinó y maquilló y después salió de nuevo al salón, donde padre e hijo hablaban entre susurros.

—Me marcho ya. Divertíós mucho —dijo, cogiendo el bolso y el abrigo, intentando aparentar normalidad, aunque llevase un vestido escueto de color negro y se hubiese puesto unos zapatos de tacón que le dificultaban andar, aunque se hubiese vestido para huir de él y de todo lo que de verdad deseaba, anhelando que Jack no sospechase que era una mentira, un farol que se había marcado para salir de allí y estar a salvo.

—Claro... —susurró él displicente.

En la calle, cogió un taxi y le dio la dirección del bar de copas donde había quedado con Evolet. Estaba loca, lo sabía, porque lo que menos le apetecía era salir por ahí y lo que más anhelaba, en cambio, era quedarse con Jack y con Ryan... Pero no podía, sabía que era peligroso vivir algo así con un hombre que le despertaba sensaciones a las que ella no podía ponerles nombre, pero que la atraían con fuerza hacia él, hacia su cuerpo, sus labios, a su lado...

—Menuda cara me traes —dijo Evolet, sentada a la barra, en cuanto la vio entrar.

—Creo que la he cagado pero a base de bien —confesó, mientras se sentaba a su lado y le pedía una copa al camarero, no su acostumbrado *gin-tonic* de fresa, sino un vodka con hielo. ¡Necesitaba paliar esa sensación de ahogo con algo fuerte!

—¿Qué has hecho?

—Acostarme con Jack —susurró muy bajito.

—¡¡Me cago en la puta, Tina!! Eres mi ídolo, tía. De mayor me pido ser como tú, ¡qué coño!, me lo pido ya. Bah... Seguro que folla de vicio. Si es que se le ve. Debe de haberte puesto las pestañas en el cogote del gusto, ¿a que sí? —soltó, haciendo que Tina pusiera los ojos en blanco. ¡Su amiga era una bruta de cuidado y no acababa de acostumbrarse a sus expresiones toscas!

—A ver... —susurró, intentando reconducir la conversación hacia donde ella más necesitaba — la cuestión es que éramos amigos y ahora... se ha ido todo al garete.

—¿Por qué? Bah... ¡No me digas! No quiere repetir y te estás restregando contra las esquinas de la encimera... Pero chica, eso es normal. Esos tipos llevan la advertencia en la frente: «¡Ojo! No repetimos...».

—No, no, si ése no es el problema... Me ha propuesto ser «amigos especiales»... —bufó, mientras cogía la copa que le había llevado el camarero y le daba un largo trago para calmar sus nervios.

—¿Amigos especiales? ¡Vamos! Lo que los de a pie llamamos *follamigos*, ¿no?

—Sí.

—¿Y entonces que haces con esa cara de mojama revenida? Y lo que es más importante: ¿qué haces aquí y no estás montando a tu vaquero hasta dejarlo seco?

—Porque le he dicho que no... —contestó con una mueca de disgusto, pues, aunque había sido decisión suya, no estaba convencida de haber obrado bien.

—¿Y se puede saber por qué leches le has dicho que no a ese pedazo de hombre que te habrá hecho ver el universo, con ese increíble cuerpo que tiene, hecho para el pecado? —soltó incrédula.

—No quiero pillarme por él... Con la mala suerte que tengo en estos temas...

—... acabarás más enamorada que un mono, sí —dijo Evolet por ella—. ¿Y qué?

—Lo pasaré mal.

—¿Y? —inquirió Evolet con indiferencia—. Pero mientras tanto, te estarás calzando a Jack Thompson. Joder, Tina, más de una (y me incluyo la primera, por si cueela...) daría su brazo, su vestido preferido e incluso unos Manolos de esta temporada por estar tan sólo una noche con él. ¡¡Y quiere repetir contigo!! —exclamó con fervor—. Ay, qué mal repartido está el mundo, unas deseando que nos pase algo así y otras lo desperdician por culpa de valores y pensamientos más antiguos que la orilla del mar...

—No lo entiendes, Evolet... No puedo perder el tiempo con escauceos erótico-festivos, necesito centrarme en lo que me hizo venir aquí: tengo que encontrar a un hombre con el que



casarme, no con uno que me haga perder la cabeza.

—¿Y tú tienes veinticinco años? ¡¿Qué os dan en Galena para desayunar para que pienses así, mujer?! —soltó asombrada.

—No te creas que es por gusto... —susurró, para después armarse de valor y contarle todo lo referente a su padre, su abogado, la herencia y la condición que necesitaba cumplir lo antes posible porque le carcomía la curiosidad.

—Una cosa no quita la otra. Mientras encuentras a ese hombre, puedes follar como una loca con Jack —soltó Evolet, haciendo que Tina la mirase extrañada. Su amiga era peor de lo que ella pensaba.

—A ver... ¿Cómo quieres que encuentre a otro hombre si continúo viéndome de «manera especial» con Jack?

—Pues organizándote. Además, siempre te quedará la posibilidad de fugarte a Las Vegas y casarte con el primero que encuentres —añadió, encogiéndose de hombros.

—Bueno... Aun así, no sé si es buena idea aceptar ser su amiga especial...

—Pues nada, me voy a comprar un disfraz y me voy a hacer pasar por ti para aceptarla yo... —replicó su amiga, haciendo que se echase a reír—. Joder, Tina, creía que eras una tía echada para delante, que no te pensabas las cosas antes de hacerlas y que te arriesgabas aun sabiendo que habría consecuencias...

—Siempre he sido así, Evolet, ¡y mira cómo me ha ido! Me he metido en más problemas de los que recuerdo. Supongo que, al no tener a mi amiga razonable cerca, debo ser yo la que me pare un poco...

—A ver, hay que saber diferenciar lo que está bien y lo que no... Saltar de un precipicio sin paracaídas, no... Pero tener una relación sexual con Jack, ¡¡sí y mil veces sí!!

—Dejemos de hablar de él y vamos a divertirnos —concluyó Tina, haciendo que Evolet le sacara la lengua.

Tina sonrió, se temía que haber recurrido a Evolet en un tema como ése no había sido una buena idea.

«¡¡Pepito Grillo, si me oyes, no me dejes volver a caer en esa irresistible tentación!!», pensó, mientras se terminaba la copa.

Jack dejó la estilográfica sobre la mesa en cuanto vio entrar a Clive en su despacho. Llevaba trabajando sin parar desde que había llegado, casi a primera hora del día, después de haber dejado a Ryan en el colegio y de ver que Tina no había pasado la noche en su apartamento...

—¿Alguna novedad? —preguntó su amigo, sentándose delante de él.

—No ha venido a dormir a casa. ¿Estás seguro de que no estaba con ningún tío? —preguntó Jack, recostándose en su silla.

—Sólo estaban ella y Evolet, eso sí, varios hombres se fijaron en ellas, algo normal... Menuda borrachera llevaban... Pero nada más. Tina no permitió que ninguno de esos tipos se le acercase.

—Entonces no sé por qué me mintió.

—Para que pienses que había pasado página y poder conseguir luego lo que ella desea... Es una estrategia como cualquier otra, Jack... Las tías suelen hacer cosas así para cazarnos, para arrastrarnos a hacer algo que en un principio no deseamos, como formalizar nuestra relación y toda esa patraña —bufó con apatía.

—Puf... —resopló Jack, mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

—Pero lo que me extraña es que tú, el rey de las relaciones, el embajador del amor, el conquistador de corazones, le hayas pedido una relación puramente sexual. Tina debe de ser una bomba en la cama, ¿no?

—Lo de Sherlyn me marcó, Clive... No estoy preparado aún para volver a sentirme a merced de ninguna mujer. No quiero volver a pasar por eso, ver cómo me engañan ante mis narices y no poder hacer nada para evitarlo.

—Ya... —Clive chasqueó la lengua mientras se sacaba los puños de la camisa de debajo de las mangas de la americana, como si estuviera pensando sobre ello y eligiendo la mejor alternativa para su amigo—. Hazle ver que te desea tanto como tú a ella.

—¿Me sugieres que la seduzca?

—No, te sugiero que la vuelvas tan loca y la pongas tan caliente que sea ella la que se abalance sobre ti y vea que la única solución para volver a tenerte es... aceptar tu condición —explicó con tranquilidad.

—Es una locura.

—Pero puede funcionar. Además, aún vive ahí, ¿no?

—Sí, hasta que se marche Ryan con su madre.

—Pues aprovecha al máximo los ratos que tenéis libres y enloquécela, macho —soltó su

amigo, para después levantarse de la silla y marcharse a su despacho.

Jack se quedó mirando la puerta cerrada, sopesando aquella idea...

\* \* \*

Tina abrió la puerta del apartamento de Jack y se extrañó al no ver a la pequeña bola de pelo, seguida de aquel niño que le había robado el corazón. Caminó vacilante hasta el salón, donde se encontró con Jack, con una toalla enrollada en la cintura y el cabello aún mojado, mirando a través de las ventanas...

—¿Y Ryan?

—Hola... —dijo él, dándose la vuelta y dejándola todavía más impactada al verlo de frente.

¡No se acostumbraba a aquella perfección hecha hombre! «Ay, virgencita de las toallas colgadas en las caderas de hombres arrebatadores que son conscientes de su atractivo innato, ¡¡ayúdame!!¿Qué me ha pasado para cambiar de la indiferencia al deseo más puro y oscuro?»

—Se han ido con Eva y Owen a dar una vuelta por el parque. Luego vendrán.

—Ah...

—¿Qué tal la cita de anoche? —preguntó Jack, avanzando hacia ella sin dejar de mirarla un segundo, haciendo que Tina notase cómo las palmas de las manos comenzaban a cosquillearle por las ganas que tenía de acariciarlo, hundir el rostro en su cuello y besar aquellos labios tan tentadores, que se estaban ensanchando para esbozar una de sus genuinas sonrisas.

—Muy bien. La verdad es que congeniamos —contestó Tina, dando un paso atrás.

—Lástima que no sea verdad —susurró Jack, agachándose lo suficiente como para ponerse a pocos centímetros de sus ojos.

—¿Qué? —preguntó, sintiéndose embriagada por su cercanía y por aquel aroma tan de él, en el que se mezclaba el gel caro con su propia fragancia. Era tan tentador que le estaba costando horrores no acercarse un poco y besarlo...

—Lo que has oído... —dijo, mientras caminaba, esta vez en dirección a la cocina.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque se te ve a la legua que mientes, Tina. Anoche te marchaste corriendo porque sabías que no puedes resistirte a mí.

—Uy... ¡qué flipado eres! —soltó ofendida, siguiéndolo hasta la cocina—. Mira... Jack, puedes creer lo que te dé la gana, pero anoche cené con un tipo que no tiene miedo a comprometerse con una mujer y que no le importa ir sobre seguro, algo que, ¡claro está!, tú no sabes lo que es —soltó a pocos pasos de él, teniendo que levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Entonces, ¿qué haces aquí, por qué no te has ido con ese hombre tan maravilloso? —preguntó, apoyándose en la encimera y cruzando los brazos.

—Te di mi palabra de que no me iría de este apartamento hasta que Ryan se marchase también.

—Anoche te fuiste... —susurró Jack, mientras acariciaba con delicadeza la trenza ladeada que llevaba.

—No pude posponer la cita —contestó intentando controlar su cuerpo, que comenzaba a erizarse y a revolucionarse por aquella inocente caricia.

—¿Tuviste sexo con ese hombre tan maravilloso? —preguntó Jack con voz ronca, dejándola unos segundos aturdida por la pregunta.

—Creo que no te tengo que explicar mi vida sexual, Jack...

—¿Te gustó que te acariciara? —continuó él, mientras le acariciaba el cuello, sin dejar de mirarla un segundo.

—Jack...

—¿Disfrutaste de sus besos, Tina? —siseó, acercándola a él, para después acariciarle la nariz con la suya y escuchar su pequeño gemido.

—¿Qué pretendes, Jack?

—Asegurarme de que disfrutas con ese hombre —dijo, hundiendo la nariz en su cuello para olerla, haciendo que ella se agarrase con fuerza a sus increíbles hombros desnudos—. Me vuelve loco tu aroma, Tina. Eres tan dulce...

—Jack, no me hagas esto —rogó con dificultad, porque era fascinante percatarse de cómo reaccionaba su cuerpo en contacto con el de él, cómo se erizaba y se preparaba para recibirlo, a tal punto que incluso se asustó. ¡¡A ella nunca le había ocurrido algo similar!!

—¿El qué? —susurró, acariciándole la espalda con mimo, sin dejar de acercarse a ella.

—Hacer que me muera por besarte.

—Hazlo, Tina, no te quedes con las ganas... —dijo, mientras la sujetaba por las caderas de una manera tan segura y erótica que ella tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no abalanzarse sobre aquellos labios que la llamaban a gritos y le pedían que hiciera realidad su deseo.

—Me... me tengo que ir —balbuceó, colocando una mano sobre el duro estómago de Jack. Gimió del gusto al sentir de nuevo bajo sus yemas su piel caliente y provocadora.

—¿Por qué huyes de mí, Tina?

—No... no huyo —tartamudeó, mientras se alejaba de él casi a la carrera—. He recordado que esta noche había quedado también con... ¡con Eric! Sí... Y no está bien dejarlo plantado...

Salió del apartamento a la carrera, sin darle opción a nada más y Jack maldijo por dentro... ¿Por qué había tenido que hacerle caso a Clive?

\* \* \*

—¿Adele? —susurró, entrándole la risa, pero intentando no hacer mucho ruido.

—¿Tina? ¿Dónde estás?

—Sentada en el rellano del piso de Jack... —musitó Tina, consciente del silencio absoluto de ese lugar a esas horas de la noche.

Acababa de llegar después de haber bailado, reído y bebido más de la cuenta con Evolet. ¡¡Su amiga sacaba la peor versión de ella y llevaban ya dos noches seguidas de juerga!!

—A ver... ¡espera! —Tina sonrió, ¡así era su Pepito Grillo!—. ¿Qué haces ahí? No me dijiste que te habías ido a vivir a casa de una compañera del hospital.

—Sí... Pero volví... —resopló, poniendo los ojos en blanco—. Adele...

—¿Qué has hecho? Ay, Dios mío, ¡si es que no te puedo dejar sola! ¿Os habéis besado de nuevo?

—Más, mucho más... —contestó, mientras se tapaba la cara con la mano que tenía libre.

—¡¡Os habéis acostado!! —gritó tan fuerte que Tina tuvo que despegarse el teléfono móvil de la oreja—. Pero ¿en qué leches estás pensando, Tina?

—En mi defensa, alegaré que él fue el primero en dar el paso, pero claro, una no es de piedra... Jo, Adele, no sabes lo bien que besa y me está volviendo loca... Sólo pienso en besarlo, acariciarlo y volver a acostarme con él...

—Vale... —respondió Adele intentando tranquilizarse, e incluso desde allí, Tina podía oír cómo su mente analizaba la nueva situación—. ¿Y después qué ha pasado? ¿Habéis hablado o has huido como es normal en ti?

—Hemos hablado... —contestó mientras sonreía, su amiga la conocía muy bien—. Y luego he huido...

—¿Y de qué habéis hablado?

—Quiere que seamos *follamigos* —dijo en un susurro tan bajo, que le hizo gracia y comenzó a reírse a carcajadas. ¡¡Se le estaba pegando el vocabulario de Evolet!!

—Madre mía, menuda melopea llevas, amiga... —le recriminó Adele—. Por lo que veo, tú te has negado, por eso me llamas más borracha que una cuba.

—Sí... Creo que me has traspasado tu Pepito Grillo de tu mente a la mía y me ha hecho negarme... ¿He hecho bien, Adele? Porque, ¡joder!, sólo de pensar que puedo volver a sentir lo de la otra noche, me dan ganas de entrar y olvidarme de todo y de todos.

—Tina... —susurró su amiga con ese tono que ella tan bien conocía, uno que le decía que no debía seguir por ese camino, que todo iría de mal en peor si traspasaba ese límite...

—Ya, ya... —resopló interrumpiéndola—. Ya sé que me vas a decir que he hecho bien, pero... está ahí dentro, Adele, y es tan jodidamente guapo...

—Menos mal que antes no te lo parecía.

—Antes no es ahora.

—Ya.

—Bah, ¡no sé para qué te llamo!

—Para que te ponga los pies en la tierra.

—Pero ¡¡no me ayudas!! —dijo un poco más alto—. He intentado fijarme en otros tíos esta noche, pero ¡joder, Adele!, no he podido encontrar a ninguno que me pareciera lo bastante pasable como para acercarme, porque a todos los comparo con él y Jack... ¡joder!, Jack sólo hay uno...

—Esto no funciona así, Tina. No puedes sacar un clavo con otro, ni tampoco emperrarte en enamorarte en dos semanas para después casarte y así esclarecer tu pasado... —dijo Adele, antes de suspirar y proseguir—: Intento ayudarte, pero no quieres escucharme. Sólo deseas que te diga lo que deseas oír, pero lo siento, Tina, pienso que has hecho bien. Si él no quiere tener nada serio contigo, lo mejor es...

—Tina, ¿qué haces ahí? —dijo Jack asomándose al rellano y mirándola extrañado, con lo que impidió que oyese la última parte de lo que su amiga le estaba diciendo.

—Me acaba de pillar el dios griego del planceerrr —soltó ella, echándose a reír ante la manera que había tenido de llamarlo.

—Ven que te ayude —dijo Jack, ayudándola a levantarse del suelo—. ¿Has dejado alcohol en el bar?

—Algo sí he dejado —respondió, observando que llevaba una camiseta de tirantes blanca y un pantalón de algodón negro... ¡Estaba increíble aun así! Después se dio cuenta de que Adele la llamaba sin cesar, casi gritando, pero ¡es que ella sólo tenía ojos y oídos para él!

—Ya te llamo mañana —soltó, para después finalizar la llamada y abrazarse a él mientras la metía en el apartamento.

—Ryan y *Pichurri* se han quedado a dormir en casa de Owen y Eva —explicó, entrándola, para después cerrar la puerta—. Necesitas beber agua.

Tina se dejó guiar por el salón, notando que Jack la sujetaba con fuerza por la cintura para evitar así que se balanceara por culpa del alcohol ingerido. La sentó en el taburete y le llenó un gran vaso de agua fría.

—Bébetelo entero, Tina. Necesitas hidratarte —dijo, poniéndole el vaso delante.

—Te encanta controlarlo todo, Jack —murmuró Tina, mientras cogía el vaso para beber un largo trago al darse cuenta de que estaba sedienta.

—Lo sé... —resopló, despeinándose frustrado, sin dejar de mirarla—. ¿Qué tal tu segunda cita?

—Ese hombre no existe —bufó con una sonrisa—. Estas dos noches he estado con Evolet bailando, bebiendo e intentando fijarme en otros tíos... Pero no he podido, ¿sabes por qué, Jack?

—No, Tina.

—Porque me gustas tú.

—Entonces, ¿por qué me has mentido y te has marchado?

—Porque tengo miedo —susurró, dejando el vaso vacío sobre la isla, mientras se apoyaba en un codo, sintiendo que resbalaba lentamente sobre ella—. Soy la única de los dos que tiene el riesgo de enamorarse del otro, y no quiero pasarlo mal...

—¿Y por qué eres la única? —preguntó él con curiosidad.

—Porque es imposible que tú te enamores de mí, Jack. ¡Mírame! —soltó, irguiéndose para señalarse—. Soy lo contrario de lo que te pega, aún no entiendo cómo es posible que acabáramos

en la cama... Tú necesitas a tu lado a una mujer correcta, bonita, elegante, inteligente, con un cuerpo diez y yo... ¡puf!, yo soy la versión B de todo eso...

—Me encantaría que por un segundo te vieses como eres realmente, Tina, y no como has creído que eras todos estos años por culpa de aquella noche en el río... Eres preciosa, divertida y genuina y cualquier hombre estaría más que encantado de tener una cita contigo. Por eso no me extrañó que salieses... —dijo, mientras se acercaba a ella y le acariciaba la cara—. Hagamos un trato, ¿vale? Cuando alguno de los dos comience a sentir algo, lo paramos. Sin objeciones —añadió, ayudándola a levantarse del taburete—. Pero ahora, señorita, nos tenemos que ir a la cama.

—Humm... Me encanta dormir a tu lado.

—Esta noche vas a dormir en tu cama —puntualizó Jack y Tina hizo un puchero, en desacuerdo con esa idea—. Estás borracha y, aunque eres adorable y mucho más abierta que cuando estás sobria, no quiero que te levantes corriendo y vuelvas a huir. Mañana hablamos.

—Mañana...

—Sí.

—¿Me darás un beso de buenas noches? —preguntó, mientras frunció los labios para que se lo diese.

—No —contestó él con una sonrisa canalla, abriendo la puerta del dormitorio de Tina y ayudándola a acostarse—. Mañana, si quieres, te daré todos los besos que me pidas.

—Controlador —susurró con una mueca divertida.

—Pequeña pero adorable lianta... —dijo él, mientras se acercaba y le daba un casto beso en la frente.

Tina sonrió tumbada en la cama, sintiendo como Jack le quitaba los zapatos y la tapaba con cuidado. Lo oyó cerrar la puerta, para después entrar en su dormitorio. Tina volvió a sonreír divertida, sabía que era una mujer de ideas fijas y dormir con él se le había metido entre ceja y ceja. ¡¡Llevaba lo que le parecía una eternidad intentando alejarse de Jack!! Se desnudó rápidamente, quedándose sólo en ropa interior, y salió hacia el dormitorio de él.

Tina abrió los ojos y sintió que Jack la cogía con fuerza por la cintura, aproximándola a él, como si ella fuera a escaparse, algo comprensible, si echaba la vista atrás... ¿Cuántas veces había intentado escapar precisamente de eso? Demasiadas. Algo absurdo, cuando en aquellos momentos se encontraba precisamente donde había anhelado estar: entre sus brazos, aceptando esa relación especial con él.

Haberse colado en su cama totalmente desnuda no había bastado para que Jack dejase a un lado aquel halo caballeresco que lo envolvía y la hubiese hecho sentir la mujer más sexy de Chicago. Al contrario, le había parado los pies en más de una ocasión durante la noche, cuando ella había intentado seducirlo... ¡Menudo hueso más duro de roer era aquel hombre!

Harta de intentar cautivarlo sin obtener nada a cambio, claudicó y se quedó durmiendo, eso sí, abrazada a él; sin remordimientos, simplemente disfrutando de su calor y de su aroma. Abandonó por un instante sus pensamientos al percatarse de que él intentaba apartar la mano de su cintura y se volvió para mirarlo...

«Joder... Recién levantado es todavía más guapo», pensó al verlo tan de cerca.

—Creía que aún dormías —susurró él, dándole un beso en el hombro—. Vas a llegar tarde al trabajo...

—Hoy tengo el día libre —dijo Tina, mientras se ponía de cara a él.

—¿Tienes planes?

—No... —contestó Tina bajando la mirada para después levantarla y enfrentarse a sus maravillosos ojos oscuros—. Me acuerdo de lo que hablamos anoche y de cómo me has parado los pies cuando me he metido en tu cama.

—Eso significa que no ibas tan bebida como pensaba —dijo Jack con una maravillosa sonrisa—. ¿Y bien?

—Estoy aquí, en tu cama, todavía desnuda y muriéndome de ganas de besarte... ¿Necesitas que firme algún contrato? —preguntó con socarronería, haciendo que él sonriese divertido.

—No... Necesito que des tú el paso, Tina —confesó, sin dejar un segundo de mirarla—. No quiero que vuelvas a huir de mí... Quiero que desees hacer esto tanto como yo.

Ella sonrió con coquetería mientras se le acercaba lentamente y rozó con suavidad sus labios contra los de él, para después fundirse en un largo beso, sin poder apartar las manos el uno del otro.

—Anoche pensé que no podría resistirme a tus coqueteos —dijo Jack entre beso y beso.



—Pues lo disimulaste muy bien... Deseaba que me tocaras.

—Anoche estabas borracha, Tina... Pero ahora... sólo pienso en hacerte gemir, bajito, para que después grites de placer... —susurró haciendo que ella sonriese complacida.

—¿Dónde hay que firmar para tener eso?

—No hace falta, considéralo un regalo de la casa, señorita —dijo Jack con voz ronca, haciendo que cada terminación nerviosa de su ser se preparara para recordar lo maravilloso que era el sexo con él.

Notó sus manos que le acariciaban el trasero, para después adentrarse en su sexo y tentarla con un dedo. Tina gimió bajito mientras le subía la camiseta de tirantes y arañaba con suavidad su espalda hasta alcanzar el borde del pantalón. Era posible que se arrepintiese después, cuando acabara aquella amistad con beneficios, pero qué bien lo iba a pasar hasta entonces...

\* \* \*

Tina suspiró al entrar en el apartamento de Jack; habían pasado cuatro días desde esa mañana en que amaneció en su cama, donde sellaron su acuerdo con varios fogosos e increíbles encuentros sexuales. Recordar aquel maravilloso día aún la hacía sonreír y excitarse. Prácticamente no salieron de la cama, parecía que no conseguían sentirse saciados el uno del otro y se volvían a buscar con anhelo y desesperación, como si fuera la primera vez. No se obligaron a vestirse hasta que tuvieron que ir a recoger a Ryan y a *Pichurri*, y después compartieron una perfecta tarde de risas, chuches, besos a escondidas y caricias por debajo de la mesa...

—¿Echas de menos a Ryan, a que sí, *Pichurri*? —preguntó Tina tras entrar en el apartamento, mientras se agachaba y acariciaba al animal con cariño.

Esa mañana, antes de marcharse al hospital, Tina se había despedido de Ryan. Aún no podía creer el cariño que le había cogido a ese niño de sonrisa eterna y con esas salidas que la hacían reír a carcajadas. Pero su madre lo iría a recoger después de salir del colegio y estaría dos semanas con ella... Lo echaría de menos, ésa era la realidad, aunque eso suponía también que estaría catorce días a solas con Jack, y que no tendrían que esperar a la noche para arrancarse oleadas de placer, ni esconderse para acariciarse, tocarse y besarse...

Tina dijo que se marcharía cuando Ryan se fuera, pero lo cierto era que no le apetecía ni siquiera sopesarlo. Estaba bien allí. A gusto. Y aunque pareciera una locura, quería seguir conociendo a Jack en la intimidad, pues éste no era tan correcto ni tan racional cuando estaban a solas y eso la volvía loca. Le encanta la manera que tenía de mirarla, lo tentador que podía ser para hacer que se volviese loca, lo gracioso que era y aquella manera que tenía de ponerla a mil simplemente con una mirada.

Se dirigió a su habitación, se cambió de ropa y se fue a la cocina; quería prepararle algo especial, era la primera vez que cenaban a solas después de haber aceptado ella esa amistad con extras y había que celebrarlo.

—¡Qué bien huele!

—Hola —dijo Tina.

Jack se quitó la americana y la dejó sobre el sofá antes de acercarse a ella.

—Estoy preparando filetes de ternera a la pimienta con unas patatas al horno que quitan el sentido.

—¿Qué tal el día? —preguntó él, abrazándola desde atrás y dándole un beso en el hombro.

—Muy bien. Parece que me estoy abriendo un hueco en la selecta confianza de Beverly —explicó, mientras negaba con la cabeza al recordar a la pediatra que tenía fama de ser de trato difícil—. Me ha dicho que quiere que sea la enfermera en su consulta.

—Eso es genial.

—Sí.

—¿Y tú?

—Muy bien. Esta mañana he tenido que ir a Galena para ver cómo iban las obras de la casa de tu madre.

—Supongo que todo bien.

—Sí, va todo según lo previsto y está muy contenta de cómo está quedando.

—Me alegro.

—También he visto a tu abuela y a la mía... Me han preguntado por ti.

—¿Y qué les has dicho?

—Que me vuelves loco cuando vas por casa en bragas y que no puedo quitarte las manos de encima —contestó, acariciándole el trasero, sólo cubierto parcialmente por unas braguitas negras.

—¡¡Jack!! —exclamó, dándole un puñetazo juguetón.

—No les he dicho nada. Sólo que sé que te van bien las cosas.

—Muy bien —suspiró aliviada.

—Me encanta verte así —dijo él, mientras le acariciaba el abdomen desnudo, pues, junto con las bragas, llevaba un top de deporte negro—. Eres tan preciosa...

—Jack... —susurró, cuando él comenzó a acariciarla de una manera tentadora, haciendo que cerrara los ojos del placer, luego bajó lentamente hasta su sexo y rozó su clítoris por encima de la escasa prenda de algodón—. Se me va a quemar la cena...

—Tengo mucha hambre, Tina, pero de ti... —murmuró él, pegando la boca a su cuello, mientras se lo besaba con delicadeza.

—¡Dame un segundo! —exclamó Tina, volviéndose y dándole un sonoro beso en los labios. Después, casi a cámara rápida, apagó la vitrocerámica, el horno y metió la sartén en el microondas—. Ahora sí, Jack Thompson, vamos a empezar por los entrantes... —añadió, mientras se bajaba las braguitas con coquetería y se desprendía del top.

—Me encantan los entrantes —susurró él, relamiéndose y empezando a aflojarse la corbata. Después se quitó la camisa y, señalando la encimera, dijo—: Siéntate ahí.

Tina sonrió mientras lo hacía. Sintió el frío contacto del mármol en su trasero, pero le daba

igual, tenía calor, mucho calor cuando él estaba cerca y más cuando la miraba de esa manera, como si fuera comestible y a la vez la mujer más sexy del planeta. Con él había aprendido a no tener vergüenza de mostrar su cuerpo, es más, Jack adoraba verla sin nada encima. Le encantaba acariciar cada resquicio de su piel, besarla en lugares donde nadie la había besado, lamerla, embeberse de ella y esos cuatros días habían supuesto para ella una terapia de choque. Con él no tenía miedo ni vergüenza de mostrarse como era.

—Ah... —gimió, mientras se cogía del cabello de Jack al notar su traviesa lengua acariciar su hinchado clítoris.

—Me encanta tu sabor, Tina —dijo él de una manera tan enloquecedoramente sexy que tuvo que cogerse todavía con más fuerza de su pelo para no caer rendida a sus pies.

—Me vuelves loca, Jack —jadeó, sintiendo tan cerca el orgasmo que incluso le daba vergüenza. Pero era tocarla, sentirlo y su cuerpo volaba tan alto que era imposible frenarlo.

—Joder... —gruñó él, cogiéndola del trasero para hundir su lengua más adentro, para succionarla, acariciarla y jugar con su endurecido botón.

—Estoy muy cerca...

—Espérame... —dijo, mientras se levantaba, se bajaba los pantalones y se colocaba el preservativo tan rápido que incluso a Tina la asombró.

Sin dejar de mirarla a los ojos, poco a poco fue llenándola con su erección, haciéndola agarrarse con fuerza de sus fuertes hombros, notándolo tan adentro, tan enorme, tan placentero que, incluso sin moverse, su sexo palpitaba de emoción.

—No me cansaré nunca de esto, Tina —murmuró Jack, mientras comenzaba a embestirla lentamente, embebiéndose de su imagen, recorriendo con la otra mano sus pechos, tentando a sus pezones y acariciándola con destreza, sin darle un segundo libre para no sentirlo—. Me encanta hundirme en ti. Oír cómo jadeas, cómo dices mi nombre...

—Oooh... Jack —gimió ella, cerrando un segundo los ojos al notar un placer que le cruzó toda la espina dorsal.

—Mírame, Tina... Eres tan bella... Joder, estás impresionante así: desnuda, jadeante, excitada...

—Jack... ¡¡Jack!! —gritó ella, con el placer recorriendo cada resquicio de su ser en un orgasmo brutal que la sorprendió tanto por su fuerza como por su duración.

—Sí, Tina..., sigue, disfruta. ¡Joder!, has nacido para esto, para volverme jodidamente loco —murmuró, mientras aceleraba sus embestidas para así alcanzar su propio clímax.

—Ven —dijo Tina después, alzándole el rostro que tenía hundido en su cabello, para besarlo en los labios—. ¡Menudo entrante!

—Sí —susurró Jack sonriendo, para después salir con cuidado del interior de Tina—. Y ahora, señorita, vamos a cenar esos filetes.

Se los comieron conversando, riéndose con cualquier excusa, pero sobre todo, no dejaron de mirarse un segundo mientras degustaban la cena.

—Tú has preparado los filetes, a mí me toca recoger —dijo Jack, dejando los platos en el fregadero.

—Me voy a la ducha mientras tanto —contestó ella guiñándole un ojo.

—Eres muy traviesa, Tina...

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó, mientras le lanzaba un beso al aire y corría quitándose la ropa.

Jack negó divertido con la cabeza. Desde que estaban viviendo aquella amistad especial, se levantaba de mejor humor y sus días eran mucho más fructíferos. Sabía que no era casualidad, Tina lo llenaba todo de alegría, diversión y seducción...

Metió rápidamente los platos en el lavavajillas y fregó corriendo la sartén, para poder irse luego a la ducha. Primero fue al cuarto de baño que normalmente utilizaba Tina, pero no estaba allí. Con una sonrisa, comenzó a quitarse los pantalones, mientras se adentraba en su dormitorio, en cuyo cuarto de baño se oía correr el agua...

Abrió la puerta y se la encontró bajo la ducha, su cuerpo brillaba, su cabello largo se le pegaba a la espalda, era más que una bonita imagen de una mujer joven desnuda: era Tina, su autenticidad, su carisma, su locura, su manera de mirarlo, su manera de tentarlo, su sonrisa y aquel maldito olor a vainilla de su cuello, de su cabello, de su estómago.

Jack se metió también en la ducha y Tina le sonrió con coquetería, mientras deslizaba las manos por su estómago, dibujando cada músculo y recorriendo los oblicuos hasta alcanzar a su pene, que comenzaba a endurecerse de nuevo. Enarcó una ceja con guasa y eso hizo que se le endureciese aún más. Luego, cogió la alcachofa de la ducha y comenzó a mojarlo entero, acercando su cuerpo al de él, después volvió a colocar la alcachofa en su lugar y lo enjabonó con delicadeza, esparciendo el gel con mimo por cada centímetro de su cuerpo, volviéndolo loco al obviar deliberadamente su erección, que anhelaba algún tipo de contacto. Cuando Jack estaba a punto de hacer algo para liberar un poco de tensión, como si le hubiese leído el pensamiento, Tina comenzó a masajearle el pene, de arriba abajo, con mimo, lavándolo, excitándolo.

—Ven —dijo ella, colocándolo debajo del agua para enjuagarlo.

Se acercó a él y lo besó mientras le quitaba el jabón con las manos, para después comenzar a bajar lentamente, hasta alcanzar su erección con los labios.

—¡Joder! —masculló Jack, al notar la boca de ella rodeándolo con firmeza.

La miró y lo que vio lo excitó todavía más. Aquella mujer lo volvía loco con su manera de ser, su forma de moverse y, en aquellos instantes, estar haciéndole la mejor felación en décadas... Comenzó a maldecir por dentro al ver que se encontraba demasiado cerca del orgasmo. ¡Si hacía pocas horas había estado en su interior! Pero aun así, parecía que su cuerpo no tuviese bastante, que no se saciara de ella.

La cogió de la barbilla, se la alzó con delicadeza y la besó con pasión, mientras la aprisionaba contra la pared. Le levantó una pierna y se introdujo en su interior de una estocada que los hizo gemir del gusto a los dos.

—Eres una señorita muy traviesa —susurró Jack, sin dejar de penetrarla.

—Y tú un embaucador demasiado irresistible —gimió, al sentir que le acariciaba el clítoris—. Por favor, Jack, ¡¡sí!!

Tina gritó al poco, sintiendo cómo el orgasmo la volvía a sorprender sin dejar de mirar a Jack, tan perfecto, mojado, irresistible y en esos momentos tan de ella...

—Joder, Tina —masculló él, saliendo de su interior y esparciendo su semen sobre el cuerpo de ella—. ¡¡Me vuelves loco!! —exclamó, para después besarla con fervor.

Luego se apartó lo justo para mirarla a los ojos y notó algo que no debería sentir.

«¡¡Mierda!! No puede ser», pensó Jack, bajando la mirada e intentando que Tina no notase la alarma que acababa de dispararse en su interior.

—Ponme otro whisky —le dijo Jack a la camarera, cuando se acercó a limpiar unas mesas colindantes.

—Nos encanta que vuelvas a quedar con nosotros, Jack —dijo Clive, mirándolo fijamente—. Sobre todo cuando llevabas casi una semana subido en una nube de sexo desenfrenado con tu linda y jovencita compañera de piso.

—No quiero hablar de eso, Clive —soltó Jack, terminándose lo que le quedaba de whisky y observando el ambiente de aquel bar de copas que solían frecuentar.

—Anoche tampoco quisiste hablar del tema —dijo Brian, dando vueltas a su copa sin dejar de analizar sus gestos y su rostro serio.

Jack hizo una mueca de disgusto. Sabía que se estaba comportando de una manera demasiado hermética con sus amigos, teniendo en cuenta además que había recurrido a ellos para alejarse de Tina. Prácticamente iba a su apartamento sólo a dormir y luego se levantaba antes que ella, por lo que ni siquiera la había visto desde que sintió aquello en la ducha hacía dos noches...

—Pues no veas lo simpático que está en el trabajo... ¡Sólo le falta mordernos! —resopló Clive.

—¿Qué ha pasado con Tina, Jack? —preguntó Eva, harta de esperar a que él diese alguna explicación.

—Bah... Ya sabes lo que ha pasado: ella se habrá enamorado y Jack le habrá tenido que dejar las cosas claras. Nuestra princesita rebelde se habrá echado a llorar y habrá sacado las uñas, y como nuestro amigo es más que bueno, se debe de sentir culpable por haber roto su joven y delicado corazón —improvisó Clive con desdén.

—¿Es eso, Jack? —preguntó Eva, intentando esclarecer la extraña conducta de su amigo.

—No... —resopló él, quitándole a la camarera la copa de las manos para bebérsela entera, bajo la atenta mirada de todos sus amigos—. Tráeme otra —pidió antes de que se fuera.

—Jack, tú eres el cabal del grupo, el que nos ayuda a mirar más allá de nuestros errores, comprende que estemos preocupados por ti. Llevas dos días que no eres el mismo, tío... —intervino Owen.

—Creo... —bufó él, para después despeinarse y aflojarse la corbata, nervioso por ir a dar voz a lo que sentía— creo que me he enamorado de ella.

Los cuatro amigos se miraron antes de hablar, asintieron y se relajaron un poco en sus sillas, mientras sopesaban aquella situación que a Jack lo angustiaba tanto. Pero ¡era Jack! De los cuatro,

y hasta que Owen conoció a Eva, el único que sabía lo que era el amor, el que se enamoraba hasta la médula de las chicas, el serio y sensato, el único que no tenía miedo a comprometerse... Pero ahora parecía que ese sentimiento lo asustaba demasiado, algo extraño en él.

—¡A ver! —soltó Eva, harta de ver que ninguno de ellos decía nada—. ¿Y qué tiene de malo que la quieras?

—No puedo enamorarme de ella, Eva —bufó de nuevo, dándole vueltas a la copa, observando los círculos que dejaba sobre la barnizada mesa.

—Clarooo... ¡Es normal! —respondió ella con sorna, mientras asentía con la cabeza de manera exagerada y miraba a cada uno de aquellos cuatro hombres que se habían convertido en familia para ella—. Esa mujer tiene tres cabezas gigantescas verdes, siete piernas torcidas y veinte ojos en la cara... Además, puf, no te lo queríamos decir, pero huele a cloaca, es antipática y pedante y, lo peor de todo, tu querido hijo la odia —concluyó con fingida inocencia, diciéndole todo lo contrario de lo que Tina era en realidad.

—No lo entendéis... Vosotros no sabéis lo que es estar con una persona que te absorbe hasta límites insospechados, que te distorsiona la realidad y te hace creer que lo único que deseas es a ella... No puedo volver a caer en la misma trampa, chicos. Me costó tanto abrir los ojos y ver cómo era Sherlyn en realidad, que temo no poder confiar en ninguna otra mujer... ¿Y si Tina es igual? ¿Y si me manipula y me vapulea sin que me dé cuenta porque estoy enamorado de ella?

—Jack... —dijo Owen con tranquilidad—, para eso estamos los amigos. Nosotros te avisamos de cómo era Sherlyn, te dijimos que tuvieras cuidado con ella, aunque tú... bueno, ya sabemos que, por aquel entonces, ni siquiera nos escuchabas... Pero creo que esa lección la has aprendido, ¿no? Nosotros jamás te mentiremos, nunca te adornaremos la realidad. Sherlyn sólo buscaba absorber todo tu ser y gastarse hasta el último dólar que ganases y, aunque no conocemos muy bien a Tina (no nos has dado muchas oportunidades, la verdad), vemos cómo te influye y lo hace para bien.

»Esta semana que has estado con ella, nos hemos dado cuenta de que volvías a ser tú, el de antes, nuestro amigo, sin miedos, sin rencores, sin ese pasado que te pesa demasiado. Tina te ha dado esperanza, felicidad y te ha hecho ver que sigues siendo un joven que ansía divertirse y disfrutar de la vida... No permitas que Sherlyn siga ganando.

—¿Y si me equivoco? Tina también tiene un carácter fuerte y... bueno, a veces creo que está como una cabra, porque siempre hace lo contrario de lo que me espero... —resopló, mientras cogía la copa que le había dejado la camarera y le daba un pequeño trago, intentando ahogar aquellas dudas que no lo dejaban en paz.

—Pues sigue conociéndola —indicó Brian resolutivo—. No tienes que decirle que la quieres, simplemente sigue como hasta ahora y averigua cómo es en realidad esa chica.

—No sé si podré. No quiero hacerle daño y acordamos que cuando alguno sintiera algo se lo diría al otro.

—Pero no lo has hecho —puntualizó Clive, dando en el clavo—. Y llevas dos días

escondiéndote de ella.

—Sí... Necesitaba poner distancia, asegurarme de que lo que siento es real y no algo pasajero... Pero ¡estoy jodido!

—¡¡De verdad que flipo en colorines!! —exclamó Eva mirando hacia al techo—. Señoras y señores, aquí los *macho men* de Chicago, los rompebragas a distancia, los únicos seres humanos que parece que no pueden enamorarse, que les está prohibido ese sentimiento y, cuando lo notan, ¡chico!, se esconden como un caracol. Mira, Jack, que esto lo hiciera Clive no me hubiese sorprendido —continuó, señalando al aludido, que simplemente se encogió de hombros y esbozó una divertida sonrisa—, pero ¡¿tú?! Tú nos ayudaste a Owen y a mí, Jack, tú eres de los que se enamoran, de los que tienen novia. ¡Por el amor de Dios!, eres un tipo normal, con sangre en las venas y con un gran corazón, es lógico que te hayas quedado prendado de esa mujer. Lo raro es que no te hayas dado cuenta antes, porque yo sí que me fijé en cómo hablabas de ella, en cómo la mirabas cuando vinisteis a por Ryan y *Pichurri* a casa... Ahora lo único que tienes que hacer es tragarte ese miedo junto con tu orgullo de *macho man* e ir a por todas. Aunque duela, aunque no sepas lo que ocurrirá en el futuro, aunque te tiemblen las piernas... ¡¡Jack ve a por lo que deseas de una puñetera vez y entierra a Sherlyn en lo más profundo de tus pensamientos!!

—¡Ésta es mi chica! —soltó Owen, dándole un beso en los labios que a ella la hizo sonreír ampliamente.

—Me está llamando Evolet —informó Clive, señalando el teléfono móvil.

—¿Desde cuándo tienes su teléfono? —preguntó Brian con curiosidad.

—Desde que se lo pedí... Ya sabes, hay que tener amigos hasta en el infierno y más si son pequeñitas y con una boca que empeora en las situaciones más íntimas —soltó enarcando una ceja y haciendo que todos sus amigos negasen con la cabeza.

—¿Te has acostado con Evolet? —preguntó Jack perplejo.

—Un caballero no habla de sus conquistas —respondió Clive enigmático y los demás resoplaron—. Ni tampoco repite con ellas, algo que, aunque os cueste aceptarlo, es lo mejor para seguir disfrutando de la vida y de las mujeres —concluyó, para después descolgar la llamada y llevarse el teléfono a la oreja—. Hola, preciosa... Sí... —dijo mirando a Jack—. No... ¿Cómo? ¿Y por qué leches estáis ahí? No... Estáis como una regadera, ¿lo sabías? ¡Qué coño!... No, Evolet... Pero... Vale, vale... ¡¡Joder te he dicho que sí!! —resopló y después colgó y miró a Jack, que no había apartado la vista de él.

—¿Me lo vas a contar ahora o tengo que sacártelo con un sacacorchos? —preguntó Jack, molesto por el mutismo de su amigo.

—Ahora mismo, Tina y Evolet están en Las Vegas.

—¿Y que estén ahí es malo por...? —intervino Eva, intentando saber la razón de que Clive tuviera esa cara de haber visto a un fantasma, porque dudaba que saber que habían cogido un avión fuera la causa de su visible nerviosismo.

—Evolet me ha dicho... —comenzó a decir Clive, pero el sonido del teléfono de Jack



interrumpió su explicación. Éste le hizo una señal para que no continuara al ver quién lo llamaba.

—Colin —dijo, observando cómo Clive hablaba entre susurros con Brian, Owen y Eva, y la sorpresa en los rostros de ellos.

—¿Qué leches ha pasado, Jack? —preguntó Colin desde la otra línea; se notaba que estaba molesto por algo.

—¿A qué te refieres?

—Tengo ahora mismo a mi mujer al borde de un ataque de nervios, no para de llorar y sólo repite que la culpa la tienes tú.

—¿Yo? Explícate.

—Tina ha llamado a Adele y le ha dicho que está harta de confiar en los hombres para que después siempre le hagan lo mismo...

—Mierda... Sí, Colin, me he portado como un cabrón con ella, pero necesitaba aclararme las ideas y tener espacio para pensar para después hablar con ella...

—Tina no es un juguete, Jack. Lo ha pasado muy mal y ahora... ¡Joder! Es que está como una cabra... Dice que esta noche se va a casar con el primero que vea.

—¿¿Cómo?! ¿Por qué quiere casarse? No lo entiendo... —dijo levantando la mirada y al ver que sus amigos asentían con la cabeza, supuso que eso mismo era lo que le había dicho Evolet a Clive.

—¿No te ha contado que el día que me casé con Adele el abogado de su padre fue a verla?

—No...

—Adele, Jack no sabía nada de la condición —le dijo Colin a su mujer, que al parecer se encontraba bastante cerca de él.

—¿Qué condición? —preguntó Jack, cada vez más nervioso. ¡¡No entendía nada!!

—Jack —dijo Adele a través de la línea telefónica—, por favor, ve a buscarla, hazla entrar en razón, sé que si voy yo no me hará caso... ¡¡Tina es tozuda como ella sola!!! Pero no puede casarse con un desconocido... Se arrepentirá toda su vida, Jack. Por favor, hazle entender que hay mejores maneras de solucionar ese tema, que esperar a encontrar al hombre indicado es mucho mejor...

—¿Sabes en qué hotel se hospedan? —preguntó Jack, levantándose de la mesa.

—Sí.

—Pásame los datos en un mensaje. Voy a buscarla —dijo con seguridad, para después finalizar la llamada—. Brian, averigua todo lo relacionado con el padre de Tina.

—¿Cómo se llama? —preguntó su amigo.

—¡Joder! No tengo ni idea —resopló frustrado.

—¡No te preocupes! Ve al aeropuerto y coge el primer vuelo a Las Vegas, yo hablaré con tu abuela —dijo Eva—. Owen, acércalo al aeropuerto. Así no puede conducir, ha bebido demasiado... Clive o Brian me llevarán a casa.

—Os mantendré informados —se despidió Jack cogiendo su abrigo.

—¡Corre y no vuelvas sin ella! —exclamó Eva con emoción.

\* \* \*

Jack llegó a Las Vegas después de tres horas y media de vuelo, obligándose a no pensar que podría ser ya demasiado tarde para evitar algo que le parecía una auténtica locura. ¿Quién en su sano juicio aceptaría casarse con un desconocido para poder cumplir una condición que la llevaría a no sabía qué? Claro... No podría ser otra que su alocada e impulsiva Tina... Cogió un taxi y se dirigió directamente al Hotel Caesars Palace, donde Adele le había dicho que se alojaba y, gracias a Evolet, sabía que en esos momentos se encontraban en el club nocturno Omnia, que pertenecía al mismo hotel...

Las luces de neón, el volumen alto de la música y darse cuenta de que aquel lugar era enorme lo desanimó. ¡Le iba a costar encontrar a Tina! Cogió su teléfono y le envió un mensaje a Evolet, necesitaba saber exactamente dónde estaban, no podía perder el tiempo dando vueltas por aquel espacioso lugar, repleto de personas bailando...

¿Dónde estáis?

En la sala que se llama Corazón de Omnia. Ven rápido. No sé si  
podré retenerla más...

Jack miró a ambos lados con la absurda esperanza de ver algún cartel que le indicase cómo ir a esa sala, pero harto de perder el tiempo, se acercó a una de las personas que bailaban como si les fuera la vida en ello y le preguntó. Dio gracias al cielo de que aquella mujer supiera dónde estaba y, tras agradecérselo atropelladamente, se dirigió hacia la izquierda, desde donde se podía acceder a otra sala, con distinta música y con menos metros para buscar...

Al ver a Tina sentada en una silla, hablando con un hombre, se le contrajo el estómago. Llevaba un vestido blanco con un escote que realzaba sus pechos y su larga melena peinada en una trenza lateral. Estaba tan guapa, era tan preciosa, que incluso le costó reaccionar. ¡¡Él la quería!!

Su mirada se encontró con la de Evolet, que le guiñó un ojo dándole la confianza necesaria para que se acercara. ¡Debía parar aquella locura, costara lo que costase!

—Tina —dijo Jack, observando cómo ella, como si fuera a cámara lenta, levantaba la mirada, asombrada al verlo allí.

—¿Qué... hacesss aquí? —soltó con dificultad, se notaba que había bebido mucho, ¡muchísimo!

—Quería hablar contigo.

—Ahora... no quiero hablar... contigo —contestó, mientras su cuerpo oscilaba de un lado a otro—. Mira... ¿cómo te llamabasss? —le preguntó al hombre que tenía sentado al lado, que no le quitaba la vista de encima y que se notaba que también había bebido demasiado esa noche.

—Peterrrr —contestó él, alargando más de lo necesario la última consonante.

—¡Esoooo! Jack —continuó Tina levantándose y dejándole ver lo increíblemente guapa que estaba con aquel vestido blanco, entallado a su atlética figura—, te presento a mi futuro maridoooo —concluyó, intentando no moverse tanto.

—¿Quién esssss? —preguntó el tal Peter, mientras se despeinaba el cabello rubio ceniza, lacio y sin cuerpo, y señalaba a Jack con tan pocas fuerzas y ganas que parecía un oso perezoso.

—No es nadie importante —contestó Tina con un desdén forzado—. ¿Nos vamos, Peterrrr?

—¿Te has vuelto loca? —preguntó Jack, mientras se acercaba a ella y la cogía del brazo para apartarla de aquel hombre que había empezado a acariciarle las piernas de una manera que a Jack le resultó asquerosa—. ¡¡No te puedes casar con este hombre!!

—¿Por qué no? —soltó, zafándose de él y mirándolo con descaro. Incluso borracha estaba adorable y sólo deseaba abrazarla y sacarla de allí—. ¿Acasso no puedo casarme con quien me dé la ganaaa?

—¿Cómo que por qué? No conoces a ese tipo, puede ser un obseso sexual o un enfermo mental.

—Me da igual... —resopló obcecada.

—Tina, por favor... —dijo él, mientras le cogía la mano.

—No, Jack —replicó ella, soltándose con rabia—. He perdido demasiado tiempo contigooo... —resopló, mientras se daba la vuelta para buscar a su futuro marido, pero al lado de Evolet no había nadie—. ¡¡Mierda!! —exclamó, acercándose a trompicones a su amiga.

—Al final ha cambiado de idea, Tina —dijo Evolet como si nada.

Tina la miró, después a Jack y decidió que lo mejor en esos casos era... ¡¡subirse a la mesa!!

—¡¡ATENCIÓN, LAS VEGASSSSS, BUSCO UN MARIDOOOOOOO!! —gritó con fuerza, mientras movía los brazos para llamar la atención de la gente que había en aquella sala—. ¡¡QUIÉN QUIERE CASARSE CONMIGOOOOO?!

—¡¡Tina, bájate ahora mismo de ahí!! —dijo Jack, viendo que los de seguridad se acercaban y que ella se balanceaba tanto que temió que se cayera al suelo.

—¡No me da la gana, chaval! Esta noche me caso, sí o sí.

—Pero ¿cuánto ha bebido? —le preguntó Jack a Evolet.

—Demasiado... Y eso que alguna copa se la he cambiado por agua, si no, ahora mismo estaría casándose con el mismísimo capellán... —bufó Evolet, intentando también que Tina bajara de la mesa, aunque ella no se lo estaba poniendo fácil a ninguno de los dos.

—Tú lo has querido, Tina —dijo Jack con seguridad.

—¡¡JAAAACCKKK!! —gritó ella al sentir cómo se la echaba boca abajo sobre el hombro y se la llevaba fuera de aquel club nocturno—. ¡¡Suéltameeeeeeeeeeeeeee!! —exclamó, mientras le daba puñetazos en el trasero.

—Eres una fierecilla —dijo Jack al llegar a la calle y dejarla en el suelo.

Tina se quitó los zapatos de dos patadas, para después mirar con seriedad tanto a Jack como a Evolet, enfurruñada.

—He venido hasta aquí a casarrme y eso es lo que haré —soltó antes de darse la vuelta y

hacer amago de correr, pero Jack fue más rápido y la cogió de la mano.

—¿Adónde vas? —preguntó, aproximándola a su cuerpo.

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos.

—A Little White Chapel, donde me voy a casarrrr con el primero que me diga que sssí —soltó, dándole con el dedo en el pecho a cada palabra pronunciada e intentando, sin éxito, separarse un poco de él.

Pero Jack la mantuvo sujeta, observando su determinación. Aun estando ebria, tenía ese coraje, acompañado por esa locura que sacaba en situaciones difíciles... Tina era imprevisible, siempre hacía lo contrario de lo que se esperaba de ella, pero sobre todo era obstinada; aunque lo que se le pasaba por la cabeza fuera demencial, peleaba con uñas y dientes hasta alcanzarlo, como casarse con un desconocido para.... ¡no sabía para qué!... Como hacerlo ir hasta Las Vegas para detener esa boda.... Como desear besarla hasta que se hiciera de día...

«Dios mío, la cabeza me va a estallar... A ver, voy a abrir un ojo... Ajá, parece que entra luz por la ventana. Ahora el otro ojo... Uf... Me duele todo el cuerpo, siento la garganta seca, áspera y me temo que tardaré varios días en recuperarme de la resaca... ¿A quién se le ocurre beber como si le fuera la vida en ello? Sí, sí, ¡¡ya sabemos la respuesta!! Pero... ¡No! No puede ser... A ver, relájate Tina, tienes un brazo de hombre rodeándote la cintura... ¡Haz memoria, por el amor de Dios! A ver... Recuerdo que bailé mucho y bebí lo equivalente a una piscina olímpica... Evolet y yo conocimos a unos tipos y... ¡Lo he hecho! Me he casado con un desconocido, pero... ¿Cómo se llamaba? ¿Y si ahora no me gusta! Bah, Tina, no digas tonterías, ¿qué más da que no te guste? Te has casado, que es lo que querías, luego ya te preocuparás del divorcio... Vale, voy a echar una miradita de reojo... Mierda, mierda, ¡¡mierda!! ¿Qué hace Jack en Las Vegas y en mi cama?», pensó, mientras observaba el rostro dormido de aquel hombre que la había ignorado durante dos días y ahora... ¡ahora lo tenía abrazado a ella como una lapa!

Cerró los ojos para tranquilizarse, no podía dejarse llevar por la angustia de no recordar lo que había pasado y, algo que todavía entendía menos, cómo leches había ido Jack a parar a su cama.

«¿Por qué es tan increíblemente tan guapo? ¡¿Por qué no puede ser como todos los seres humanos y dormir como si fuera un oso baboso y no parecer un dios griego, siempre preparado para hacerte ver las estrellas y el firmamento?!»

—Hummm... —se resistió él al notar que Tina intentaba salir de la cama con cuidado, pero al final, con lentitud y tesón, ella logró zafarse de su agarre.

«Mi teléfono, ¿dónde leches he puesto el móvil? A ver..., concéntrate, Tina. Vale, ahí están mi bolso, mi chaqueta y mis zapatos», pensó, al tiempo que lo cogía todo para salir con cuidado de esa habitación. Lo hizo de puntillas, con el vestido arrugado y el pelo como si los pájaros le hubiesen hecho un nido en él, con la trenza deshecha y varios mechones sueltos.

Se alejó un poco del dormitorio recorriendo el pasillo y rebuscó en su bolso para coger el teléfono, apartando unos papeles que ni siquiera sabía qué eran.

—¡Evolet! —gimoteó cuando su amiga descolgó el teléfono.

—Es demasiado temprano... —masculló Evolet con voz pastosa.

—¿Dónde estás?

—En la habitación que cogimos...

—Entonces, ¿dónde he dormido yo? Ay, no me lo digas... ¡Voy para allá! —exclamó Tina,

finalizando la llamada y dirigiéndose a la habitación que habían reservado en cuanto pusieron un pie en Las Vegas.

Tocó con los nudillos y Evolet le abrió, despeinada y con cara de no haber dormido nada.

—Tina, joder, son... ¡No sé ni la hora que es, pero eso da igual! Déjame dormir, no sabes la nochecita que me diste, cabrona... Parecía que nunca iba a terminar.

—¿Qué pasó?

—¿No te acuerdas? Claro... A la muchachita le entró mucha sed y por poco deja seco Las Vegas —contestó su amiga con sarcasmo—. No bebas más, Tina, te conviertes en una loca cuando lo haces... —resopló y ella asintió; no era la primera vez que se lo decían...

—Evolet, necesito respuestas... Me acuerdo de pocas cosas, pero en ninguna de ellas aparece Jack —bufó con desesperación.

—No me digas que no sabes lo que sucedió anoche —soltó Evolet con una sonrisa, disfrutando con aquello—. Pues entonces seré la primera en darte la enhorabuena. Menudo braguetazo has dado, cabrona.

—¿Qué... qué quieres decir? —balbuceó angustiada.

—¡Te has casado con Jack Thompson! —exclamó Evolet, haciendo que Tina abriera los ojos de par en par, mientras negaba con la cabeza.

—No, no puede ser. ¡Dime que no es verdad!

—Creo que tienes el certificado en tu bolso —contestó su amiga.

Tina abrió rápidamente el bolso y vio que los papeles que había apartado para buscar el móvil eran el certificado de matrimonio.

«Pero ¿qué he hecho?», pensó, sintiendo cómo todo su mundo volvía a zarandearse con fuerza, dejándola aturdida y sin saber qué hacer.

Evolet continuó:

—Mira, te voy a decir una cosa, si es que soy más buena... Ya sabía yo que no te acordarías de tu emotivo y bonito enlace, así que lo grabé para que lo vieses cuando estuvieses sobria... —dijo, mientras cogía su teléfono y lo buscaba—. Aquí está.

—A ver... —susurró ella, temiéndose cualquier atrocidad por su parte, al tiempo que se sentaba y cogía el móvil con manos temblorosas.

Tina miró el vídeo: estaban en la capilla que había elegido previamente para esa locura antes de emborracharse tanto que no recordaba ni su propia boda. Little White Chapel era una encantadora casita blanca, con un porche del mismo color, un lugar precioso y encantador; lo conocía porque salió en un capítulo de «Friends», y a ella le encantaba esa serie. De esa manera la ceremonia no sería tan fría, tendría un poco de sentido y romanticismo, en sintonía con sus propios gustos, aunque, por otra parte, la verdad era que aquel sitio era precioso.

Cerró los ojos, maldiciendo mil veces, cuando se vio del brazo de Jack —que estaba increíblemente guapo con aquel traje a medida azul marino—. Ella llevaba un pequeño ramo de flores con unas rosas rosas... Avanzaban al ritmo de la marcha nupcial, acercándose al juez que

los casaría, que se encontraba delante de unas preciosas columnas doradas de un metro de altas y justo en medio había una escultura de porcelana blanca en forma de niño —supuso que sería Cupido, dios del amor, o tal vez la representación de un ángel...— sujetando unas flores frescas que seguramente perfumarían con su aroma aquella pequeña estancia. Las paredes estaban empapeladas con un bonito y elegante dibujo en dorado sobre un fondo malva y creaban el ambiente perfecto para aquel lugar. A ambos lados vio unas vidrieras de colores alegres y dibujos de flores que le recordaron las de la película de Disney *La bella y la bestia*, aunque en su lugar sería más bien *El bello y la cabra loca*...

Tuvo que detener su exhaustiva observación del entorno al darse cuenta de que —en el vídeo— se detenían delante de un hombre trajeado. Jack la cogía de la mano y la obligaba a mirarlo. Tina se percató de que ella oscilaba de lado a lado y esbozaba una gran sonrisa —como si estuviera muy contenta de dar ese paso con él—, y que no paraba de mirarlo fijamente.

«¡¡Madre mía, ¿qué he hecho?!», pensó, dándose cuenta de que parecía una adolescente ante su ídolo, una niña ante su primer amor...

El juez comenzó a officiar una sencilla ceremonia, habló del amor, de las parejas y del futuro, hasta que dio paso al enlace propiamente dicho.

—Jack Thompson, ¿quieres, contraer matrimonio con Martina Milán Harris?

—¿Te llamas Martina? —susurró Jack en ese momento, mientras la miraba; ella asintió con entusiasmo, riéndose a carcajadas—. Sí, claro que quiero —contestó él luego.

—Martina Milán Harris, ¿quiere contraer matrimonio con Jack Thompson? —preguntó de nuevo el juez.

—¡¡Clarooooo!! —soltó Tina casi gritando, haciendo que la Tina sobria maldijera por dentro.

«¡¡No voy a beber nunca más alcohol!», pensó, avergonzada por su versión borracha y sin filtros—. Evolet, ¡¡me caso con el buenorro y perfecto de Jack Thompson!! —soltó luego, mirando a la cámara, haciendo que su amiga riera a carcajadas.

—¿Tenéis anillo? —preguntó el juez y Jack sacó de su bolsillo una alianza, que le puso a Tina.

Levantó el dedo anular y vio que, en efecto, llevaba puesta una fina y delicada alianza plateada. ¡¡Ni siquiera se había dado cuenta de que la llevaba!!

—Por el poder que me ha otorgado el Estado de Nevada, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

En ese momento, Tina se abalanzó sobre Jack y lo besó con fervor, haciendo que Evolet se riera, mientras el juez sonreía divertido.

—¡Idos al hotel! —se oía decir a Evolet entre carcajadas que hacían que la imagen se moviese.

—Ahora mismo —soltó Tina, mientras se colgaba del brazo de Jack y salían de allí como marido y mujer.

El vídeo se detuvo. Tina no podía creer lo que había hecho, y además con tal despreocupación y entusiasmo, como si fuera lo que realmente había estado buscando desde el principio... Por

culpa de sus impulsos irrefrenables, que siempre iban acompañados de su mala suerte, tenía en el dedo la prueba definitiva: ¡¡se había casado con Jack Thompson!!

—No... —susurró Tina, entregándole el móvil a Evolet—. No lo entiendo. ¿Qué hace él aquí?

—Lo avisé yo.

—¡¡Evolet!! —le recriminó.

—Mira, Tina, entiendo que estuvieras mal, que te jodiera que Jack pasara de ti durante dos días y que tu cabecita te dijera que lo mejor para recuperarte era que te casaras con otro tipo. Pero mujer..., una cosa es pasarlo bien, bailar, reírse y, ¡qué coño!, hasta follar con otro. Pero ¿casarse por despecho con el primero que se te cruza? Joder, ésa no es la solución y lo de tu padre debería haber esperado hasta que encontraras al indicado. Dudo que tu padre hubiese aceptado esta locura, Tina...

—¿Y crees que casarme con Jack es mejor que hacerlo con un desconocido? ¡¡Él pasó de mí!! Ni siquiera me hablaba, me evitaba y eso sólo puede significar una cosa: se había cansado de lo nuestro y no sabía cómo decírmelo. ¡No quería verme! ¿No lo entiendes? Prefería llegar tarde a su propia casa y levantarse muchísimo más temprano que yo para no hacerlo y ahora... —resopló con preocupación volviendo a mirar la alianza.

—¿Tú crees que si se hubiera cansado de ti habría viajado a Las Vegas para evitar que te casaras con otro tío?

—Él es así..., protector y controlador; eso no significa que no se haya cansado de nuestra amistad especial...

—Escúchame, Tina —resopló Evolet, cruzando las piernas sobre la cama—, oí cómo te hablaba cuando te sacó del Omnia. Ante mí, ese hombre sumó muchos puntos por esa manera de hablarte. ¡Joder!, creo que hasta mojé un poco las braguitas del gusto... ¡Imagínate! Te preguntó con una dulzura y una preocupación reales si casarte era importante para ti y que, si así era, él se casaría contigo. Si se hubiera cansado de ti, te habría encerrado en una habitación hasta que se te pasara la moña, en cambio, compró esa alianza, un bonito ramo de flores en la misma capilla —señaló un jarrón— e hizo que el enlace fuese legal y no una patraña para que te calmaras...

—¿Y por qué crees que hizo todo eso? —preguntó Tina, extrañada de que él hubiese tenido tanta consideración con ella, sobre todo cuando no se lo había puesto fácil.

—Mujer, es bastante obvio que le importas... Pero lo tienes ahí al lado, puedes preguntarle y hablar de lo que vais a hacer a partir de ahora, señora Thompson —concluyó, haciendo que Tina se tapara la cara con una almohada, avergonzada.

—¡¡Soy la señora de Jack Thompson!! —gritó, aún sin poder creérselo.

Si se lo hubiesen dicho hacía sólo unas semanas, se habría echado a reír a carcajadas y hubiese jurado y perjurado que antes se moriría que unirse a él. ¡¡Cómo cambiaba la vida!!

—Tengo que confesar que estuve a punto de darte un empujón y casarme por ti con él, pero me temo que Jack no hubiese aceptado el cambio —dijo Evolet poniendo morritos y haciendo que se echase a reír.



Luego Tina se quedó en silencio, mientras jugueteaba con el borde de la funda de la almohada.

—Tengo miedo, Evolet...

—¿De qué?

—No lo sé —resopló, mientras se frotaba la cara enérgicamente—. No sé si tengo miedo a saber la verdad de por qué mi padre se marchó, o es más bien miedo al darme cuenta de que estoy empezando a sentir algo más fuerte por Jack... ¿Cómo se sabe cuando una se enamora? —preguntó, tapándose los ojos con vergüenza.

—¿No te has enamorado nunca, Tina?

—No... Jamás. He sentido cariño, pero amor, cero patatero.

—No te preocupes, que cuando lo sientas lo sabrás —dijo Evolet abrazándola con cariño—. Y ahora, loca del coño, tira para la habitación de tu maridito y hablad o follad, eso lo dejo a tu elección —soltó, empujándola fuera de la cama—. Sé tú misma, pero en la versión *light*, que la concentrada que me enseñaste anoche, ¡uf!... Y luego dicen que yo estoy loca, pero cabrona, ¡¡tú me ganas!!

Tina se rio mientras salía de la habitación, para después encaminarse a la de Jack. Se detuvo ante la puerta y llamó con los nudillos. Al rato, la puerta se abrió.

—Tina... —susurró Jack, despeinado, descalzo y cubierto tan sólo con unos calzoncillos.

«Jo...der... no puede ser que me haya casado con este increíble hombre...», pensó ella, haciéndosele la boca agua—. No me he dado cuenta de que habías salido.

—Necesitaba tomar el aire... —dijo entrando, mientras lo miraba cerrar la puerta tras de sí—, y de paso he ido a hablar con Evolet. Lo siento, Jack, no recuerdo nada de lo de anoche y me ha sorprendido mucho despertarme a tu lado.

—Ya —bufó él, sentándose en la cama y cogiendo el teléfono del hotel—. ¿Tienes hambre?

—Sí, ¡mucha!

Jack asintió y después pidió a la recepción del hotel que les subieran el desayuno. Cuando colgó, la miró fijamente, como si esperara algo por su parte.

—Creo que me debes una explicación, ¿no? —dijo con seriedad y ella asintió con aflicción—. ¿Por qué no me contaste que el abogado de tu padre fue a verte, Tina? Yo te podría haber ayudado, en vez de tener que venirme hasta aquí a intentar razonar con una versión de ti que es incapaz de estarse quieta y escuchar...

—Lo siento, Jack —repitió, sentándose en el otro extremo de la cama—. Se me juntó todo... ¡No sé! —resopló hecha un lío, mientras miraba su regazo—. Bebí tanto que no te recuerdo y mucho menos me acuerdo de lo que hicimos... Pero Evolet lo grabó en vídeo y, bueno, lo he visto antes de venir aquí...

—Si te hacía falta el dinero, podías habérmelo pedido. Intenté preguntártelo anoche, pero sólo me decías una y otra vez que necesitabas casarte y que te daba igual con quién...

—¿Crees que he hecho esto por el dinero? ¡No, Jack! —exclamó, negando con la cabeza con energía—. No tengo ni idea de si la herencia incluye dinero, la verdad es que ni se lo pregunté al

abogado cuando vino a decirme que mi padre había muerto... Lo hago porque dejó una carta para mí donde explica la verdadera razón por la que se marchó de Galena y nos abandonó.

—A ver... —susurró Jack despeinándose, como si hacerlo lo ayudase a pensar con claridad—. ¿Nos hemos casado para que conozcas el pasado de tu padre?

—¡¡Sííí!! —exclamó ella con entusiasmo—. Vale, desde fuera parece un poco una locura, pero te aseguro que para mí es importante saber la verdadera razón de que mi padre se fuera... No abandonó a su mujer, Jack..., dejó a su hija y nunca se interesó por ella.

—¿Por eso crees que no eres suficiente para ningún hombre? —preguntó, dando en el clavo.

Tina se asombró, parecía que Jack comenzaba a conocerla realmente cómo era...

—Es lo que me demostráis todos... —musitó, bajando la mirada a su regazo—. Es lo que tú me has demostrado durante estos días...

—¡Joder, Tina! —gruñó, mientras se acercaba a ella y le levantaba la barbilla para que lo mirase—. No... no quiero que pienses eso de mí. Yo... no quería hacerte daño, no quería que nuestra amistad se fuera por otros derroteros, por eso puse distancia, pero me equivoqué... Hice mal en alejarme sin decirte nada.

—¿Por qué viniste a Las Vegas? —preguntó, sin dejar de mirarlo a los ojos. Podría pasarse toda la vida haciéndolo...

—No podía permitir que te arruinaras la vida casándote con cualquier hombre... —susurró él sin dejar de acariciarle la mejilla, como si estuviera trazando un delicado camino con la yema de los dedos.

—¿Por eso te has casado conmigo?

—Somos amigos, Tina —dijo, mientras miraba fijamente los labios de ella—. Amigos especiales que se han casado...

—Jack...

Pero él no la dejó terminar de hablar, le cogió la cara entre las manos y la besó con urgencia, con desesperación, reclamándole en cada beso más pasión, pidiéndole con cada roce de su lengua más entrega. Ella le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar por aquel beso que la hizo olvidar los dos días que había pasado repleta de dudas y temores, pensando que Jack se había cansado de ella.

Se subió a horcajadas encima de él, sin dejar un segundo de besarle, de acariciar su cuerpo y de despeinar aún más aquel cabello rebelde. Sintió las manos de Jack bajándole la cremallera del vestido blanco —que se puso adrede para su boda, porque no iba a renunciar a su sueño de casarse de blanco...—, haciéndola sentir como si estuviera en su noche de bodas, aunque fuera de día... Sin mediar palabra, simplemente sintiendo cómo todo se aceleraba cada vez que se tocaban.

Jack le sacó un pecho del sujetador y empezó a acariciárselo con mimo y destreza con la boca. Tina gimió mientras se balanceaba encima de él, excitada, anhelándolo todo...

—Me vuelve loco tu sabor —gruñó Jack, lamiendo su otro pecho, que liberó de la misma manera—. Eres preciosa, Tina.

Ella sonrió mientras se desabrochaba el sujetador, para después levantarse y bajarse el vestido y las braguitas. Jack la miró durante lo que le pareció una eternidad, repasó con lujuria cada centímetro de su cuerpo, y Tina, como le pasaba desde que Jack había entrado en su vida, se sintió bonita y sexy. Verse a través de los ojos de él la hacía sentirse bien consigo misma, más atractiva, más capaz y más poderosa.

Jack la cogió de la mano y la arrastró a la cama, y ella rio divertida cuando le empezó a hacer cosquillas en la cintura, para después quedarse mirándose los dos, el uno a pocos centímetros del otro. Jack la besó con dulzura, con pausa, como si no tuviera prisa y Tina pensó que aquel hombre que revolucionaba su ser con una simple mirada o con un casual roce se había convertido en su marido... Pero ¿hasta cuándo? De repente, una punzada en el estómago la advirtió de algo: no quería perderlo. Entonces, ¿eso qué significaba?

«Joder, sí... Evidentemente me lo ha dicho, cuando lo sientas, lo sabrás... ¡¡Mierda!! Me he enamorado de Jack, estoy loca por mi marido... ¿Y ahora qué hago?», pensó, observando cómo él se ponía un preservativo y entraba lentamente en su interior, llenándola de nuevas sensaciones nunca antes vividas, notando cómo su ser se expandía, su corazón volaba y cada centímetro de su piel vibraba.

El sexo con él siempre había sido increíble, pero saber que lo que sentía era amor, hizo que aquella primera vez como marido y mujer fuera infinitamente mejor. No sólo eran dos cuerpos saciándose, eran dos almas entrelazándose, era el corazón de Tina abriéndose para dejarlo entrar. Gimió cuando él le estimuló el clítoris sin dejar de besarla, sin dejar de embestirla, pensando en las pocas opciones que tenía a su disposición para intentar que se enamorara de ella.

¿Cómo podía una chica como ella enamorar a un hombre como él?

Jack abrió la puerta de su apartamento para que Tina entrara y después la cerró tras de sí.

—¿Tienes hambre?

—¡¡Sííí!! —exclamó ella, mientras dejaba la pequeña maleta al lado de la puerta de su dormitorio.

—Voy a preparar algo de cenar. Si quieres puedes echarme una mano y así continuamos hablando —dijo Jack. Al pasar por su lado le acarició la cintura con suavidad para después darle un tierno beso en la frente.

Tina suspiró y pensó en todo lo que habían hecho hasta llegar allí. Habían desayunado en el hotel mientras hablaban de Las Vegas, de todo lo que le quedaba a ella por descubrir —pues Jack ya había visitado la ciudad hacía años—. En las pocas horas que pudo dedicar a hacer turismo, a Tina sólo le dio tiempo de ver el Strip, que era la avenida más famosa, el hotel donde se hospedaban, las Fuentes del Bellagio y la capilla donde se casaron, nada más. Pero Jack le habló del maravilloso paisaje del lago Mead, del increíble parque estatal del Valle del Fuego, de las increíbles vistas del Red Rock Canyon, del edificio más alto de Las Vegas, de la torre Stratosphere, de la montaña rusa del Casino New York, New York y, en entre otras cosas, de poder subir por lo menos una vez a la noria más alta del mundo del hotel Linq...

¡¡¡Quería hacer todo eso y más con él!! Lo peor no era darse cuenta de que su entusiasmo crecía a medida que Jack le hablaba de los lugares que se había perdido, sino, más bien, cerciorarse de que ansiaba compartirlo todo con él, ¡hasta lo más mínimo! Y eso sí era una novedad para ella...

Después de aquel increíble desayuno, se ducharon entre risas que terminaron en gemidos, para después salir al encuentro de Evolet y volver juntos a Chicago. Antes de marcharse, Tina se prometió volver a aquel lugar, quería ver todo lo que le había mencionado Jack y esperaba poder hacerlo de su mano... ¿Sería eso muy descabellado?

—Ya estás casada, ¿y ahora qué? —preguntó Jack, mientras sacaba de la nevera unos filetes de ternera y verdura para saltearla.

—Tengo que llamar al abogado —dijo ella lavándose las manos en el fregadero de la cocina para ayudar a Jack a preparar la cena—. Me dijo que tendría que ir a España a firmar la herencia...

—¿Qué sentiste cuando te dijo que tu padre había muerto? —preguntó él con curiosidad, pues de ese tema aún no habían hablado.

—Lo único que sentí fue que había perdido cualquier posibilidad de volver a encontrarme con

él —susurró, mientras cortaba pimientos sobre una tabla de madera—. Sé que suena a cuento de hadas, pero tenía la ilusión de que algún día él volviese a entrar en mi vida, aunque ahora eso ya no importa... Lo único que me queda de él es esa carta, por eso deseaba tanto leerla... —musitó, encogiéndose de hombros.

—Quiero ir contigo a España, Martina... —murmuró Jack, diciéndole su nombre completo, algo que la hizo mirarlo asombrada—. Tienes un nombre precioso...

—Me lo puso mi padre —contestó, reprimiendo un suspiro—. Recuerdo aún su voz cuando me llamaba así; mi madre, desde que yo era bien pequeña, utilizó el diminutivo. Supongo que a ella no le gustaría tanto... Pero Jack, puedo ir sola a España. Tú tienes aquí a Ryan y tu trabajo, no quiero molestarte más de lo que ya lo he hecho...

—Puedo escaparme unos días —dijo él sonriéndole con ternura—. Además, no te lo he preguntado, quiero ir.

—Vale... Mañana llamaré por teléfono y concertaré una cita con el abogado.

—Perfecto.

—Por cierto, Jack..., gracias por todo lo que estás haciendo por mí...

—No hay de qué —contestó él, guiñándole un ojo y haciendo que el corazón de Tina se acelerara todavía más.

—Quería comentarte una cosa —empezó ella, volviendo a cortar los pimientos—. He pensado que es mejor que nadie de nuestro entorno, a excepción de Evolet, que ya lo sabe, sepa que estamos casados.

—Sí..., yo también creo que es mejor —dijo Jack, dándole la vuelta a los filetes en la sartén.

Tina cerró los ojos, sintiendo como si un puñal se le clavara en el pecho.

«¿Qué querías que te dijera? No, Tina, ¡gritemos a los cuatro vientos que somos marido y mujer! A veces eres demasiado optimista... Con la suerte que tienes, el mismo día que tengas la carta en las manos, él te pide el divorcio», pensó y ese pensamiento la hizo sentirse mal...

Terminaron de preparar las cosas y cenaron intentando dejar a un lado cualquier conversación que los tuviera como protagonistas a ellos dos, de modo que sólo hablaron de Chicago, de Grupo 87 y del hospital.

—Creo que me iré a dormir —dijo Tina, después de recoger con él la cocina, dejando el trapo sobre la encimera.

—A mi cama, claro —susurró Jack, cogiéndola de la cintura y dándole un beso en los labios.

—¿A tu cama? —repitió, sintiendo cómo, de nuevo, todo su cuerpo se revolucionaba y sus fantasías de que aquello podía salir bien aumentaban a la velocidad de la luz.

—Sí —contestó él, mientras rozaba su nariz con la de ella—. Seguimos siendo amigos especiales..., ¿no?

—Sí, claro... Hasta que uno de los dos...

—¡Exacto! —la interrumpió, Jack para después besarla con una devoción que la dejó temblando como una hoja—. Vamos a la cama, señora Thompson —añadió con sorna, haciéndola

sonreír como una boba—, que mañana nos espera un día movidito.

Tina asintió deseando que aquello durara para siempre. ¿Y si alargaba un poco más el dulce momento? Podría utilizarlo para intentar enamorarlo, aunque no tuviera ni idea de cómo hacerlo... Se encaminaron hacia el dormitorio y ella miró sus dos manos unidas, como si fueran una pareja de enamorados y no sólo unos amigos con derechos.

Estaba casada con él y haría todo lo necesario para seguir estándolo. Sabía que era una locura, pero era la primera vez en su vida que sentía que amaba a alguien.

\* \* \*

—¿Hoy no doblas turno? —preguntó Evolet en cuanto la vio entrar en los vestuarios, después de terminar la jornada laboral en el hospital.

—No. Creo que se ha acabado ese martirio —contestó Tina con una sonrisa.

—Claro, suertuda. Ahora eres la señora Thompson y estás forrada —soltó, haciendo que Tina gesticulase para que se callase o, por lo menos, que bajara la voz. ¡No quería que nadie se enterara de su reciente boda!

—No es por eso —explicó—. Es que quiero estar más tiempo con Jack —confesó con expresión de dicha—. He pensado en darle una sorpresa y presentarme en su oficina.

—Parece que habéis vuelto a enrollaros, ¿no? —comentó Evolet, asintiendo conforme—. ¿O hay algo más que no me hayas contado?

—Evolet... —susurró Tina mientras la cogía del brazo para salir juntas del hospital—, estoy enamorada.

—Ya me temía yo que te ocurriría eso... ¡Estos hombres son así! Nos provocan, nos excitan y al final nos enamoran como bobas... ¿Se lo has dicho?

—No, ¡no! —exclamó, negando con la cabeza—. No quiero asustarlo... Ya tendrá suficiente con volver a estar casado como para sumarle el hecho de que su mujer esté locamente enamorada de él... Pero ¡tengo un plan!

—¡Miedo me das cuando haces planes!

—No, éste es bueno —dijo ella entre risas. Parecía que su nueva amiga comenzaba a conocerla lo suficiente como para saber que sus planes, a la larga, causaban desastres—. Pero me tendrás que ayudar un poco... Tengo que conquistar su corazón, Evolet. No quiero separarme de él, quiero ser de verdad su mujer y no porque lo diga un papel.

—Puf... Es complicadísimo enamorar a un hombre como Jack, Tina...

—Lo sé, pero no imposible —contestó, agarrándose con fuerza a esa idea—. Por eso voy a demostrarle lo maravillosa y sensata que soy, lo perfecta que puedo ser para él y... ¡cualquier idea que tú me des! —concluyó, haciendo reír a Evolet.

—¡Suerte!

—Uf, no me digas eso, que la suerte siempre corre más que yo... Si lo consigo será por

cabezonería —replicó Tina—. Bueno, te dejo, voy a comprarle un café y a ver donde trabaja mi... ¡maridito! —soltó con gracia, mientras Evolet sonreía divertida.

—Mañana nos vemos, cabrona, y disfruta mucho de tu luna de miel...

—Sí y si se te ocurre algo para conquistar su duro corazón, ¡¡no dudes en decírmelo!!

Se despidió de ella con la mano, entró en un Starbucks cercano, compró un café y se dirigió al edificio Aon Center, donde tuvo que preguntar en qué planta estaba el estudio de arquitectura de Grupo 87. Subió en el ascensor, sintiendo que le temblaban las manos. Esperaba que a Jack lo sorprendiese su visita y que eso la hiciera sumar un puntito para llegar a su corazón de *playboy*. En la planta ochenta y tres, la última de aquel inmenso edificio, bajó y se dirigió a las oficinas. Al entrar, lo que más le llamó la atención fueron las grandes letras plateadas en relieve encastradas en la pared con el nombre de la empresa. En recepción, una bonita mujer rubia, con el cabello largo recogido en una alta coleta, le sonrió.

—Bienvenida a Grupo 87, ¿en qué puedo ayudarla? —le preguntó con amabilidad.

—Hola, buenas tardes —dijo Tina, sintiéndose fuera de lugar e imbécil por haber ido allí—. Querría ver a Jack Thompson.

—¿Tiene cita?

—No, pero soy una amiga —dijo ella mirando el vaso de café y notando cómo las mejillas se le teñían de rojo.

—Lo siento, pero sin cita no puedo dejarla pasar —comentó la recepcionista con gran profesionalidad.

—¿Puedes decirle que Tina quiere verle?

Lizzie dudó un segundo y miró a ambos lados del pasillo, pero en ese momento no se veía nadie. Al final claudicó, cogió el teléfono y...

—¿Tina? —dijo Eva, saliendo de su despacho y caminando hacia ellas—. No sabía que vendrías —añadió, mientras le daba un par de besos en las mejillas.

Lizzie colgó el teléfono y observó la escena.

—Quería que fuera una sorpresa —contestó Tina con una tímida sonrisa—, pero no pensaba que no me dejarían entrar.

—Uy, ¡esa historia me la sé yo! —exclamó Eva, echándose a reír por su propia gracia, algo que Tina no entendió. Seguramente sería alguna anécdota suya—. Anda, ven conmigo, que te diré dónde está Jack —añadió, mientras le guiñaba un ojo a Lizzie y la guiaba hacia el interior de las oficinas—. ¿Qué tal por Las Vegas? Menudo susto nos diste...

—No era mi intención asustaros y mucho menos obligar a Jack a rescatarme. Parece que se dedica a eso exclusivamente —dijo con una sonrisa—. Por eso le he traído un café. Quería hacer algo por él...

—Claro —respondió Eva sin dejar de observarla, mientras recorrían lentamente un largo pasillo flanqueado por puertas, donde los colores predominantes eran el azul y el plateado—. ¿Y

qué pasó? Nuestro Jack lleva una temporadita escaso en palabras y sólo nos ha hecho un breve resumen de vuestra fugaz estancia allí.

—Nada, nada... —contestó Tina rápidamente—. Lo que te ha contado Jack es lo que pasó.

—¿Y qué es? —preguntó Eva enarcando una ceja, haciendo que Tina titubease.

Pero en ese momento, como si la hubiese oído, Jack salió de su despacho, tan impresionante como siempre, con un traje a medida oscuro y una camisa blanca que contrastaba con su piel ligeramente bronceada por el deporte al aire libre. Sonrió como una bobalicona al tenerlo delante y él pasó de la sorpresa a la seriedad en segundos.

—¡Tina! —exclamó, mirándolas a ella y a Eva—. ¿Ha pasado algo?

—No, no... He venido a traerte un café... —dijo, sintiéndose observada tanto por Jack como por Eva.

—Oh... ¡gracias! Pero pasa, pasa... —la apremió para que entrara en su amplio y moderno despacho—. Eva, ¿querías algo?

—No, sólo he acompañado a Tina —contestó su compañera con una sonrisa mientras se daba la vuelta.

—Gracias, Eva —le dijo Jack, antes de cerrar la puerta de su despacho y observar con atención a Tina.

—Creo que no ha sido buena idea venir... —bufó nerviosa—. Debía haberte llamado antes, pero he salido más temprano del trabajo y he pensado en darte una sorpresa y... ¡no sé!, no he pensado que podrías estar ocupado o, simplemente, no apetecerte un café y claro...

—Está bien, Tina —dijo él con una sonrisa, interrumpiendo su extensa explicación. Cuando estaba nerviosa, ¡no podía parar de hablar!—. Gracias —añadió, mientras cogía el café y le daba un sorbo—. No esperaba que vinieras, por eso me ha extrañado verte...

—¿Estás ocupado? —preguntó Tina casi al borde de la histeria, pero estar en aquel lugar donde Jack era todavía más poderoso y perfecto la ponía en ese estado.

—No —contestó, dejando el vaso sobre la mesa y acercándose a ella con paso lento y estudiado, como si estuviera acorralando a su presa, aunque, a decir verdad, era al revés, Tina era la cazadora del corazón de aquel hombre—. ¿Has hablado con el abogado de tu padre?

—Sí... Nos espera dentro de dos días en Madrid, pero me ha dicho que una vez firmada la herencia y recogida la carta, no podré acceder a los bienes de mi padre hasta dentro de seis meses por lo menos, que es lo mínimo que debemos estar casados... —añadió con una mueca de miedo, sintiendo que las yemas de los dedos le cosquilleaban anhelando acariciarlo y hundirse en aquel cabello moreno que ansiaba despeinar.

—Vaya —bufó Jack con una mueca de disgusto—. No sé si podré soportar estar tanto tiempo casado contigo —susurró, mientras la atraía hacia él por la cintura y le acariciaba la mejilla hasta alcanzar sus labios con los dedos—. Seis meses, uf...

—Me imagino que será un contratiempo para ti —dijo Tina, intentando ocultarle la alegría que había sentido cuando el abogado le habló de esa condición—. Estarás deseando deshacerte de



mí...

—No puedo dejar de pensar en eso, Tina —musitó Jack mientras la besaba con ardor y la apretaba contra él, haciéndola gemir muy bajito, al notar cómo su cuerpo se preparaba para recibirlo.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Clive socarrón al entrar en el despacho de Jack y verlos besándose con tanta pasión que incluso habían comenzado a desvestirse.

—Joder, Clive, ¿no puedes una vez en tu vida llamar a la puerta? —preguntó Jack sin soltar a Tina, que se sentía azorada por aquella interrupción.

—¿Y perderme esto? ¡Ni de coña! —soltó el otro, jocoso, mientras se acercaba a ellos—. Hola, Tina... Veo que el viaje a Las Vegas os ha venido muy bien, ¿eh? —añadió, alzando rápidamente las cejas, haciendo que ella se sonrojase.

Jack, harto de las bromas de Clive, lo empezó a empujar fuera de su despacho.

—Pero ¿qué haces? Quiero hablar con esta monada que te tiene babeando por las esquinas. ¡¡Tina, te idolatro, has conseguido sacar la versión más canalla de mi amigo!! —exclamó Clive sin oponer mucha resistencia, pero eso sí, disfrutando de que, por primera vez desde que se conocían, Jack lo estaba echando a patadas de un sitio, simplemente para quedarse con una mujer a solas.

—Que nadie nos moleste —dijo con seriedad, antes de cerrarle la puerta en las narices y deslizar el pestillo para que no hubiera más interrupciones.

—Atención, señoras y señores, demos un fuerte aplauso porque aquí, el señor Thompson, el ser más centrado, cabal y sieso de Chicago..., ¡va a follar en la oficina! —soltó Clive desde fuera, haciendo que Tina y Jack se mirasen asombrados, para después echarse a reír a carcajadas.

—¿Por dónde íbamos...? ¡Ah, sí! Lo mal que lo voy a pasar durante estos meses que voy a tener que estar contigo —susurró Jack mientras se acercaba a ella para besarla, sin importarle nada más que ella y él.

Tina sonrió al bajarse del taxi, después del trayecto del aeropuerto al centro de Madrid, observándolo todo a su alrededor, escuchando el acento de sus habitantes, maravillándose al ver lo bonita que estaba la ciudad, engalanada con motivos navideños, descubriendo lo que era el frío seco y todo ello de la mano de Jack, su marido, el hombre que le había robado el corazón y le había dado sentido a la palabra «amor», haciendo que, por primera vez en su vida, se sintiera feliz...

Se dirigieron a la dirección que a ella le había enviado el abogado de su padre, cogidos de la mano como una pareja normal, algo que Tina deseaba lograr que fuera verdad. ¿Lo conseguiría? Esperaba que sí. Aunque intentaba pensar siempre de manera positiva cuando de Jack se trataba, no quería que su escasa suerte y su sino la hicieran meter siempre la pata y sentirse fuera de lugar.

—¿Estás preparada? —preguntó él antes de entrar en el despacho del abogado.

—Sí.

—Deberás traducirme la conversación, mi español es casi nulo.

—De acuerdo, aunque me comentó que era un mero trámite para poder acceder a la carta y a la herencia —dijo, poniéndose de puntillas para darle un beso en los labios—. Gracias por acompañarme, sé que no habría sido lo mismo sin ti.

—Estaba deseando hacer un viaje exprés a España, esto ha sido una excusa —contestó Jack haciéndola sonreír.

Al entrar, una mujer morena de rasgos marcados y curvas pronunciadas los hizo pasar al despacho de Roberto Moral, que al verlos se levantó para estrecharles la mano.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó en español aquel hombre de estatura baja, bigote frondoso y escaso cabello.

—Bien, sin problemas —dijo Tina con una sonrisa, tomando asiento delante de él.

—De acuerdo, una vez recibido el certificado de matrimonio, que atestigua que, en efecto, se ha casado, podemos proceder a la lectura del testamento —comentó en tono profesional.

Luego sacó un portafolios y cogió unos papeles.

—Su padre le ha dejado una propiedad en Zamora, donde él residía, se trata de una casa independiente de cien metros cuadrados; además de diez mil euros, que están en su cuenta bancaria y un todoterreno. Podrá beneficiarse de esos bienes materiales a partir del sexto mes de su matrimonio, fue una condición que puso y que ya le comenté por teléfono el otro día.

—Sí, lo sé, pero la carta me la podré llevar ahora, ¿no? —preguntó Tina, sintiendo cómo Jack

le acariciaba la mano con dulzura.

—Sí, en efecto —contestó, mientras le tendía un sobre marrón cerrado—. Sólo tiene que firmar aquí conforme está de acuerdo en los términos y aceptar pagar los impuestos de sucesión, y dentro de seis meses podrá tomar posesión de todo lo mencionado. También debo informarle que su padre está enterrado en el cementerio de Zamora por deseo propio y que los padres de éste, sus abuelos, siguen viviendo ahí... —Hizo una pequeña pausa—. Me puede llamar por teléfono con cualquier duda o consulta que quiera hacerme.

—Claro, muchas gracias —respondió Tina antes de firmar y después le explicó el asunto a Jack y le tendió el bolígrafo para que él también firmase como su cónyuge.

—Muchísimas gracias a ustedes, señores... Thompson —dijo el abogado, levantándose de la silla para estrecharles la mano.

—¿Todo bien? —preguntó Jack, al ver que ella no paraba de mirar el sobre que tenía en la mano mientras salían de allí.

—Sí, pero estoy muy nerviosa... No sé lo que me voy a encontrar en este sobre y...

—¿Quieres que vayamos a hacer turismo por Madrid?

—No... no tenemos mucho tiempo... —contestó, ahogando un lamento—. Jack... ¿y si saber la verdad no me hace sentir bien?

—Eso sólo lo descubrirás cuando leas la carta —dijo, apretándole la mano con cariño—. Eso sí, Tina, hazlo sólo cuando estés preparada...

Ella asintió mientras se subían a un taxi para volver al aeropuerto. Se dio cuenta de que no estaba lista para ver la tumba de su padre y mucho menos para tratar con unos abuelos de los que nunca había oído hablar. Necesitaba tiempo y, sobre todo, disipar sus dudas.

\* \* \*

Tina observó a Jack, que dormía plácidamente a su lado; llevaban tres horas volando y, aunque estaba exhausta, saber que tenía en la mano la información que había hecho que se embarcase en toda aquella locura que la había arrastrado a casarse con el que pensaba que era su archienemigo hacía que ella no pudiera dormir. Con lentitud, cogió el sobre, lo abrió y sacó la carta escrita de puño y letra de su padre. El mero hecho ver que la había escrito a mano, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Mi por siempre Pichurri, mi pequeña y traviesa Martina:

Si lees esta carta es que al final no pude reunir el valor suficiente para ir a verte y sincerarme contigo... Pero no estés triste, Pichurri, y mucho menos por tu viejo, cobarde e inútil padre... Me encantaría contarte que después de marcharme de tu lado todo fue perfecto, pero si te dijera eso te mentiría y es lo último que deseo hacer en esta carta, en la que me voy a abrir en canal, dejando al descubierto mis dudas y mis miedos y, sobre todo, los errores que me han llevado a echarte tanto de menos y a sentirme un fracasado... ¿Aún recuerdas los buenos momentos que pasamos juntos? Es lo

único que hago últimamente, pensar en ti, en cuando jugábamos en el jardín, cuando íbamos a pasear por el río y tu risa... Tu risa me ha acompañado durante todos estos duros años...

No sé si cuando falte ya habrás encontrado al amor de tu vida o, tal vez, hayas tenido que buscarlo para poder leer estas líneas, pero he querido que fuera así para asegurarme de que tuvieras lo que a mí me costó tanto encontrar: una persona con la que compartir tu existencia, pero sobre todo una persona que te valore tal como eres, sin querer cambiarte, sin juzgarte, simplemente amándote. Espero y deseo que ahora mismo, mientras estás leyendo estas palabras, lo mires y sepas que lo has encontrado...

Tina miró en ese momento a Jack, que dormía a gusto apoyado en el hombro de ella. Sí, lo había encontrado, aunque era difícil de explicar que su situación no era ni mucho menos tan idílica como su padre hubiese deseado... Reprimió un suspiro y continuó leyendo:

Sé que te debo más de una explicación y sobre todo una disculpa tan grande que temo no tener suficiente papel para poder enmendar mis errores. Me he portado como el peor padre del mundo, pero te prometo, Martina, que lo hice pensando que sería lo mejor para ti... Sí, sé que suena contradictorio, pues desaparecí de tu vida y no te he vuelto a ver, pero he sabido de ti durante estos años gracias a una persona muy querida por ti, que me enviaba cartas con fotografías y anécdotas que me alegraban y me llenaban el alma, haciendo mis días menos grises y vacíos... No te puedes ni imaginar lo que he extrañado no poder compartir todos esos momentos contigo, pero no debía dar ese paso, ni podía...

Creo que explicarte esto va a ser difícil, aunque no tanto como lo fue marcharme de tu lado, pero sólo espero que me perdones o, por lo menos, me comprendas... No he sido el mejor hombre del mundo, ni tampoco el mejor marido, ésa es la verdad. Las mentiras siempre han dictado mi vida, incluso fueron las causantes de que acabara en Galena, intentando alejarme de mis problemas, aunque, cómo no, me creé otros en aquel lugar y, con el transcurso de los años, me topé con mis peores miedos. Pero no nos adelantemos... Quiero que lo entiendas todo, supongo que tu madre ni siquiera habrá hecho el amago de contarte nada sobre mí... Seguramente me lo merezco...

Conocí a tu madre a los pocos días de llegar a Galena, aún recuerdo lo impresionado que me quedé cuando la vi, era tan guapa que pensé que estaba ante un ángel. Pensé que la suerte me había cambiado y que había hecho bien en huir de España, así que la invité a salir un par de veces y de repente me vi metido en la planificación de nuestra boda, sin saber aún si la amaba... Como es fácil deducir, me casé con ella y te tuvimos, pero fue como si tuviese que hacerlo porque era lo normal cuando conocías a una persona... Sé que suena absurdo, pero no lo paré. Era la primera vez que me sentía parte de algo, que tenía a alguien a quien recurrir, alguien que, supuestamente, me apoyaba y me amaba...

Me equivoqué o, mejor dicho, nos equivocamos, pues tu madre tampoco me quería de esa manera, aunque siempre fingía que nuestro matrimonio iba a la perfección por el qué dirán... Lo intenté, Martina, te juro que hice todo lo posible por amoldarme a ella, por intentar que funcionara, más por ti que por mí, pero la realidad me hizo mella, comencé a sentirme alicaído, sin ganas de nada, mientras tu madre, simplemente, seguía aparentando que nuestra relación era un modelo que seguir. ¿Cómo podía dejar que creyeses que eso era normal entre una pareja?

Comencé a ausentarme de casa más a menudo, poniendo distancia entre ella y yo, para ver si así podíamos continuar por tu bien... Como imaginarás, nos estábamos haciendo daño, estábamos en medio de una relación tóxica, ella me hacía daño y yo se lo devolvía; y mientras, tú estabas en medio, observándolo todo, aprendiendo que "eso" era normal, ¡y era de todo menos normal!

Pero las cosas se complicaron aún más cuando los problemas que dejé en España me encontraron, por culpa de un mal traspíe que di... ¡Era como si ya no recordase lo que había dejado allí! Pero aunque a mí me pareciera que habían transcurrido milenios, no era así... Tu madre se escandalizó tanto al saber la verdad que me pidió el divorcio en el acto y me hizo jurarle que jamás intentaría contactar contigo... Prácticamente me borró de su vida. La verdad es que no la culpo, no lo hice bien, aunque con ella y contigo lo intenté con todas mis fuerzas...

Me repatriaron a España para juzgarme por mis delitos de hurto mayor con agravante y tuve que cumplir condena en la cárcel. Sí, hija, tu padre es un infame ladrón de guante blanco, que cometió el grave error de aliarse con alguien peor que él, y que al robo añadió el perjuicio de nuestra víctima...

Creí que podría dejar esa vida para crearme otra muy alejada de la anterior, pero también ahí fallé... Nunca huyas de tus problemas, Pichurri, al final siempre te acaban encontrando y las consecuencias siempre son peores...

Cuando salí de la cárcel, estuve tentado de volver a Galena para verte, aunque fuera una sola vez, pero tuve miedo, no sabía lo que tu madre te habría contado de mí y no quería que me despreciaras... ¡¡Sentía vergüenza de mí mismo!! ¿Cómo podía explicarte que me arrepentía de todo mi pasado menos de tenerte a ti?

Después de cumplir condena he intentado encontrarme a mí mismo, he aprendido a valorarme a pesar de todos mis errores, he intentado perdonarme por dejarte en Galena con tu madre y no ha pasado ni un día que no me acordara de ti. No he vuelto a reincidir, ¡de algo me ha servido sentir este pesar! El dinero que te he dejado lo gané de manera legal, igual que los bienes... Luego me enamoré de verdad, Martina, pude saber lo que se sentía, pude ser un poco feliz, porque del todo me era imposible serlo sin ti, pero he vivido unos años buenos con una mujer a la que le debo demasiado como para poderlo explicar aquí. Ella todavía vive en la casa que te he dejado, sabe que ahora depende de ti, pero comprende que necesitaba dejárselo todo a mi única hija...

Me encantaría que algún día la visitaras, que hablaras con ella, seguro que os lleváis bien. ¡Ella está deseando conocerte! Pero eso lo dejo a tu elección, sé que es pedirte demasiado, cuando llevas tantos años sin saber de la existencia de tu padre...

Creo que ya va siendo hora de despedirme, ahora ya sabes cómo soy y la verdadera razón por la que te dejé. Sólo espero que disfrutes del dinero, que te vayas de viaje o te compres lo que más quieras, aunque, la verdad, lo que más deseo en el mundo es que nadie te corte nunca las alas. Martina, sé tú misma siempre y nunca engañes a alguien que ames. Me encantaría que fueras tan feliz, que no supieras si vives o sueñas, que te sintieras enamorada de verdad y que fuera recíproco, y que perdones a este viejo que te ha querido con cada célula de su cuerpo, tanto, que ha preferido apartarse de tu camino para no enturbiar o manchar tu imagen.

Te quiero, Martina, ayer, hoy y siempre.

TU PADRE

Tina miró por la ventanilla del avión mientras apretaba las hojas contra su pecho. Jamás habría pensado que su padre fuera un delincuente, nunca habría imaginado que ésa fuera la razón de que las abandonara, y ahora, simplemente, se sentía vacía al saber la verdad, una muy alejada a las mil posibilidades que había barajado en esos años, pero que le daba una visión de su padre más humana, más real. Sintió que nunca desaparecerían los pocos recuerdos, pero todos maravillosos, que tenía de él...

—¿Estás bien? —preguntó Jack.

—No... —susurró mientras se volvía hacia él y sentía cómo los ojos le escocían por culpa de las lágrimas que se le agolpaban.

—Ven —dijo Jack, estrechándola contra su pecho en un abrazo reconfortante que la hizo sollozar—. Estoy aquí contigo... —añadió muy bajito, haciendo que Tina sintiera que se enamoraba todavía un poco más de él.

No hablaron, simplemente Jack la mantuvo abrazada con cariño, mientras le frotaba con delicadeza la espalda y Tina pensaba en su padre, que había pasado un calvario por culpa de sus errores del pasado. Ella no quería acabar así, no quería arrepentirse de cada locura que hiciera; había llegado el momento de ser responsable y de hacer las cosas bien. Y la primera era... ¡confesarle a Jack lo que sentía por él!

Tina entró en el ascensor del edificio Aon Center, pulsó el botón de la planta ochenta y tres y se dispuso a subir. Llevaba una semana casada con Jack. ¡¡Siete días tan maravillosos como increíbles!! Habían pasado todo el tiempo que tenían libre juntos y Jack comenzó a mostrarle aquella ciudad que a Tina la tenía totalmente maravillada.

Pudo pasear por la inmensa y conocida avenida Magnificent Mile, donde se concentraban las tiendas de las más reconocidas marcas y donde pudo cenar en un famoso restaurante de la ciudad, con vino, manjar selecto y la mirada oscura de Jack, que no dejaba de observarla; creyó que aquello era mejor que un sueño. Pasearon cogidos de la mano por el parque Millenium, donde pudo tocar la famosa escultura en forma de alubia, de un acero tan brillante que en él se podía ver reflejado el maravilloso perfil de Chicago, mientras Jack le explicaba que ese lugar era el preferido de Eva...

Subieron a un barco y recorrieron el lago Michigan al atardecer. Fue tan bonito y romántico que Tina supo que guardaría para siempre el recuerdo de ese momento, cuando él la abrazó por detrás, mientras contemplaban el cielo teñirse de un naranja cada vez más oscuro. Pasearon por el embarcadero Navy Pier, subieron a la noria y, cuando llegaron arriba del todo y ésta se paró, se besaron como un par de adolescentes. Incluso un día salieron a correr por el parque Grant, ¡aún al recordarlo sentía dolor en las piernas! Pero valió la pena cada segundo, sobre todo cuando Jack la llevó a la impresionante fuente de Buckingham, una de las más grandes del mundo, y tan bonita que Tina tuvo que pararse para mirarla con detenimiento. Era increíble mirar la ciudad desde allí, observar la línea de los rascacielos, el perfil, el sello de aquella ciudad, entre saltos de agua.

Ese lugar se convirtió sin ninguna duda en su favorito, sobre todo cuando Jack le cogió la cara y la besó con tanta dulzura y delicadeza que Tina temió que su corazón pudiera estallar de un momento u otro. ¡¡Jack era maravilloso!! Y ella aún no había encontrado el momento indicado para confesarle que lo amaba como jamás había querido a nadie y eso que lo había intentado varias veces, pero el miedo al rechazo seguía latente en ella, avisándola de que cuando se lo dijera, él se alejaría para siempre de su lado...

Salió del ascensor y se dirigió con paso seguro a Grupo 87. Al entrar, Lizzie le sonrió, ya estaba más que acostumbrada a verla por allí, pues Tina iba todos los días después del trabajo. Luego, Jack y ella se marchaban juntos al apartamento o a seguir descubriendo la ciudad. Se había convertido en una preciosa rutina que Tina deseaba que no se acabara nunca.

—Hola, Lizzie —la saludó—. ¿Está reunido?

—Hola, Tina, no. Además, creo que te está esperando —contestó haciéndola sonreír, porque todo lo que viniera de ese hombre le provocaba una sonrisa de dicha y un cosquilleo latente en su estómago. ¡¡Estaba enamorada hasta el tuétano de Jack Thompson!!

Caminó por el largo pasillo, pero antes de alcanzar la puerta de él, se abrió otra por donde salió la prometida de Owen Baker.

—¡Contigo quería hablar! —soltó Eva con gracia.

—Pues aquí me tienes —contestó Tina sonriendo y deteniéndose a su lado.

Se llevaba genial con ella y siempre que iba a la oficina acababan hablando de cualquier cosa. Tina deseó que esa amistad creciera igual que su relación con Jack, ¿sería eso demasiado pedir?

—Mañana me van a hacer la segunda prueba del vestido de novia y he pensado que te podrías venir —le propuso con una gran sonrisa. Tina se ilusionó tan sólo con poder compartir aquel momento tan importante con Eva—. Sólo vendréis mi mejor amigo y tú, y ¡¡no me puedes decir que no!! Aunque el sosaina de Jack no lo diga, ¡y anda que no lo achucho!, parece que lo vuestro va sobre ruedas, y las amigas especiales de mis amigos son también mis amigas —añadió.

—Bueno... nosotros no vamos en serio y no sé si estará bien que...

—Anda, mujer, ¡nos lo pasaremos genial! Y así podremos criticar a Jack sin que se entere —soltó Eva, mientras miraba detrás de Tina, algo que a ésta le extrañó.

Al volverse, se dio cuenta de que allí estaba el aludido.

—¿Ya estás enredando a la gente, Eva? —preguntó Jack, aguantándose la risa. Llevaba una carpeta bajo el brazo derecho y la mano izquierda metida en el bolsillo del pantalón. Decir que era guapo era quedarse corta.

—Es mi especialidad —contestó su amiga con una amplia sonrisa y después miró a Tina—. No acepto una negativa. Pasaré por el apartamento de Jack mañana a las diez. ¡Estate preparada! —concluyó, dándose la vuelta mientras le guiñaba un ojo.

—De acuerdo —susurró ella, mientras la joven cerraba su puerta y los dejaba a solas.

—Si no te apetece ir, dímelo —dijo Jack—. Eva es un encanto de mujer, pero le gusta salirse siempre con la suya...

—Sí, sí quiero ir, pero ¿crees que es buena idea?... ¡¡Ya me conoces!! ¿Y si meto la pata? Soy capaz, y lo sabes... Cuando me pongo nerviosa, empiezo a hablar sin parar y... ¿si le suelto la verdad? —preguntó bajito, tapándose la cara con las manos, aunque la verdad era que estaba ansiando gritarle a todo el mundo: «¡¡Estoy casada con Jack Thompson!!», pero sabía que no era una buena idea...

—Tina —dijo Jack, mientras le cogía la mano y detenía su parrafada—, simplemente sé tú misma. No tienes que estar nerviosa, a Eva le pareces muy simpática y Daryl es una persona muy agradable. Ya verás cómo lo pasarás bien.

—¿Has oído toda la conversación?

—Parte de ella, pero he supuesto el resto. Voy a recoger mis cosas y nos vamos —añadió, acercándose a ella para darle un beso en los labios que hizo que su corazón comenzara a aletear



con fuerza.

«Qué bonita sería la vida si él me quisiera», pensó, observando sus movimientos seguros, su manera de caminar y aquel cuerpo, oculto bajo aquel traje gris...

—¿Vamos?

Tina asintió y Jack la volvió a coger de la mano para salir de las oficinas, como una pareja más, como un par de enamorados, como lo que eran, marido y mujer... Nada más cerrarse las puertas del ascensor, Jack la besó con ansia, como si estuviera esperando esa parte del día para tenerla así. Tina gimió bajito al sentir las fuertes manos de Jack apretándola contra él y aprisionando su trasero cubierto por un vaquero ceñido. ¡Sí, ceñido! Pues cada día que pasaba se encontraba más a gusto con su cuerpo y se atrevía a lucir esa ropa que pensaba erróneamente que no sería para ella. Se dejó llevar por aquel beso que comenzaba a calentarse a pasos agigantados, hasta que el sonido de la campanilla del ascensor los hizo separarse entre risas.

—Nos van a echar por escándalo público —susurró Jack, dándole un beso en la nariz—. Me vuelves demasiado loco como para acordarme de que tengo que parar...

Tina sonrió satisfecha al oírlo decir eso, mientras observaba el ir y venir de la gente, sentía la caricia de Jack en su mano y su cuerpo pegado al suyo. Se volvió para mirarlo y se encontró con su mirada, que no había parado de observarla.

«Tienes que ser valiente, Tina, díselo. ¡¡Díselo!! ¿Y si él siente lo mismo por ti...?», pensó mientras se debatía entre hacer caso a su instinto o seguir aferrada a aquel miedo que le impedía sincerarse por completo con él. Sonrió mientras se ponía de puntillas para darle un pequeño beso en los labios, él le cogió con delicadeza la barbilla y lo devolvió.

—¿Hoy no me preguntas adónde vamos? —preguntó, acariciándole la larga trenza.

—No —contestó ella con una sonrisa.

—¿Ya te has cansado de hacer turismo?

—Al contrario. ¡Estoy deseando seguir descubriendo lugares! Pero me da igual adónde me lleves, sé que me gustará. Parece que me conoces bastante bien... —añadió. Era la primera vez que sentía esa confianza ciega en un hombre, en su pareja...

—Lo intento, aunque eres bastante complicada de descifrar... —dijo con una de sus mejores sonrisas, aquellas que resaltaban aquel hoyuelo que la volvía loca—. Por ejemplo, me he dado cuenta de que te encanta descubrir lugares con historia, que te vuelven loca las pizzas de Chicago, el chocolate caliente y que soportas muy bien el frío, algo normal, sabiendo que te criaste en Galena... Además, cuando te pones nerviosa o cuando alguien te descubre alguna de esas mentirijillas bastante peculiares que te inventas sobre la marcha... comienzas a hablar muy rápido, como si fueras una ametralladora, hasta que alguien te para... Eres dulce, amable, muy divertida y no estás tan loca como quieres hacer creer a todo el mundo...

—Uy, me temo que ahí te has equivocado, macho —soltó, haciendo que él se echase a reír, más por su manera de decirlo, como si se hubiese sentido ofendida por haberle dicho que no hacía tantas locuras—. Lo estoy y mucho.

—A ver, dime un ejemplo, ¿cuál ha sido tu mayor locura?

—¿Te parece poco irme hasta Las Vegas a casarme? —preguntó altanera, levantando su nariz respingona hacia él, haciendo que Jack se la besara con delicadeza.

—Ésa fue una locura compartida. Tiene que ser sólo tuya... —contestó, mientras hundía la nariz en el cuello de ella, haciendo que ronronease de gusto.

¡Le encantaba que hiciera esas cosas y mucho más en público! Era una manera de afianzar aquella relación a la que no podría ponerle nombre aunque quisiera... ¿Amigos especiales casados, pero con fecha de caducidad?

—Una vez —comenzó a decir y no pudo impedir sonreír al recordarlo—, me encapriché de un chico, era un par de años más mayor que yo. Por aquel entonces yo tenía diecisiete y él no me hacía caso, algo que era normal en mi vida... Averigüé que le encantaban las motos y me compré un mono de esos moteros, con el que aparecí por el bar donde se reunía con sus amigos. ¡Imagínate! Todo el mundo mirándome y yo con mi mono negro, un casco que me prestó Colin y sin moto...

—Estarías increíble vestida así.

—Lo que sí estaba era ridícula... ¡Fui andando de esa guisa! El caso es que me acerqué a él, comencé a hacer alarde de mi moto y, claro, como ya me avisó Adele antes de me metiera en ese lío, él la quiso ver... Salimos juntos del bar y yo intenté buscar una moto lo bastante potente que estuviera aparcada cerca, para decirle que era mía, con tan mal tino, que la que elegí en realidad era la suya. ¡Imagínate la cara que se me quedó cuando me lo dijo!! ¡Creía que me moría de vergüenza!

—¿Y él que hizo?

—Se echó a reír, menos mal que no se enfadó por mi engaño y me invitó a una copa...

—¿Fuisteis novios?

—Sí, pero poco tiempo... Siempre se quejaba de que era demasiado intensa para él y que prefería chicas más relajadas... Intenté ser más tranquila, pero nada, no pude y cortó conmigo.

—Nunca intentes ser alguien que no eres, Tina. Quien esté contigo tiene que aceptarte tal cómo eres, sin querer cambiarte en nada —dijo Jack con seriedad, haciendo que Tina lo mirase extrañada—. No cometas el mismo error que yo... —farfulló, mientras apoyaba su frente contra la de ella y le acariciaba la nuca con delicadeza—. Vamos, tenemos una locura que realizar —añadió, cogiéndola la mano.

—¿Una locura?

—¿Has patinado sobre hielo alguna vez?

—No, qué va, mi madre es dada a la exageración y nunca me ha dejado acercarme a una pista de hielo.

—Entonces será nuestra primera vez —comentó él con una sonrisa pícaro que la hizo sonreír.

\* \* \*

A Tina se le llenaron los ojos de lágrimas al ver a Eva subida en aquella pequeña tarima, mostrándole el vestido que había elegido para casarse con Owen, mientras la modista comenzaba a retocarlo, para que le quedara perfecto. ¡Estaba más que preciosa, estaba radiante! Y seguramente no se debía a aquel trozo de tela que todavía no caía con demasiada elegancia sobre su cuerpo, sino por haber encontrado a la persona que hacía que le brillaran los ojos y que la hacía sonreír de dicha. Verla tan enamorada y feliz hizo que Tina se diera cuenta de que ella estaba irremediabilmente perdida. Con Jack lo quería todo, ¡todo!, y aunque se divertían juntos y cada día se conocían un poco más, sabía que lo que tenían no era tan real como lo que tenía Eva con Owen...

Recordar las palabras de su padre sobre la sinceridad y el amor la hicieron removerse incómoda en el sofá y ahogó un suspiro cuando Eva volvió al probador para cambiarse de ropa, mientras Daryl —que era un encanto de hombre y le cayó bien al instante— hablaba con la dependienta.

Tina rememoró la fantástica tarde del día anterior, cómo Jack y ella se rieron con cada caída en la pista de hielo, cómo se abrazaron entusiasmados al ver que habían comenzado a patinar y cómo al final acabaron besándose, anhelando el cuerpo del otro, y se fueron al apartamento de él para poder dar rienda suelta a aquella pasión que siempre surgía cuando se tocaban...

—Vas a estar preciosa, Eva —le dijo en cuanto salieron de la tienda, después de haber brindado con champán y de haberse reído con los comentarios de Daryl.

—Gracias. Creo que va a quedar muy bonito cuando esté acabado del todo —contestó ella con una sonrisa resplandeciente—. Parece mentira que queden tan pocos meses para la boda.

—Y entonces te convertirás oficialmente en mi cuñada —dijo Daryl, mientras Eva lo cogía del brazo y le daba un beso en la mejilla.

—Y ya no te podrás escapar de mí —soltó ella entre risas, haciendo que Daryl se riera también—. Bueno, ¿y vosotros qué tal? —preguntó luego, mientras empujaba a Tina delicadamente mientras le sonreía.

—Bueno... Ya sabes...

—No, no lo sé, ¡por eso te lo pregunto! A Jack no puedo preguntarle por ti, es como si fuera un tema vetado, algo que no entiendo. Os he visto juntos y se os ve muy bien, la verdad.

—Lo estamos, aunque...

—Sí, la excusa de siempre —bufó Eva, sin dejarla acabar de explicarse, como si supiera exactamente lo que iba a decir—. Mira, Tina, los amigos de Owen son prácticamente mi familia y los quiero a rabiar, aunque a veces me entren ganas de zarandearlos para que espabilen, como me está pasando con Jack... Quiero que sepas, a riesgo de que se enfade conmigo, que lo pasó muy mal con su anterior pareja y tiene muchos miedos y dudas por culpa de ella... La quiso muchísimo, Tina, tanto que se olvidó de ser como es y se dejó influir por ella... Por suerte, cuando lo conocí ya estaban separados, si no, hubiese sido capaz de arrancarle el moño a esa

estirada —comentó, haciéndola sonreír—. Ten paciencia, Tina, se nota que le gustas, si no, no seguiría contigo... Ellos, los *macho men* de Chicago, ya sabes, ¡no repiten! —añadió, imitando una voz más masculina que los hizo reír.

—¿Los *macho men* de Chicago? —repitió Tina, pues le había hecho gracia aquella manera de referirse a ellos.

—Sí, claro, ¿no te has fijado que parece que cuando van a algún lugar arrasan con todas y las mujeres sucumben a sus encantos por inercia? —soltó Eva.

—¡Los rompebragas a distancia, sí, éstos son mi hermano y sus amigos! —exclamó Daryl con guasa, haciendo que Tina se echara a reír ante aquel apelativo que les venía tan bien a todos ellos—. Aunque Jack es el más normal de todos...

—Hace tiempo que no lo has visto, Daryl, creo que Clive lo ha abducido... —dijo Eva mientras negaba con la cabeza—. O eso, o su ex lo ha llevado al lado oscuro...

—Tina, es tu deber devolverlo a la luz. ¡No puede haber dos Clive! Chicago se hundiría en una debacle de seducción y sexo irrefrenable —soltó teatrero.

¡Tina se lo estaba pasando genial con ellos!

—Lo intentaré —contestó con una sonrisa.

—¿Y tú qué sientes por Jack? —preguntó Eva como si nada, haciendo que Tina la mirase nerviosa.

—Yo... —bufó, tratando de seguir el consejo de su padre e intentar decir la verdad, sobre todo a las personas que apreciaba—. Estoy completa y absolutamente enamorada de él... ¡Ya, ya sé..., es lo último que tendría que haber hecho! Pero... —susurró con una mueca de resignación.

—Pero no has podido evitarlo. ¡No sabes cómo te entiendo!

—Vamos a almorzar y a ponernos al día. No sabes la que lio aquí, mi querida amiga, cuando se dio cuenta de que se había enamorado de Owen... —intervino Daryl con guasa, haciendo que Tina se sintiera cómoda al haberles dicho la verdad.

¡A lo mejor era eso lo que necesitaba!

\* \* \*

Después de almorzar y de reírse hasta dolerle el estómago, Tina volvió al apartamento con una clara decisión: de ese día no pasaba. Jack debía saber la verdad.

—*Pichurri*, ¿todavía no ha llegado, Jack? —preguntó al animal cuando salió a recibirla entre saltos y lametones—. Venga, que nos vamos a dar una vuelta por el parque antes de que venga.

Y como si el cachorro la entendiese, echó a correr por el pasillo haciéndola reír. Tina le puso la correa, pero el sonido del timbre de la puerta la hizo mirar a *Pichurri* extrañada; éste se había puesto a ladrar y ella no esperaba a nadie esa tarde... Abrió la puerta y la presencia de una mujer alta, delgada, con una sedosa melena rubia y un vestido rojo tan llamativo como sus labios la dejó clavada en el suelo.

—¡¡*Pichurri*!! —exclamó Ryan, abalanzándose sobre el perro, para después abrazar a Tina, que se había quedado petrificada—. Mi mami me ha traído para que vea a *Pichurri*, lo echaba mucho de menos...

—Hola, soy Sherlyn... ¿Te hemos pillado en mal momento? —preguntó la mujer con un tono de voz estridente y soberbio que a Tina le hizo apretar los dientes con fuerza.

—Hola... Eh... ¡No! Me iba a pasear al perro.

—Mami, mami, ¿podemos ir con ella?

—Claro que sí —contestó Sherlyn mientras la miraba con menosprecio, sin darle opción a réplica.

¡¡Iba a pasear por el parque con la exmujer de Jack!!

Tina se sorprendió al darse cuenta del aguante que tenía. Relacionarse con la ex del hombre que amaba le resultaba difícil, pero lo hizo por el pequeño Ryan, esbozando además su mejor sonrisa, eso sí, sin mirar a la cara a aquella mujer de gesto imperturbable y pose desafiante. Salieron del edificio sin hablar, simplemente oyendo cómo Ryan le hacía mil carantoñas al cachorro, que se deshacía en mimos con él, sin dejar de mover la cola ni un segundo. Cruzaron la calle y se adentraron en el parque Grant, donde Tina accedió a darle a Ryan la correa para que comenzara a correr con *Pichurri*, bajo la atenta mirada de las dos mujeres. Se lo veía tan feliz de estar con el perro que observándolo Tina incluso se olvidó por un segundo de que a su lado se encontraba la exesposa de Jack. Seguían sin hablar; sin embargo, sentía su mirada escudriñadora, que le provocaba escalofríos...

—¿Conque tú eres el último caprichito de Jack? —soltó Sherlyn, sin venir a cuento, haciendo que Tina la mirase extrañada.

«¿Caprichito? ¿Perdona?», pensó, intentando entender algo.

—Creo que lo que seamos o no a ti no te tiene que afectar. Que yo sepa, Jack y tú estáis divorciados —contestó Tina, intentando frenar su lengua, que quería decirle muchas más cosas, sobre todo malsonantes, al más puro estilo Evolet y Clive juntos. Pero sabía que no debía; aquella mujer era la madre de Ryan, que se encontraba relativamente cerca de ellas.

—Ay, querida, esas cosas pueden cambiar en cualquier momento... ¿Te ha contado que siempre seré su gran amor? —añadió con una petulancia que a Tina le resultó casi increíble. ¿En serio Jack había estado casado con semejante mujer?—. Lo cierto es que no he venido sólo para que Ryan viera a ese chuchito tan feo, sino para ver con mis propios ojos si eras rival para mí... Llevo varios días oyendo a Ryan hablar de ti y de ese perro con el nombre más ridículo del mundo y por un instante he temido que Jack hubiese encontrado a una mujer mejor que yo. Pero querida, eres joven y poca cosa... —prosiguió con malicia, mientras le echaba una mirada a su atuendo con tanta soberbia y frialdad que Tina apretó los puños con rabia—. Jack ha bajado mucho en exigencia... Cuando nos separamos salía con mujeres, cómo te diría..., a mi altura, en cambio tú... ¡No entiendo qué habrá visto en ti!

—¿Y sabe tu actual marido que has venido a conocerme? —preguntó Tina, dándole mentalmente las gracias a Eva por esa información que le había facilitado precisamente ese día. Ahora la podía utilizarla para defenderse, porque lo que tenía claro era que aquella mujer había

ido hasta allí para ofenderla y marcar territorio... ¿Con qué motivo? Aún no lo sabía, pero se temía lo peor...

—Derek está en Beverly Hills entrenando a un famoso, y sospecho que dentro de poco se convertirá en mi exmarido... —confesó, mientras se apartaba su sedosa melena rubia y le mostraba el poderío y la confianza en sí misma que poseía con cada movimiento que hacía—. Me he dado cuenta de que quiero volver con Jack. Es más, esta noche, cuando venga a casa a cenar conmigo y con Ryan, intentaré que él también se dé cuenta de que quiere volver conmigo.

—¿Có... cómo? —tartamudeó Tina mirando a Ryan, que iba varios pasos por delante, ajeno a lo que su sofisticada y repelente madre le estaba diciendo, una información que se estaba clavando en su recién estrenado corazón con tanta saña que temía no poder curar jamás esa herida.

—Sí... ¿Jack no te lo había dicho? —preguntó, fingiendo un suspiro que hizo que Tina enarcara una ceja. ¿De verdad seguía enamorada de su exmarido aunque se hubiese casado con otro?—. Sé que él me sigue queriendo, nuestro amor era tan fuerte e increíble que no puede olvidarse tan fácilmente y, bueno, me he dado cuenta de que nunca encontraré a otro hombre como él... Quiero volver a seducirlo y ten por seguro que lo lograré —concluyó con altivez, mientras levantaba la cabeza con orgullo.

—¿No has tardado mucho en darte cuenta?

—Más vale tarde que nunca, bonita... Además, tenemos un hijo en común, eso me hace ganar por goleada ante cualquier niñata como tú —soltó con malicia, mirándola un segundo con desprecio, para después mirar a su hijo.

—Entonces, aparte de ver lo poca cosa que soy y de avisarme de que Jack esta noche no vendrá a cenar a casa, ¿a qué has venido?

—Querida, es muy simple, he venido a avisarte de que quiero que salgas del apartamento de *mi* hombre, pero sobre todo quiero que salgas de su vida y de la de mi hijo. Las familias tienen que estar unidas y sé que yo puedo hacerlo feliz. Aún me mira de esa manera tan especial, sé que aún me desea y que sigue loco por mí... Nunca me ha olvidado y te puedo asegurar que nadie conseguirá que se olvide de mí. Lo conozco mucho más que tú. Yo encajo en su mundo, sólo tienes que mirarme y mirarte a ti... —añadió señalando su vestido de Prada rojo y los vaqueros desgastados y la cálida chaqueta amarilla de Tina—. Si quieres, puedes llevarte a esa bola de pulgas. No quiero que mi hijo se infecte con ese perro callejero... —concluyó con desdén, haciendo que Tina apretara los puños con impotencia, deseando dar rienda suelta a la furia que la carcomía por dentro.

«Virgencita de las exmujeres repelentes, ¡ayúdame a no pegarle un soplamocos a esta tiparraca!», pensó Tina, intentando serenarse.

—¿Y Jack no tiene nada que decir respecto a este plan tan elaborado que has confeccionado mientras te estabas acostando con tu aún marido? —preguntó, tratando de aparentar una calma que en esos momentos no sentía.

—Querida, Jack hará lo que yo le diga —replicó Sherlyn con una páfida sonrisa que a Tina le

puso los pelos de punta—. Sobre todo, si puede estar más con nuestro hijo —añadió con astucia—. Ryan, querido, despídete del perro, ¡nos vamos a casa!

—¿Ya mami?

—Sí, corre, dale la correa a... la amiga de tu padre —añadió con retintín.

Tina se agachó para mirar al pequeño a los ojos.

—Jo, ¡no es justo! Yo quiero vivir con papá —bufó el niño, acercándose a Tina para darle la correa.

Ella lo miró, parecía alicaído, triste, y se le encogió el alma al verlo de esa manera tan alejada de cómo acostumbraba a ser...

—Dentro de poco lo haremos, ya lo verás —respondió Sherlyn, retándola con la mirada.

—No te preocupes, bichito, cuidaré bien de *Pichurri* —susurró Tina, sintiendo que la garganta se le cerraba al ver al niño así y saber que ella estorbaba...

—Lo sé, Tina —contestó Ryan dándole un abrazo que le supo a despedida—. Adiós.

—Adiós, Ryan... —murmuró Tina, levantándose y mirando cómo el niño se marchaba al lado de su madre, sin cogerla de la mano.

Se los quedó observando: Ryan cabizbajo, al lado de aquella mujer que parecía la madrastra de Cenicienta, fría y calculadora, y de repente, como si supiera que estaba pensando en ella, Sherlyn se volvió y esbozó una sonrisa, mientras alzaba la cabeza con orgullo.

Tina se dio la vuelta y siguió paseando a *Pichurri*, pero al poco el sonido de su teléfono móvil la hizo detenerse. Era un mensaje de WhatsApp de Jack. Al leerlo, no tuvo ninguna duda..., aquella mujer le había dicho la verdad.

Esta noche llegaré tarde. He quedado con los chicos...

\* \* \*

Estuvo esperándolo despierta, sentada en el sofá, observando cómo se deslizaban lentamente las horas, mientras acariciaba a *Pichurri* con mimo, sin poder dejar de rumiar las palabras que le había dicho la ex de Jack y dándose cuenta de que en esos momentos ella era el escollo que impedía que ese matrimonio volviera a ser feliz. Reprimió un sollozo al verse eliminada de la ecuación y pensó que no podía ser tan egoísta y querer estar en la vida de él simplemente porque lo amaba. Debía darle lo que necesitaba: a su hijo. Tina se había dado cuenta de que Jack lo adoraba por encima de todo y que haría cualquier cosa que el niño le pidiera, como volver con su madre...

Giró la cabeza cuando oyó el sonido de la puerta al abrirse y esperó pacientemente a verlo aparecer...

—Creía que te encontraría durmiendo... —dijo Jack con gesto cansado.

—No tenía sueño.

—¿Qué tal el día con Eva?



—Muy bien... —susurró, aunque ya ni se acordaba de lo bien que se lo había pasado con ella y con Daryl. Todo eso parecía tan lejano como si hubieran pasado semanas y no horas...

En ese momento estaba inmersa en un mar de dudas que sólo podría solventar Jack si se acercaba, si la besaba, si le decía que la amaba... Pero ¿seguiría con él sabiendo que Ryan no podía tener a su padre y a su madre juntos por su culpa? Tragó saliva con dificultad.

—¿Y tú?

—Bien, ya sabes... —resopló mientras se aflojaba la corbata.

Al hacerlo, Tina vio que tenía una marca de pintalabios rojo en el cuello y eso la hundió en lo más profundo de la desdicha, dándole el empujón que necesitaba para dar ese paso que le dolería tanto.

—Estoy cansado, me voy a ir a la cama, ¿te vienes?

—Luego iré... —contestó, observando que él ni siquiera había hecho amago de acercarse a darle un beso.

Jack se despeinó y vaciló unos segundos, como si estuviera dudando sobre algo, pero después se dio la vuelta y se marchó a su dormitorio, dejándola de nuevo sola...

Había estado con su exmujer, no había duda, y él y Sherlyn... Reprimió otro sollozo, que le salió de lo más profundo del pecho, notando cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos y empezaban a derramarse sin que se diera cuenta. Jack amaba a su exesposa, ya lo intuyó la primera vez que le preguntó por Sherlyn. Ella sobraba. Nunca la querría como a la madre de su hijo...

Se fue al dormitorio de invitados y se tumbó en su cama, donde dio rienda suelta al pesar que sentía, y entre lágrimas y lametones de *Pichurri* se quedó dormida, sabiendo que no había conseguido enamorar a Jack. Se sentía absurda por haber pensado que podía tener alguna posibilidad real con él. Ella era poca cosa y Jack... Jack era el hombre más maravilloso del mundo.

\* \* \*

Jack se despertó al oír cerrarse la puerta. Miró la hora en su reloj y se extrañó al ver lo temprano que era. Se volvió para cerciorarse de que Tina aún dormía a su lado y que ese sonido se debía a algún sueño o a algún vecino, pero al hacerlo se dio cuenta de que Tina no había dormido en su cama, su lado estaba intacto... Se levantó y *Pichurri* lo saludó con entusiasmo. Al pasar cerca de la habitación que había utilizado Tina, se asomó y vio extrañado que había dormido allí. Sin darse tiempo a pensar sobre ello, se encaminó a la cocina, donde encontró una breve nota sobre la encimera:

Hoy entro antes al trabajo. Nos vemos.

Se despeinó con frustración, mientras observaba la quietud de su apartamento cuando ella no

estaba. Se había acostumbrado ya a su presencia, a verla todas las mañanas, a charlar ante una taza de café, a sus risas, a su aroma a vainilla, a su aparente inocencia, a sus salidas, que lo hacían reír, a aquella manera que tenía de moverse, como si fuera poca cosa, como si no fuera atractiva... Cabeceó nervioso para desechar esos pensamientos; siempre que pensaba en Tina de esa manera, se obligaba a no seguir por esa línea. No quería pensar en el futuro. No quería complicarse ni recordar, una y otra vez, que se había vuelto a casar...

«Vive el momento», se dijo, mientras se preparaba el desayuno, para después vestirse y marcharse a la oficina, sintiéndose mal consigo mismo, dándose cuenta de que, otra vez, había caído en el mismo error...

Trabajar siempre había sido una vía de escape para él, poder concentrarse en cada proyecto, hablar con cada cliente y ver que todo marchaba como él quería era una manera infalible de frenar su mente, aunque ese día ni el agobiante trabajo lo hizo olvidarse de la noche anterior...

Ni siquiera salió a almorzar, aunque Eva y Clive lo invitaron a ir con ellos, pero él prefirió quedarse en su despacho y comer algo rápido que le encargó Lizzie, mientras seguía enfrascado entre papeles y pensamientos.

\* \* \*

—Hola, Jack —dijo Brian abriendo la puerta del despacho, después de llamar previamente.

Jack alzó la mirada y observó el gesto serio de su amigo, para después mirar la hora. ¡¡Debía haberse marchado a casa hacía una hora!! Aunque era algo normal en él quedarse más horas en el trabajo, no lo era tanto desde que Tina había irrumpido en su vida... Y, ahora que caía... ¿dónde estaba Tina? Normalmente iba a buscarlo al trabajo para luego marcharse juntos a casa o a dar una vuelta por la ciudad... Tal vez estuviera hablando con Eva...

—¿Has quedado con Clive? —preguntó Jack, estrechándole la mano a Brian intentando que no presintiera el embrollo que tenía en su mente.

—No —contestó su amigo, mientras se sentaba enfrente de él—. Vengo a verte a ti...

—Pues tú dirás —dijo recostándose en la confortable silla y sintiendo cómo sus músculos se quejaban de tantas horas en la misma postura.

Estaba deseando llegar a su apartamento, cenar algo con Tina y sentarse a su lado para ponerse al día... Necesitaba hablar con ella, verla sonreír y olerla... ¡Se había vuelto un adicto a su aroma a vainilla!

—¿Cuándo nos ibas a decir que te has vuelto a casar? —soltó Brian con gesto serio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jack extrañado, irguiéndose en la silla. ¡¡Eso no se lo esperaba!!

—¿Solo te preocupa saber quién me lo ha dicho? La respuesta es simple, aunque no tanto el porqué de esa locura...

—Tina... —susurró, sin entender por qué se lo había contado a Brian...

—Y mira, Jack, no me molesta que te hayas casado con ella a escondidas en un arranque de... ¿heroísmo?, ¿locura?... ¡Da igual! Lo que me cabrea, y mucho, es que no nos dijeras nada, ¡¡a ninguno!! Joder, ¡somos tus amigos!

—No sabía cómo contároslo... Es difícil explicar que me casé con ella porque la vi tan perdida y necesitada que no pude negarme a complacerla... —resopló, frotándose el cabello con nerviosismo—. El padre de Tina murió y, junto con la herencia, le dejó una carta en la que le explicaba las razones que había tenido para abandonarlas a ella y a su madre... El único requisito para poder acceder a esa carta era que estuviera casada. Por eso se marchó a Las Vegas y por eso mismo me casé con ella, para que pudiera leer las últimas palabras de su padre, lo único que tenía de él...

—Pues ha venido esta mañana a mi despacho para que redactara esto —dijo, tendiéndole un portafolios.

—¿Qué es?

—Los papeles del divorcio.

—¿Cómo?! —exclamó, cogiéndolo para leer que, en efecto, Tina le estaba solicitando el divorcio—. No lo entiendo. Para acceder al resto de la herencia, al dinero y a los bienes que tenía su padre, teníamos que estar casados seis meses...

—Lo único que sé es lo que me ha dicho, poca cosa, la verdad, pero según ella casaros fue una locura y cree que debe dejarte libre para que puedas rehacer tu vida...

—¿Libre? No lo entiendo...

—Ni yo... Aún estoy en *shock* tras saber que llevas casado con esa chica más de una semana...

—Tengo que llamarla —dijo, mientras cogía el teléfono y marcaba su número, pero Tina tenía el móvil apagado.

—¡¡Jack!! —exclamó Eva irrumpiendo con ferocidad en el despacho—. Dime que no es verdad.

—¿Está Tina contigo? —preguntó él sin ni siquiera prestar atención al visible enfado de su amiga.

—¡Por supuesto que no! Pero acabo de hablar con Evolet y me parece demencial lo que me acaba de contar.

—¿Qué pasa aquí? ¿Hay una reunión y me tengo que enterar de chiripa? —preguntó Clive entrando también en el despacho tras oír jaleo—. Haberme avisado y me hubiese traído el whisky. ¿Qué estamos celebrando?

—Que Jack se casó con Tina en Las Vegas —informó Brian.

—Joder, tío, lo tuyo es de órdago... —respondió Clive con sorna—. Mujer de la que se enamora, mujer con la que se casa.

—Pero Tina le ha pedido el divorcio... —continuó Brian, mostrando los papeles y haciendo que Clive abriera los ojos asombrado.

—Hostia, Jack, ¡¡Dos divorcios!! Eso ya es para hacérselo mirar —comentó Clive, sentándose

al lado de Brian y disfrutando de lo lindo al ver el rostro desencajado de su amigo.

—A ver... —dijo Jack, poniéndose de pie e intentando poner cierto orden, aunque era complicado, ¡ni él mismo sabía lo que ocurría!—. Eva, ¿qué te ha dicho Evolet?

—¿Es verdad que anoche estuviste con Sherlyn? —preguntó ella, haciendo que todos mirasen a Jack con atención, sin decir nada.

—¿Cómo sabes eso? —susurró él, frunciendo ligeramente el cejo, sin entender cómo era posible que Eva lo supiera.

—Vale, eso es un sí y ahora mismo me entran ganas de darte un buen bofetón —añadió Eva cabreada—. ¿No te das cuenta de que Sherlyn es una arpía controladora y manipuladora? Joder, Jack, ¡que ya la conoces! Y sabes que es capaz de todo... —resopló con desesperación—. ¿Sabes dónde estuvo por la tarde tu querida e idolatrada ex? Estuvo en tu casa, con tu hijo y con la pobre Tina, que tuvo que aguantar estoicamente que Sherlyn le dijera que iba a volver contigo, que esa misma noche ibas a ir a su casa a cenar con ellos. Pero lo peor de todo no fue ser despreciada por Sherlyn, sino que cuando llegaste al apartamento llevabas una marca de sus labios en el cuello y ni siquiera te acercaste a hablar con ella... ¡Y Tina te estaba esperando para hablar contigo!!

—Mierda —resopló, mientras se deshacía el nudo de la corbata, sintiendo que todo se descontrolaba a su alrededor, algo bastante normal cuando Tina se encontraba en medio—. No sabía que Sherlyn se hubiese presentado en mi casa...

—Ella y tú erais una pareja, aunque te cueste aceptarlo —terció Eva, cansada de tantos rodeos—. ¿Cómo crees que se sintió cuando Sherlyn le dijo esas cosas, Jack? Parece mentira que no te hayas dado cuenta aún. ¡Joder, que tú eres el sensato del grupo! —exclamó, desesperada de que éste estuviera eludiendo la verdad—. Tina, esa mujer tan maja, que, aunque hace las cosas de manera complicada, habla más de lo que actúa y tiene un corazón que no cabe en este edificio, está locamente enamorada de ti y está esperando un milagro para que te des cuenta de que tú tampoco puedes vivir sin ella.

—¿En serio? ¿Crees que ella me quiere? —preguntó, mirándola fijamente para ver si lo engañaba.

—¡Pues claro que sí! —gritó Eva levantando los brazos—. Por eso te ha pedido el divorcio, por eso ha dejado su trabajo, por eso se ha marchado... ¡Cree que lo mejor para ti es que vuelvas con Sherlyn!!

—¿Cómo puede pensar eso? No podría volver con Sherlyn ni en mil años. De verdad chicos que no es lo que parece... Es verdad que anoche fui a cenar con ellos, porque Sherlyn me dijo que Ryan llevaba unos días tristes y quería verme. No pude negarme, es mi hijo y me preocupé por él... Pero ¡no pasó nada, de verdad!

—¿Por qué le dijiste que ibas con Clive y con Brian? —preguntó Eva contraatacando, haciendo que titubease.

—Porque no quería que pensara cosas que no eran... No quería que se preocupara por algo que yo tengo más que superado. No he vuelto a pensar en Sherlyn de esa manera, no me importa esa

mujer, de verdad. Ya ni me afecta ni me influye y anoche me di cuenta...

—Pero volviste a caer en su juego... —resopló Eva, negando con la cabeza.

—Lo sé. Pero me sirvió para cerrar esa etapa de una vez por todas. Aunque ella lo intentó repetidas veces y con bastante persuasión, me di cuenta de que yo ya no era el mismo... Esperé a que Ryan se fuera a dormir para hablar con Sherlyn, le expliqué que nunca volveríamos a estar juntos y ella... me besó... —bufó incómodo.

—Y de paso te marcó como a un carnero, para asegurarse de que Tina lo viese... Menuda es tu ex... —comentó Clive, negando con la cabeza.

—¿Qué sentiste? —preguntó Eva en un susurro.

—Asco —susurró Jack, frunciendo ligeramente el cejo—. No siento nada por Sherlyn, no quiero volver a verla en mi vida y, sé que es difícil conseguirlo, pero lo lograré. Tengo que expulsarla de una vez de todo lo mío y considerarla sólo la madre de mi hijo, nada más. Me he cansado de ser su marioneta, me he cansado de que me utilice y ahora mismo estoy muy cabreado porque haya intentado hacerle daño a Tina... Joder, me siento un imbécil por no haberme acercado anoche a ella. Pensé que necesitaba tiempo para calmarme, para ver las cosas con cierta distancia, para serenarme después de todo lo que hablé con Sherlyn, para entender lo que de verdad quería en mi vida... Prácticamente no he dormido pensando en Tina, en lo que siento por ella, en cómo me siento cuando está en mi vida y ahora...

—¿Y qué vas a hacer con esto? —preguntó Brian levantando los papeles.

Jack los cogió y los rasgó por la mitad bajo la atenta mirada de sus amigos.

—No me pienso divorciar de ella... —dijo con una sonrisa—. He tenido dos bodas, una fastuosa y rimbombante, que recuerdo con un sabor amargo, y la otra alocada e íntima, que tengo grabada a fuego en mis retinas, y os aseguro, chicos, que por mí no habrá más.

Tina miraba la lluvia que caía de manera constante en la calle y se sentía igual de fría que ella, notaba cómo su cuerpo se marchitaba, cómo su ser se arrugaba al darse cuenta de que ahora sabía lo que era amar, pero también sabía lo que era que esa persona no te amara...

—¿Quieres un café? —le preguntó Adele acercándose.

—No... —susurró ella, sin dejar de mirar a través de la ventana de la casa de su mejor amiga.

—¿Por qué no le has dicho que lo querías? —preguntó Adele sentándose a su lado.

—Porque lo quiero demasiado como para hacerle eso, Adele... Él tiene que estar con la madre de su hijo y con el pequeño Ryan, no conmigo, aunque no pueda soportar este dolor.

—Pero él no te ha dicho qué quiere hacer.

—No hace falta. Lo conozco, sé que hará lo mejor para Ryan. Es un buen hombre... Una persona que me ha enseñado tanto, Adele, que nunca tendré palabras suficientes para agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Se lo debía...

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé... —respondió mirando su regazo—. He vuelto a la casilla de salida, acabo de dejar el trabajo y de nuevo estoy sin pareja; otra vez por mi mala cabeza, por haberme enamorado de un hombre que no puede ser para mí, aunque me hubiese gustado tanto, Adele... Pero no voy a llorar más. Me lo he prometido. Voy a rehacer mi vida, me buscaré otro trabajo y un apartamento... A lo mejor me voy a Nueva York o a Canadá —explicó, con una leve sonrisa—. Lo que sí sé es que no soy la misma. Jack me ha ayudado a ver que soy mucho más que una mujer que no piensa las cosas antes de hacerlas, dejándose llevar por sus locos impulsos; él me ha ayudado a quererme, a valorarme, a aceptarme tal como soy, con lo bueno y lo menos bueno, y eso es lo que voy a hacer. Me voy a querer, me voy a centrar en mí y voy a poner orden en mi vida, empezando por el principio: por mi familia. Después... bueno, siempre hay tiempo para pensar de nuevo en el amor. Aunque, para serte sincera, ahora mismo, sólo puedo pensar en él...

—Tina, Jack ha llamado a Colin...

—Espero que no le haya dicho que estoy en tu casa.

—Me temo que sí...

—Bueno, no pasa nada —dijo con un suspiro—. Seguramente estaría preocupado y querría saber dónde estaba... Siempre ha sido muy atento y protector, además de que le encanta controlarlo todo, o por lo menos intentarlo —comentó con una sonrisa—. Ahora mismo debe de

estar con su exmujer y con su hijo, es lo mejor... y yo me voy a ver a mi abuela. Creo que tenemos bastantes cosas de que hablar.

—Si quieres quedarte a dormir aquí...

—Si las cosas se complican en mi casa, vendré. Gracias por escucharme, Adele —contestó, mientras le daba un fuerte abrazo—. Tengo mucha suerte de tenerte como amiga.

—¿Y la suerte que tengo yo? Sin ti no me hubiese atrevido a salir con Colin y mucho menos aceptado casarme con él. Tú me haces ser valiente.

—Tú siempre has sido valiente, Adele... Igual que yo siempre he sido más sensata de lo que parece —replicó guiñándole un ojo y haciéndola sonreír—. Luego hablamos.

Tina salió de la casa de Adele sujetando con fuerza el paraguas; le encantaba los días lluviosos, el olor a tierra mojada, a limpio, la hacía renacer, algo que necesitaba con urgencia, pues no era sencillo saber que el único hombre al que había amado estaría en esos momentos con otra mujer... Entró en casa de su abuela casi a la carrera, sonriendo al notar las gotas heladas mojándole la cara.

—Abuela —la llamó desde la puerta, mientras dejaba el paraguas en el paragüero.

—Pero Tina, ¿qué haces aquí? —preguntó la mujer, levantándose del sofá al verla entrar.

—Uf, abuela, es una larga historia. Pero antes quiero hablar contigo seriamente —dijo, mientras se acercaba a ella, le daba un beso en la mejilla y se sentaba a su lado.

—Ay, cariño, ¿qué has hecho esta vez? De verdad, que tu abuela no está para estos sustos y...

—No he hecho nada. Bueno, creo... —Pero entonces se interrumpió y esbozó una sonrisa divertida—. Abuela, sé todo lo de mi padre...

—¿Có... —tartamudeó la mujer, extrañada de que su nieta supiera algo—. ¿Cómo te has enterado?

—Por mi propio padre...

—¿Lo has visto?

—No... —respondió con frustración—. Murió hace unos meses y me dejó una carta donde me lo explicaba todo.

—Oh, vaya... —balbuceó Alice, tapándose la boca con asombro—. ¿Sabes de qué ha muerto? Era bastante joven...

—Me lo dijo su abogado... Murió a consecuencia de un paro cardíaco; me comentó que tenía una afección crónica y que estuvo bastantes años con tratamiento, hasta que su corazón ya no pudo más...

—Qué pena... —susurró su abuela, realmente afligida.

—¿Por qué no me has contado que le enviabas cartas a mi padre?

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó bajando la voz, como temiendo que alguien la pudiera oír—. Cariño, hice lo que creí más oportuno. Tu madre no lo sabe y espero que siga así, no quiero que se disguste por la decisión que tomé. Sin embargo, no me arrepiento de haberle enviado cartas a Gonzalo, ni tampoco de haberle perdonado todas las mentiras que le dijo a mi hija... Todos

cometemos errores, algunos son más graves que otros, pero al fin y al cabo el ser humano es imperfecto por naturaleza. Lo importante es saber rectificar a tiempo y él lo hizo. Quiso tener otro tipo de vida y sé que te quería por encima de todo.

—¿Por qué mi madre no ha querido hablarme nunca de él?

—Tu madre es muy orgullosa y obstinada, cariño... Cuando se enteró de que se había casado con un delincuente, montó en cólera hasta el punto de hacerme prometer que nunca hablaría de él contigo... Creo que se sentía avergonzada de no haberse dado cuenta o de haberse casado demasiado rápido, no lo sé... Scarlett siempre quería ir por delante de sus amigas, algo de lo que intuyo que se arrepiente —bufó, negando con la cabeza ante aquella actitud de su hija.

—¿Por eso es tan controladora?

—Sí... No quería que acabaras como tu padre, aunque me temo que su exceso de control te ha hecho infeliz...

—Me han hecho desdichada muchas cosas, abuela, entre ellas tener ese tabú, anhelar saber cosas de mi padre y que me negarais esa posibilidad. Sé que tú lo hiciste por tu hija, pero nadie pensó en lo que yo necesitaba, en lo que deseaba de verdad y ahora... —resopló nerviosa.

—¿Ahora qué?

—Ahora todo se ha jorobado... He perdido la oportunidad de reencontrarme con él y saber la verdad sólo me ha hecho plantearme lo que estoy haciendo con mi vida. Creía que había encontrado mi lugar en el mundo, mi propósito y un hombre que me aceptaba tal como soy... Pero todo se ha ido al traste y mi vida está de nuevo patas arriba... —murmuró con tristeza—. Sin embargo, he aprendido una gran lección: nadie te puede obligar a ser lo contrario de lo que eres, porque cada persona, a su manera, es especial y única y debemos valorarnos tal como somos...

—Tina —susurró Alice con congoja—, nosotras te queremos tal como eres, cariño...

—A lo mejor tú sí, abuela, pero mi madre no. Ella siempre ha intentado que fuera de otra manera: más formal, más sofisticada, más responsable, más sensata... Pero ¡yo no soy así! —exclamó señalándose.

—Aunque creas eso, te digo que te equivocas. Tu madre te quiere, Tina, te lo aseguro.

—Abuela —dijo ella mientras la abrazaba con cariño—, gracias por haberle enviado a mi padre todas esas cartas. Cuando me dijo que se las mandaba alguien querido por mí, no dudé de que esa persona eras tú.

—Ay, mi pequeña polvorilla —sollozó su abuela, abrazándola a su vez—. Chicago te ha cambiado...

Tina sonrió. Era cierto que se sentía distinta, pero no porque hubiese cambiado mucho, sino porque se sentía más segura y conforme con su verdadera personalidad y todo gracias a cierto hombre que había revolucionado su corazón y la había ayudado a comprender que necesitaba quererse a sí misma.

—¿Dónde estás? —preguntó Scarlett, entrando como un ciclón en la casa—. Ah..., aquí, ¡claro! Me he tenido que enterar por las vecinas de que mi hija estaba en el pueblo... ¿Cuándo



ibas a pasar a verme, eh?

—Supongo que mañana —dijo ella con extrañeza al ver a su madre tan enfadada por esa nimiedad.

—¿Mañana? A eso he quedado reducida, Tina, ¿a ser el último punto de tu agenda? ¡¡Soy tu madre!!

—Lo sé —dijo ella, levantándose del sofá—. Sé que eres mi madre y me imagino que no habrá sido fácil criarme sola, pero ya no soy una niña. Tomo mis decisiones, te gusten o no.

—¿Y qué locura has decidido ahora? Porque aún no entiendo qué estás haciendo aquí y no en Chicago, donde tienes tu trabajo y tu supuesto apartamento... —añadió, visiblemente cabreada, algo que Tina no entendía.

—Lo he dejado, ¡todo! —respondió ella con rotundidad—. Pero no te preocupes, mamá, me marcharé pronto para que puedas vivir tranquilamente con Hunter en vuestra nueva casa...

—Te juro que no te entiendo ¡y eso que lo intento con todas mis fuerzas! Pero al final voy a tener que darle la razón a Hunter: eres un caso perdido.

—Es posible que lo sea —susurró Tina encogiéndose de hombros—. Pero no te preocupes, que no te daré más quebraderos de cabeza. Me voy a quedar poco tiempo en Galena, como mucho un par de días, y luego me volveré a ir, para que nadie te vaya contando lo que he hecho o dejado de hacer. Ya sé que para ti eso es muy importante, más incluso que el bienestar de tu propia hija.

—¿¡Cómo?! Mira, Tina, no te consiento que me digas eso —soltó la mujer con rabia; su madre era de enfadarse poco, pero cuando lo hacía... ¡podía ser una fiera!—. He luchado mucho para que seas...

—¿Normal? —terminó Tina por ella con sorna, disimulando una sonrisa irónica—. Y lo soy, mamá, pero no soy como tú quieres que sea y ése es el problema. Como también fue el problema de mi padre. Intentas cambiarnos, amoldarnos a tus gustos, a tus preferencias, a tu manera de pensar y no te das cuenta de que nos haces daño.

—¿Has visto a tu padre? —bramó con tanta fiereza, que incluso Alice ahogó un grito al ver el rostro desenchajado de su hija.

—No, gracias a ti. Mi padre ha muerto creyendo que no merecía que lo volviera a ver y tú me has arrebatado la única posibilidad que tenía de reconciliarme con mi pasado, porque sólo has pensado en ti, como siempre haces.

—¡Tina! —soltó enfadada—, no tienes ni idea de lo que hizo ese hombre, de cómo me arrastró al fango por culpa de su pasado, de cómo me utilizó para encubrirse... No sabes por lo que tuve que pasar para que nadie se enterara de la verdad, todo lo que tuve que hacer para que estuvieras a salvo de las habladurías...

—Qué vergonzoso sería, ¿verdad, mamá? —soltó Tina con sarcasmo—. Igual de vergonzoso que tener una hija como yo... Pobrecita, ¡todo le pasa a ella! —añadió con marcada ironía, mientras gesticulaba con los brazos—. ¿Y has pensado en cómo estaba mi padre? Ah... ¡claro que

no! Estabas demasiado pendiente de lo que dijeran o no los vecinos... ¿O tal vez has pensado alguna vez que yo necesitaba saber más de él?

—Ese hombre desapareció por algo, Tina. No sé qué leches te habrá contado, pero la vida no es un cuento de hadas. Hay personas que te hacen daño, que con la suficiente información te pueden hundir, pero claro, tú vives en un mundo paralelo donde todo está permitido y donde todo vale. ¡Cada día te pareces más a tu padre! —soltó con furia, haciendo que Tina se irguiera con orgullo.

—Mejor ser como él, que creía en las segundas oportunidades y en el amor, que parecerme un segundo a ti, que estás más pendiente del que dirán y que eres tan fría como un trozo de hielo —masculló Tina con dolor, enfrentándose a ella por primera vez.

—Sí, tienes razón, es mejor que te vayas de una vez y que no vuelvas por aquí —soltó Scarlett con rabia, mientras señalaba la puerta de la casa.

—Gracias, mamá, es lo que pensaba hacer —contestó Tina, para después darse la vuelta y salir del salón.

—Pero Scarlett, ¿qué has hecho? ¡¡Es tu hija!! —oyó que le recriminaba su abuela.

—Ella no quiere ni escucharme, así es mejor para todos... —sollozó Scarlett, tapándose la cara con las manos.

Pero Tina ni siquiera se dio la vuelta, se limitó a ponerse de nuevo la chaqueta amarilla y salir de allí, cobijada bajo el paraguas, sintiendo como los ojos se le empañaban de lágrimas. Enfrentarse con su madre, decirle la verdad, no había servido de nada. Ella nunca la aceptaría como era. Jamás la valoraría. Jamás la querría.

Caminó en dirección al bar que acostumbraba frecuentar cuando vivía allí. Antes de entrar se secó las últimas lágrimas y traspasó el umbral. Dentro, el calor la hizo cerrar los ojos de gusto, ¡fuera hacía mucho frío!

—Pero ¡si los rumores eran ciertos! —oyó cuando se acercó a la barra para pedir un café.

Al volverse vio a Rob y se quedó extrañada ante su chulería.

—Supongo que a veces acertarán —susurró ella, mientras se sentaba en un taburete.

—¿Y dime, es verdad que has vuelto para quedarte? —preguntó Rob acercándose.

Tina vio que caminaba con dificultad, como si hubiese bebido demasiado, y que además estaba solo, algo bastante raro, porque siempre estaba rodeado de sus amigos.

—No, no me quedaré mucho tiempo... —dijo, mientras rasgaba el sobre del azúcar, se la echaba en el café y la removía, antes de llevárselo a los labios. ¡Qué calentito y rico estaba!

—¿Ya te has follado a Jack? —preguntó Rob muy bajito, mirando al dueño del bar, que los conocía desde que eran unos niños, pero que estaba lo bastante lejos como para no oír la pregunta.

Oír su nombre en labios de aquel hombre la hizo envararse y volver a recordar todo lo que la había hecho marcharse de Chicago...

—¿Tengo que hacerte un informe de con quién me acuesto y con quién no? —susurró, enfrentándose a su mirada ebria y lasciva, que la repasaba de arriba abajo.

—Has cambiado...

—No, te equivocas. He conseguido aceptarme tal como soy, que es muy diferente —replicó ella, antes de terminarse el café de un trago para después bajarse del taburete.

—¿Adónde vas?

—¿Y tu novia, Rob? —inquirió Tina a su vez.

—Me dejó por tu culpa —contestó con una mueca parecida a una sonrisa sardónica.

—Supongo que algo habrás hecho tú, ¿no? Yo no le dije nada, por si lo dudas... Soy de las que cumplen su palabra, Rob... —concluyó, mientras se ponía la chaqueta y pagaba la consumición.

—Si no hubieses venido aquella noche a recriminarme lo que sucedió hace doce años, ninguno de mis amigos se habría atrevido a hablar de ese tema. Pero claro, las personas que estaban aquella noche en el bar comenzaron a preguntar de qué hablabas y ellos les contaron lo que sucedió... —explicó con rabia.

—La verdad siempre sale a relucir, Rob, tarde o temprano. Nos vemos.

Volvió a salir a la lluvia y optó por ir directamente a casa de Adele. No quería hablar otra vez con su madre y se imaginaba que estaría aguardándola en casa de su abuela, así que, sujetando con fuerza el paraguas, echó a andar por las oscuras y gélidas calles de su pueblo.

—¿Adónde te crees que vas? —oyó que le gritaban, zarandeándola con tanta fuerza que el paraguas se le cayó al suelo y ella también.

Al mirar hacia arriba vio a Rob empapado de la cabeza a los pies, con el rostro desencajado por la furia y los ojos destilando toda la maldad que lo llenaba.

Tina se levantó del suelo intentando comprender qué ocurría y, sobre todo, el porqué de aquella surrealista escena.

—¿Qué quieres, Rob? —preguntó, sintiendo cómo la lluvia helada le empapaba el pelo y los pantalones se le pegaban a las piernas, totalmente mojados por la caída. Comenzó a tiritar, hacía mucho frío.

—Me he hartado de que siempre ganes. De que siempre haya alguien que te salve de mí... Quiero venganza —susurró él muy bajito, pero en un tono que le heló la sangre.

—¡Estás loco! Yo no te he hecho nada, es al contrario...

—Tú has arruinado mi vida, Tina... Mi novia se ha enterado de todo y me ha abandonado por tu culpa... Pero la cosa no queda ahí... Además, mis amigos me han dejado de lado, la oportunidad que tenía de convertirme en concejal se ha esfumado y no me queda nada en este pueblo, sólo la satisfacción de hacerte el mismo daño que tú me has hecho a mí... Todo esto es por tu culpa, hija de puta. Por no haberte follado cuando tuve la oportunidad, por ese caballero andante que siempre ha velado por ti, pero... ¡ahora no está aquí! —exclamó, mirando a ambos lados de aquella oscura y siniestra calle, mientras sonreía pérfidamente.

—Estás borracho, Rob, y hacer esto no te va a beneficiar, ¡al contrario! Te denunciaré y te meterán en la cárcel.

—Me importa una mierda donde acabe, ya lo he perdido todo, ¿no lo ves? Además, va a ser

divertido vengarme por partida doble... Me han dicho que vives con el nieto perfecto, ¿sois novios o sólo amantes? ¡Bah! Me da igual. Sé que voy a disfrutar de esto —concluyó mientras le acariciaba la cara, para después propinarle un fuerte bofetón que la hizo abrir los ojos asustada ante el seco golpe que hizo que le ardiera la mejilla—. Tina, siento mucho decírtelo, pero esta vez nadie va a venir a salvarte —añadió con voz afilada.

—Te equivocas —farfulló ella con rabia—. Me voy a defender yo —remató, mientras le daba un fuerte rodillazo en sus partes nobles, para después empujarlo y así lograr escapar de su agarre.

—Me encanta que luches —oyó a su espalda—. Así es mucho más divertido.

Tina corrió, con la lluvia dificultándole la visión, pero de repente Rob la alcanzó, la hizo caer al suelo y se puso encima de ella.

—Siempre me has parecido fascinante, tanto, que por un segundo envidié al nieto perfecto cuando me enteré de que vivías en su casa... Tienes que ser salvaje en la cama, ¿verdad, Tina? Por eso has conseguido a ese hombre por el que suspiran todas las jóvenes del pueblo —susurró lamiéndole el cuello con lascivia, provocándole una arcada; ella no paraba de moverse para poder escapar de él, pero la tenía bien cogida—. Aunque ahora no me interesas de esa manera. Ya estás demasiado usada, aunque puedo explorar otros recovecos de tu anatomía... Dudo que a ese cabrón le haya dado tiempo de profanar tu atractivo culo, ¿me equivoco? Humm... Claro que no. Sólo de pensar que te lo voy a reventar, que te voy a oír gritar, me pongo cachondo —añadió, intentando darle la vuelta sobre el suelo. Al ver que se resistía, le propinó otra fuerte bofetada que la hizo sentir el sabor de la sangre en la boca.

—Déjame, Rob... —gritó Tina con los dientes apretados, mientras le asestaba puñetazos y no dejaba de moverse ni un segundo para intentar soltarse, para poder huir de aquellas palabras que no deseaba que se cumplieran.

—No, Tina... —dijo él acercándose y mirándola con ojos de loco, con la clara determinación de hacerle mucho daño.

En ese momento, aprovechando su cercanía, Tina le mordió con toda la fuerza del mundo la mejilla. Rob gritó y se apartó ligeramente para tocarse el ensangrentado moflete, momento que ella aprovechó para arrastrarse por el suelo y huir.

—Ésta me la vas a pagar. Iba a ser suave, pero prepárate, porque vas a desear estar muerta —masculló él con desagrado, cogiéndole un pie para que no se fuera. Pero Tina contraatacó con una patada en la cara que lo tiró para atrás y se levantó con rapidez del suelo para echar a correr.

Era absurdo pensar que podía ganarle, Rob era mucho más fuerte que ella y mucho más alto, si la atrapaba de nuevo estaría perdida. Por eso corrió sin descanso sin querer pensar en lo cansada que estaba. Pero no podía acabar así, necesitaba hacer tantas cosas antes, hablar con tantas personas, que no permitiría que su vida acabara una noche lluviosa a pocos días de la Navidad... Recordó a Jack, sus labios, su fuerza, su manera de ser y todo lo que sentía cuando él la miraba, cuando la tocaba... No podía irse de este mundo sin haberle dicho que lo amaba, que era el único hombre que había querido, que gracias a él podía ser ella misma y que gracias a él había

conseguido hacer las paces con la anterior Tina, la que siempre se quejaba de su falta de suerte y seguía recordando un pasado que ya se fue... Se lo debía tanto a sí misma como a Jack, aunque después éste eligiera estar con su ex...

De repente, la luz de unos faros la llenó de esperanza. Rob estaba demasiado cerca y no podía desperdiciar la ocasión. A esas horas no solía haber mucho tráfico, tenía que aprovechar aquella oportunidad o morir en el intento.

Tina se bajó de la acera y comenzó a mover los brazos para que el coche la viese, aunque la escasa luz y la lluvia lo dificultaba. El miedo a que Rob la volviese a coger crecía a pasos agigantados. ¿Y si el conductor no la había visto? ¿Y si estaba todo perdido? ¿Y si su final había llegado?

Los segundos que tardó el vehículo en detenerse se le hicieron eternos, como si el tiempo pasara a cámara lenta, como si Rob aún pudiese cogerla y llevársela lejos, para cumplir su devastadora amenaza.

—¿Tina...? —susurró Adele al verla, mientras se asomaba por la ventanilla del conductor—. Pero ¿qué...?

—Vámonos, vámonos —dijo ella, entrando con rapidez en el coche y apremiándola para que volviese a ponerse en marcha. Pero en ese momento Rob se encaramó al capó del coche, haciendo que las dos amigas gritasen a la vez de pánico—. ¡¡Adele, aceleraaaaaaaaaa!!

—Pero ¿qué hace Rob aquí?

—Adele, por favor, pisa el acelerador o te juro que lo haré yo —pidió Tina nerviosa, haciendo que su amiga al fin reaccionase.

Por culpa de la lluvia y de la velocidad, vieron que Rob comenzaba a resbalarse del capó hasta quedar tumbado en el suelo.

—Pero... —susurró Adele sin dejar de conducir, intentando encontrar la lógica de todo aquello, mientras observaba por el espejo retrovisor cómo él se levantaba del suelo y gesticulaba con violencia con los brazos—. Oh, Dios mío, Tina —dijo al mirarla de reojo y ver su estado—, ¿qué ha pasado?

—Está loco, Adele... Me quería violar y matar —sollozó, sintiendo cómo el miedo y el frío la hacían temblar—. Menos mal que te he visto pasar...

—Te estaba buscando, Tina... Me ha llamado tu abuela preocupada, me ha contado que habías tenido una discusión con tu madre y, al ver que tardabas en llegar, he decidido salir a buscarte... He supuesto que habrías ido al bar.

—Sí y ahí me he encontrado con Rob y... —balbuceó, sintiendo que no podía dejar de llorar—. Está loco, Adele, loco....

—Vamos directamente a la policía. Tienes que denunciarle, esto no puede quedar así.

—Sí, sí...

Maltrecha, empapada y reconfortada con el cariño de su amiga, puso una denuncia contra Rob,

con una manta sobre los hombros. Relató todo lo ocurrido y la policía hizo fotos de su cara y de su cuerpo dolorido, en el que se podían ver unos incipientes moratones, que tendrían peor aspecto al día siguiente. Después, se marchó con Adele a la casa de ésta.

—Date una ducha caliente mientras te preparo un té —dijo su amiga al llegar, mientras la hacía pasar al cuarto de baño—. Dios mío, Tina —susurró abrazándola con cariño—, si tu abuela no me hubiese avisado y yo no hubiese decidido ir a buscarte...

—No lo pienses, Adele —contestó ella con una tímida sonrisa—. Me has salvado, eso es lo que cuenta...

Adele asintió y cerró la puerta al salir. Tina se acercó al espejo y observó horrorizada cómo tenía la cara, con las dos mejillas inflamadas y rojas y el labio superior partido, pero estaba viva y aquel loco no había logrado su propósito, eso era lo que contaba.

Se quitó la ropa empapada y se metió en la ducha, sintiendo que se estremecía por la diferencia de temperatura, como si el agua caliente fueran diminutas agujas que se clavaban en su piel. Cerró los ojos intentando entrar en calor, entre tiritones y dolor. Cogió el gel y comenzó a enjabonarse con lentitud, palpando los visibles moratones de la cadera, la pierna y el brazo... Ahogó un suspiro mientras se enjuagaba, para después lavarse a conciencia la larga melena, pensando en aquel último deseo que se le pasó por la mente cuando creyó estar perdida ante Rob: poder contarle a Jack la verdad, sincerarse de una vez por todas con él.

Sabía que no cambiaría nada su elección, seguramente en esos momentos ya estaría llevando sus cosas a la casa de su exmujer, pero ella debía hacerlo, ¿no?... ¿O era mejor callar sus sentimientos? Ahogó un sollozo, sin permitirse derramar una lágrima. Odiaba llorar, pero lo que más aborrecía era sentir la necesidad de rendirse... Y ella se había rendido tantas veces, eligiendo otro camino, distanciándose de lo que deseaba, obligándose a cambiar sus necesidades, que no sabía si había hecho bien en marcharse sin antes hablar con Jack.

Se secó y se vistió, sintiendo cómo las fuerzas volvían a abandonarla; supuso que sería el efecto de saber que había estado a punto de morir. Salió al salón en busca de su amiga y su marido y se encontró con su madre...

—Dios mío —sollozó ésta al verla aparecer, mientras se ponía de pie y se acercaba a ella. Sus dos amigos le sonrieron y las dejaron a solas—. Tina, yo... Cuánto lo siento, hija.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella con gesto cansado. Habían pasado tantas cosas ese día que no tenía fuerzas para nada...

—He venido a pedirte perdón, Tina... Siento tanto lo que te he dicho que no sé por dónde empezar —gimoteó la mujer, mostrándole lo realmente afligida que estaba—. Me ha contado Adele lo que te ha hecho Rob y... Si yo no te hubiese hablado así, si no te hubiese echado de casa, nada de esto habría pasado... —Sollozó con fuerza tapándose la boca con la mano, avergonzada por lo que había hecho—. ¡Tina, por favor, perdóname! No he pensado lo que decía... —dijo, mientras se secaba las lágrimas.

»Sé que lo hice mal en el pasado, la humillación de descubrir la verdad de tu padre me hizo

comportarme de manera cuestionable, pero en esos momentos creía que era lo mejor para las dos, aunque ahora me he dado cuenta de que sólo pensaba en mí... Siento mucho haber sido tan egoísta, no permitirte saber nada de tu padre, borrarlo de nuestras vidas sin tu permiso. Tenía miedo, ésa es la verdad. Miedo de que lo eligieras a él cuando cumpliera su condena, en vez de a mí, miedo de que te fueras de mi lado, de no verte nunca más. Miedo de descubrir facetas de él en ti... ¡No sabes las noches que he pasado llorando al imaginarme que podrías acabar como él! —resopló, mirándose las manos avergonzada—. He intentado hacerlo lo mejor posible, cariño. He intentado darte una vida buena, pero se me ha olvidado darte lo que necesitabas de verdad: mi cariño y mi comprensión. He creído que bastaba con protegerte e intentar que no cometieras más errores, aunque me temo que ése precisamente fue mi error y cada vez te alejabas más de mí...

»Tu abuela me ha hecho entender que necesitabas cometer tus propios errores, que necesitabas elegir por ti misma, aunque te equivocaras, aunque me doliera saber que querías ver a tu padre, porque lo que me hizo, aunque hayan pasado tantos años, todavía me duele... —reconoció, mientras daba pequeños pasos que la acercaban a ella—. Eres mi hija. Mi única hija y sólo deseaba que fueras feliz...

—¿Lo querías?

—Era demasiado joven, Tina, y me equivoqué al unirme a un hombre al que no conocía realmente. Pero me hizo el regalo más valioso de mi vida: tú —susurró, sin poder detener sus lágrimas—. Siento mucho que no hayas podido ver a tu padre de nuevo, lo siento de verdad, Tina... —soltó entre llantos—. No te puedes imaginar lo que te quiero, por favor... perdóname.

Ella observó a su madre, alicaída, derrotada, demostrándole lo que sentía, reconociendo lo que había hecho en el pasado, llorando sin cesar, apesadumbrada, diciéndole por primera vez en su vida que la quería... Bajó la vista, sabiendo que no podía culparla; muchas veces las personas pensaban que lo que hacían era lo mejor para sus seres queridos, aunque al final solía resultar lo contrario...

—Soy como soy y haré las cosas a mi manera, no a la tuya —susurró Tina, dando un pequeño paso hacia ella.

—Lo sé, lo sé, cariño... Perdóname por imponerte siempre mis ideas. Perdóname por haber intentado cambiarte. Tú siempre has sido mejor que yo, nunca has tenido miedo de demostrar a todo aquel que te mirara cómo eras realmente, mientras que yo siempre he ido ocultando la realidad, avergonzada de cómo soy y de todos los traspiés que he dado...

Tina suspiró y la abrazó con ternura, haciendo que su madre llorase aún más desconsoladamente al sentir que su hija la había perdonado, al recibir aquel abrazo que ella siempre le había querido dar, pero que nunca se había atrevido. Algo de lo que Scarlett se arrepentía, pero que iba a subsanar desde ese momento. Iba a decirle a su hija tantas veces como deseara lo que sentía por ella, cariño, amor, orgullo... Iba a demostrarle a Tina que confiaba en ella, que se había dado cuenta de que se había convertido en una gran persona y que la quería tal



como era. Pero sobre todo, lo que haría a partir de ese momento sería abrazarla más, demostrarle con acciones que en su corazón sólo cabía una persona y ésta era ella, su hija, su pequeña...

—Te quiero tanto, hija mía —sollozó sin dejar de abrazarla, haciendo que Tina sonriese.

—He preparado té —dijo Adele entrando en el salón, donde madre e hija se separaron un poco para mirarla.

—Yo me tengo que marchar ya... Hunter me espera en el coche —susurró Scarlett, mientras volvía a abrazar a su hija—. Mañana nos vemos, ¿vale?

—Claro —dijo Tina una tímida sonrisa.

Su madre se acercó y le dio un beso en la mejilla, para después salir de la casa de Adele.

—Vamos a sentarnos —dijo su amiga, poniéndole una taza de té caliente en las manos—. ¿Cómo estás?

—Bueno, hoy han sucedido demasiadas cosas como para que pueda asimilarlas todas —susurró, mientras bebía un pequeño sorbo del cálido brebaje—. ¿Has llamado tú a mi madre?

—No, ha sido ella la que me ha llamado a mí... Quería saber si estabas conmigo y le he contado lo que te ha sucedido. Enseguida ha venido a verte. Se nota que está realmente arrepentida.

—Sí... Creo que nos ha venido bien hablar de este tema, aunque nos haya costado tantos años afrontarlo...

—Me acaban de decir que Rob ya está detenido —informó Colin con gesto serio, entrando en el salón y dejando el móvil sobre la mesilla del centro antes de sentarse en el sofá de al lado del de ellas—. Jamás pensé que fuera capaz de hacer una cosa así...

—Ni tú ni nadie... —contestó Tina tras beber otro sorbo de té—. No sé qué me ocurre, pero siempre me sale todo al revés... Quise venirme a Galena para estar tranquila y poner distancia con... Jack —explicó, sintiendo que incluso decir su nombre hacía que se le acelerase el corazón — y me he topado con esto y con una bronca monumental con mi madre, aunque eso me haya ayudado a reconciliarme después con ella... —resopló confusa.

—A lo mejor el universo te está mandando una señal para que te des cuenta de que te estás equivocando y que tu lugar está junto a Jack... —dijo Adele como si nada.

—Joder, pues menuda manera de decírmelo. Podría haberme dejado un post-it en el espejo en vez de darme una paliza para que espabilase —se quejó con guasa. ¡Necesitaba bromear sobre aquel horrible episodio de su vida!

—Pero ¿ha funcionado? —preguntó Adele, observando cómo Tina sujetaba la taza con la mirada baja, pensativa.

—Es la primera vez en mis veinticinco años que quiero de verdad a un hombre y por esa misma razón me he apartado de su vida, porque he supuesto que era lo mejor para él... —susurró meditabunda—. Pero no le he dado la opción de elegir... Simplemente he dado por hecho que se iría con ella...

—¡¡Exacto!! —exclamó Adele con entusiasmo, al percatarse de que su amiga lo había

entendido—. ¿Y qué vas a hacer?

—Ahora mismo tomarme un analgésico y dormir... —contestó, mientras se tocaba con cuidado la magullada cara, notando que los párpados le pesaban—. Ahora no puedo pensar en cómo le diré a Jack que estoy enamorada de él...

—Ven, anda, que te acompaño —dijo Adele, ayudándola a levantarse del sofá, mientras Colin iba a la cocina por el analgésico y un vaso de agua.

—Tómalo —la apremió él al volver, dándole la pastilla y el agua.

Tina asintió, se lo tomó y le dio el vaso a Colin.

—Gracias por cuidarme —susurró luego, sintiendo que las pocas fuerzas que le quedaban se evaporaban con cada paso.

—Anda, anda, ¡no digas bobadas! Somos amigos, no hace falta dar las gracias —contestó Adele, mientras la guiaba a la habitación como si fuera una niña pequeña, la ayudaba a meterse en la cama y le daba un beso en la mejilla—. No me vuelvas a dar estos sustos...

—Te lo prometo —dijo Tina con un hilo de voz, acomodándose y quedándose dormida casi en el acto. Habían sido demasiados acontecimientos juntos y su cuerpo estaba exhausto.

Tina abrió los ojos sintiendo que le dolía todo el cuerpo. Se estiró y miró el techo y, de repente, recordó un dulce sueño que había tenido esa misma noche... Suspiró mientras sonreía al recordar la sensación de sentir de nuevo los labios de Jack sobre su piel, oler de nuevo su aroma característico; lo recordaba con tantos detalles que parecía que hubiese sucedido realmente. Reprimió un lamento de frustración y se dijo que tenía que salir de la cama; cuanto antes se pusiera en marcha, antes se libraría de aquella sensación negativa y casi apocalíptica de que jamás se volvería a enamorar de nadie como lo había hecho de él...

—Buenos días —saludó Tina al entrar en la cocina y ver a Adele y a Colin preparando el desayuno.

—Buenos... ¡Madre mía, Tina! —exclamó Adele, dando un paso hacia ella—. ¿Te duele mucho?

—No tanto como ayer, aunque tiene peor aspecto —contestó, pues se había visto en el espejo del aseo.

—Si quieres te puedo maquillar antes de salir —ofreció Adele con preocupación.

—No, no hace falta —respondió Tina con una vaga sonrisa—. No tengo que ser yo la que me avergüence de lo que pasó anoche, sino él —concluyó, con una seguridad que Adele nunca le había visto.

—Claro que sí. Vamos a reponer fuerzas y a hacer planes —dijo su amiga, mientras le daba un afectuoso abrazo y la guiaba hasta la mesa de madera.

—Pocos planes vamos a hacer, tengo intención de marcharme hoy, Adele. Necesito sentirme en movimiento y quedarme aquí parada sólo me hará recordar cosas que tengo que olvidar...

—¿Tan pronto?

—No es recomendable que te vayas tan rápido, Tina. Rob está en el calabozo, pero puede que tengas que volver a la comisaría... —intervino Colin, poniéndole delante un gran vaso de zumo de naranja.

—Claro, Tina, puedes quedarte hasta que acaben las fiestas o, por lo menos, un día más aquí, así me quedaré más tranquila al ver que estás mejor —dijo Adele.

—Está bien, me quedaré un día más. Ahora mismo no tengo ganas de celebrar nada y mucho menos la Navidad..., así que aprovecharé el día de hoy para buscar un apartamento y un trabajo y no irme a la ventura. Tampoco es que tenga muchos ahorros para hacerlo de esa manera... —

susurró, sabiendo que debía ser consciente de sus limitaciones económicas y Nueva York, el lugar por el que se había decidido, era una ciudad muy cara.

—¡Claro! Nos pondremos luego, ¿vale? Pero ahora vamos a desayunar —contestó Adele, mientras le ponía delante un plato con huevos revueltos y beicon que le hizo rugir el estómago. ¡¡Estaba hambrienta!!

—Podríais aprovechar la mañana e ir a Main Street... —sugirió Colin como si nada.

—¡Oh, qué fantástica idea! Tengo que comprar unos últimos regalos y podríamos mirar los escaparates. ¿Qué te parece la idea? —le preguntó Adele a Tina, visiblemente entusiasmada por pasear por la calle principal de Galena.

—Claro... Estaría bien.

—¡Genial! Ya verás, nos lo vamos a pasar fenomenal y podremos pensar juntas cómo le vas a confesar a Jack que lo quieres. Porque eso sigue en pie, ¿no?

—Sí... —susurró ella, sintiéndose nerviosa simplemente al pensar en ponerse delante de aquel hombre para contarle cómo habían variado sus sentimientos respecto a él. Del odio al amor, ¡así era ella!

Entre bocado y bocado, Tina escuchó a su amiga hablar con su marido de las fiestas navideñas, que estaban a la vuelta de la esquina, de los regalos que tenía aún que comprar, de que ésas serían sus primeras Navidades como marido y mujer y de lo fantástico que sería todo.

Tina ahogó un suspiro. Anhelaba precisamente eso, consciente de que lo había tenido al alcance de su mano e incluso lo había disfrutado durante un tiempo, pero que ya era historia pasada...

—¡Vamos a prepararnos, Tina! Luego podríamos a almorzar en el Durty Gurt's —dijo Adele mientras la cogía del brazo y se iban juntas a los dormitorios, para vestirse y prepararse para ese día.

\* \* \*

Caminaron cogidas del brazo por aquella concurrida calle, una de las más transitadas por los habitantes del pueblo y los turistas y, mientras Adele se detenía en varias tiendas a realizar sus compras de última hora, Tina se percataba de que todos los vecinos la miraban con atención... No le dio mayor importancia, tenía la cara amoratada y el labio inferior hinchado, era lógico que la mirasen con curiosidad, además de que, seguramente, lo que le había sucedido la noche pasada ya habría dado la vuelta a la población y todos sabrían lo que Rob le había hecho...

Se metió las manos en los bolsillos de la cálida chaqueta blanca que le había prestado Adele, porque la suya estaba todavía mojada, y se miró las botas marrones altas, de estilo *cowboy*. Menos mal que ese día había dejado de llover y se podía pasear con tranquilidad por las frías y húmedas calles.

—Hola, Tina —la saludó de repente Florence, una vecina que vivía en la misma calle que su

abuela y amiga de ésta—. Eres excepcional. ¡Enhorabuena! —añadió, para después darle un par de besos y marcharse sin darle opción a decir nada.

—¿Y eso? —preguntó Adele confundida.

—Ni idea... —contestó Tina, incluso más confusa que ella, pues no entendía por qué razón le había dicho ese piropo y la había felicitado... ¡¡No era su cumpleaños!!

Siguieron caminando y otro vecino, esta vez el dueño del bar que frecuentaban, se detuvo delante de ella.

—Tina, eres divertida y simpática. ¡Enhorabuena! —le soltó, para después marcharse, dejándola con la palabra en la boca.

—Tina —dijo al poco Davon, el hermano de Colin, parándose también ante ella—, eres una de las mujeres más auténticas y bonitas que he conocido. ¡Enhorabuena! —exclamó, antes de darle un par de besos y marcharse por donde había venido.

—¡¡Davon!! —gritó Adele, en un vano intento de saber qué sucedía esa mañana, pero él simplemente agitó la mano y siguió caminando.

—No entiendo nada... —dijo Tina.

—¡Tina! —la llamó alguien a su espalda. Al volverse vio a Savannah, la abuela de Jack, que caminaba hacia ella con los brazos abiertos. Cuando la alcanzó, la estrechó con fuerza—. Loquita y adorable, Tina, vales más de lo que crees. ¡Enhorabuena! —le dijo compungida, mientras le entregaba un sobre blanco antes de alejarse de ella.

—¡Savannah! —la llamó Tina, pero la mujer se volvió y le señaló el sobre, lanzándole un beso sin pararse.

—¡Ábrelo, por el amor de Dios! —exclamó Adele con entusiasmo y nerviosismo.

Con manos temblorosas, Tina levantó la solapa del sobre y sacó su contenido. Al ver aquellos papeles rotos por la mitad se quedó un segundo paralizada...

—¿Qué es? —preguntó Adele, sin entender que Savannah le hubiese dado un sobre con papeles rotos.

—La solicitud de divorcio... —susurró, tapándose la boca con la mano y mirando hacia los lados buscando a Jack. No podía creérselo..., ¡¡estaba en Galena!!

—No entiendo nada... ¿Para qué quieres una solicitud de divorcio hecha trizas?

—Adele... Me casé con Jack en Las Vegas y, antes de venirme aquí, le pedí el divorcio, pero él...

—¡¿Te has casado con Jack y no me lo has dicho?! —soltó Adele asombrada.

—Sabía que no te haría mucha gracia, por eso no lo hice... —contestó con una mueca nerviosa—. Pero... ¡los ha roto, Adele! —exclamó Tina con entusiasmo, porque aquello significaba algo, ¿no?

—No quiere divorciarse... —razonó su amiga, entendiendo lo que Tina quería decirle y el porqué de su sonrisa.

—No... ¡Tengo que encontrarlo! —exclamó con entusiasmo, pero al mirar hacia el otro lado de

la calle, vio que alguien la estaba observando—. ¿Brian? —dijo, mientras cruzaba hacia él seguida de Adele.

—Nunca te avergüences de lo que eres, Martina —dijo Brian con una sonrisa que la hizo reír a carcajadas, notando que toda la energía y el optimismo volvían a su ser. ¡La había llamado Martina! Y eso sólo podía significar una cosa...—. Esto es para ti y... ¡Enhorabuena! —añadió, mientras le daba un papel doblado, le guiñaba el ojo y se alejaba de ella.

—Hacia años que nadie te llamaba por tu nombre completo... —señaló Adele, observando a uno de los mejores amigos de Jack, que se marchaba con paso tranquilo.

—El primero en hacerlo fue Jack... ¡Madre mía, Adele, esto es una locura! —dijo ella, visiblemente emocionada. Desplegó el papel y vio que había una escueta frase escrita a mano:

Tú y tu manera de ver la vida es lo que necesito. Sigue las pistas...

—Por favor... ¡¡Qué bonito, Tina!! —exclamó Adele, cogiéndola del brazo para que siguiera caminando—. ¿Dónde crees que estará?

—No lo sé... —susurró, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Por qué lloras? —preguntó su amiga, al verla secarse los ojos con manos temblorosas.

—Porque no me creo que esto me esté pasando a mí... —sollozó compungida, sintiéndose como la protagonista de una comedia romántica, pero mucho mejor... ¡¡Era la realidad y le estaba sucediendo a ella!

—Pues créetelo y disfruta de cada segundo, porque te lo mereces, Tina, te mereces ser feliz de una vez por todas —dijo, dándole un beso en la mejilla—. Anda, mira, ahí está Colin... —añadió, señalando a su marido, que se encontraba apoyado en una fachada.

—Hola, Tina... Lo que más me gusta de ti es que te da igual ir con unos vaqueros anchos, con un vestido despampanante o con un pijama del tamaño de un dinosaurio. Tú me hiciste ver que no todas las mujeres sois iguales —dijo Colin, dejando a las dos amigas mirándose extrañadas—. ¡Enhorabuena!

—¡¡Tú también estás metido en esto y no me lo has dichoooooo!! —soltó Adele cruzando los brazos.

—Adele, luego hablamos, pero Tina tiene que seguir las pistas... —dijo él, dudando un segundo si continuar hablando. Al final, la mirada de su mujer le hizo saltarse un poco las normas—. Anoche vino Jack a casa, hablamos y pasó a verte a tu dormitorio. Es lo único que puedo decir. Ahora, sigue las pistas, Tina —añadió, para después darse la vuelta y alejarse de allí.

—¿No sabías nada? —le preguntó Tina a Adele, intentando comprender algo.

—¡Nada! Estoy como tú, alucinando con cada cosa e hipernerviosa —contestó su amiga sin dejar de caminar.

—¡Dios mío, Adele! Esta mañana he recordado un sueño que me había parecido demasiado real, Jack me besaba en la frente y... ¡ha pasado de verdad! —susurró Tina, con una sonrisa de dicha.

—Hola, Tina —la saludó Eva, acercándose casi a la carrera junto con Owen. Ella sonrió al verlos de nuevo—. Ser espontáneo y hacer locuras fue lo que me hizo abrir los ojos a la realidad —susurró Eva mientras le guiñaba el ojo.

¡¡Ahora Tina lo entendía todo!! Esas frases que le estaban diciendo sus vecinos y amigos de Jack eran cosa de éste, le comunicaban lo que él pensaba de ella...

—Por cierto —añadió Eva—, ¡enhorabuena!

—Tina, el agua es la clave —dijo Owen apretándole con cariño el brazo, para después marcharse con Eva.

—¿El agua? —repitió Tina, pensando, mientras los miraba alejarse cogidos de la mano.

—Qué guapo está Owen... ¡Madre mía! —resopló Adele, embobada al volver a tenerlo delante, pero Tina estaba demasiado concentrada en hallar la solución a aquella pista.

—¡El río!! —exclamó al dar con la respuesta y las dos se encaminaron hacia allá, pero al doblar la esquina se encontraron con Clive y con Evolet.

—Joder, Tina, ¡este pueblo es una puta pasada! Parece que estemos dentro de una máquina del tiempo —soltó Evolet mientras la abrazaba con cariño, sin comentarle nada respecto a su rostro magullado; Tina supuso que Jack les habría explicado a todos lo que le había sucedido.

—¿Me vais a decir ya dónde está Jack? Me muero de impaciencia —confesó Tina, haciéndolos reír.

—Sabes que éste no es mi estilo —contestó Clive con una sonrisa sardónica—. Pero ¡qué coño!, me caes bien y has logrado que Jack sea como era antes de que la arpía de su exmujer lo abdujera: divertido, espontáneo y un canalla de cuidado. ¡Enhorabuena, pequeña Martina!

—Ve hacia el parque Grant —añadió Evolet, dándole otro abrazo—. ¡Enhorabuena, Tina!

—¿Por qué todos me dais la enhorabuena? —quiso saber, pero ellos se encogieron de hombros mientras se reían y se alejaban.

—¡Me va a dar algo! —exclamó Adele, al ver que ya tenía un lugar concreto al que ir.

—¿A ti? —soltó Tina entre risas, sin dejar de caminar en dirección al famoso parque que se encontraba pegado al río—. Me mata la impaciencia.

Recorrieron el sendero que llevaba hacia el río, observando la quietud del parque, hasta que, de repente, vieron llegar corriendo a Ryan con *Pichurri*. Tina sonrió dichosa mientras se agachaba para recibirlos. El niño se abalanzó hacia ella y le dio un gran abrazo que a Tina le llenó el alma. ¡Adoraba al hijo de Jack!

—Oh, Tina... ¿te has caído? —preguntó el niño con preocupación, algo que hizo que las lágrimas volvieran a sus ojos.

—Estoy bien... Me hice un hechizo para que no me doliese —contestó, tocándole con cariño la pequeña nariz.

—Mi papi me ha dicho que estabas triste y que por eso te fuiste de nuestra casa... —continuó Ryan, mientras el cachorro se deshacía en mimos con ella—. Yo quiero mucho a *Pichurri*, es mi

mejor amigo, ¿sabes? Pero tú eres mi más mejor amiga, me gusta mucho que hagas hechizos y que juegues conmigo cuando estoy en casa...

—Ay, Ryan... —murmuró Tina, volviéndolo a abrazar, notando cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Te quiero muchísimo, ¿sabes?

—¿Sí? —preguntó él, abriendo los ojos de par en par con alegría—. Yo también, Tina —dijo volviéndose a abrazar a ella con una ternura sin igual.

¡Aquel niño se había ganado su corazón del todo!

—¿Sabes dónde está tu papi? —preguntó Tina, mientras se secaba las lágrimas y se levantaba.

—Sí, te está esperando cerca de la pérgola —dijo Ryan, señalando en dirección al río—. Y me ha dicho que tu amiga tiene que quedarse conmigo...

—Gracias, bichito —contestó Tina, mirando tanto a Adele como a Ryan. Su amiga se abalanzó sobre ella para darle un fuerte abrazo.

—No tengas miedo de ser sincera con él, Tina —susurró, sin poder contener las lágrimas—. ¡¡Y, por Dios, luego cuéntamelo todo!! —añadió, haciéndola reír.

Tina cogió el sendero que la llevaría hasta Jack. Observó el césped, tan verde que contrastaba con el cielo azul, sintiendo en su interior una revolución de mariposas que la hizo sonreír con alegría. Estaba deseando verlo, saber por qué había hecho todo aquello y que le dijera por qué había roto los papeles del divorcio...

«Ay, por favor, que no me pase nada malo de camino... Que, con la mala suerte que tengo siempre, soy capaz de que me abduzcan los extraterrestres, que me borren la memoria y no me acuerde de que estoy loca por ese hombre al que al principio odiaba con toda mi alma», pensó, mientras doblaba por el sendero, para después quedarse unos segundos quieta, mirándolo desde lejos...

Jack estaba contemplando el río, cerca de la estatua de Ulises S. Grant, a pocos pasos de la pérgola, con las manos en los bolsillos de la chaqueta negra, tan guapo que dolía verlo, tan atractivo que aún no se creía que siguiera casada con él, tan increíble que parecía un sueño. Y como si Jack hubiese sentido su presencia, se volvió para mirarla...

Tina sonrió mientras caminaba en su dirección, dándose cuenta de que cada paso lo daba cada vez más rápido, anhelando que la estrechara contra su pecho, aunque debía ser cauta, ¿no? Pero... ¡qué leches! Ella era así y no iba a reprimir algo que formaba parte de su esencia. Jack se lo había dicho con sus mensajes, le gustaba que fuera espontánea, loca y genuina. Así que echó a correr para abalanzarse sobre él, que la cogió casi al vuelo y la abrazó con fuerza, como si temiese que se volviese a escapar, y Tina se sintió en casa nada más notar su cuerpo pegado al suyo.

—Mi Martina... —susurró pegado a su cabello, haciendo que Tina se elevara varios metros sobre el suelo al oír aquella breve y escueta frase, con tanto significado para ella—. Déjame que te vea —añadió, apartándola unos centímetros de él, los justos para poder verle la cara magullada y los visibles moratones.

—Estoy bien, Jack... —murmuró, al ver que él apretaba con fuerza la mandíbula, como si



estuviera frenando algún impulso.

—Me siento tan culpable...

—No, no digas eso... Rob está loco y pagará por lo que me ha hecho.

—Pero si hubiese sido valiente y hubiese dejado atrás mi pasado, si me hubiese dado cuenta antes de que eras tú lo que necesito en mi vida, no te habría pasado nada de esto... —dijo, apoyando la frente contra la suya y cerrando los ojos.

—A lo mejor necesitabas que me marchara para darte cuenta... —susurró Tina, sintiendo que temblaba y no por el frío que hacía, sino de emoción, de tener de nuevo a Jack entre sus brazos, al escuchar aquellas palabras que creyó que jamás saldrían de sus labios...

—Sherlyn no significa nada para mí, Tina. Nada en absoluto y aunque ella quiera volver conmigo, yo no podría volver con ella.

—¿Aunque te lo pida, Ryan?

—Aunque me lo pida mi hijo... —contestó, sin dejar de acariciarle la cara con mimo, como si anhelara borrar cada moratón con la yema de sus dedos—. No pasó nada aquella noche, Tina, ella se abalanzó sobre mí para besarme, para marcarme para que tú vieses la huella de sus labios...

—Lo hizo para que me fuera... —comentó, al darse cuenta del juego sucio de Sherlyn.

—Cuando llegué a casa y te vi esperándome en el sofá, no sé qué me pasó, pero no podía acercarme a ti... Necesitaba pensar, poner en orden mi vida. Desde que tú entraste en mi apartamento no he conseguido controlar nada de lo que sucedía a mi alrededor. Tenía miedo de tantas cosas, Martina...

—Pensaba que no sabías cómo decirme que me marchara, por eso me fui...

—No pienso divorciarme de ti, Martina... —añadió, haciéndola sonreír—. Quiero que sigas en mi vida, llenándome por dentro con tu alegría, con tus disparatadas locuras, que me hacen sentir como el joven que pensé que nunca volvería a ser; con tu manera de querer, demostrándome que hay que hacerlo con todas las consecuencias, entregándose en cuerpo y alma, con cada beso, con cada caricia, con cada pequeño detalle; tu dulzura y tus risas me caldean el alma, no puedes dejarme otra vez sintiéndome frío. Tú has conseguido que vuelva a creer en el amor, en el verdadero, en el que no hace daño ni tampoco pide nada a cambio... ¡Dios, te he echado tanto de menos! —exclamó con angustia—. Y eso que sólo ha sido un día. Creía que me moriría al pensar que no me querías, que no querías seguir a mi lado, que te habías marchado para rehacer tu vida muy lejos de mí...

—Me marché porque pensé que serías feliz si yo salía de tu vida —susurró Tina, embebiéndose de su mirada oscura, que no perdía detalle de cada uno de sus gestos.

—No podría ser feliz sin ti, sin mi Martina... —confesó él sin dejar de acariciar con delicadeza su rostro—. Estoy locamente enamorado de ti, pequeña lianta —añadió, haciéndola sonreír de dicha. ¡¡Jack la quería!!

—Te quiero, Jack, sin juegos, sin condiciones, simplemente por lo que eres, sin prejuicios absurdos, y por lo que me haces sentir cada vez que te miro, cada vez que siento tus dedos sobre

mi piel —contestó ella, notando cómo, otra vez, se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Martina Milán Harris, ¿quieres seguir siendo mi esposa? —preguntó Jack, con la voz tomada por la emoción.

—¿Me estás pidiendo que siga casada contigo? —respondió Tina echándose a reír, haciendo que él sonriera como un adolescente loco de amor.

—Te estoy pidiendo que nuestro matrimonio deje de ser un secreto y que sea oficial. ¡Quiero gritarlo a los cuatro vientos! Quiero que todo el mundo se entere de que estoy casado con la mujer más maravillosa, más divertida, alocada, auténtica y buena del mundo —dijo con una de aquellas sonrisas que hacían que se le marcara el hoyuelo y que su corazón retumbase con fuerza en su pecho al escuchar esa confesión de amor, que le hizo olvidar todos los momentos malos que había pasado—. No me he arrepentido ni una sola vez de haberme casado contigo en Las Vegas, lo único que me habría gustado es que te acordaras de ese momento... —dijo, mientras le guiñaba el ojo—. Por eso, si tú me aceptas, crearemos juntos muchos más recuerdos y me aseguraré de que estés sobria para que te acuerdes de todos —añadió, haciéndola sonreír—. ¿Qué me dices?

—Te quiero, Jack Thompson —susurró mientras le echaba los brazos alrededor del cuello y le daba un pequeño beso en los labios.

—Eso no contesta a mi pregunta —dijo él enarcando una ceja y haciéndola reír divertida.

¡¡Estaba irremediamente loca por aquel hombre y él por ella!! ¿Era posible que su suerte hubiese cambiado por fin?

—Claro que quiero seguir casada contigo, Jack —contestó—. No quiero tener ni una boda más.

—Hummm... Me gusta como suena. Pero ¿de verdad no quieres tener una ceremonia convencional, con tu vestido blanco, mi esmoquin y todo lo demás...?

—No, Jack. Me he dado cuenta de que celebrarlo por todo lo alto no es lo más importante, yo sólo quiero estar contigo, levantarme a tu lado, vivir contigo y, al dormir, hacerlo bien pegadita a ti, ¡nada más! —dijo sonriendo.

—Como quieras. No habrá ni una boda más. —Y la besó en los labios.

—¡Ni una boda más! —exclamó ella con alegría, antes de besarlo con pasión.

—Aunque... —susurró Jack entre beso y beso—, esta vez quiero hacer bien las cosas. —Y silbó con fuerza, haciendo que Tina lo mirase extrañada.

Al poco, aquella zona comenzó a llenarse de gente, de su gente: los amigos de Jack, su abuela, la familia de Tina y todos sus amigos comenzaron a aplaudir con emoción mientras se acercaban a ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó ella sin entender nada.

—Ahora sé que no quieres celebrar un bodorrio por todo lo alto, pero creo que les debemos una fiesta —explicó él abrazándola por detrás—. ¡Vamos!

Jack la cogió de la mano y se dirigieron a la pérgola y una vez allí, bajo la atenta mirada de todos sus seres queridos, incluida la madre de Jack, que había viajado a Galena para la ocasión

junto con su esposa, entrelazaron las manos, mientras Brian y Clive, tan perfectos y bien trajeados como siempre, se unieron a ellos en la pérgola.

—Ya sabéis que estos dos tuvieron muchas prisas y se casaron sin que nadie los viese —comenzó a hablar Clive, haciendo sonreír a los presentes.

—Y dado que Clive y yo no nos hemos puesto de acuerdo para ver quién hablaba —prosiguió Brian—, ambos seremos los encargados de vuestra ceremonia.

Tina se volvió y miró encantada a Jack. ¡¡Iban a celebrar que estaban casados, junto con todos sus seres queridos!!

«Virgencita de los finales felices, si esto es un sueño, ¡no me hagas despertar nunca!», pensó, sintiéndose tan feliz que temía estar soñando.

—Tina, quiero darte las gracias de parte de todos —continuó Brian—. Gracias por devolvernos a nuestro Jack, a nuestro amigo, al que ya le tocaba encontrar una buena mujer que lo amase por lo que es. Un magnífico hombre, leal, sincero y un buen amigo. Sólo espero que seáis muy felices, porque os lo merecéis.

—Martina, ¿quieres seguir casada con Jack? —preguntó Clive con una sonrisa.

—¡Sí, quiero! —soltó ella emocionada, mientras la gente aplaudía con entusiasmo.

Jack le cogió la mano y le deslizó en el dedo un anillo...

—Dios mío —susurró Tina al ver el anillo.

Era el mismo que dejó en el apartamento de Jack, pero en una nueva versión: le habían puesto otro aro encima, creando un anillo doble que se unía por una pequeña gema del mismo color chocolate de sus ojos, que la dejó enamorada.

—Jack, te diría que te lo pensarás bien, pero ya está hecho, ¿no? —soltó Clive, haciendo reír a todo el público—. ¿Quieres seguir casado con esta preciosa e increíble mujer llamada Martina?

—Sí, quiero —dijo él, mientras le acariciaba el rostro con dulzura.

—Tina, psss, psss —oyó cuchichear por detrás.

Al volverse, vio a Evolet que le lanzaba una cajita pequeña. La abrió y vio un anillo para Jack, un poco más ancho que el suyo.

Tina sonrió a sus amigos, se dio la vuelta y deslizó el anillo en el dedo de Jack, para después quedarse los dos con las manos entrelazadas.

—¡Amigos, amigas, saludemos a los señores Thompson! —exclamó Brian y todos aplaudieron y silbaron con emoción.

Jack la acercó a él, le acarició la nariz con la suya, sin dejar de mirarla, y después la besó, ante los vítores de los presentes.

—¿Has preparado todo esto para mí? —preguntó Tina, todavía incrédula al tener su propia ceremonia con toda su gente.

—¿Qué le voy a hacer? Estoy loco por ti y sólo deseaba que todo el mundo lo supiera —contestó, mientras la volvía a besar.

Se cogieron la mano, bajaron la escalinata de la pérgola y todas las personas que habían

compartido con ellos aquel momento los felicitaron con entusiasmo. *Pichurri* ladraba mientras Ryan lo perseguía y ellos se sentían dichosos de haber sido, al fin, sinceros el uno con el otro, dejando a un lado el orgullo y los prejuicios, dándose cuenta de que el amor que sentían era mucho más grande que cualquier otra cosa. Se miraron un segundo a los ojos y supieron que tenían por delante toda una vida para amarse, para reírse y para disfrutar a su manera. Porque a veces el amor no llega al primer vistazo o incluso ni al segundo, es necesario conocer al otro, desechando los pensamientos previos, el pasado y los miedos a volver a tropezar con la misma piedra.

Porque cuando es de verdad, cuando es sincero, te das cuenta de que eso que hace diferente a la otra persona, es lo que te hace estar irremediabilmente enamorado de ella.

## Epílogo

—¡¡No ha sonado el despertador!! —dice Tina, despertándome de golpe—. Jack, ¡¡llegaremos tarde!!

—Hummm... —susurro, mientras la cojo por la cintura y la obligo a tumbarse de nuevo a mi lado—. No te preocupes, tenemos tiempo de sobra —añado antes de hundir la nariz en su cuello y me siento como en casa al oler su dulce aroma a vainilla, sentir su cálido cuerpo, que se amolda a mí y oír ese ronroneo casi imperceptible que siempre hace cuando la acaricio.

—No hay tiempo. Tenemos que vestirnos, despertar a Ryan y a *Pichurri*, desayunar e ir al muelle... ¡Como lleguemos tarde, Eva y Owen nos matan! —comenta, mirándome con tanta seriedad que no puedo evitar echarme a reír. ¡Es tan adorable cuando se preocupa por esos pequeños detalles!

—¿Cuándo te has convertido en una mujer tan responsable?

—Desde que estoy contigo... Supongo que todo se pega —dice con una mueca divertida que me hace reírme todavía más.

¡Aún sigo sin comprender por qué dudé de lo nuestro! Estar con Tina es tan sencillo y fácil como respirar... Todo fluye sin darme cuenta y cada segundo a su lado es sencillamente maravilloso.

Le acaricio la cara con tranquilidad, centrándome en sus gestos, en cómo su respiración se torna pesada nada más tocarla, sus ojos se oscurecen y su piel se eriza. No sé qué nos pasa, pero es sentir al otro y se nos acelera el cuerpo y las ganas de sentirnos. Tina explora mi estómago, dibujando mis músculos con la yema de los dedos, sin despegar su mirada de la mía. Me acerco lentamente y deslizo los labios sobre los suyos, que me reciben con deseo. Su boca se apodera de la mía con ansias, con esa hambre que nos vuelve locos y nos arrebatara la conciencia del tiempo. Su lengua juguetea con la mía, sus manos exploran más hacia abajo, dibujando mis oblicuos y comienzo a masajearle con lentitud sus endurecidos pezones, arrebatándole entre besos sus primeros gemidos.

—Jack... —jadea acercándose más a mí, mientras introduce una mano por dentro de mi pantalón y coge sin dudar mi pene, haciéndome gemir despacio—. Vamos a llegar muy tarde...

—No te preocupes de eso ahora... —susurró, mientras le bajo las braguitas para comenzar a acariciarle el clítoris.

Todo se vuelve caótico, como suele suceder con nosotros; no podemos dejar de besarnos, de tocarnos, de lamernos, ansiando más del otro, mientras disfrutamos de estar conectados de esa

manera tan única. Cuando la cosa se vuelve demencial, me pongo un preservativo y la embisto con desesperación, haciendo que gimamos a la vez.

Nos miramos a los ojos, eso es lo que más me gusta de ella, que siempre me mira a los ojos, desnudándose ante mí, sin ocultarme nada, sin medias tintas, sin juegos, es mi Martina, mi pequeña lianta, esta mujer que puso mi existencia patas arribas para poder reconstruirla desde los cimientos, enseñándome que la vida está para vivirla y para exprimirla al máximo.

Me rodea las caderas con las piernas para que pueda embestirla de manera más profunda. Sé que está cerca, sus ojos me lo dicen, como también me dicen que está loca por mí, igual que lo estoy yo por ella. La oigo decir mi nombre muy bajito, mientras se corre de una manera tan adorable y sexy que alcanzo mi propio disfrute sólo al verla así: tan preciosa, tan única, tan ella...

—Te quiero —le digo mientras la beso y ella sonríe dichosa, sin dejar de acariciarme con mimo la espalda.

—Te quiero, maridito mío —me suelta con sorna, haciéndome reír, para después darme un sonoro beso en los labios mientras salgo de ella con lentitud. Salta de la cama tan magníficamente desnuda que me entran ganas de volverla a tumbar y comenzar de nuevo—. ¡Vamos! Tenemos un maravilloso día por delante —me dice antes de entrar en nuestro cuarto de baño.

Me doy cuenta de que me he quedado sonriendo como un bobo observando la puerta entreabierta por la que Tina ha desaparecido.

Han pasado cuatro meses desde el día en que hicimos oficial nuestro matrimonio, desde aquella mañana en que comprendí que no tenía que tenerle miedo al amor, ni tampoco caer en el error de confiar en otra mujer... Ahora sé que me equivocaba respecto a Tina y, aunque mis amigos no paraban de decírmelo, hasta que lo acepté me costó lo mío.

Lo había pasado tan mal con Sherlyn que pensaba que siempre me iba a suceder lo mismo, que estaba condenado a repetir eternamente los mismos errores, que no podría encontrar a una mujer que me aceptara tal como soy, hasta que Tina entró en mi vida, hasta que me enamoré de ella hasta el punto de que no entendía cómo había sucedido. Deseché ese sentimiento nada más experimentarlo y de repente, sin previo aviso, comencé a sentirme bien, cómodo, a gusto con ella, y eso me hizo tener miedo... ¡¡Jamás he tenido tanto miedo!! No quería volver a estar a merced de ese sentimiento del que desconfiaba de una manera irracional y obstinada por culpa de mi anterior matrimonio, pero tener los papeles del divorcio en la mano me hizo ver que no podía renunciar a ella. Tina es lo que siempre he querido a mi lado, una mujer buena y divertida, sencilla y complicada, una mujer que me tiene loco de amor y que me hace ver la vida de diferente manera.

Desde el día en que hicimos oficial nuestro matrimonio, no nos hemos vuelto a separar. Las Navidades las pasamos entre la casa de mi madre —a la que Tina encandiló con su espontaneidad—, y la casa de su abuela. Disfrutamos con Ryan la noche que Santa Claus le dejó un montón de regalos, tanto a él como a *Pichurri*, y desayunamos juntos, mientras observaba contento lo bien que conectaban Tina y él, disfrutando de ese momento que siempre había anhelado vivir.

Tina volvió a trabajar en el hospital gracias a Evolet, que habló con la directora, y la

recibieron con los brazos abiertos. Sé que ella se siente a gusto y feliz allí, siempre es un plus tener una enfermera bilingüe y, además, Tina tiene una mano especial para los niños...

Han pasado cuatro meses tan rápido que pensar que tenemos por delante el resto de nuestras vidas me hace sonreír de dicha. Estoy casado con una mujer que me ama a mí y no a mi dinero. Tengo a mi hijo cada quince días y nos divertimos los tres, bueno, los cuatro juntos, ¡que *Pichurri* también cuenta! Soy feliz con cada pequeño detalle, con cada beso, con cada mirada, con cada minuto que paso a su lado, con cada carcajada, con cada idea disparatada de mi esposa.

¡Y como no me dé prisa vamos a llegar tarde a la boda de Owen y Eva!

\* \* \*

—¿Ése es el barco, papi? —me pregunta Ryan, observando con entusiasmo el enorme navío que tenemos delante, uno con una impresionante cubierta de cristal, donde se celebrará la boda y la fiesta.

—Sí, ¿te gusta?

—¡¡Sííí!! Aunque me da pena que *Pichurri* no haya podido venir... Nos echará de menos —dice haciendo un mohín de pena.

—Uy —suelta Tina con gracia, mientras se agacha para hablar con él, con un gesto tan adorable que, cada vez que se lo veo, me gana un poquito más...—. ¿Quieres que te cuente un secreto? —Ryan asiente emocionado con la cabeza, haciendo que yo sonría de dicha—. *Pichurri* le tiene miedo al agua... No podría haber estado aquí, acabaría... ¡mareado! —añade, balanceándose de lado a lado, moviendo su cuerpo con gracia, con un precioso vestido rosa claro entallado con el que está deslumbrante y que combina con una estola plateada. Lleva su largo y maravilloso cabello recogido en un complicado moño que deja al descubierto su cuello y, en cuanto se descuida, siempre la sorprende besándola ahí. ¡¡Me he declarado adicto a su olor a vainilla y, bueno, a ella!!

Mi hijo empieza a reír a carcajadas al verla hacer payasadas y yo agradezco tanto que Scarlett obligara a su hija a quedarse en mi casa, que estoy a punto de construirle una casa de veraneo en las Maldivas. No me puedo creer que haya encontrado el amor de mi vida y que además se lleve tan bien con mi hijo... ¡¿Os he dicho que estoy loco por esta mujer de sonrisa contagiosa?!

—Papi, ahí está el tío Owen —me señala Ryan y veo que mi amigo me hace un gesto con la mano.

Se nota que está nervioso, aunque no debería estarlo. Se va a casar con una mujer excepcional, justo en el lugar donde se conocieron, en el lago Michigan, a bordo de este impresionante barco y con todas las medidas de seguridad que debe tener un personaje importante y famoso como es él. Nos acercamos y los saludamos, a él, a Catherine, su madre, y a su hermano Daryl, que viene acompañado de su pareja, Nathan. Todos están increíblemente guapos y vestidos para el acontecimiento.

Subimos al barco y nos encontramos a Clive y a Brian hablando entre ellos, observando a las invitadas y a las camareras, los dos, como siempre, en su línea... ¡Veremos a ver si algún día sientan la cabeza! Aunque me temo que será más fácil que mi hijo encuentre novia que ellos dos...

—Chicos, vamos a ponernos ya en nuestros sitios... —nos apremia Owen—. Daryl, ¿puedes ir a ver si Eva está preparada? Como me haga esperar mucho..., ¡no sé qué haré! —suelta mientras nos dirigimos al arco blanco bajo el que se realizará el enlace.

—Parece increíble que Owen odie ser tanto el centro de atención —susurra Tina cuando se acerca para darme un beso. Después se marcha junto con Daryl, pues forman parte del grupo de damas de honor de Eva. Brian, Clive y yo somos los caballeros de honor de Owen, y mi hijo, el portador de los anillos.

—Relájate, Owen, todo va a salir bien —le digo, colocándome a su lado ante el maravilloso altar decorado con flores frescas y telas vaporosas.

—No sé cómo accedí a montar esta boda, tendría que haberle hecho caso a Eva y casarnos en una boda íntima, como hicisteis vosotros... —resopla, tocándose la corbata con nerviosismo, mientras observa a toda la gente que comienza a ocupar las sillas: jugadores de fútbol americano, personajes famosos de la televisión y de la radio, periodistas y, cómo no, la familia de él, pues por la parte de Eva no viene ni un solo familiar, sólo amistades—. ¿De quién es ese móvil? —pregunta al oír el sonido estridente de una corta melodía.

—Es mío, lo siento —dice Brian, sacándolo rápidamente del bolsillo interior de su esmoquin negro para ponerlo en silencio y que no vuelva a sonar—. Joder... —resopla al ver el mensaje que le acaba de llegar.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Clive al ver que se le ha cambiado la cara y se ha quedado serio y preocupado—. ¿Alguna belleza no quiere volver a verte?

—Ojalá fuera eso... Me acaban de comunicar que mi jefe, el dueño del bufete de abogados, se jubila...

—¿Van a cerrar el bufete? Es una locura que hagan algo así, es uno de los más importantes de la ciudad... —digo, asombrado por esa decisión tan radical.

—No, no lo van a cerrar, pero por lo que me dice mi compañero, lo va a llevar un pariente...

—Humm... ¿Hombre o mujer? —pregunta Clive, interesándose en el acto por el tema.

—No lo sé. Nunca he oído nada sobre ningún familiar de mi jefe... A ver —comenta, mientras teclea la pregunta en el móvil. Al poco, recibe la contestación—. Será su hijastra quien lleve el bufete y me dice mi compañero que si nuestro jefe me parecía duro, era porque no había conocido a esa mujer...

—Bueno, no te angusties por esas cosas ahora, Brian. A lo mejor no es para tanto —le digo para animarlo; se nota que la noticia lo ha pillado por sorpresa.

—Eso espero... Me gusta trabajar en ese bufete, los casos que tenemos son impresionantes y no me gustaría abandonar todo el trabajo que he hecho por culpa de una jefa déspota, que ha heredado un gran bufete de abogados...



—Bueno, siempre puedes seducirla —sugiere Clive como si nada—. Piénsalo, si la tienes babeando por ti, no tendrás que preocuparte por nada más. Además, seguramente sea una mujer nada agraciada, las de su calaña no suelen serlo, y que un tío como tú se fije en ella será como si le tocase la lotería...

—No tengo mejor cosa que hacer que intentar seducir a mi jefa... Gracias, pero no, gracias —contesta Brian con seriedad.

—Bueno, chicos, atentos, que por ahí vienen las damas de honor —nos avisa Owen, que ha estado más pendiente del pasillo que de la conversación que hemos tenido.

Se hace el silencio y suena la música, que, junto con el balanceo del barco, crea un ambiente mágico e idílico. Primero aparece Daryl, con un esmoquin del mismo color rosa claro que las damas de honor, y le guiña un ojo a su hermano, que le sonrío al verlo. Detrás viene Úrsula, una gran amiga de Eva, luego Brigitte y por último mi esposa, mi Martina, que, al verme, me sonrío dichosa y yo le devuelvo la sonrisa. Me percato de que al lado de Clive se ha colocado Nathan, la pareja de Daryl, así ya estamos todos al completo: las cuatro damas de Eva y los cuatro caballeros de Owen.

Al poco viene mi hijo con un cojín blanco en las manos, caminando con alegría por el pasillo, con un traje similar al que llevamos los caballeros y detrás de él aparece Eva... Miro de reojo a Owen para ver su reacción, que no se hace esperar. Sé lo que piensa, porque lo mismo pienso yo cada vez que veo a Tina. Sonríe contento al verla con el precioso vestido blanco estilo princesa que lleva y ella le guiña un ojo con alegría, haciendo que se relaje de una vez por todas. Sé que estaba deseando que llegara este día y también sé que nunca he visto tan feliz a mi amigo. Ha conseguido encontrar su camino, dedicándose a algo que le apasiona y disfrutando de las mieles del éxito con una mujer que lo llena de amor, cariño y risas. Están hecho el uno para el otro...

Owen le coge la mano a Eva cuando llega hasta él, y el juez comienza la ceremonia. Y aunque intento enterarme de lo que dice ese hombre sobre el amor, la lealtad, la confianza y la amistad, no puedo dejar de mirar a Martina. Se nota que está emocionada, los ojos le brillan más de la cuenta mientras observa el enlace y pienso que voy a necesitar cien vidas para saciarme de ella, para cansarme de mirarla y para lograr que sea tan dichosa como lo soy yo cuando estoy a su lado.

—Eva Romero, ¿quieres a Owen Baker, como esposo y prometes amarlo y respetarlo hasta que la muerte os separe? —pregunta el juez, haciendo que me centre en su respuesta, que no tarda en llegar.

—Sí, quiero —dice Eva con una amplia sonrisa, que la llena todavía más de luz y de felicidad.

—Owen Baker, ¿quieres a Eva Romero, como esposa, y prometes amarla y respetarla hasta que la muerte os separe?

—¡¡Sí, quiero!! —suelta él con entusiasmo, haciéndonos reír a todos.

—Por el derecho que me ha otorgado el Estado de Illinois, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia —dice, pero todos sabemos que no hace falta esa sugerencia.

¡Owen ya la ha cogido por la cintura y la ha acercado a él para darle un gran y profundo beso,

mientras todos aplaudimos!

Esperamos a que ellos abandonen primero el altar y luego comenzamos a emparejarnos con las damas de honor, cuando llega mi turno, le ofrezco el brazo a Tina y ella me lo coge más que encantada.

—Cómo cambia la vida —me dice sin dejar de sonreír—. En la boda de Adele huía de ti para no tener que hablar contigo y en menos de un año somos matrimonio y salimos del brazo de otro enlace.

—¿Te arrepientes? —pregunto enarcando una ceja, algo que la hace reír.

—Jamás. No cambiaría nada de lo que he hecho, ¡y anda que no he hecho locuras!, porque todo me ha llevado hasta ti —me dice, poniéndose de puntillas para darme un beso en los labios.

—Me alegra oír eso, porque tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —pregunta con emoción.

—Dentro de dos semanas nos iremos de viaje de novios... Será un poco más tarde de lo normal, pero nosotros lo hacemos todo a nuestra manera, ¿verdad? —pregunto, mientras la acerco un poquito más a mí.

—¿Adónde vamos a ir?

—Había pensado ir a Italia y a Grecia y que, antes de volver a casa, pasáramos por España para que puedas conocer al fin a la mujer de tu padre —le propongo y observo cómo su rostro se llena de alegría.

Sé que lleva queriendo ir a verla desde hace un par de meses, desde que se armó de valor para llamar al abogado para que le diese su número de teléfono. Desde entonces no han parado de hablar y sé que desea conocer en persona a la que su padre amó de verdad...

—¿Cómo he podido odiarte alguna vez? Pero ¡si eres un amooooorr!! —dice mientras me rodea el cuello con los brazos y me besa con entusiasmo, haciéndome reír—. ¡Eva va a tirar el ramo! —exclama entonces con emoción.

Yo la abrazo por detrás, mientras escondo la nariz en su cuello y noto ese aroma suyo a vainilla que me vuelve loco.

Eva se prepara, mira hacia atrás y lanza el ramo con fuerza. Todos miramos y, cuando para, nos quedamos todos en silencio. ¡¡Lo acaba de coger Brian!! Éste, como si el ramo quemara, se lo da a Lizzie, que comienza a saltar de alegría por la cubierta acristalada, pero Owen, Eva, Clive, Tina y yo nos quedamos mirando a Brian, mientras él contesta al teléfono móvil. ¿Es posible que nuestro amigo sea el siguiente?

Niego divertido con la cabeza y de repente veo aparecer a mi hijo. Lo cojo en brazos y nos acercamos a una zona donde están sirviendo canapés y bebida. Los novios han salido de la cubierta para hacerse un par de fotos por el barco, aunque sé que después irán al parque Millenium, donde los fotografiarán junto a aquella enorme alubia plateada vestidos de novios. El lugar preferido de Eva no podía faltar en su boda.

Miro a Tina, que habla animadamente con mi hijo, y me doy cuenta de que, sin darme cuenta, he

encontrado la familia que siempre he querido tener: mi mujer, mi hijo y un futuro por delante que sé que será formidable. Porque con Martina no puede ser de otra forma.

Ella me llena de vida y de amor y sé que nunca volveremos a cometer el error de intentar ser algo que no somos, porque juntos somos más nosotros que nunca y porque con ella a mi lado todos mis miedos se desvanecen. Como si supiera que estoy pensando en ella, me mira y me sonrío y ese pequeño gesto hace que vuelva a pensar en la gran suerte que tengo al tenerla conmigo y al comprender que el amor, sin un poco de locura, no es amor.

La quiero.

Me quiere.

Y tenemos un futuro por delante para ser felices.

## Agradecimientos

Mientras escribo estas palabras, aún vibra dentro de mí la historia de Jack y Tina, siento en la boca del estómago un cosquilleo, un aleteo de mariposa que ha ido creciendo junto con su historia, junto con su enamoramiento, que no ha sido a primera vista. Hacer que pasaran del odio al amor ha sido todo un reto para mí, pues ninguno de los dos, al principio, se sentían atraídos por el otro y tengo que confesar que he disfrutado muchísimo creando esas escenas e ideando jugarretas que, poco a poco, casi sin darse cuenta, iban acercándolos más.

Esta novela nace gracias a *¡Ni un flechazo más!* Cuando creé la historia de Owen y Eva y aparecieron los *macho men*, supe que se merecían su propia historia; esos tres hombres no podían quedarse como simples secundarios, y cuando vosotras los conocisteis, me confirmasteis lo que ya había intuido. Tengo que confesaros que me costó un poco elegir al siguiente, los tres, Jack, Brian y Clive, eran tan carismáticos y atractivos que quien eligiera sabía que tendría una bonita historia de amor. Supongo que elegí a Jack por ser el menos mujeriego de todos y el más enamorado, además de tener un pasado que aún le pesaba. Se merecía ser feliz el primero y, bueno, supongo que ya sabréis quién vendrá después...

Quiero agradecer la paciencia infinita y las palabras de ánimo de mi compañero de vida, de mi mejor amigo y aliado: mi marido. Gracias por ayudarme a que no me rinda, a ir hacia delante y a seguir luchando día a día por conseguir mis sueños. Sé que juntos lograremos muchísimas cosas. ¡Te quiero, mi amor!

A mis maravillosos hijos. ¿Qué os puedo decir? Me siento tan orgullosa de vosotros dos, de en lo que os estáis convirtiendo, de cómo sois, de vuestra manera de ser y de hacerme sentir, que creo que no tendré palabras suficientes para explicaros todo lo que os quiero.

A mi gran familia, gracias por el apoyo y los ánimos. Gracias por estar siempre a mi lado.

A mis amigas, mamás del cole, profes, vecinas y mis Cococalas, gracias por estar ahí, por apoyarme desde el principio, por vuestro cariño infinito. ¡Sois lo más!

A mis lectoras/es que se encuentran repartidas/os por todo el mundo, gracias de todo corazón por leerme, por vuestro gran apoyo, por vuestro cariño, por vuestros comentarios en las tiendas digitales tras leer cualquiera de mis novelas, por compartir en vuestras redes sociales, por vuestras palabras de ánimo, por decirme, en público o en privado, lo que os parece mis historias. GRACIAS por estar ahí, sin vosotras/os esto no sería posible. ¡¡Sois la caña!!

A mi increíble y maravillosa editora Esther Escoriza. Gracias por todo lo que haces por mí, por tus palabras de apoyo, por tu cariño, por seguir confiando en mis novelas. ¡Eres un amor!

A todo el personal del sello de Zafiro (Grupo Planeta), gracias por vuestro impresionante trabajo, por dejar mis novelas perfectas, por vuestro gran trabajo. ¡Sois muy grandes!

Y gracias a ti que lees estas líneas, que has descubierto que el amor a veces no llega de sopetón, como les ocurrió a Jack y a Tina, y que a veces quien menos esperas es quien te llega a enamorar como nunca y que a veces, para derribar todos los prejuicios que tenemos antes de conocer a alguien de verdad, es necesario no dejarnos llevar por las habladurías o por la primera impresión. Y que también es importante derribar miedos, una mala experiencia en el amor no hace el amor malo, sólo es necesario creer que todos podemos encontrar a la persona perfecta, esa que nos hace sentir cómodos, a gusto como somos, sin forzar nada, simplemente dejándonos llevar, queriéndonos como somos y siendo libres con la otra persona. ¿Y qué sería del amor sin un poco de locura?

## Biografía



Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí*, *Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras*, *Campanilla olvidó volar*, *Saque directo al corazón*, *Una irresistible excepción*, *El amor se ríe de mí*, *No me avisaste, corazón*, *Ni un flechazo más*, *Sería más fácil odiarnos* y *Cupido se ríe de mí*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en: <<http://www.loleslopez.wordpress.com>>.

## Referencias a las canciones

*Impossible*, © 2012 Simco Limited under exclusive license to Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por James Arthur. (N. de la e.)

*Enter Sandman*, © 1991 Metallica, interpretada por Metallica. (N. de la e.)

*¡Ni una boda más!*  
Loles López

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock  
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Loles López, 2020  
© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-08-22554-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**





LOLES LÓPEZ

¿NI UNA  
BODA MÁS!

zafiro